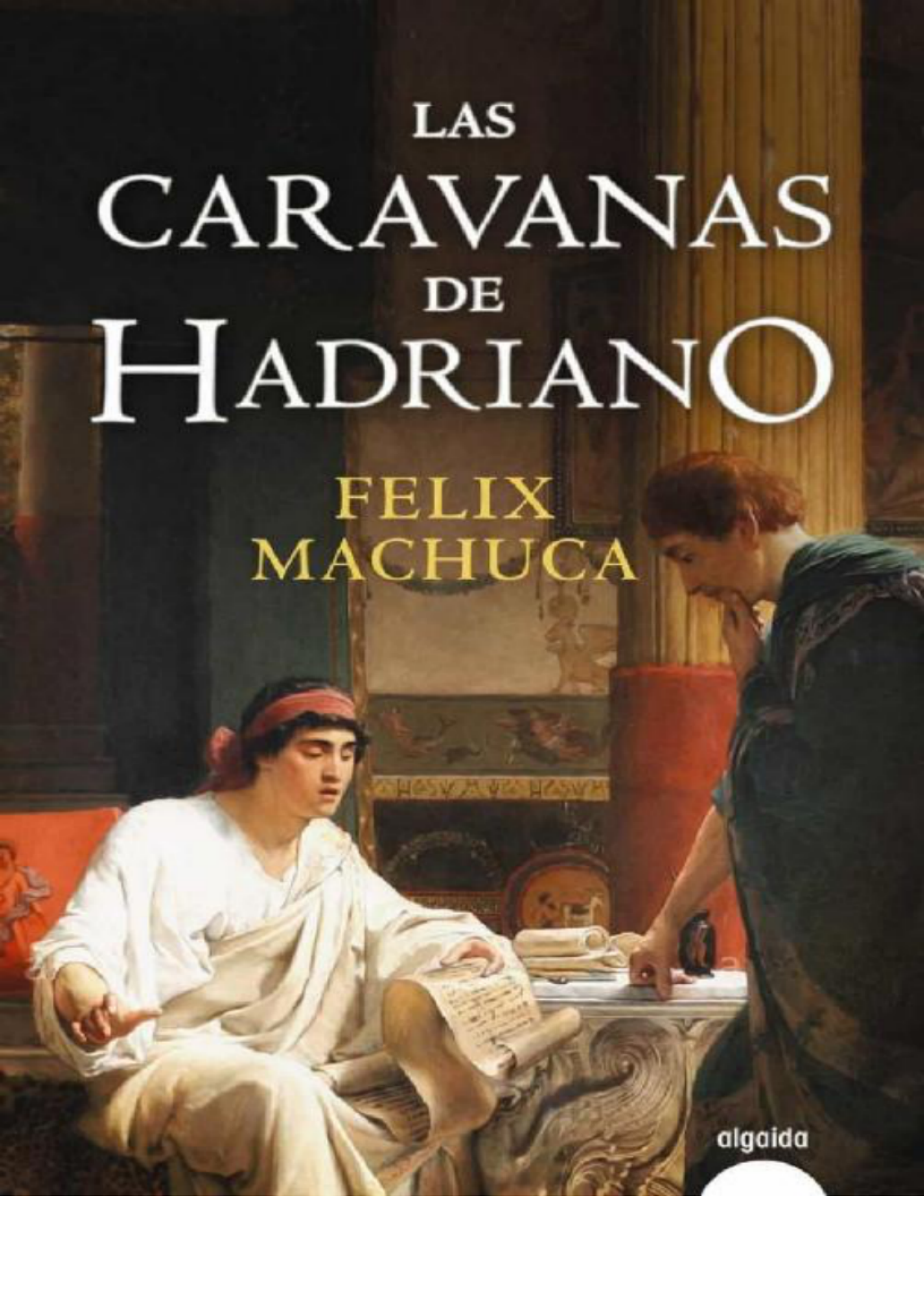
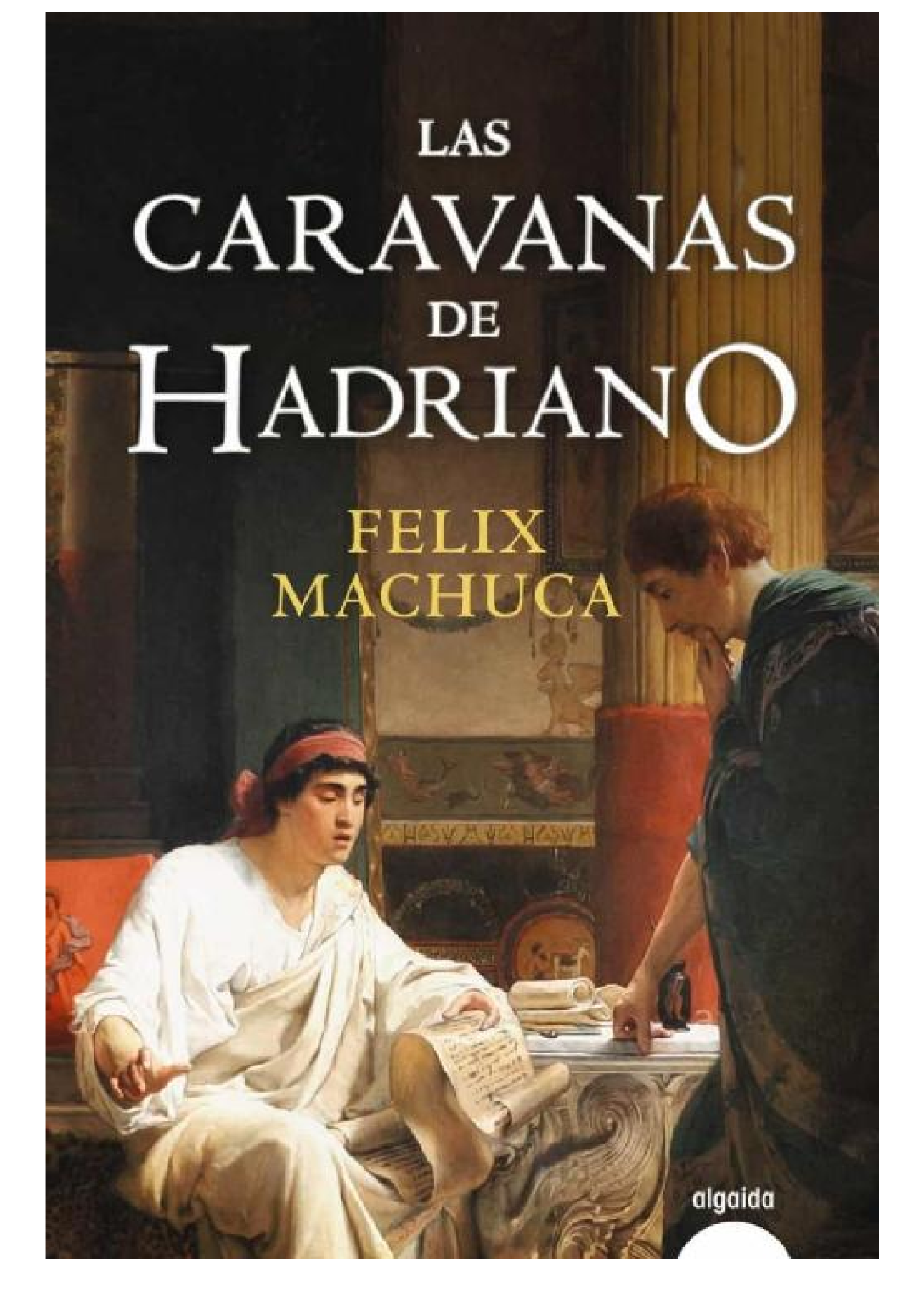
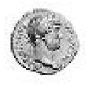

LAS
CARAVANAS
DE
HADRIANO
FELIX
MACHUCA
algaida


LAS
CARAVANAS
DE
HADRIANO
FELIX
MACHUCA
algaida

LAS CARAVANAS DE HADRIANO

FÉLIX MACHUCA



algaida

ÍNDICE

«Al fin llega la hora de su ocaso, momento que nadie podría adelantar ni atrasar. Así pues, los imperios, como los individuos, tienen una existencia, una vida determinada que les es propia; crecen, llegan a la edad de la madurez, luego comienzan a declinar…»

(Ibn Jaldún)

A Roma sepultada en sus ruinas

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí proprio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino;
y limadas del tiempo, las medallas
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades de blasón latino.

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya, sepoltura
la llora con funesto son doliente

¡Oh Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Francisco de Quevedo

(Versión inspirada en un verso latino que, en el
XVI, reinterpreta Giovanni Vitali de Palermo)

CAPÍTULO I

«ODI ET AMO»

(Odio y amo)
Catulo

Mons Marianus, Sierra Morena

INTERIOR DE UNA MINA

Estaban a casi ciento sesenta y nueve pies* bajo tierra. Habían bajado con dificultad y toda la prudencia de la que eran capaces. La mina llevaba abandonada algún tiempo y las escaleras de madera crujían lamentándose del abandono. Un paso, un mal paso, y los tres socios caerían hasta el final de aquella galería que casi alcanzaba los seiscientos setenta y dos pies de profundidad. Muy cerca del submundo donde las almas menos afortunadas penaban sus desgracias. Fue una de las mejores minas de plata de la zona, pero había sido abandonada. Los tornillos de Arquímedes empleados para bombear agua parecían inutilizados y por doquier se veían martillos, palas y grilletes abandonados. Las antorchas que portaban los esclavos que acompañaban a Cara Pescao, Scaeva (el Zurdo) y Crátero en aquella endiablada excursión al centro de la tierra dibujaban en las paredes caprichosas y deformantes sombras. A veces los reflejos te inclinaban a pensar que estabas delante de la cara de Plutón. O la del barquero Caronte. Podía entenderse que Cara Pescao tuviera cierta aprensión. Pero ni todo el miedo del mundo iba a pararlo. Ni tan siquiera el recuerdo del chasquido de un látigo que le hiciera rememorar su pasado esclavista. Sus manos regordetas y encendidas por toda clase de anillos de oro y piedras preciosas se agarraban a las maderas de las escaleras como solo lo hacen las zarpas de las águilas sobre el cordero que han robado.

—¡¡¡Por Júpiter, qué es eso!!! —gritó asustado Cara Pescao.

Scaeva le quitó la antorcha a uno de los esclavos y la acercó a aquella siniestra aparición. Crátero, su leal servidor, el hombre que se encargaba de todos los asuntos domésticos y de relevancia del rico liberto, se lo explicó a su amo.

—Señor, es el esqueleto de un esclavo que trabajó en esta mina.

Aún tiene sobre sus pies los grilletes que lo encadenaban. Debió de enfermar y ahí se quedó para siempre.

Cara Pescao se llevó la mano al pecho. Estaba angustiado y propuso subir de nuevo a la superficie.

—Necesito aire, aire fresco. Todo lo que había que ver aquí ya está visto. Subamos.

Fatigosamente, lo hicieron. Sin mediar palabra durante el trayecto, como si aquella visión les hubiese cortado la lengua. Scaeva pensó que las minas imperiales eran más duras e implacables que el anfiteatro. En la arena, un tajo en la garganta te aliviaba del peso de una vida infame y pordiosera. Pero trabajar en una mina era más cruel que caer en manos de las Amazonas. No más de seis meses duraban con vida los mineros condenados a trabajar duramente en las galerías subterráneas, alguno sin esperanza alguna de volver a ver la luz. La ley era extrema para los que osaban salir de los límites estrechos donde vivían los inferiores. Llegaron a la superficie y Cara Pescao respiró profundamente.

—Dame mi vaso bien rebosante —le exigió a un esclavo.

Y se lo bebió de un trago.

—Solo confío en los médicos que recetan vino —dijo, con una sonrisa dibujada en su rostro que expresaba claramente su cambio de estado de ánimo. Luego comenzó a hacer preguntas.

—¿Por qué se cerraron estas minas? ¿Son improductivas? ¿La tierra se negó a darle más plata al Imperio?

Saceva se encogió de hombros dando a entender que no sabía nada sobre eso.

Una vez más Crátero supo estar a la altura de la curiosidad de su patrón.

—No son improductivas, mi señor. Al menos, no todas las que han cerrado. Sí son, en cambio, poco o nada rentables. Se gasta más en su explotación que en el beneficio que reportan. Por eso se han abandonado.

Cara Pescao tomó asiento sobre una roca, pensativo. Reflexivamente, dijo:

—Desde los tiempos de Nerón se viene constatando en Roma la caída en la producción de plata. Y la plata son las ruedas de ese enorme carro triunfal que es el Imperio. Hay que buscarla como sea, porque estoy seguro de que vendrán tiempos peores.

Scaeva le contestó:

—Somos lo suficientemente ricos como para que la avaricia no nos atolondre, amigo.

Cara Pescao lo miró escéptico:

—Hace unos años que murió Trajano, a cuyos intereses servimos con lealtad y gran prosperidad para nuestras casas. Con Hadriano estamos muy cerca de formar parte del círculo de béticos mejor protegidos. Fabia Hadrianilla sigue siendo nuestra mejor socia para este asunto. En cuanto a la avaricia…

Scaeva lo interrumpió.

—No me malinterpretes, patrón.

—En absoluto te malinterpreto —dijo Cara Pescao mientras se levantaba de la roca y se dirigía hasta el veterano gladiador. Cuando estuvo a la altura del Zurdo, empinándose sobre sus pies para poder alcanzar la mirada del socio, le dijo:

—¿Conoces la fábula de la avaricia?

Silencio. Callaron hasta los pájaros del campo que picoteaban las lombrices de un suelo revuelto.

—¿Y tú, Crátero, la conoces?

El griego dijo que no con la cabeza. Cara Pescao llevó sus brazos a la espalda y comenzó a hablar.

—Os la cuento. Prestad atención. Un perro robó un pedazo de carne de una cocina. Corrió a lo largo de la orilla del río. Al ver la sombra de la carne aumentada de tamaño en la corriente dejó el bocado para ir a por la que veía en el río. Acabó sin la carne real y regresó hambriento por donde había venido con un buen filete en la boca.

—Me das la razón, patrón —dijo Scaeva.

—En absoluto. Te la quito. Nosotros no somos avariciosos y jamás nos dejaríamos engañar por las sombras. Somos ambiciosos y listos. Y eso lo sabe premiar Mercurio, el más ladrón de los dioses. Solo los tontos se parecen a los perros.

—¿Entonces? —se preguntó Crátero en voz alta.

—Entonces, querido Crátero, iremos a buscar dinero allí donde Hadriano lo estimule y reparta…

Ulpia Traiana Sarmizegetusa

Como estaba escrito

—A veces, Valentiniano, pienso que nuestra vida en la Bética era menos insoportable que aquí.

—Te ruego que no me llames Valentiniano. Ni nombre dacio es Balaur y es así como quiero que me llames. Si lo deseas, puedes regresar. Allí deben de esperarte amos tan brutales como Denter. ¿Olvidaste ya cómo vivías bajo los puños y la vara de olivo de Denter?

Valentiniano y Bendis, la esclava que le compró a Denter en el

mercante que los llevaba hasta Gades, hoy Cádiz, cuando el joven dacio se dirigía a Roma a buscar a su hermana, quemaban su existencia en la nueva capital dacia, Ulpia Traina Sarmizegetusa. La antigua capital, de la que salió Valentiniano como botín de guerra de Scaeva, no existía: fue arrasada por las tropas vencedoras de Trajano que, posteriormente, fundaron una nueva capital con colonos procedentes de Italia y de otras provincias imperiales. Quinientos mil hombres, mujeres y niños dacios fueron reducidos a la esclavitud. Y otros, simple y llanamente, aniquilados. Los sobrevivientes, no muchos, huyeron hacia las montañas del norte y a los bosques espesos del interior, donde maldijeron el día que vinieron al mundo con una suerte tan esquiva dibujada en la estrella de su destino. La Dacia de la que salieron esclavizados Valentiniano y Bendis ya no existía. Se había esfumado. Se la habían tragado el fuego y la guerra de los demonios romanos en un banquete abominable. En su lugar creció más Roma: otra ciudad romana con sus teatros, circos y termas. En Híspalis, años atrás, Scaeva se lo había repetido muchas veces a Valentiniano. Una y otra vez le machacaba en su cabeza lo que su antiguo amo, el Zurdo, le decía: estamos unidos por un destino común. Nuestros pueblos han desaparecido, nuestras costumbres ya nadie las recuerda, y hasta hemos perdido los dioses y la lengua. Somos fantasmas viviendo en un mundo ajeno a nuestra historia. Los últimos de un tiempo agotado.

—Bien, Balaur. Así te llamaré si es tu deseo —le dijo Bendis para agradar a Valentiniano—. ¿Tenemos algún plan más allá de estar todo el día encerrados en esta casa, alimentando sueños imposibles?

—¿Y tú los tienes, Bendis?

—Aún mantengo algunos sueños intactos.

—¿Me los puedes contar?

Bendis se arrimó al hogar y echó sobre un caldero que calentaba el fuego carne y verduras para hacer una sopa. De espaldas al dacio, le respondió:

—Vivir y sentir como vivimos y sentimos juntos en Roma. Hace ya casi diez años. ¿Lo recuerdas?

—Lo que recuerdo con más satisfacción de Roma son los cuellos que recorté por venganza y en honor a mi padre.

—Eso te hizo sentirte el guerrero que nunca pudiste ser. Pero estoy seguro que no te hizo más feliz. La guerra terminó hace muchos años.

—Tú no sabes lo feliz que me hizo ver a aquellos depravados con el miedo en sus ojos y las manos en la garganta intentado que la vida no se les fuera por un cuello rebanado. Me llegó a proporcionar tanto placer que empecé a tener miedo de mí mismo y a pensar…

Lo interrumpió Bendis.

—…y a pensar que la venganza es más excitante que una mujer placentera. Me lo has dicho miles de veces. Y cada vez que oigo esa frase, más triste me pongo.

—¿Por qué?

—Lo sabes bien. También te lo he explicado muchas veces. No es grato oír que la venganza supere en satisfacción al amor. Y que incluso la sangre derramada te surta más excitación que mi cuerpo. Aún soy bella. Pero el odio te ciega.

Valentiniano se levantó para servirse una copa de vino. Se encontró a su paso un perro al que dio un puntapié, y el animal salió gruñendo hacia el exterior de la casa. La puerta abierta dejaba entrar un tibio sol de verano y las voces en latín de los nuevos dueños de su viejo pueblo. Valentiniano apuró el vaso y se limpió la boca con la manga de su túnica.

—Odio a esos romanos con todas mis fuerzas. Si pudiera hacerlos desaparecer a todos bajo una lluvia de fuego y brea, lo haría.

Bendis apuntó al corazón del dacio con su pregunta:

—¿También a tu hermana?

Valentiniano la miró con cierto desdén y mucho desprecio.

—También a ella. Al fin y al cabo, es romana. Se casó con un romano y tiene hijos romanos. Ya no es mi hermana. Jamás quiso reunirse con nosotros y regresar a su viejo hogar.

Bendis enfureció.

—¿A qué hogar te refieres? ¿A qué pueblo? Nada de eso existe más allá de tus locas ensoñaciones. Tu hermana fue esclavizada siendo una niña que ni siquiera sabía hablar. Y tuvo la suerte de caer en manos de un buen hombre, de aquel centurión llamado Cornelio que la crio como si fuera la hija que nunca pudo tener con su esposa.

—¡¡Ella era dacia!!

—Ella no podía ser más que romana, querido Balaur. Y los dioses le concedieron un destino que pocos hemos podido disfrutar. Hoy es una mujer con patria, lengua, dioses e hijos. Lo tiene todo. Y ni tú ni yo, pese al dinero que ganaste como gladiador, tenemos nada. Somos unos miserables con muchos sestercios. Pero con una vida arruinada.

El perro volvió a entrar en la casa seducido por el olor de la sopa sobre el fuego. Y nuevamente se encontró en el camino con el pie rocoso de Valentiniano. Esta vez no le gruñó, sino que le hizo frente y quiso morderlo en la pierna. Valentiniano lo esquivó, y, con un viejo bastón que tenía a mano, empezó a golpearlo. Bendis comentó con sorna:

—Que los dioses le den larga vida a ese perro, porque los palos que se lleva él me los evita a mí. Tanto odio te llevará al infierno,

Valentiniano.

El joven dacio, al oír su nombre romano, levantó el bastón y fue a descargarlo sobre Bendis. Odiaba ese nombre por lo que tenía de ajeno a su mundo y porque así lo llamaron como esclavo. Se arrepintió y detuvo el garrote cerca de la cabeza de la bella dacia, que se lo reprochó:

—Cada día te pareces más a Denter…

Valentiniano arrojó el bastón a los pies de la mujer y salió a la calle. Se fue borracho de odio y rencor, enemistado con el mundo y consigo mismo. Amargado y siniestro. Montó en su caballo y salió de la ciudad buscando algo de paz en el silencio del bosque, pero seguía escuchando la voz de su hermana cuando diez años atrás lo rechazó: «No, no iré contigo. No se quién eres. Y tampoco te quiero como hermano. Soy romana y en Roma seguiré.» Desmontó y bebió agua de un arroyo fresco y sonoro. Vio su rostro reflejado en la corriente y le pareció ver la faz iracunda de Gebeleizis, el dios dacio de la guerra, del fuego y de la lluvia. El agua lo calmó. Se dejó caer sobre la hierba y fijó sus claros ojos llorosos en el cielo. Sentía cierto incordio por lo que le había hecho a Bendis. Y hasta la piedra rocosa que tenía por corazón reconoció, en la para él injustificable debilidad de un asalto sentimental, que los mejores días que vivieron juntos fue en Roma. Allí le dio a su bella acompañante el nombre de Bendis, la diosa tracia del campo, de la magia, del amor y de la maternidad. Habían pasado los años y se encontraba solo, acompañado de quimeras y sueños imposibles. Los que forjó desde un insuperable rencor y odio a Roma.

Felicidad (1)

La casa de Valentiniano en la nueva capital de la Dacia era romana, tan romana como podía serlo una de Pompeya, Brindisi, Córdoba o Tarragona. Igual que todas ellas. De las viejas construcciones dacias no quedaba ni el recuerdo. Paradójicamente, el techo que amparó a sus padres de la nieve y las tormentas, que les dio la sombra en verano y la calidez en los duros inviernos, había sido sustituido por el amparo constructivo de los nuevos señores de las tierras de su antigua nación. Hasta las casas hablaban y pensaban, si pudiéramos expresarlo así, en latín. La de Valentiniano no era una *domus* señorial. Esas quedaban para los colonizadores que, con el paso del tiempo, lograron ascender en su *status* gracias a las ventajas facilitadas por Roma a los nuevos ocupantes: tierras, casas, cierta comprensión financiera y… esfuerzo y trabajo propio. La Fortuna no solo te ayudaba jugando a los dados,

también en partidas tan arriesgadas como la colonización de un territorio era fundamental contar con sus servicios. Hubo colonos que progresaron. Otros que se hundieron. Los que consiguieron instalarse en la terraza cómoda y confortable de las nuevas elites locales repitieron el modelo romano de sociedad. La Dacia cambiaba de manos. Y Roma imponía sus leyes.

La casa de Valentiniano gozaba de espacio, luz, pozo propio y unas letrinas situadas en un rincón de un pequeño huerto. Sobre el dintel de la puerta de entrada un falo de piedra le garantizaba cierta inmunidad ante el mal de ojo. El falo llevaba escrito la siguiente leyenda: *Hic habitat felicitas.* «Aquí vive la felicidad». Toda una declaración de principios, retórica y falsa, como podían atestiguar desde las lágrimas clandestinas que Bendis derramaba cuando se ausentaba Valentiniano hasta el lomo del perro sobre el que un amo iracundo y atizador descargaba sus irascibles venenos personales.

Valentiniano jamás pensó vivir en una casa a la romana. Desde que salió de la capital del Imperio, tras el desastre anímico sufrido por la negativa de su hermana a regresar con él a las tierras de sus padres, su rechazo a todo lo que fuera, oliera, significara o recordara a Roma se había multiplicado por mil en sus entrañas. Odiaba a Roma como Hera a Hércules. Y no cabía en aquel mundo que detestaba pero que, igualmente, lo rodeaba, abrazaba y sumergía sin que pudiera zafarse de redes tan poderosas. Podía moverse libremente, pero seguía siendo un esclavo como en Híspalis. Era como un pájaro sin alas. O peor aún: sin un cielo donde poder volar. En la arena, cuando había peleado contra otros gladiadores, jamás se encontró con una malla tan tupida y eficaz como la que Roma había volcado sobre el mundo, reduciéndolo y doblegándolo con la fuerza de sus legiones, la penetrabilidad de sus costumbres y la imposición de una lengua que había llegado a ser tan poderosa como la griega. El pie de Roma era tan aplastante como el de Alpo, aquel ser monstruoso que habitaba en Sicilia y que alcanzaba al sol y molestaba a la luna y a las estrellas. Causaba tanto terror entre los pastores de la isla, de los que se alimentaba practicando un abominable canibalismo, que ni el dios Pan osaba tocar su siringa mientras apacentaba a sus rebaños. Dicen que cuando murió a manos de Dionisos, cayó estrepitosamente sobre el mar, levantando una ola tan descomunal que cubrió el monte donde estaba sepultado su hermano Tifón, enfriando por un tiempo los vómitos ardientes del Etna.

Los vómitos de Valentiniano, invariablemente, seguían siendo de puro odio. Por mucha felicidad que aquel falo del dintel de la casa pudiera indicar, el mal de ojo de las Furias dormía todas las noches

bajo aquel techo de tejas y maderas. Mientras observaba el fuego de la chimenea antes de que el sueño lo venciera, Valentiniano creyó ver, en alguna ocasión, el rostro de Negera, con su cara de perro, sus cabellos de serpientes y sus alas de demonio, sonriéndole mientras le soplaba el espíritu del rencor y la discordia, que le llegaban hasta lo más profundo del corazón como si fueran la confortable llama que ardía en la chimenea. Nada de lo que vivía era lo que buscó cuando salió de Hispania y, posteriormente, de Roma. ¿Existía realmente lo que añoraba o solo era ya un fantasma más de los muchos que poblaban su derrota vital?

Felicidad (y 2)

Ni el aire olía igual. Ni el cielo tenía los matices que se llevaron sus ojos a Hispania. Ni de las casas se escapaba el olor fuerte y macerado de las carnes de caza hechas a fuego lento y sazonados con las buenas hierbas de los montes. Ni llovía como entonces. Ni algunos ídolos semidestruidos que en su infancia le parecían gigantescos ahora despertaban en su ánimo emoción alguna por sus proporciones, tan rebajadas. Ni las mujeres eran tan rubias y esbeltas como las de su niñez. Ni había músicos que interpretaran en las calles las melodías que había escuchado tanto tiempo atrás. Nada de lo que fue buscando a la tierra de sus padres se parecía al recuerdo que guardaba de ella. Valentiniano no acababa de aceptar que el pasado siempre es una estrella fugaz tan rebelde que no consiente dejar atrapar su magia en unas manos mortales. Y menos aún, en el corazón. El pasado es una contribución de difícil pago. Un impuesto brutal que hay que pagar con monedas tan caras como los recuerdos y que suele arruinar la vida que los dioses aún te quieran proporcionar. Vivir en lo que pasó es morir en lo que está pasando, enterrarte en vida por causa de una muerte que no te toca.

Durante el largo viaje desde Roma hasta la nueva capital dacia, una viva ansiedad lo había obligado a cabalgar más de lo razonable, imprimiéndole a las jornadas más horas que las de los legionarios cuando van hacia un objetivo militar. Decían que Hadriano, el nuevo emperador, era tan exigente con sus soldados como consigo mismo: comía del mismo rancho, dormía al sereno y cabalgaba con ellos a pie las horas que marcara la ruta de la marcha. Valentiniano lo habría agotado. Al emperador y a sus legiones. Agotó hasta la muerte a dos caballos y solo el temple y la fuerza de ánimo de Bendis no sucumbieron a la obsesión de aquella marcha sobrehumana. El joven,

apuesto y rubio dacio solo miraba hacia el norte y de vez en vez dejaba escapar un grito repleto de furia hacia las montañas que tendría que atravesar, que a Valentiniano le parecían murallas inexpugnables que había que conquistar para alcanzar su sueño de volver y recobrar el pasado.

—¡¡Odio eterno a Roma y larga vida a la tierra libre de mi pueblo!!

Su proclama era repetida, tras la tronante intensidad de su voz, por las paredes de los montes, que la rebotaban de pico en pico hasta hacerla languidecer a muchas millas* de distancia. Durante ese tiempo, el dacio permanecía en pie sobre los estribos del caballo, como si el eco fuera la respuesta de un ejército universal y megalítico que respondiera a su arenga. Entonces se volvía, miraba hacia atrás y le dedicaba una satisfecha sonrisa a Bendis.

—Lo lograremos, Bendis. Algún día no lejano lo lograremos. Y ese día lo celebraremos juntos. Y beberemos para celebrar la muerte de nuestros valientes padres y la vida de los dacios que liberaremos y hoy son esclavos de todo el Imperio.

Bendis lo miraba, esbozaba una serena y medida sonrisa de aprobación y le imploraba con los ojos, sin decirle nada, una parada para descansar. Pero Valentiniano estaba en lo suyo. En ver convertidas las águilas de Roma en pollos silvestres asados al pincho que le entraba por el culo y le salía por el hueco que había dejado el cogote cercenado.

—Lo lograremos, Bendis. Lo lograremos. Y entonces levantaremos en el centro de la Dacia una columna el doble de alta que la de Trajano, llena de legionarios caídos y de cabezas romanas en manos de nuestros guerreros. Lo veremos. Algún día levantaremos esa columna, Bendis. Y la paz será conmigo para escapar del poder de Hera y de Negera.

—¿Y serás entonces feliz? —le preguntaba Bendis.

—Plenamente. Tanto como cuando mi espada vivifica su metal al beber la sangre de un romano…

Propugnator

Lo único que encontró Valentiniano en su viaje de regreso a un paraíso perdido fue un infierno inesperado. Y en él, sobreviviendo fantasmagóricamente, almas penando su condición de esclavos o de tontos y locos, aceptados por los vencedores como se acepta a un perro callejero que agradece un trozo de pan duro tirado sobre el suelo para alimentar su triste destino. En una taberna de la nueva

capital descubrió la presencia vencida, canosa y humillada de un viejo amigo de su padre. No importa ni recobrar su nombre, porque él mismo, como para olvidar el pasado que tanto le sangraba, había escogido para la nueva situación uno latino, Propugnator, el campeón. Sin duda, un sarcasmo con el que el viejo dacio sobrellevaba su destino fatal entre romanos, que hasta entonces le habían respetado la vida. Que un vencido se ría de su suerte para halagar así la de los vencedores siempre surtió el mismo efecto que el cuello que un lobo sumiso pone a disposición del macho que lidera la manada: una muestra de subordinación, aceptación e inferioridad que te convierte en un borracho o en el tonto del pueblo. Nunca suele haber sitio para los vencidos. Quizás en el fondo de una botella, en la escalinata de un templo pidiendo limosnas o sirviendo de mofa para los vencedores.

Valentiniano se encontró con Propugnator en los primeros días de su regreso, años atrás, a la nueva capital dacia, bautizada Ulpia Traiana Sarmizegetusa. Lo descubrió en el fondo tenebroso de una taberna, pero no lo reconoció. Los años y el fracaso lo habían convertido en una caricatura del bravo soldado que fuera tiempo atrás, cuando se enfrentó junto con el padre de Valentiniano a la imparable maquinaria militar de Trajano. Fue Propugnator el que avanzó hacia el joven rebelde y le preguntó en su lengua:

—¿Sabes hablarla?

A Valentiniano se le iluminó el rostro como quien descubre agua en el desierto.

—Si no se te ha olvidado a ti, ¿cómo podría olvidarla yo? —respondió Balaur.

—Sé quién eres, no has cambiado mucho. Quizás para mejor.

—Yo, en cambio, no sé quién puedas ser tú. ¿Cómo te llamas?

El viejo vaciló. Miró a su alrededor e invitó a Valentiniano a salir de la taberna. Había demasiadas orejas romanas que podrían irritarse oyendo lo que aquel viejo iba a decirle al joven.

—Salgamos —dijo Balaur sin dejar de hablar su lengua paterna.

Fuera un confortable sol de verano invitaba a caminar por los espacios públicos de una capital que olía a nueva, a recién construida. Caminaron por sus calles sin dejar de sorprenderse de sí mismos.

—Yo fui un gran amigo de tu padre. Peleamos juntos. Y recuerdo aquel día en el que él decidió que tú ya tenías edad para ser un guerrero. El mismo día en que murió en combate y a ti te esclavizó un legionario de Roma

—Scaeva…

—¿Cómo dices?

—Un nombre que encierra una larga historia. Pero, dime, ¿tú cómo

te llamas? No logro reconocerte.

—Mi nombre dacio se lo llevó la derrota. Me llamo Propugnator. Gracias a ese nombre aún sigo aquí. Me toman por loco y eso lo respetan los romanos.

Valentiniano no lograba acordarse de aquel viejo. ¿Estaría loco de verdad? Por más que lo miraba era incapaz de recordar uno solo de sus rasgos, desprender del zarzal de arrugas y manchas que tenía su rostro la piel tersa y vívida que tuviera diecisiete años atrás.

—¿Qué suerte corrió tu hermanita, Balaur?

Valentiniano lo miró entre el estupor y la sorpresa. En un imperio con casi sesenta millones de romanos, desde oriente hacia occidente, desde los grandes bosques del norte a las arenas ardientes de África, era la primera persona que lo llamaba como lo llamaron sus padres: Balaur, el dragón. ¿Quién era aquel viejo? ¿Por qué no le revelaba su nombre dacio? Y, sobre todo, ¿cómo seguía vivo cuando la guerra desplazó a casi dos millones de compatriotas y más de quinientos mil habían sido esclavizados? ¿Qué escondía aquel viejo para haber sido capaz de sobrevivir a tanta calamidad, a tanta desgracia y a tan severo trato de los nuevos amos de la Dacia? Valentiniano guardó la calma. Selló su boca y su alma. No quería mostrar sus sentimientos hasta saber un poco más de aquel Propugnator que, realmente, había sido un campeón ganando la batalla de la supervivencia. Valentiniano le contestó, seco y brusco, a la pregunta sobre su hermana.

—No tengo hermana, Propugnator. Hace muchos años que dejé de tenerla…

¿Celos?

—¿De dónde vienes, Balaur?

—De respirar y serenarme.

—Estuviste a punto de darme un estacazo. Nunca lo habías intentado.

—No lo hice, Bendis. Pero me llamaste premeditadamente con mi nombre romano, que detesto. Y luego me comparaste con Denter, tu despreciable amo en la Bética. Lo hiciste para dañar mi corazón.

Bendis calló. Y luego quiso saber algo más de su ausencia. Quizás celosa. Quizás precavida.

—Tanto tiempo en el bosque… a solas…

—Con mis recuerdos. Con esos que me asaltan como piratas a un barco para saquearlo y dejarlo a la deriva.

Bendis calló nuevamente. Intentó buscar otro camino para saber

qué había hecho un hombre que siempre la había respetado y que jamás intentó pegarle con una estaca en la cabeza.

—Nuevamente ha venido a casa Propugnator. No me gusta nada ese viejo. No comprendo cómo pudo sobrevivir a tanta calamidad.

—Es un pobre diablo. Está loco. No le prestes mucha atención.

—Le he dado de comer y le he regalado unas monedas. Espero que no te contraríe.

Balaur había extendido los brazos sobre la pared y dejó caer la cabeza. Parecía más relajado, como si los recuerdos que había rememorado en el bosque le hubiesen abierto los ojos para hacerle comprender lo que nunca quiso aceptar. La Dacia no existía. Su pueblo, diezmado y vencido, vagaba por las montañas en un afán de sobrevivir al cataclismo que Roma desencadenó sobre sus tierras, haciendas y familias. Y lo único que quedaba de todo aquello eran sus recuerdos, alimentados por el odio, y un viejo loco llamado Propugnator, al que le apaciguaba el hambre y le daba unas monedas por el placer, transido de una febril añoranza, de hablar con él en la lengua de sus padres, para reconstruir su perdido pasado. Bendis volvió a la carga.

—Ten cuidado con él. No me gusta nada. Seguro que le habrás contado cosas de tu vida en Híspalis.

—No mucho.

—Lo suficiente para sacar provecho de cualquier involuntaria indiscreción. La vanidad puede a los hombres. Estoy segura que le hablaste de tu pasado como gladiador invencible.

—Deliras, mujer.

—¿Le has contado las vidas que segaste en Roma por tu deseo de venganza?

—¿Me crees tonto, Bendis?

—¿Ni los cuatro legionarios que, en el camino hacia aquí, ahogaste y hundiste en los pantanos cerca de Venecia para alegrar tu corazón?

—A veces pienso que no sé con quién crees que compartes tu vida, mujer.

—Con el hombre al que más quiero. Y que no quisiera perder por nada en el mundo. ¿Lo puedes entender?

Balaur se giró hacia ella y la abrazó fuertemente contra su pecho. Un abrazo como hacía tiempo no le daba y que espantó de su alma la furia que desencadenaba la maldita Negera. La besó apasionadamente. Y ambos se dejaron caer sobre el suelo para amarse como dos condenados a muerte a los que les fuera concedida esa última gracia.

—¿Me amas, Balaur?

—Como nunca antes supe amar a nadie.

—¿Nunca me abandonarías por otra mujer más joven?
—Ninguna sería tan hermosa y sabia como tú.
El dacio aceleró su acometida sexual y un desgarro de placer infinito llenó de felicidad, por primera vez en mucho tiempo, aquella casa que sobre el dintel de la puerta de entrada tenía un falo con la leyenda ya sabida: Hic habitat felicitas.

Planes

Cuando el gallo cantó la explosión del alba, Balaur ya había desayunado unas gachas y sobras de la comida del día anterior. Dejó en la cama, dormitando dulcemente la resaca de una noche de amor pleno, a Bendis. Se cruzó con el perro antes de salir a la calle y le tiró un hueso de pollo para que se entretuviera. El joven no descartó ver en los ojos del perro un respingo de asombro, una enredada controversia entre lo que su memoria guardaba del carácter agrio de su amo y aquel gesto generoso que acababa de tener. Poco después Valentiniano estaba ejercitándose en la palestra, realizando duros ejercicios físicos con pesas de plomo y piedra, que posteriormente se multiplicaron con sesiones natatorias en la piscina. Cuando finalizó dos horas de intenso ejercicio se fue a las termas. Le recordaban a las de Cara Pescao en Híspalis porque estaban limpias, esmeradamente adornadas con caballitos de mar y delfines y eran, igualmente, muy aconsejables para estar al día de lo que pasaba en la ciudad. Dos romanos hablaban entre ellos.
—Ayer una patrulla que se internó en el bosque regresó con varios dacios rebeldes. Vivían en las montañas, pero bajaron porque el hambre los acucia. El espíritu de Trajano aún los persigue...
—Pero ¿todavía existen dacios?
—Los que quedan serán borrados de la faz de la tierra.
Valentiniano puso atención a los comentarios. Se había tendido sobre una toalla de algodón egipcio y cerró los ojos, como si no le interesara nada de lo que allí se hablara. Siguieron los comentarios.
—¿Fue un encuentro casual o una cacería programada?
—Programada. Nuestros oficiales manejaban buena información.
—¿Del mismo de siempre?
Valentiniano no pudo evitar abrir los ojos como si con los ojos abiertos fuera a escuchar más y mejor.
—Del mismo de siempre. Del mismo que delató a los oficiales de Decébalo cuando Trajano entró en la capital dacia. Del mismo que ha sobrevivido desde entonces gracias a traicionar a los suyos…

—Es todo un campeón, ¿verdad?

Ambos rieron y a Balaur se le heló el rostro y el corazón lo sintió atravesado por el agudo dolor de la decepción. Una más. Una tan grande como la que vivió en Roma con su hermana y como las sucesivas que sufrió cuando volvió a la Dacia. Él mismo musitó:

—Campeón, campeón, campeón… Maldito seas, Propugnator, entre todos los hombres del mundo. Que la tortura del agua sea lo más leve que te pase en vida.

Roma castigaba con crueldad desmedida a sus delincuentes o a sus condenados. Una de las torturas más excesivas era la aludida por Balaur para acabar con Propugnator. Consistía en amarrar el cuerpo desnudo de un hombre con un alambre de espinos. Luego se procedía a taparle la boca con paños y telas al torturado, para evitar que vomitara. Por medio de tubos conectados a la nariz se le iba introduciendo agua hasta que el abdomen se inflamaba tanto que se le clavaban los espinos del alambre. El exgladiador entró en casa con el rostro cambiado. Bendis lo esperaba con planes que exponerle, tan atractivos como ilusionantes. Lo saludó.

—Hola, amor.

Balaur no contestó. Se fue hacia la pared donde tenía colgada su espada y la sopesó en su mano con rabia y ganas de emplearla.

—¡¡¡Propugnator, Bendis, Propugnator!!! Es lo que me quedaba de la vieja Dacia y resulta que es una serpiente venenosa. ¡¡¡Un deleznable traidor!!!

Serenidad

—¡¡Devuelve esa espada a su sitio!! —habló imperativa Bendis—. Cuélgala de la pared y cuéntame lo que ha pasado.

—Un romano jamás permitiría que su mujer le hablara así ni que se entrometiera de tal forma en sus asuntos.

—Pero tú no eres romano, Balaur. ¿O lo eres? —Bendis hizo una pausa observando su reacción. Luego fue a lo importante:

—No discutamos eso en este momento. Habla. Dime, ¿qué ha pasado, Balaur?

—No es tiempo para hablar. Propugnator acaba en este momento de comprar sus monedas para que Caronte lo lleve al infierno.

Bendis se echó sobre Valentiniano. Lo agarró con fuerza y, suplicante, lo miró a los ojos y le pidió que se explicase. Valentiniano rebajó su furia y creyó conveniente decirle a su esposa, una vez más, que llevaba razón.

—Es como tú dijiste, Bendis. Ese viejo es un traidor. Él es el que delata a los pocos dacios que quedan en las montañas y en los bosques a cambio de que los romanos le perdonen la vida.

—Y a cambio también de ese *panis cibarius* que les repugnaría comer a los cerdos y de que le permitan dormir con las bestias en los establos.

—A cambio de eso traicionó a los nuestros en la guerra contra Trajano y, desde entonces, ha servido de delator a los romanos. Voy a matarlo. Tengo que matarlo, o nunca nuestros muertos encontrarán la paz.

—Serénate, amor. Si es así como dices, en absoluto es prudente empuñar la espada contra ese viejo repugnante. Sigue siendo muy útil a los romanos y si le ocurriera algo no pararían hasta dar con el responsable de su muerte o desaparición.

Valentiniano se zafó del abrazo de Bendis con dulzura. Tiró la espada contra el suelo y tomó asiento absolutamente hundido.

—Ese asqueroso viejo no puede seguir viviendo. Solo su sangre pagará la alta traición que viene perpetrando desde hace muchos años.

—Se hará, Balaur. Pero todo tiene su tiempo y su forma. Debemos hacer planes y salir de esta mentira sobre la que vivimos cuanto antes. Buscar otro sitio para vivir y soñar de verdad. Quizás antes de marcharnos Propugnator pueda sufrir una enfermedad grave o un accidente mortal…

El dacio se serenó y alabó la cordura de su esposa.

—Ya quisiera Roma que Minerva tuviera tu sabiduría. Eres el agua que apaga mi fuego.

—Si tú ardieras, sin miedo me abrasaría. Te amo tanto, Balaur…

Convinieron ambos, por la fuerza argumental de la exposición de Bendis, que la relación con Propugnator no debería verse alterada. Todo seguiría igual que siempre, como si ninguno de los dos supiera la clase de alimañas que alimentaban el alma de aquel traidor. No era necesario hacer ningún movimiento que levantara sospecha. El tiempo es el mejor arquitecto del mundo y sabe poner cada sillar en su sitio. Bendis acarició las sienes del impulsivo dacio y cerró aquel desasosegador encuentro matinal deseándole una noche mortal al viejo:

—Que los dioses le hagan soñar con un pez rojo…

—¿Qué quieres decir, Bendis?

—Acuérdate de lo que decían en Híspalis de los esclavos y de los delincuentes: que si soñaban con un pez rojo era presagio de tortura. ¿Y quieres a un delincuente mayor que Propugnator?

—Pues soñemos ambos con estrellas fugaces, que es un sueño propicio para los que están planeando un terrible crimen. También lo decían en Híspalis…

Dinero

El sesenta y cinco por ciento de la población romana vivía al límite; en ese porcentaje se encontraban esclavos y libres. Vivir al límite significaba correr el riesgo cierto de morir a consecuencia de cualquier trastorno corriente y moliente, ya fuera una catástrofe natural, una plaga, hambre o cualquier otra adversidad. En realidad, aquellos desheredados consideraban el mundo imperial como algo turbulento y lleno de desigualdades. La incertidumbre era una constante en sus vidas, y su situación sociopolítica, de absoluta sumisión. Poco o nada tenían que hacer frente al recaudador de impuestos, ante el acoso de un prestamista sin escrúpulos o ante la más común y frecuente de las situaciones sociales: la indigencia. Aunque fueran libres nominalmente, en realidad no eran menos esclavos que los que lo eran. Es posible entender así que, cuando la Dacia fue conquistada por Trajano, además de las elites escogidas en Italia entre las diferentes tribus para gobernarla y reproducir el modelo social y político imperial, también arrastrara a muchos aventureros que acudieron para ver el brillo del oro de las minas de Décebalo. Se alzaron nuevas ciudades, se activó el comercio, se multiplicaron las posibilidades de espantar la pobreza con un buen golpe de suerte en una tierra llena de oportunidades. En el 123 d. C. en la Dacia se hacía dinero. Y muy lejos de allí, en las brumosas tierras de Britania, Escocia, el nuevo emperador Hadriano lo invertía en hacer una de las obras públicas más potentes del mundo: el muro.

—Dime, Bendis, ¿en qué piensas?

—En viajar. En dejar esta tierra y marchar hacia Oriente. Quizás a instalarnos en algunas de los viejos asentamientos griegos del Ponto Euxino, en el Mar Negro.

—El dinero no durará siempre.

—Pero tú puedes conseguirlo enseñando a pelear en cualquier escuela de gladiadores, Balaur.

—Aquí se mueve con rapidez el dinero, Bendis. Las minas de nuestro amado rey Decébalo siguen produciendo oro. Mucho oro. Es justo que de las tripas de nuestra tierra nos toque algo.

Bendis movió la cabeza en un medido gesto de disentimiento.

—Siempre con el pasado en tu frente. Esta ya no es tierra de dacios.

Es Roma y les pertenece a los romanos. Ese oro sale de aquí y acaba lejos, muy lejos de la Dacia. Tenemos que ser hábiles y aprovecharnos de cualquier situación que nos presenten los romanos.

Balaur se puso en guardia, muy serio:

—No me pidas que sea Propugnator, mujer. No me insultes.

Bendis se levantó y se sentó sobre las piernas de Balaur. Continuó acariciando con ternura el rubio cabello del joven mientras le decía, suavemente, al oído:

—¿Un insulto es hacer planes de futuro? Ahí fuera las mujeres pueden ser actrices, comadronas, sacerdotisas, limpiadoras y putas. Yo hilo la lana, mantengo el hogar encendido, no te falta la comida. Pero creo que puedo ser una carga más ligera para tus hombros. Pensemos en abrir un negocio.

—¿Un negocio? ¿Tú me ves cara de tendero, de frutero, de vendedor de perfumes?

—Tú no. Pero yo sí. Y es el momento de ir pensando un buen plan.

Balaur se rascó la cabeza, confuso pero ciertamente entusiasmado. Bendis le habló:

—¿Soy una carga muy pesada para tus hombros? —le preguntó insinuante y rozando sus labios con los del dacio.

—Como una vaca gorda —le respondió él, a la vez que la cargaba sobre sus hombros y la tendía sobre la cama. Parecía que en el corazón del amargado dacio se abrían paso, con la resistencia, no obstante, que el moho le opone a un pestillo para que se deslice con suavidad, los dulces consejos de Venus. El amor y el dinero, si viajan juntos, son capaces de salvar cualquier muro…

CAPÍTULO II

«Levantaremos un muro de océano a océano»

(Hadriano)

Britania, Pons Aelius (actual Newcastle)

El muro

En el 122 después de Cristo, el emperador más viajero que tuvo Roma, Publio Elio Hadriano, había desembarcado en Britania para hacer visible uno de los aspectos más novedosos de la nueva política imperial. En total desacuerdo con la apuesta expansiva y difícilmente sostenible de su antecesor, el nuevo emperador italicense, el «grieguecito», como ya empezaban a llamarlo por su apego al mundo helénico y su polémica costumbre de usar la barba, había redefinido las fronteras del Imperio. Abandonó muchas de las conquistas realizadas por Trajano, su padre adoptivo, buscando reducir gastos militares y hacer más segura y fuerte la vida en el interior. En la primavera del 122 Hadriano desembarcó en Britania acompañado por la legión VI Victrix, acantonada hasta entonces en Xanten, Germania. En la isla se le unieron más soldados procedentes de otras provincias, como la legión VII Gemina acantonada en León, Hispania, y al menos la I Cohorte Hispana, una unidad auxiliar. Miles de legionarios de refuerzo ponían sus pies en aquellas tierras brumosas, verdes pero atormentadas por unas lluvias incansables que la llenaban de pantanos y de oportunidades para las emboscadas de los caledonios, tribus del norte que jamás se doblegaron al yugo romano. Britania también era rica en plomo y estaño. Dos poderosas razones para que Roma la hiciese suya.

El muro comenzaba a dibujarse en el neblinoso horizonte del este de la isla, a la altura del río Tyne, para trazar una frontera física de 78 millas, aproximadamente, hasta el actual golfo de Solway, en el oeste isleño. Algunos de los legionarios que se afanaban en levantarlo bromeaban con la pesadez de un trabajo tan extenuante.

—Aún recuerdo las arengas del emperador que todos celebramos con vítores. ¿Las recordáis?

—Tan inolvidables como el peso de estas piedras que cargamos.

—Nunca las olvidaremos. Con lo bien que estábamos en Hispania… Bético tenía que ser el maldito...

—Shhhhhhh. Sé prudente, si no quieres que te veamos mañana colgado de un árbol para que te coman las alimañas.

De una de las arengas que Hadriano dedicó, para estimularlos, a los muchos legionarios que envió a la isla, en el corazón de los soldados se quedó grabada, orgullosamente, la tarea hercúlea de la que iban a ser protagonistas: «Este muro unirá las orillas de ambos océanos». Desde el este hasta el oeste. Un muro de sillares de piedra con un grosor de 10 pies, aproximadamente, y una altura de 16 pies, aproximadamente. Entre las casi ochenta millas que tendría su alcance se ubicaron catorce fuertes principales, una puerta cada casi cinco mil pies y ochenta fortines. Un oficial al mando de las obras, Pontius, no acababa de ver la función militar de aquella locura. Tanto el grosor como la altura del muro eran perfectamente franqueables por los caledonios y, además, era vulnerable en muchos puntos de su estirado kilometraje. ¿Qué sentido tenían entonces aquella concentración de soldados y la inversión que se estaba realizando? ¿No era el propio emperador el que había propuesto una contención en el gasto militar para no anticipar la ruina de un Imperio cada vez con menos fuentes de ingresos?

—A veces me desespero porque no acabo de entender lo que este muro significa —le dijo Pontius en reservada charla a otro oficial de su confianza, arrojando al suelo su vaso de vino de tosca cerámica local.

—Quizás porque sigues mirando el muro como una estructura defensiva, como una empalizada de piedra militar. Y no es eso —respondió su compañero mirándose con cierta pulcritud las sandalias, hasta donde había alcanzado el vino de la ira estrellado contra el suelo.

—¿Y tú lo entiendes?

—Creo que sí. Escucha, Pontius, por todos los dioses, este muro no es una frontera militar: es una marca fronteriza que intentará ganarse la paz de los pueblos del norte a través del comercio y de la pacificación territorial.

—Qué decadentes suenan esas palabras, amigo.

—Posiblemente sea así. Pero Roma no iba a ningún lado si seguía manteniendo la política expansionista del gran Trajano. Su heredero sabe lo que hace. Y te aseguro que no gastará la vida de un legionario en anexionarse un territorio que ponga en peligro a Roma y a sus provincias.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó extrañado Pontius.

—Porque yo mismo estaba en Roma cuando en abril del 121 celebró el emperador la fiesta que conmemora la fundación de la ciudad.

—¿Qué me quieres decir? ¡¡¡Yo también estaba allí, por Júpiter!!!

—Te quiero decir, Pontius, que, como bien sabes, ese día se celebra el trazado sagrado de la ciudad fundada por Rómulo, el pomerio. El emperador no hizo otra cosa que renovar las marcas y los mojones que limitan ese trazado, y solo los emperadores que sumaron más territorio al Imperio con sus conquistas tienen potestad de agrandar ese recinto sagrado. Fue un mensaje tan claro que Roma lo entendió. Nunca más nadie emulará al gran Alejandro. Nunca más…

La conversación fue interrumpida por un individuo de mediana edad, pelo canoso y facciones nervudas, que, con mucha educación, le alargó en un vaso de plata un vino griego a Pontius.

—Disculpe, oficial, no me gustaría que un día de tanto trabajo perdiera el placer de un buen trago de vino griego.

Pontius fue a cogerlo instintivamente, pero antes miró a su amigo. Y de forma abrupta dijo:

—No suelo beber con desconocidos. Y menos, si me ofrecen vino griego en vaso de plata.

El amigo de Pontius preguntó:

—Tu acento es muy peculiar. ¿Vienes de la Bética?

El amigo de Pontius aceptó el vaso, suavizando la brusca reacción del oficial.

—De allí vengo. Concretamente, de Itálica, la patria pequeña del emperador, que sigue amándola como cuando era un niño. Permíteme que me presente. Me llamo Aulio y trabajo para una sociedad local, una de cuyas socias pertenece a la familia Elio, Fabia Hadrianilla.

A Pontius se le pusieron los ojos en blanco.

—Y tú, oficial, ¿cómo te llamas, si no es una incorrección por mi parte saber tu nombre?

—Tiberio Claudio, oficial como mi amigo Pontius de la legión VI Victrix que acompañó al emperador a estas tierras.

—Pues brindemos por Roma y por el emperador en copas de plata.

Brindaron los tres sin estridencias, observándose, escudriñándose y esperando verle una salida distendida a una situación tan poco natural. Fue Aulio el que entendió que él era la llave que tenía que abrir aquel postigo.

—Nuestra presencia comercial aquí está más que justificada. El muro supone una inversión gravosa, pero, como dice mi patrón Cara Pescao, no hay ambición que no sepa pagar con creces el gran dios de

los comerciantes: mi amado y respetado Mercurio…

El accidente

Ocurrió todo muy rápido. Inesperadamente. Uno de los contrafuertes de las torres que, cada milla, jalonaban el muro se resquebrajó y cedió sobre la albañilería que allí trabajaba, con gran estrépito de voces, gritos de alerta y pánico ante el derrumbe. Un enorme bloque de piedra había caído sobre el muslo de un joven britano de las *cannabae* que crecía al influjo de los atractivos económicos y vitales del muro. Estas *cannabae* eran aldeúchas construidas con materiales ínfimos, chozos, cabañas de madera y paja, que solían proporcionar a los soldados servicios que no encontraban dentro del cuartel: desde tabernas con vino cabezón hasta servicio de prostitutas y otras oportunidades menos confesables al margen de la ley. En Hispania alcanzaron notoriedad las que convivieron en León con la Legión VII Gemina, enviada por Roma para vigilar, controlar y mantener el orden en una zona tan importante y atractiva para el Imperio como la explotación aurífera de la provincia. Las *cannabae* de León crecieron y se consolidaron con tanta vitalidad que llegaron ser el origen de la actual ciudad española.

Rubio, de ojos grises y de fuerte complexión anatómica, el britano accidentado había ido hasta el muro para darle a un soldado una buena noticia: en una de las tabernas podía recoger, cuando terminara su servicio, una pieza de caza que le habían encargado y que se la dejaban, a él y a sus compañeros más allegados, a un buen precio. No pasaría de los dieciséis o diecisiete años y gemía de dolor. El dolor lo expresaba en su lengua. Rápidamente fue asistido por algunos miembros de las tropas auxiliares cercanas a la zona del Pons Aelius, con guarnición militar de *vexillationes* de legionarios de la VI Victrix y la XX Valeria Victrix.

—¡¡Retírenle la piedra de su pierna!! ¡¡Deprisa!! —apremió alguien.

Soldados y algunos indígenas britanos que acompañaban al muchacho hicieron una palanca con un sólido ramal de roble mientras que otros empujaban para vencerla y desplazarla fuera del alcance del cuerpo del herido. Lo consiguieron. La visión era espantosa: el fémur estaba quebrado y astillado, y la presión brutal que ejerció la cantería sobre la pierna hizo aflorar el hueso, que había perforado su masa muscular hasta hacerse visible.

—Esa pierna ha muerto hoy —le dijo un auxiliar al médico.

—Otro lisiado más que se apunta este muro. Caen por días.

—Se va muy deprisa en las obras —dijo el auxiliar.

—¿Conoces alguna legión que sea lenta como una tortuga?

El médico dio orden de colocarlo con precaución en una parihuela y de llevarlo a la sala de curas. Ya pensaba en el serrucho y en cortarla. La pierna estaba destrozada: se infectaría y gangrenaría. Alzó la voz y les pidió a sus ayudantes que hicieran acopio de cerveza celta y de hierbas del sueño. El chico supo inmediatamente que le iban a serrar la pierna como si fuera uno de aquellos impertinentes y retorcidos árboles que se interponían en el trazado del muro y que había que eliminar. Sobreponiéndose a un dolor insoportables se incorporó en la parihuela. Y le gritó a los suyos en su lengua:

—¡¡¡Me van a cortar la pierna!!! Sacadme de aquí y llevadme a nuestro médico de la aldea. Estos romanos son unos matarifes. ¡¡¡Sacadme de aquí ahora mismo!!!

Uno de los britanos que medio se manejaba con el latín se lo explicó como mejor supo al médico romano.

—No quiere quedarse aquí. Quiere regresar a su casa, a nuestra aldea, y que allí lo vea el druida.

El médico romano, con una suficiencia profesional inalcanzable incluso para el vuelo de Ícaro, le contestó con desdén de escuela de Esculapio:

—Sea. Si prefiere que lo cure una ensalada de hojas de roble, esa será su voluntad. Pero que sepa que no juega solo con su pierna. Está jugando, posiblemente, con su vida.

—¿Me lo puedo llevar, entonces? —preguntó para cerciorarse el amigo del accidentado.

—No lo ata aquí ninguna ordenanza militar. No es legionario y puede irse cuando quiera. Pero recuerda bien lo que te he dicho. Y díselo así al perturbado del muérdago, al druida ese que lo va a atender: no solo su pierna es la que corre peligro.

El joven britano asintió con la cabeza como el que le da la razón a un loco. Luego dio un silbido característico y en muy poco tiempo el accidentado iba, ayudado por sus paisanos, camino de la aldea, absolutamente dominado por el dolor pero con una gran serenidad en su corazón.

—Los romanos lo cortan todo. Cabezas, árboles, ríos. Pero a mí no me cortarán la pierna.

Entre soldados (1)

La unidad básica, mínima en número, de organización del ejército

romano era el *contubernium*. Lo integraban ocho soldados de infantería que harían vida en común, estrechando lazos de compañerismo y camaradería, durante su estancia en la legión. Compartían tienda o barracón, impedimenta común, mula para transportar la pesada tienda de cuero para las marchas donde no había campamentos estables, el molino para moler trigo y las herramientas y utensilios comunes. Se decía que en el ejército romano había dos clases de mulas: las propiamente dichas, que servían solo para cargar y tenían cuatro patas, Y las otras, las de dos patas, que además de transportar una pesada carga sobre sus espaldas durante caminatas de veinte millas cuanto menos, luchaban, peleaban y morían o vencían. En Roma, durante un tiempo, se llamó a los soldados «las mulas de Mario» por haber sido Cayo Mario el autor de las profundas reformas que cambiaron el ejército preimperial. En el *contubernium* al que pertenecía el legionario que le había encargado al britano herido una pieza de caza solo se hablaba con cierto temor del poder de los druidas.

LEGIONARIO 1.—Dicen que los druidas pueden parar una batalla situándose en mitad de ambos ejércitos.

LEGIONARIO 2.—¿Tanto poder tienen?

LEGIONARIO 1.—Les he oído a nuestros oficiales que el gran Iulius César entendió que la mejor manera de vencer a los celtas era acabar con los druidas. Creían en la reencarnación de las almas.

LEGIONARIO 3.—Eh, vosotros dos, ¿hablamos o seguimos jugando a los dados?

Hubo un pequeño silencio, solo interrumpido por el chocar de los dados en un cubilete de cuero.

LEGIONARIO 1.—El britano vino hasta el muro para decirme que teníamos en la taberna de las *cannabae* un jabalí. Nos lo dejaba a buen precio. Comienzo a estar harto de tanta torta de trigo, guisantes, zanahorias y rábanos. Cada vez que cago mato a dos caledonios. Qué peste. ¿Quién puede ir a por la pieza?

LEGIONARIO 3.—Por un jabalí dejo el juego. No tengo servicio de guardia y puedo salir a recogerla antes de que den el toque de retreta.

LEGIONARIO 1.—Está bien. Si puedes, entérate de cómo está el muchacho. Y no seas un fungus, un cateto, capaz de dejarte engañar por esos bárbaros.

El legionario, mirándolo con cierto desdén, se despidió con un insulto muy común entre los romanos:

—Eres un *ructabundus,* una bolsa de pedos, ni cien camellos huelen como tú…

Se hizo nuevamente el silencio hasta que otro de los legionarios que

no habían intervenido en la charla, terció para decir:

LEGIONARIO 4.—He oído aquí por boca de algunos britanos que los druidas son capaces de hacerte regresar de la muerte. Como hace Isis con Osiris.

LEGIONARIO 1.—Eso es lo que más temen nuestros oficiales de las creencias de los caledonios: que la posibilidad de regresar de la muerte los vuelve guerreros temerarios y salvajes. Para ellos morir es una posibilidad nueva para vivir.

LEGIONARIO 2.—Y yo he oído decir que varios emperadores han luchado con la misma intensidad contra los celtas que contra los druidas. El centurión lo comentó alguna vez. Augusto, Tiberio y Claudio tomaron medidas severas para acabar con los druidas.

LEGIONARIO 1.—Nuestros gladios son muy importantes en la pelea. Pero para conquistar a un pueblo hay que vencer a sus dioses.

El resto del *contubernium* escuchaba a sus compañeros con algún respingo de inquietud en sus corazones. Estaban acostumbrados a pelear contra enemigos que sucumbían a sus espadas y lanzas; a superar grandes distancias soportando climas tan duros y adversos como los del desierto de África o las nieves de los Alpes; a cruzar ríos casi oceánicos y a luchar contra el hambre, la sed y la contrariedad de unas pésimas previsiones estratégicas ordenadas por sus mandos. Pero no a verse ante seres que volvían a renacer. Eso llevaba a los más indispuestos a pensar, a veces, si no era mejor desertar del ejército y enrolarse en una partida de piratas o bandoleros como habían hecho algunos legionarios.

LEGIONARIO 3.—Regreso rápido. Id pensando cómo haremos el jabalí.

ENTRE SOLDADOS (Y 2)

En el ambiente, pese a la fiesta que el jabalí prometía concederle a aquel *contubernium* harto de coles y de nueces, flotaba el miedo inasible que el romano le tenía a la brujería, la magia y los hechizos. Un ambiente al que no era ajeno el manejo, por parte de una masa indocumentada, de mitos brumosos que hundían al druidismo en escenarios de tinieblas tenebrosas, alimentados por sus tratos con los britanos de las infectas tabernas de las *cannabae,* donde no solo se hablaba de mujeres de anchas caderas y fácil acceso. También, cuando la cerveza celta hacía sus efectos, los soldados pegaban sus orejas al primer cuento que les contara el britano con el que se habían sentado para beberse un barril de cebada líquida fermentada.

LEGIONARIO 2.—Le tienen un respeto reverencial al roble. Dicen que druida significa «el que conoce al roble».

LEGIONARIO 1.—No sé por qué te sorprende eso. Nuestro olivo está consagrado a Minerva y el laurel, a Apolo. ¿Por qué ellos no pueden tener un árbol sagrado?

LEGIONARIO 2.—Eso es verdad.

LEGIONARIO 1.—A mí lo que me provoca cierta curiosidad es conocer cuál es el roble sagrado del bosque. No todos lo son y el druida es el único que lo conoce. Dicen que, vestido de blanco y con una corona verde sobre su cabeza, se sube al árbol acompañado por un joven que será sacrificado en sus fiestas y con una hoz de oro corta el muérdago.

Algunos de los legionarios que escuchaban sin intervenir en la conversación se miraron y sonrieron.

LEGIONARIO 1.—¿Por qué os reís?

Uno de ellos, quizás el más desenvuelto, respondió:

—Porque todos hemos pensado lo mismo. Encontrarnos con un druida vestido con una túnica blanca y con una hoz de oro puro en sus manos. Yo le daría el muérdago del roble…a cambio de que le perdiera el gusto a la hoz de oro.

Todos rieron para espantar del ambiente el pájaro negro de la aprensión y el desasosiego contenido. Otro intervino:

—Qué bien vendría esa hoz para los fondos en la caja de la legión que asegura nuestro retiro.

—O nuestro entierro —dijo otro.

Inmediatamente los soldados empezaron a tirarle verduras, castañas y nueces en señal de desaprobación por un comentario tan negativo.

LEGIONARIO 2.—Olvídate ya de tu nombre. A partir de ahora, por tu pesimismo insoportable, te conoceremos como: Supplicium, el Suplicio…

Nuevamente, el *contubernium* se alborotó. Y las risas espantaron todas las influencias nefastas que aquella conversación sobre druidas podría haber invocado.

LEGIONARIO 1.—Te temo, amigo. Más que a los druidas. Un día de estos me levanto con un nombre nuevo. Eres un especialista.

LEGIONARIO 2.—Este estaba tan a la mano como dicen que las golondrinas anidan sobre el tejado de los tribunales.

LEGIONARIO 1.—Jajajajaja. Cosas de pobres. Eso es lo que dicen los miserables de la calle sobre la Justicia: los pobres somos como las golondrinas, estamos cerca de los tribunales pero lejos de su protección.

El legionario que había ido por el jabalí a la taberna de las *cannabae* donde lo había dejado el britano accidentado entró en el barracón de madera de su unidad con las manos vacías.

Todos se le quedaron mirando y, espontáneamente, al unísono preguntaron:

—¿Y el jabalí?

Supplicium soltó una de la suyas, en tono sarcástico:

—Se lo habrán llevado al druida para que lo resucite…

LEGIONARIO 1.—No estamos para bromas. ¿Qué ha pasado con el jabalí?

LEGIONARIO 3.—He pensado que en la taberna lo podrán cocinar mejor que nosotros aquí. Además, han llegado chicas nuevas. Muy jóvenes. A las que tengo entendido les gusta la carne de toro romano…

LEGIONARIO 2.—Perfecto. ¿Y?

LEGIONARIO 3.—Que mañana saldremos para cenar en la taberna, dejar el jabalí en los huesos e intentar, después, con la barriga llena y la cabeza embotada de cerveza celta, hacer un poco más grande las *cannabae* de ahí afuera… abultando la barriga de algunas de esas chicas…

LEGIONARIO 1.—Me parece un plan perfecto para mañana. ¿Del muchacho de la pierna rota se sabe algo?

LEGIONARIO 3.—Nada. Absolutamente nada. Se lo llevaron al interior del bosque y lo habrán encerrado en el tronco de un roble…

LA SERPIENTE

Aulio, con el permiso militar pertinente, subió a una de las torres terminadas del muro. Le gustaba hacerlo en los días donde la niebla y la lluvia se daban un descanso. Aquel paisaje verde, ondulado y boscoso le transmitía mucha serenidad y contrastaba con los horizontes más ocres y pajizos de la Bética en verano. Serenidad y ensoñaciones. La curiosidad se le encendía en lo alto de esas torres y él, como Pompeyo más de cien años atrás en Jerusalén, entendía aquel bosque de robles como un templo natural, adentrándose en él con determinación y sin miedo. Dicen que Pompeyo salió defraudado del templo de Jerusalén porque no vio imagen alguna del Dios hebreo, cuya representación física prohibía la ley mosaica. Aulio nunca regresaba del bosque defraudado. Todo lo contrario: llegaba al muro revitalizado, como poseído por la energía de la selva y con el aliento de sus espíritus benefactores brincándole en el pecho, y sintiendo más

vida dentro de sí. Estas experiencias lo habían hecho tan adicto a aquel enorme templo verde que solía abandonar el campamento del muro para acercarse hasta las aldeas de los celtas más refractarios a las influencias de las costumbres romanas. Podría decirse que se sentía seducido por sus costumbres y juegos de guerra. ¿O había alguna causa más?

Era el día tan suave como la seda y tan dulce como una manzana. Y el comerciante de Itálica, representante en el muro de la sociedad de Cara Pescao, no se demoró más y bajó para mandar ensillar su caballo y salir a encontrarse con los misterios del robledal. No se abrumaba cuando la conciencia le indicaba que estaba sometido al mismo influjo seductor que los marinos de Ulises que, sin voluntad ante los cantos de sirenas, se ataban a los mástiles del barco para no sucumbir a sus bellas pero torcidas entonaciones. Hasta el momento había sabido manejar la situación y era él quien dominaba al bosque y no al revés. Pero ¿quién le decía que un día nefasto, escrito en los horóscopos como muy negativo para su suerte, aquel bosque que le parecía encantado no acabaría por devorarlo o jugar con él, como contaba Homero que en el estrecho de Mesina jugaban la roca Escila y el gigantesco remolino Caribdis con los barcos que osaban cruzarlo? Pese a tal posibilidad, que en vista de los acontecimientos no parecía remota, Aulio montó en su caballo, franqueó la puerta del muro cercana al Pons Aelius y, como el que va a ver el rostro de Isis, salió al galope hacia el bosque.

—Otra vez ha salido Aulio como si un pretoriano de Domiciano lo persiguiera —dijo en tono jocoso el oficial Pontius al verlo partir.

—Un día tendremos que acompañarlo —le contestó Tiberio Claudio —. No sé qué tiene ese bosque para que lo atraiga tanto.

Y ambos siguieron bebiendo y disfrutando de una magnífico día soleado tan infrecuente en aquella Britania repleta de misterios.

—¿Te gusta este vino, amigo?—preguntó con satisfacción Pontius mientras chasqueaba la lengua contra el cielo de la boca.

—Me recuerda a Roma. Lleva en su sabor el aire tibio del sur de Italia —le contestó Tiberio Claudio.

Pontius se sorprendió del paladar de su colega.

—Si eres tan fino con tus ojos como con tu paladar, ruego a los dioses que siempre me mantengan cerca de ti en la batalla. Tienes una puntería magnífica.

—¿Por qué lo dices, Pontius?

—Porque este vino es de Sorrento y, como verás, no tiene nada que ver con la *posca* que algunas veces bebemos con nuestros soldados.

—Por todos los dioses, Pontius, eso no es vino. La *posca* es vinagre

con agua. Hay borrachos que dejaron de serlo el mismo día que lo probaron…

Ambos compartieron las risas mientras que, lejos de aquella confortable velada, otra sonrisa saludaba, en el vientre del bosque, al jinete bético de Itálica. Una niña de trenzas como el color de la paja se le apareció cuando ni siquiera podía esperar una irrupción tan venial e inocente. La chica se echó mano al cuello y dijo en su lengua:

—¡¡¡Lug!!!

Aulio comenzó a sudar de emoción y respondió, sujetándose la serpiente de oro que llevaba al cuello:

—¡¡¡Lug!!!

Una propuesta ¿indecente?

—Es un vino excelente, Pontius. No puedo negarlo.

—Sí que lo es, Aulio. De lo mejor que ha llegado desde Italia a estas tierras tan remotas.

Tiberio Claudio no dijo nada. Bebía y escuchaba con ese frío cuajo que, a veces, lo asemejaba a una estatua votiva. Aulio había conseguido lo que llevaba tiempo esperando: que los dos oficiales de la legión que acompañaron hasta Britania a Hadriano lo invitaran a una tranquila velada social. La tarde era tibia y desde el otro lado del muro llegaban los sonidos del bosque. En aquella sala de piedra, tosca y despojada de superfluos ornamentos, solo destacaban un busto del emperador en un lugar principal y las insignias de la legión VI Victrix, donde resaltaba el estandarte que la identificaba: un toro con la testuz en posición de embestida y su mano izquierda percutiendo sobre el suelo. Los triclinios, usados solo para ocasiones muy especiales, no eran tan cómodos y lujosos como los de las casas señoriales de Itálica, pero a Aulio le pareció el suyo como un lecho de rosas; lo más apropiado para no sentirse incómodo en el juego de insinuaciones y vagas propuestas que pronto se desencadenaría. Los tres iban a jugar a lo mismo pero esperaban que el vino de Sorrento se convirtiera en uno de sus mejores aliados: ese momento mágico exento de groseras actitudes defensivas que te impidan conocer mejor al interlocutor. En este caso eran dos contra uno. Los dos oficiales contra el comerciante que velaba y peleaba en Britania por los intereses de la sociedad de Cara Pescao. Y también, por los suyos… Rompió las formalidades el italicense. Adulador.

—Debe de ser caro este vino. Muy caro. A la altura de la categoría militar de mis anfitriones.

Aulio y Tiberio Claudio se miraron sutilmente. Respondió Pontius:

—Sí que lo es, Aulio. Muy caro. Te aseguro que no lo encontrarás ahí fuera, en las *cannabae* que frecuentan los soldados…

Aulio no supo cómo interpretar aquella respuesta, un tanto intempestiva, un tanto desconsiderada; aunque, viniendo de un oficial de la legión, quizás no fuera ni una cosa ni la otra, sino solo una simple respuesta cargada, incluso, de cierto sentido del humor. Militar, por supuesto.

—Eso es seguro, estimado Pontius. Ahí fuera solo se bebe veneno. Pero entiendo un poco de vinos. Comercio con ellos, como con el aceite y las telas. Y puedo decirte que este vino de Sorrento es de los caros. Muy caro. No todos los militares pueden costearse unas buenas ánforas para su despensa.

Contraatacó Tiberio Claudio dirigiendo su mirada hacia el busto del emperador.

—Los sueldos en la milicia nunca han sido bajos. Tengo que informarte, mercader, que las pagas de Roma son muy elevadas comparándolas con otros ejércitos de Oriente, por ejemplo. Hadriano, además, ha vuelto a elevarlos con generosidad. Ha reducido el número de legiones que fijó Trajano. Somos menos y cabemos a más. Los militares estamos mejor atendidos y reconocidos que nunca.

Aulio alzó la copa y propuso un brindis mirando también al busto de Hadriano.

—Brindemos por César. Y por sus abnegados militares, que han sido reconocidos por el emperador en su esfuerzo, lealtad y servicio a Roma.

Los tres se levantaron de los triclinios y, al unísono, chocaron sus copas y gritaron:

—¡Por el emperador Hadriano!

Tras el brindis se acomodaron, nuevamente, en sus triclinios y cada uno expresó la vivencia de aquel momento según sus habituales cualidades interpretativas. Aulio entornando los ojos para teatralizar la bondad del vino. Pontius volviendo a chasquear la lengua contra el paladar. Y el hierático y contenido Tiberio Claudio mirando el color del caldo sorrentino en su copa.

—No es fácil la vida que lleva un militar —volvió nuevamente a la carga Aulio.

Los dos oficiales callaron, obligando a que continuara Aulio.

—Intento decir que, en el mejor de los casos, si Marte os protege y bendice con sus armas invencibles, llegará el día en que os licenciéis. Y entonces Roma os premiará vuestro servicio, si es que se puede premiar tanta entrega y abnegación, con tierras en alguna provincia

lejana. Os darán bestias y, quizás, algún esclavo, una casa y aperos de labranza para producir trigo, vino o aceite. Yo creo que incluso una buena situación es mejorable…

Sin mostrar incomodo alguno ni sentirse aludido, Tiberio Claudio terció preguntándole a Aulio:

—¿Conoces el cuento del ratón que cayó en la cazuela?

—No, no lo conozco.

—Presta atención —le dijo Pontius a Aulio. Y Tiberio Claudio comenzó a contarle el cuento.

—Un ratón cayó en una cazuela sin tapadera llena de sopa. Ahogándose en la grasa y al borde de la muerte dijo: «He comido, he bebido, he disfrutado de los placeres de la vida. Es hora de morir…».

Aulio se encogió de hombros, sin enterarse de lo que le quiso decir Tiberio Claudio.

—¿Lo pillas, mercader? —le dijo, desinhibido, Pontius.

—Por todos los dioses, realmente no. Me parece simpático el ratón. No sé lo que me tratáis de decir.

—Es muy simple, Aulio. La pobreza no es buena, lo sabemos, pero la riqueza está plagada de peligros y la avaricia conduce al desastre.

Aulio decidió jugarse a los dados aquella mano que no acababa de controlar. Al fin y al cabo, como le aconsejaba su patrón Cara Pescao, si no arriesgas, jamás los pies ligeros de Mercurio te llevarán al éxito.

—Yo podría…

Pontius no lo dejó continuar. Lo interrumpió para preguntarle:

—Aulio, ¿qué es lo que te lleva al bosque, al otro lado del muro, con tanta asiduidad?

Contestó sin dudarlo.

—La naturaleza. En ella encuentro la paz y el relax que no me permite mi vida de comerciante.

—Pero es peligroso —le replicó Pontius.

—Lo sé. Por eso no me adentro mucho. Mis paseos son calculados. Agradezco tu preocupación.

Una esclava nativa, de anchas caderas y poderosos pechos, volvió a servirles vino a los tres romanos. La chica miró con sorpresa la serpiente que llevaba al cuello Aulio y Aulio se dio cuenta de que ella sabía lo que miraba. Pontius sobó la nalga de la esclava mientras decía:

—La prefiero al vino de Sorrento. Sus pechos son dulces y embriagadores.

Tiberio Claudio observó también la serpiente de Aulio. Se levantó y calibró su textura entre sus dedos.

—Es de oro. Casi puro. ¿Qué es, Aulio?

Con absoluta seguridad en sí mismo, como si estuviera fijando el precio de un lote de aceite con un comprador rocoso y avariento, le dijo:

—El símbolo del comercio, la serpiente representa eso. ¿No recuerdas que en el caduceo de Mercurio va una serpiente?

—Son dos y enrolladas en torno a la vara —replicó el oficial.

—Me pasa lo que a algunos militares: mi dinero no daba entonces para hacerme un caduceo de Mercurio —contestó con una irónica pero no maliciosa sonrisa en su boca. Luego prosiguió:

—Lo simplifiqué. Pero simboliza lo que te he dicho.

—Imagino que tras tus negocios aquí podrás hacerte no un caduceo como colgante, sino un Mercurio de oro tan grande como la estatua que se hizo levantar Nerón en Roma.

Aulio no quiso acusar el golpe, porque desconocía lo que tal vez tampoco conocía de él aquel hábil oficial, Tiberio Claudio.

—Si fuera así, me gustaría compartir ese dinero con mis amigos. Pero te recuerdo, querido oficial, que aquella estatua era de bronce, si te estás refiriendo a la que el emperador situó en la plataforma del templo de Venus, cerca del Coliseo. Y yo no quiero bronce para mis amigos. Quiero oro.

Tiberio Claudio lo premió con una sonrisa y moviendo su mano derecha en un gesto indicativo de que todo era una broma.

Pontius estaba a punto de hacerle el amor a aquella esclava britana allí mismo, pero aún tuvo tiempo de sobreponerse a su fogosidad para preguntarle a Aulio:

—Te dejé con la palabra en la boca, Aulio. Perdona mis modales cuarteleros. Me refiero a hace un momento. Cuando nos dijiste que tu podrías… ¿qué?

El de Itálica miró a Tiberio Claudio y a Pontius y encontró una salida a su laberinto de la mano de los amores del oficial.

—Otro día os lo diré. Veo que no es la mejor hora para hablar de cosas tediosas. Que Venus te dé fuerzas para cabalgar esa jaca, porque tiene toda la pinta de ser una yegua lusitana…

Una carta de Britania

Iba firmada por Aulio. Y fue enviada hasta Itálica desde el Pons Aelius, uno de los primeros tramos del muro que se levantaba junto al río Tyne, en la actualidad cerca a Newcastle, Britania, en uno de los primeros tramos del muro que se levantaba junto al río Tyne. Su destinatario era Cara Pescao, en Itálica, la patria chica del emperador

Hadriano. Decía así:

«Que los dioses sigan contigo, amado patrón. Y que te brinden la salud y la energía que necesitas para acometer tus empresas. Idénticos deseos les envío a tus socios.

Me dispongo a escribir esta carta como hacen muchos soldados de este muro cuando escriben a sus familiares rogándoles les envíen calcetines, ropa interior y alguna otra prenda para el frío. Ahora, afortunadamente, gozamos de un verano muy bonancible y yo no te iba a pedir semejantes ayudas, porque, conociéndote, te habrías retorcido de risa para después, cuando se te pasara, comenzar a preocuparte y a creer realmente que soy un *stultissimus,* un completo estúpido.

Y no lo soy. No te voy a pedir prendas que den calor y puedan combatir el frío húmedo que te cala hasta los huesos cuando el invierno se hace el rey en las riberas de este río, al que llaman Tyne. Pero sí lo hago para que le des calor a nuestra empresa. Esta misma noche en la que te escribo he estado tanteando a dos oficiales de la VI Victrix, la que acompañó al emperador hasta Britania, para ver su disposición a entablar tratos amistosos con nuestra sociedad. Saben que Fabia Hadrianilla, la principal benefactora y la más cercana al trono del emperador por lazos familiares, nos protege y forma parte de nuestro círculo societario. Creo que eso los impresionó. Y quizás por esa razón durante la velada de esta noche se mostraron esquivos a hablar de negocios. No obstante, no sería desaconsejable que tú, desde Itálica, pudieras hacer gestiones para ampliar nuestros objetivos comerciales en el muro. He de indicarte que con los suministros habituales que hacemos se gana dinero, pero no el dinero que tú ambicionas. Ese dinero tenemos que encontrarlo en una partida ajena a nuestras habituales mercancías. Ese dinero, entiendo, está en el muro: en hacerse con alguna contrata para abastecer materiales para su construcción. En tratar de ser muy generosos con estos oficiales con los que trato y avanzarles que, tanto en Tarraco, la actual Tarragona, como en Barcino, hoy Barcelona, hay oficiales militares que cobran por encima del tres por ciento en comisiones por acuerdos mercantiles… No te entretengo más. Saldré para Híspalis antes de que acabe el ciclo de navegación y te llevaré noticias frescas. Dile al Celta, al médico britano que tan encima está de tus problemas circulatorios, que he visitado su bosque sagrado y que los robles ya saben entenderme en latín. Está loco como una bacante, pero es un buen médico y

con estas palabras apaciguará su melancolía. Que Mercurio siga multiplicando tus bienes y tu felicidad.

Aulio»

Cuando finalizó la carta, la esclava rubia de caderas potentes que había calmado la fogosidad imperial de Pontius, entró en su celda y mirando su cuello dijo:

—¡¡¡Lug!!!

Aulio asintió con su cabeza. La esclava arrimó su cintura a la altura de la boca de Aulio, que aún permanecía sentado en su escritorio, y dijo:

—Necesitamos armas. Los caledonios te darán mucho oro. Consíguelas.

Luego Aulio y la esclava se enredaron en un combate intenso y sin cuartel donde el fuego caledonio y el de la Bética incendiaron una noche de estrellas, grillos y croares de ranas que plagaban las aguas del río Tyne.

El regreso

Desde que el chico britano se accidentó y estuvieron a punto de amputarle la pierna habían transcurrido un par de semanas. El muro seguía su ritmo imparable de obras y, salvo algunas escaramuzas intimidatorias de los caledonios, desnudos y pintados de azul con el jugo del glasto, una planta pantanosa del lugar, apenas si se registraban incidencias más serias. Llegaban vociferantes montados en sus carros tirados por caballos no muy esbeltos pero tremendamente hábiles para las acciones bélicas, lanzaban flechas y lanzas y se retiraban al interior del bosque, donde desaparecían como si pudieran esconderse dentro de los troncos de los robles. Aquel día, no obstante, la normalidad y la rutina laboral fueron quebradas por una especie de alboroto festivo, como si los britanos que trapicheaban con los romanos en las *cannabae* celebraran el día de uno de sus dioses, tan crueles que algunos exigían, según los legionarios, el sacrificio de bebés. Al verlos, el destacamento romano se puso en alerta, a la espera de que desde una de las construidas torres del muro se diera el toque de bocina reglamentario que ordenara posición de combate.

Pero jamás sonó la bocina. No había motivos. La algarabía crecía conforme se acercaba al campamento un joven rubio y de complexión atlética, caminando decidido hasta el cuerpo de guardia que vigilaba

la puerta cercana al Pons Aelius. Uno de los auxiliares que guardaba la puerta se restregó los ojos y le comentó a su compañero:

—No puede ser.

—¿A qué te refieres?

—No puede ser…

Y calló entre el asombro y el miedo. Al llegar a la puerta, el joven britano iba secundado por una veintena o treintena de amigos, compañeros o admiradores, que en su lengua proferían lo que cabría deducir eran vítores y celebraciones. El chico se paró ante la guardia y, traducido por un britano, dijo:

—Ya estoy curado. Y quiero darles las gracias a los militares que me ayudaron.

—Espera. No te muevas de ahí.

Uno de los guardias de la puerta salió corriendo para buscar a los oficiales Pontius y Tiberio Claudio, encargados de supervisar las obras. Pero no iba a hablarle de ninguna obra. Iba a trasladarle una noticia inquietante. Muy inquietante.

Los dos oficiales estaban en la sala médica del campamento observando cómo se recuperaban de sus heridas y enfermedades algunos soldados convalecientes. El guardia llegó, medio asfixiado, y casi sin resuello saludó militarmente y solo acertó a decirles a sus mandos:

—Ha vuelto. Sano y salvo. Por su propio pie. Sin muletas ni ayudas.

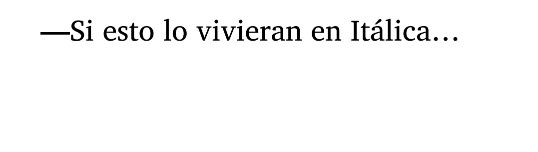
Pontius y Tiberio Claudio se miraron y también miraron al médico, buscando complicidades para un diagnóstico intuitivo: algunos soldados se estaban volviendo locos por alguna razón. Quizás la lejanía, las severas condiciones que regían en los cuarteles tras las nuevas ordenanzas hadrianeas para borrar la molicie y la indisciplina de la vida militar a base de construir un ciclópeo muro interconectado por caminos y puentes. Quizás estuvieran cayendo en la locura los de carácter más vulnerable. Quizás. El médico preguntó:

—¿Te refieres por casualidad a algún enfermo?

El legionario contestó, esta vez, muy claramente:

—Me refiero al chico britano que hace quince días salió de aquí para su aldea con una pierna desbaratada y acaba de parase en la puerta pidiendo permiso para saludar a sus amigos legionarios.

Aulio observaba la escena prudentemente retirado. Esperaba a los oficiales para invitarlos a pasear por el bosque, antes de que ellos se lo pidieran, y al comprobar que la situación daba un giro absoluto con la noticia que había incendiado los ánimos del cuartel, decidió ponerse en manos de la prudencia para escucharla. Mientras acariciaba su serpiente se dijo para sí:



—Si esto lo vivieran en Itálica…

CAPÍTULO III

Y, COMO OSIRIS, REGRESÓ A LA VIDA DESDE EL MÁS ALLÁ

Itálica, verano

INCONSOLABLE

En Itálica, la primera ciudad fundada por Roma en Hispania, allá por el 206 a. C, para que los veteranos de la guerra contra Cartago tuvieran un retiro digno y a la altura de su servicio a la República y al general Escipión el Africano, el sol caía a plomo como una lluvia de flechas ardientes. Era un día de chicharras y perros buscando esquinas para sestear y quitarse de encima, dando bocados al aire, las pesadas moscas del estío. La ciudad compartía un cómplice recogimiento. Un presentimiento adverso. Como si esperara una noticia funesta: una noticia que llevaría el dolor a una de sus principales casas situada en la ampliación que, hacia el norte, habían trazado los urbanistas de Trajano y Hadriano. Un niño que llevaba, en tercer grado, la sangre de la familia imperial, estaba gravemente enfermo.

Delante del teatro italicense, ampliado y embellecido con la marmolización de sus instalaciones gracias a la generosidad del emperador con su ciudad natal, se levantaba el templo de Isis. Sus paredes estaban llenas de exvotos, agradecimientos sinceros con la forma de la parte del cuerpo que la diosa y bruja había sanado a sus fieles desde orejas de plata hasta ojos de cristal de ónice o úteros de arcilla. Era la casa en tierra italicense de la Gran Maga, la diosa del cielo que portaba un trono sobre su cabeza. La protectora de la maternidad, los nacimientos, de las madres y de los niños. La estrella que más brillaba en la constelación de Orión. La diosa capaz de hacer regresar de entre los muertos a Osiris, yacer con él y procrear.

Una conocida aristócrata local oraba con esa actitud conmovedora que desata en los humanos contemplar la impotencia y la fragilidad del otro, exacto adelanto de lo que alguna vez caerá sobre nuestras cabezas como el granizo más inclemente sobre los frutales. Estaba asistida por los sacerdotes del templo, especialistas médicos que no habían podido hacer nada por recuperar al niño de una desconocida enfermedad. La atendían como correspondía a su rango familiar y al

buen trato que tenía con el Iseum, al que nunca le faltaba una dadivosa ayuda económica.

—Hazlo regresar, Gran Madre. Hazlo regresar —musitaba la señora del hijo enfermo mientras encendía velas y más velas que le sostenían las dos esclavas de confianza que la acompañaban.

Después se dirigió a uno de aquellos sacerdotes de cabeza rapada y ajustadas túnicas de lino blanco para que la sacaran de una duda que, en esos momentos de angustia e impotencia, le parecía vital que alguien se la aclarara.

—Dime, sacerdote, ¿cómo se representa físicamente el alma de un niño?

El sacerdote dudó y salió de aquel encierro inesperado hablándole del espíritu, del soplo que todo ser tiene en su alma.

—¿Y eso cómo se puede concretar en un exvoto? ¿Cómo puedo darle forma al soplo divino en una joya de oro, plata y piedras preciosas que valdrían más que todo lo que vale este templo? Es mi exvoto para Isis, si Isis salva a mi pequeño.

El sacerdote calló. Tras una pausa sacerdotal supo salir del embrollo.

—Señora, deje que lo consultemos entre todos los sacerdotes de este templo y, de forma inmediata, se lo diremos.

—No puedo esperar. La vida de mi hijo cuenta ya las últimas gotas de agua en el reloj de su existencia. Consultad rápido.

Una sombra se deslizó por la entrada del templo. Era un familiar de la madre del niño enfermo. Venía llorando y se dirigió hasta donde estaba la desbaratada madre. Se miraron y eso valió para confirmar los nefastos augurios que aquella mañana de verano presentía la bella Itálica. La madre, la aristócrata Iulia Salinator, salió corriendo del templo de Isis como poseída por los demonios. Clamando, gritando y gimiendo, ahora sí llena de ira, contra su destino:

—Nunca una madre debe enterrar a un hijo. Nunca…

El Celta

Tendría alrededor de los cincuenta años y llevaba en Itálica cerca de treinta, como esclavo muy valorado por sus conocimientos médicos. Todo ese tiempo había servido en casa de Iulia Salinator, la aristócrata italicense emparentada con Hadriano en tercera línea de consanguinidad. Entró a servir en la casa como esclavo doméstico, pero pronto, sus conocimientos de hierbas medicinales y algunas curas de urgencias realizadas con indudable éxito a otros esclavos,

descubrieron su verdadero potencial para servir en tan alta casa. La propia Iulia Salinator le dio su sitio en la jerarquía esclavista de la *domus* muchos años atrás:

—Tú serás el médico de esta familia. Confiamos en ti más que en los médicos del templo de Isis. Aunque me vea obligada a acudir a ellos en alguna ocasión para no desmerecerlos. ¿Cómo te llamas?

—Ael

—Por Júpiter, no conozco tu lengua celta. ¿Qué significa en latín?

—La roca.

—Tú serás la roca sobre la que la salud de esta casa descanse y se proteja de los males que nos envían los demonios. Si me sirves bien, tendrás tu recompensa.

Al Celta, como acabaron llamándolo en Itálica, lo capturaron cuando era un joven de unos veinte años aproximadamente en alguna parte de Britania. Fue vendido a unos comerciantes béticos que habían llevado en sus barcos aceite y vino para el territorio conquistado por Claudio casi un siglo atrás. Luego acabó revendido en el mercado de Híspalis, donde la familia de Iulia Salinator lo adquirió para su casa en Itálica. Sus cincuenta años actuales le habían proporcionado una luenga barba blanca, una calva adornada por las canas de los años y un cuerpo flexible, fibroso y delgado. Se alimentaba frugalmente y seguía haciendo los ejercicios gimnásticos que su pueblo en Britania ponía en práctica en las fiestas dedicadas al nacimiento de la primavera. Aprendió a leer y a escribir latín con prontitud, y de esa forma pudo enriquecer los conocimientos médicos que trajo de la isla con los que alcanzó a conocer, así como familiarizarse con los libros de la escuela griega y romana de medicina. Si hubiera que buscar un distintivo de singularidad en su rostro no sería otro que unos ojos muy claros, casi líquidos. Y una media sonrisa a mitad de camino entre la bondad y, acaso, el desprecio.

No había podido hacer nada para salvar la vida del pequeño Cneo. Tres días antes había caído enfermo entre convulsiones y espumarajos en la boca, muy parecidos a los que los falsos brujos desprenden cuando ingieren la raíz de la jabonera para infundir un sobrecogedor miedo sobre los más supersticiosos e impresionables de sus seguidores. Lo había intentado todo, desde masajes corporales a pequeñas sangrías en las piernas, pero Cneo no mejoró; no volvió en sí de aquel sueño que ahora ya era definitivo. Fue, en sus treinta años de servicio en casa de Iulia Salinator, el momento más amargo. El más desdichado. Porque no supo responder como médico a un reto importante y tampoco supo poner a salvo a su señora de unos de los trances más duros que puede vivir una madre. El Celta pensó, en aquellos tristes

momentos, en el dolor de Príamo cuando fue al campamento de Aquiles a rogarle que le cediera el cadáver de su hijo, Héctor, abatido por el héroe griego en combate singular frente a las mismas puertas de Troya. El Celta, pese a lo que la naturaleza dictaba tan caprichosamente y tras haber visto muchas veces cómo las madres enterraban a sus hijos, también creía que ese destino era abominable para unos padres.

—Nunca, nunca una madre debería sobrevivir a su hijo…

El velatorio

Lavaron, perfumaron y arreglaron el cuerpo de Cneo que ya descansaba sobre un pequeño túmulo levantado en mitad del patio central de la casa. Parecía dormir profundamente y ningún rastro de la convulsión que origina el *rigor mortis* deformaba sus delicadas facciones. Hacía calor. Y era probable que el cuerpo, debido a las altas temperaturas, comenzara a descomponerse. Esa fue la razón que obligó al atriense, la mayor autoridad entre el cuerpo del servicio doméstico de la casa, a destinar la mayoría de los esclavos a rodear el cuerpo de Cneo para que lo airearan de continuo con grandes abanicos. Potentes incensarios esparcían como bocanadas volcánicas el perfume arábigo, que se consumió en tal cantidad que alguien comentó, con evidente cuidado no exento de cierta envidia local, que aquella ceremonia quería rivalizar con la que Nerón le dedicó a la muerte de Popea en el año 65 del pasado siglo, donde dicen que se quemaron toneladas de incienso.

El niño estaba cerca de cumplir la mayoría de edad, pero la muerte no lo dejó. Lo arrebató de sus juegos en la calle con el aro y las espadas de madera; de los estudios que recibía de un fino instructor griego; de su cálida relación con su madre, Iulia Salinator, que en más de una ocasión tuvo que esquivar los reproches de su marido, que le encaraba el trato dulce y delicado que le daba y que para nada sería bueno cuando, años más tarde, tuviera que enfrentarse con la vida. Allí estaba el pobre Cneo con sus dos monedas de oro en los ojos para el barquero, sus *crepundia* de oro al cuello, donde colgaban una espadita también de oro con su nombre, un hacha de doble filo con el nombre del padre, una pequeña hoz de plata con el de la madre y una bolita de oro que le regaló su progenitor en el último cumpleaños. Estos collares, además de tener un efecto talismán, servían también para que, si el niño se perdía, pudiera ser identificado fácilmente. Iulia Salinator, rodeada de amigas enlutadas con finos y recatados vestidos

de seda negra, emergía de aquel grupo doliente como la viva estampa de la desolación. En su mano derecha llevaba la *bulla* de su hijo, que apretaba contra su pecho con fuerza. Se la iba a quedar de recuerdo: lo único material que le iba a quedar de su más amado hijo. Mientras las plañideras hacían su trabajo con absoluta perfección y realismo, Iulia llegó a musitar:

—Que no le quiten sus *crepundia*. Quiero que el barquero sepa bien a quién lleva en su barca. Que los dioses sean benevolentes y le abran las puertas de las Hespérides.

El padre de Cneo, que no había derramado una lágrima, guardando el dolor para su corazón, procedió a gritar el nombre del niño para cerciorarse de que no le contestaba y darlo por muerto definitivamente, como mandaba el ritual. En ese momento Iulia Salinator se desvaneció y no pudo recoger los dibujos que en papiro se habían hecho del rostro de Cneo para que formara parte del cortejo fúnebre. El Celta, desde un extremo del patio central de la casa, se dirigió al lugar donde se había desvanecido su ama. La atendió y pidió al resto de mujeres, con medida educación, que le dejaran sitio para que el aire la estimulara y le dio unas sales para que las oliera. Iulia se restableció. Sus ojos, al abrirse, vieron a los del britano en primer plano, pareciéndole que estaba en el cielo, transportada por algún ángel benéfico. Fueron tan solo unos instantes de ensoñación, hasta que su cabeza volvió a regir con fluidez y conciencia plena de la situación. Entonces sus ojos miraron con extremada dureza al médico de su confianza, el mismo que no supo evitar la muerte de su hijo. Iulia Salinator se levantó. Dominó su cólera y su dolor y a los pies del túmulo donde descansaba su hijo pronunció unas palabras en voz alta para que las escuchara aquella muchedumbre piadosa y respetuosa que la acompañaba en el día más triste de su vida. Con voz clara y rotunda, Iulia Salinator le dedicó a su hijo las palabras que un gran poeta hispano, Quintiliano, había escrito tras la muerte de uno de los suyos.

—«¿Cómo puedo olvidar la gracia de su rostro, la alegría de su charla, la pizca de ingenio que brillaba en sus ojos, la solidez de su plácido y ya entonces profundo pensamiento? Sé que es difícil de creer: un niño como él, como cualquier otro así, merece nuestro amor».

Cuando terminó se dirigió hacia El Celta para, ya derrumbada, preguntarle:

—Por tus tres dioses celtas, ¿no hay ninguna posibilidad de hacerlo regresar?

La dulce noche del verano italicense olía a incienso. Parecía que la hermosa ciudad del otro lado del río se hubiera entregado al culto de Mitra, porque de aquella *domus* levantada en la nueva urbe no dejaban de salir humos densos y enroscados en caprichosas y perfumadas formas. La casa de Iulia Salinator se había despejado hasta la mañana siguiente. Solo los familiares más directos de Cneo permanecían a su lado. Nadie quiso comer nada salvo los esclavos, que en la cocina campaban a sus anchas, aprovechando que el atriense estaba ocupado en cuestiones de inaplazable atención. El cielo de Itálica parecía tachonado de clavos de plata y los dos acueductos que surtían a sus termas, la vieja y la de reciente construcción tras la derrama del emperador, llevaban en el arrastre de sus aguas un misterio musical que se confundía con el producido por el brazo del río que la bañaba por la parte este, al otro lado de la muralla. La ciudad permanecía en silencio. No había ningún motivo para gritar por el foro y por las calles la alegría sudorosa del verano.

—Señora, descanse un poco. Será bueno para sus nervios —le dijo el Celta a su ama.

—¿Me habla el esclavo o el médico incapaz?

—Le habla un ser humano, señora, que también llora la muerte de un pequeño al que no supo ayudar.

—Pues si no sabes ayudar, sobras en estos momentos. Lárgate de aquí. No quiero verte.

Ael marchó cabizbajo y se encerró en su celda, en una cómoda habitación que la familia de Iulia le había adecuado para que pudiera estudiar, consultar los escritos médicos de griegos y romanos y disponer de estanterías lo suficientemente amplias y accesibles como para archivar sus frascos con hierbas y sustancias farmacológicas. Trasteó en algunos botes y mezcló unas hierbas que tan solo él conocía. Luego de prepararlas se puso en manos de una profunda meditación y le rogó a Lug, el dios de las artes y todos los oficios de los viejos druidas, que Cneo despertara de su sueño. Una serpiente disecada y erecta fue la depositaria de las oraciones del médico celta. Luego se tiró sobre su cama y esperó a que el nuevo día saltara las murallas de Itálica para bañarla de sol. Fuera, al lado de su hijo, en compañía de las amigas más cercanas y de las esclavas de confianza, Iulia Salinator seguía invocando a Isis para que algunos de sus sacerdotes allí presentes realizaran el milagro. Nada funcionaba. Nada podía funcionar. Tan solo la esperanza de una madre es capaz de seguir luchando por quitarle a la muerte de sus huesudos brazos el

cuerpecito de un hijo. En eso llegó el Celta con una bolsa de cuero colgando de su hombro.

—Señora, le entrego mi vida si no soy capaz de devolverle la de su hijo.

Iulia Salinator se agarró con fuerza a aquella posibilidad, como se agarra un condenado a muerte a una conmutación de la pena en un último instante.

No obstante, fue inflexible.

—Sea como dices. Pero si no lo devuelves a la vida, hoy mismo entregarás la tuya.

—Así será, señora. No hará falta un verdugo. Yo mismo la entregaré por la paz de esta casa.

El Celta, ante el murmullo colectivo de los allí presentes, se dirigió hasta el túmulo de Cneo. Sacó un frasco de su bolsa y roció el rostro y los ojos del niño. Luego le abrió la boca y dejó unas gotas bien contadas sobre su lengua. El niño no despedía olor alguno y sus facciones continuaban serenas y nada rígidas, pero el sueño que lo hacía descansar era letal. El Celta pronunció unas palabras incomprensibles para los romanos, seguramente una fórmula mágica aprendida en Britania en sus años de estudios de medicina. Cneo seguía tan inerte como un leño seco. Lo intentó un par de veces. Sin éxito. Miró a su ama y bajó los ojos. Introdujo el frasco en su bolsa de cuero y le dejó al niño una hoja de roble sobre un pliegue de su blanca *toga praetexta,* la toga que visten los chicos hasta alcanzar la mayoría de edad y que le servía de sudario. Se dirigió a Iulia Salinator y le dijo:

—Me encontraréis en mi celda. Allí entregaré mi vida y acompañaré al alma de Cneo en el gran viaje.

—No te demores. Vete y hazlo —dijo Iulia con todo el rencor y el dolor que es capaz de acumular una madre que pierde a su hijo.

Ael se dirigió sereno, tranquilo y relajado a su celda. Estaba en paz consigo mismo y con el mundo. La medicina no era una ciencia exacta y despertar a alguien de un sueño eterno solo estaba al alcance de los médicos más expertos y sabios de su tierra. Entró en su celda y esperó. Miró al cielo de Itálica y vio a unos palomos arrullarse en el tejado de la casa. Sonrió. Y pensó en la vida y su eterno ciclo. Amar, vivir, morir. Una rueda cósmica empujada por el instito vital que nunca se detiene. La casa, inopinadamente, se llenó de gritos y carreras. Ael siguió sonriendo. En ese momento entró en su celda, profundamente agitado, el atriense:

—¡¡¡Médico, ve al patio central!!!

—Tengo que proceder a quitarme la vida. No puedo defraudar otra

vez a la señora —dijo con una resignación en la que se emboscaba la sorna.

—¡¡¡Por todos los dioses, ve al patio central!!!

Una reunión de sociedad

—Ha sido una terrible desgracia —dijo Gala dirigiéndose a sus socios en una velada nocturna en el jardín de su esplendorosa *domus* italicense. Habían abandonado la casa de Iulia Salinator para darse un pequeño descanso hasta el día siguiente, cuando tenían previsto volver a visitar al pobre Cneo. Gala, a pesar del transcurso de los años, seguía luciendo esa belleza atemporal en la que se instalan algunas mujeres, pareciendo más jóvenes o al menos tan jóvenes como sus hijas más hermosas.

—Así es, estimada señora —dijo Cara Pescao haciendo un mohín de tristeza.

—La vida es corta. Pero a veces es solo un suspiro —apostilló Scaeva.

Tan solo Crátero tuvo en ese momento sensibilidad suficiente para recordar la irreparable pérdida del esposo de Gala, acaecida a principio de año en Roma.

—Imagino, señora, que este dolor le hará recordar uno más reciente que afectó a su corazón —dijo el esclavo griego midiendo exquisitamente sus palabras.

Gala se levantó y dejó ver, tras la túnica de seda negra, una elegancia suprema y unas curvas tan seductoras como siempre. De espaldas al grupo y oliendo una rosa del jardín le contestó:

—Gracias, Crátero. La pérdida de Casio Iunius, mi esposo y uno de los valedores más efectivos de nuestra sociedad ante Trajano, ha supuesto un grave quebranto para mi espíritu y para nuestros intereses en Roma.

—Gozaba de muy buena salud —dijo Scaeva de forma maliciosa.

Gala se volvió hacia el grupo con la rosa en la mano y la depositó sobre la mesa, en la que había fruta fresca y comida para aquella larga noche de espera. La aristócrata dijo:

—La vida le había regalado muchos años. Intensos y bien vividos. Nunca me dijo que sufriera dolencia alguna. Bien es verdad que él vivía en Roma, vigilante de nuestros intereses y cercano a los movimientos sospechosos que se registraban en torno a Trajano. Yo también creo, Scaeva, que no lo mató una enfermedad…

Cara Pescao miró a Scaeva y a Crátero y creyó conveniente

reconducir la conversación a terrenos más próximos y provechosos. Mirando a Gala le dijo:

—De Trajano en Roma solo queda su grandeza y un arca de oro con sus cenizas en la alta columna del Foro. No queda más. Hoy gobierna otro príncipe, también de Itálica, y con el que tenemos cercanía gracias a Fabia Hadrianilla.

Gala lo interrumpió…

—Eso me hace perder presencia en la sociedad… ¿Tratas de decirme algo?

Cara Pescao sintió que no había estado hábil exponiendo así la situación. Soltó unas risitas y se disculpó ante su socia:

—No, no, no he dicho eso, estimada señora. ¿Cómo voy a decir eso de una de las mujeres más hermosas y ricas de la Bética, tras la fortuna que heredaste del magnífico Casio Iunius?

—Entonces, ¿qué me has querido decir?

—Tan solo que hemos de reforzar nuestros lazos de unión con el círculo más activo que rodea a Hadriano. Fabia es clave en este asunto. Y tú también lo puedes ser, estimada señora.

—No puedo negar que tengo mis planes —dijo Gala con discreta displicencia—. Y en esos planes siempre he contado con vosotros.

Scaeva miró a Cara Pescao, y este, a Crátero. Fue el griego quien se atrevió a hablar.

—Al final de la pasada primavera, señora, viajamos hasta Mons Marianus para examinar una mina abandonada. Dio mucha plata en su día y los expertos nos aseguraron que sigue habiendo tanta o más plata que la que hubo en las de Laurión, en mi amada tierra griega.

—No sabía nada de esa visita. ¿Me ocultáis los proyectos porque me consideráis poco útil en la sociedad?

—En absoluto —contestó con rotundidad Crátero—. Déjeme que siga narrándole los hechos. La mina tiene mucha plata, pero la inversión que hay que hacer para extraerla es superior a los beneficios que pudiera dar.

Cara Pescao entendió que era su momento para intervenir.

—Señora, usted era la parte más importante de esa operación. Sabíamos que, tras la muerte de su venerado esposo, su fortuna había crecido considerablemente y que, tanto por inquietudes personales como económicos, le gustaría arriesgarse en una operación como aquella. La plata escasea cada vez más y poner en explotación una mina tan generosa nos situaría en una posición envidiable ante el nuevo emperador.

Gala hizo un mohín de extrañeza.

—Insisto: ¿por qué no fui informada de nada de eso?

—Por lealtad, querida señora —dijo Crátero.

—Por honestidad, querida señora —dijo Cara Pescao.

—Por honradez con nuestra más querida y valorada socia —dijo Scaeva, arrastrando en sus palabras un inapreciable rastro de antigua complicidad.

Gala se sintió adulada. Pero por adulación nadie le había hecho jamás tragarse un pescado con espinas. No era aquella mujer de las que por decirle bella y honesta dejaba engañarse.

—Veo que mis socios son leales, honestos y honrados, algo que me consta desde siempre. Pero ¿me podéis decir por qué lo sois en este asunto minero?

—Porque la inversión fuerte y no garantizada por el éxito tendría que salir de su caja. Aquella mina necesita tanto dinero que solo su fortuna podría ponerla en explotación pero, aun así, no tenemos seguridad de que nos diera el doble de lo invertido. No merecía la pena meternos en esa empresa —dijo Cara Pescao.

—Me hubiera gustado tomar esa decisión por mí misma —sentenció la *domina* mientras tomaba asiento dándole un mínimo pero gracioso movimiento a su túnica de seda.

Bebieron. Después Cara Pescao siguió tendiendo puentes hacia la Roma hadrianea en busca de la prosperidad de la sociedad.

—Si no es una indiscreción preguntar qué planes tenías para acercarte al círculo de influencias del emperador, ¿se los dirías a tus socios?

Gala los miró a todos con aquellos ojos almendrados y penetrantes que tenía.

—Sé que estáis pensando que yo tampoco os cuento mis proyectos. Sé que lo estáis pensando. Y que por respeto, por lealtad y por honestidad no me lo decís. Pero estáis en vuestro derecho de hacerlo. Somos socios, y yo más que nunca quiero seguir siéndolo con la misma presencia que antes de que murieran Trajano y mi esposo.

—Nadie le ha insinuado siquiera nada en contra.

—No hace falta, querido Crátero. La figura de Fabia Hadrianilla ya me deja en una posición menos ventajosa que antes. Pero eso no va a ocurrir.

Cara Pescao puso sus manos regordetas sobre la mesa, las entrelazó y le dijo a Gala:

—Hay una jugada perfecta para que usted, querida Gala, siga siendo lo que es: nuestra socia más importante. O, al menos, no menos importante que Fabia.

—A ver —dijo Gala apretándose los carnosos labios con unos dedos finos, enjoyados y con las uñas pintadas de negro por el luto.

—Fabia Hadrianilla tiene un tío viudo…

Gala se levantó de la mesa como proyectada por una catapulta, apoyó sus aún tersos brazos sobre el mármol de la tapa y miró con tanta intensidad a Cara Pescao que el rico mercader creyó oír en sus palabras el sonido del látigo.

—¡¡No digas estupideces, Cara Pescao!!

Era la primera vez que llamaba al mercader por su apodo popular. Un insulto envuelto en la sutilidad con la que Gala despachaba este tipo de situaciones.

—Disculpe, señora, creí que sería una buena idea.

Gala rebajó su intensidad. Y ella misma le sirvió un vaso de jugo de frutas bien frío a Cara Pescao.

—Bebe, te refrescará el cuerpo y las ideas —dijo Gala, firmando la paz con una carcajada amistosa que todos trataron de seguir. Luego se dirigió a los socios y les dijo:

—¿Queréis saber cuál es mi plan para acercarme a Fabia Hadrianilla…?

Volver a nacer

Las plañideras salieron de la casa a toda prisa, cobrando en sestercios el peso de sus lágrimas; el túmulo fue desbaratado con toda rapidez como se desbaratan en la memoria los peores trances; las pinturas en papiros que representaban a Cneo en juegos y expresiones infantiles desaparecieron como las cenizas tras un vendaval; los potentes incensarios quedaron reducidos a los habituales en una casa de rango aristocrático; las sedas negras de las túnicas de las amigas de Iulia se tornaron en no más de una hora en alegres vestidos de colores impactantes. Porque de la muerte se pasó a la vida y en la casa de Iulia Salinator ya no se lloraba una pérdida irreparable, se celebraba un nacimiento: el de su hijo Cneo, que miraba toda aquella algarabía con unos ojos extraños, cansados quizás; en cualquier caso, aturdido. El Celta no se separaba de su lado y le daba consejos para que recobrara su plena conciencia. Para que entrara con buen pie en su nueva vida…

—¿Qué recuerdas Cneo?

—Nada. Nada en absoluto, médico.

—¿Ni una luz, ni una estrella, ni un rostro?

—Una oscuridad absoluta. Como la noche de Itálica cuando no hay luna.

Los músicos habían ido tomando posiciones. La cocina era lo más

parecido, por su concurrencia y agitación, a una noche de carreras de aurigas en el circo Máximo; la gente del pueblo empezaba a arremolinarse delante de las enormes y áureas cancelas de bronce que la custodiaban. Y en toda Itálica, pese a que aún no había roto el sol por el este, el pueblo y los aristócratas se echaron a la calle para participar de una noticia que los siglos venideros jamás olvidarían: el regreso de la muerte del hijo de Iulia Salinator. El dolor se había convertido en gozo. El llanto en risa. Y la pena más honda, en un estado de felicidad tan grande que el más cuerdo podía perder la cabeza.

—Creo que te debo una vida —le dijo Iulia al Celta.

El britano no habló. Mantuvo baja su mirada mientra oía a su señora.

—Te debo una vida libre y sin necesidades. Has ganado lo que solo son capaces de ganar algunos dioses.

—Gracias a ellos tu hijo ha vuelto. Yo no he hecho nada —respondió El Celta con una modestia quizás impostada.

—Gracias a tus conocimientos que, horas atrás, mal aconsejada por el dolor y la angustia, no quise valorar. Quiero pagarte lo que no tiene precio. Quiero recompensarte lo que realmente no tiene recompensa. Quiero devolverte lo que tal vez tú valores más que nada.

—No quiero dinero, señora.

—Lo que te ofrezco no es dinero. Vale más que el dinero.

La conversación fue interrumpida por una enorme algarabía que procedía del exterior de la casa y que intentaba pasar al interior para ver lo que en Itálica ya se conocía como el milagro del Celta. Algunos de los integrantes de aquel improvisado tumulto arrancaban objetos del muro de la *domus,* desde piedras a trozos de metal de las puertas y verjas, para convertirlas en el talismán procedente del lugar donde un médico había hecho lo que solo Isis era capaz de hacer.

—Manda callar a la gente y que los músicos no toquen hasta que yo termine —le ordenó con una amplia sonrisa Iulia Salinator a su atriense.

El patio central de la *domus* de la aristócrata calló. Iulia Salinator, con Cneo a su derecha, al que le acariciaba con una mano el cuello, levantó la otra mano y reclamó silencio absoluto. Y procedió a hablar:

—Quiero anunciaros algo. He sufrido y vivido en casi cuarenta y ocho horas lo que la mayoría tarda en vivir y sufrir durante una vida. Mi corazón se encogió por el dolor insufrible de una madre que perdió a su hijo y que ahora golpea mi pecho para salir felizmente desbocado por mi boca. No puedo expresar de una forma más delicada lo que no es un momento delicado sino un momento sobrenatural. Tan

sobrenatural que solo algunos dioses y héroes han podido vivirlo. El responsable absoluto de todo ha sido este hombre.

Iulia señaló al médico.

El silencio se tornó en una aclamación casi de anfiteatro, como la que ruge mientras los aurigas disputan sus carreras en el circo. Iulia Salinator levantó nuevamente su mano reclamando silencio.

—Y a este hombre, al médico que lleva sirviendo en esta casa treinta años, le quiero conceder el tesoro más grande del mundo. El que ningún emperador pudo llevar hasta Roma de las Galias o de la Dacia, de Persia o de Cartago. Este hombre se merece…

El sacerdote de Isis que también estuvo velando al niño y que asistió, conmocionado, a su resurrección, se escabulló entre los asistentes para buscar una puerta de salida lo más discreta posible. Llevaba los ojos inyectados en sangre. En sangre y desprecio. Aquel Celta no era más que un impostor y no iba a escuchar qué regalo le daba una de las señoras más poderosas de Itálica, la Bética y Roma a un bárbaro britano…

La noche luminosa

No es que Itálica, a esas horas de la madrugada, esperando al alba, se hubiera iluminado como dicen que Calígula iluminó Roma cuando ofreció espectáculos teatrales a sus ciudadanos y convirtió la noche capitalina en un día desbordante de luz. Pero tampoco es exagerado decir que la oscuridad, aun siendo noche cerrada, era una circunstancia superada. Había dejado de serlo para dejar paso a una ciudad tan iluminada como el anfiteatro romano que Domiciano había iluminado en el preludio de unas Saturnales. Por delante de la casa de Gala pasaba aquella procesión de antorchas en dirección a la *domus* de Iulia Salinator. Era imposible que tan flamígero derroche pasara desapercibido, pese a que la conversación entre los socios era realmente absorbente.

—¿Qué pasa en la calle? —preguntó Cara Pescao.

—Habrá que salir a la calle para enterarse —contestó Scaeva.

—Os pediría que, aunque viérais pasar por ahí delante a Júpiter lanzando rayos contra el Traianeum, no perdáis la atención. Creo que es más importante para todos lo que pasa aquí dentro que lo que haya podido ocurrir ahí afuera.

—Lleva razón, señora.

—¿Alguna vez no la lleva, Crátero? —dijo Cara Pescao, adulándola zalameramente para mitigar el dolor que le proporcionaba haberse

equivocado momentos antes planteando, torpe y atolondrado, la imposible unión entre Gala y un tío viudo de Fabia Hadrianilla.

Gala les dedicó a sus socios una sonrisa poco convincente y fue a comentarle algo al oído a una de sus esclavas favoritas. La sirvienta abandonó el lugar, discretamente distanciado, que tenía a unos pies de la mesa donde estaba reunido aquel clan del dinero. Gala tomó la palabra.

—Atended. Quiero que sepáis cuáles eran mis planes para acercarme a Fabia Hadrianilla.

—Realmente, nunca os llevasteis mal —le interrumpió Scaeva.

—Ni tampoco bien, estimado amigo. Ni bien ni mal. Creo que, entre mujeres, esa frialdad es más perniciosa que una afectuosa o gélida relación. Las mujeres sabemos jugar con la ambigüedad como los ilusionistas con sus juegos en el foro. Nada es lo que parece. Y lo que parece nunca es lo que quisiéramos que fuera.

—¿Piensas en algo concreto, Gala? —dijo Scaeva que, traicionado por la memoria sentimental de los viejos tiempos, la trató con la familiaridad con la que nunca la trataba en público. Una sutileza que no se le escapó a la atractiva aristócrata ni, por supuesto, a aquel lince que era Cara Pescao.

—No, no pienso en nada en especial. Divagaba tan solo. Y no es aconsejable divagar cuando tengo cosas tan concretas que deciros.

La esclava que había dejado la reunión apareció de nuevo y le hizo una breve reverencia a Gala, que con un gesto de la mano le comunicó que esperara.

—Solo hay una forma para acercarse a Fabia Hadrianilla, estimados socios. Y, por supuesto, no pasa por compartir lecho ni sábanas con su tío viudo —dijo mirando con cierta sorna a Cara Pescao—. El camino más despejado que veo es amadrinar a una chica gaditana que, por parte de madre, está emparentada lejanamente con los Elio. Nobles venidos a menos…

Cara Pescao y Scaeva se miraron. Crátero, tan prudente, no demostró emoción alguna, pero le parecía cojo el plan. ¿Iba a variar mucho su relación con Fabia el hecho de que amadrinara a una chica muy lejanamente emparentada con la madre de Hadriano? A ese plan le faltaba algo más.

—¿Os convence? —preguntó Gala, muy segura de su propuesta.

—¿Podemos pensarlo, señora? —dijo Cara Pescao.

—Claro que sí. Pero no mucho tiempo. No juega a favor de nosotros. Y es más: no me importaría que, cuando las altas temperaturas las suavice el otoño, prepararais un viaje a Mous Marianus para poder ver esa mina que tanto dinero de mi caja

necesita…

Gala miró a su esclava y le dio permiso para que se acercara.

—Dime.

—Cneo, el hijo de Iulia Salinator, ha vuelto a la vida. Eso es lo que pasa en la calle, señora

A Cara Pescao se le derramó encima su vaso de cristal con frutas granizadas; Scaeva casi se cae del taburete donde estaba sentado; Crátero elevó los ojos al cielo y luego los cerró. No porque la noticia le importara nada, sino porque creía tener un buen argumento para reforzar la propuesta de Gala para ganarse la confianza de Fabia Hadrianilla. Gala, simplemente, dijo:

—¡¡¡Eso es más importante que si Júpiter hubiera arrojado sus rayos sobre el Traianeum!!! Regresemos a esa casa tocada por los dioses. Salgamos rápidos y abracemos a Iulia Salinator. ¡¡¡Nadie tiene en la vida un día tan feliz como el que ella va a empezar a vivir hoy!!!

—Si es que podemos llegar —dijo Scaeva mirando hacia la calle y viendo el río de gente que afluía en dirección a la casa del milagro. No vi tanta gente junta y alborotada ni cuando Trajano entró en Zarmizegetusa…

El Iseum

—Ha sido tal y como le cuento, sumo sacerdote

—Eso es imposible. Solo Isis es capaz de hacer volver de la muerte a Osiris.

—Pues yo he visto al Celta hacerlo esta noche. Le ha devuelto la vida a Cneo.

—¿Y crees en su poder?

—Creo que es un impostor, pero controla esa magia. Es capaz de hacer regresar a los que se fueron. Al menos, con Cneo ha sido así.

—Perdemos mucho con esa competencia. Los mejores doctores siempre han estado al servicio de Isis. Dañaría nuestra reputación médica y religiosa que un bárbaro esclavo como El Celta fuera considerado un médico con poderes sobrenaturales.

—Sal a la calle, sumo sacerdote, porque Itálica ya lo ve así.

El sumo sacerdote del templo de Isis en Itálica se pasó las manos por la cabeza, rapada y brillante por el aceite que la hacía resplandecer como un áureo, para perderse, absorto y silente, por entre el bosque de columnas del templo. A una distancia prudente lo seguía el otro sacerdote que le había comunicado la noticia. Fuera continuaba la algarabía y los primeros rayos de sol parecían que se

desperezaban por lo alto de Híspalis, al otro lado del río. El sumo sacerdote paró su paseo por el templo, y se volvió decidido hacia su pupilo.

—¡Creo que Isis acaba de iluminarme!

—La Gran Maga jamás abandona a sus sacerdotes —dijo alborozado el pupilo.

—El Celta ha sido siempre un declarado fiel de Isis y su religión cree en la trasmigración de las almas. Se puede decir que sus oraciones a Isis fueron escuchadas por la Reina del Universo. Así que sus poderes médicos no son extraños a este Iseum.

—Brillante…

—Ese milagro —prosiguió el sumo sacerdote— no lo han hecho el Celta y su medicina. Lo ha hecho Isis a través de un bárbaro que la adora con todas sus fuerzas.

—Habrá que ser muy elegantes para comunicarle eso a Iulia Salinator.

—Lo somos. Y también lo seremos con el Celta. Que no es nuestra competencia, sino que forma parte de la magia, la sabiduría y el conocimiento que proporciona el culto a Isis. El Celta es uno de los nuestros. Y sabe cosas que nosotros desconocemos y que tendremos que conocer…

—Sumo sacerdote, la señora Iulia Salinator me prometió, en la madrugada pasada, cuando su pequeño estaba a punto de irse, que le concedería a Isis un exvoto que valdría más que todo lo que contenía este templo, si le devolvía a la vida ¿Cree usted que habría que recordárselo?

—Quién sabe, pupilo. Lo mismo hasta nace de ella seguir agradeciéndoles a Isis y a sus sacerdotes lo bien que la trata nuestra Señora.

—¿Y si se le olvidara tras una conmoción tan grande como la que ha vivido?

—No se le puede olvidar. Viendo a Cneo correr por las calles, jugar al aro y a las canicas, sabrá positivamente que tiene una deuda con el Iseum. Te lo aseguro.

—¿Me permite una pregunta más, sumo sacerdote?

—Claro.

—¿Qué necesitamos saber aquí sobre medicina que El Celta nos tenga que enseñar?

El sumo sacerdote miró al pupilo con un rictus de perplejidad en su rostro, asombrado de una pregunta tan boba con una respuesta tan valiosa…

—Nada pupilo. Nada. Solo cómo es capaz de devolver a la vida lo


que ya murió…

CAPÍTULO IV

NADA QUE HACER AQUÍ

Ulpia Traiana Sarmizegetusa, invierno

LA LUNA DE TU VIENTRE

Bendis sobrellevaba con elegancia y hermosura una luna llena en su vientre: había quedado embarazada durante el arranque del pasado verano. Tenía hinchadas las piernas y las manos y su rostro se había ovalado como una pelota. Pero sus ojos brillaban como las estrellas. Parecía que en aquellos dos luceros celestes se habían concentrado, para multiplicarse, todas las expectativas vitales que el mundo quería ofrecerle. En su vientre llevaba no solo una vida. Daba la impresión de que llevaba, animaba e inspiraba una nueva vida, otro tipo de existencia.

—Mira, Balaur, pon la mano aquí.

El dacio le puso la mano sobre el vientre y notó el movimiento de aquel pequeño pez en el mar inmenso de la maternidad de Bendis.

—Da buenas patadas. Parece que quiere salir ya de casa. ¿Cuánto te queda, Bendis?

—Según mis cuentas, la próxima luna nos dará un hijo.

—Se llamará como mi padre, si es varón. Pero si es hembra…

—Crecerá y se educará con nosotros. Y ten por seguro que llevará el nombre de su madre: Bendis.

Rieron ambos como solo se ríe cuando del horizonte más inmediato se han espantado las pesadumbres y las inquietudes. Y todo suena como la música que se escapa de la *orchestra* cercana al proscenio de los buenos teatros, bien afinada y agradable al corazón y al oído.

—Me gustaría que me concedieras una cosa, Balaur.

—Dime

—Ya sea varón o hembra, crecerá bajo otro sol y otro cielo. Sigo pensando en alguna ciudad cercana al Ponto Euxino, lejos de esta ciudad que nunca nos dará lo que vinimos pidiéndole.

Su esposo calló. Siguió acariciando el vientre de Bendis y arrimó el oído a aquel globo carnal donde podía escuchar cómo nacen las vidas que luego las guerras, las enfermedades y la propia existencia destruyen sin misericordia. A un milagro le sucede una condena. Solo

los guerreros son capaces de entender la dura exigencia de la vida, pensó el dacio. La mujer está hecha para dar vida; el hombre, para la muerte. Pese a que pudiera parecer tierna su imagen, apoyando su oreja sobre el vientre de Bendis, Balaur, de forma inconsciente, iba buscando señales de que allí dentro había un varón. Y de que el varón, antes incluso de su nacimiento, ya mandaba muestras de su corazón guerrero.

—Ya le he terminado su espada y su caballo de madera —contestó Balaur eludiendo la pregunta en firme de Bendis. Pero la dacia no se conformó. Lo conocía muy bien y sabía que las evasivas de su marido encerraban sorpresas no siempre agradables.

—Respóndeme, querido Balaur. ¿Verdad que nos iremos de esta ciudad para buscar nuestro mejor destino lejos de sus fantasmas?

El dacio se retiró del vientre de Bendis. Tomó la espada de madera que le había hecho con sus manos, a modo de juguete, a su inminente hijo y se puso a pelear, cómicamente, con los fantasmas que habían convertido a la Dacia en una tierra extraña a sus ojos. Jugaba. Evitaba la seriedad con la que Bendis hacia planes para un futuro cercano.

—Lo lograremos, Bendis. Lo lograremos. Tú dame un hijo fuerte, sano y valiente. Y te juro que lograremos alcanzar nuestros sueños.

Bendis se puso seria y lo miró a los ojos con cierta ferocidad:

—¿A qué sueños te refieres: a los míos o a los tuyos?

Balaur se acercó a la ventana. Una copiosa nevada caía sobre la nueva capital dacia.

—Esta primavera será abundante y generosa, Bendis. Como tu vientre nos indica…

Alejandría (1)

Tres días duró la severísima nevada que cayó sobre la nueva capital dacia. Parecía que aquel manto de armiño natural le devolvía al lugar la grandeza palaciega que dejó de tener cuando los príncipes locales fueron aniquilados o vendidos como esclavos. Tres días duró aquella nevada para que nadie, excepto los legionarios y los miserables, osaran salir de sus casas, refugiándose al calor de las chimeneas. Luego un sol redondo e invencible se hizo dueño del cielo de aquella lejana región imperial a la que no dejaban de acudir viajeros de los rincones más apartados del orbe romano. Las minas seguían pregonando por los confines de la tierra que el dinero corría por sus empedradas calles y que cualquier cabeza bien puesta tenía a su mano la capacidad de hacer una fortuna y situarse. No es que tanta boyantía

permitiera programar juegos como los que, en tiempos republicanos, dos siglos atrás, habían patrocinado fortunas inagotables como la de Escauro, Pompeyo o el mismísimo César. Pero con cuatrocientos mil sestercios se organizaban unos buenos juegos de gladiadores, ya fuera en la Campania o en aquella tierra de viejos dragones dacios domados por la máquina de guerra trajana. Sobre eso hablaban en el foro, donde la luz del sol rebotaba sobre los espejos de algunos charcos helados, dos vecinos ávidos de emociones en el anfiteatro.

—¿Habrá este año juegos de gladiadores acordes con el rango de esta capital? La primavera está cerca. Y en abril a Ceres hay que cumplimentarla.

—No será por falta de dinero de nuestros hombres públicos. Ellos son los que invierten los sestercios en tener contenta a la gente y al emperador. Yo creo que esta primavera veremos florecer, además de los campos, altares, pedestales y lápidas exaltando a Hadriano con el nombre de los que pagarán la diversión.

—¿Imaginas que se gastaran aquí lo que Trajano le dio a Hadriano para organizar los juegos de su pretura?

—¿Cuánto le dio? Lo desconozco.

—Dicen que dos millones de sestercios…

El amigo teatralizó el impacto de la respuesta, como si la cifra lo hubiera mareado. Luego dijo:

—Vayamos a la taberna. Necesito beber algo para tragarme esa noticia...

No lejos de estos dos vecinos, instalado en una mesa y sentado sobre un banco de madera, perfectamente abrigado con una piel de oso, un tipo con acento exótico concitaba la atención de los ciudadanos.

—¿Quién es ese? —le preguntó un fornido ciudadano del foro a su amigo.

—Un banquero. Acuden, como las moscas a la sangre, allá donde el dinero se mueve.

—Lógico, amigo. No se van a instalar en el desierto a la espera de que un babuino les pida dinero.

—Ya sabes lo que te he querido decir.

Ambos se acercaron al grupo de personas que se arremolinaban sobre el despacho callejero del financiero. Para perderse en ese juego contemplativo de ver, oír, oler y tocar que, generalmente, concluía en nada o en algo interesante; para iniciar un negocio, cerrar un trato o enterarse del último cuerno que Venus le puso a un vecino que le tocó hacer de Vulcano. Por allí husmeaba Balaur, que no le quitaba los ojos de encima al banquero. Le agradaba aquel acento especial que, alguna

vez, había escuchado a algunos mercaderes egipcios que tocaron puerto en Híspalis. Se quedó tan pueblerinamente atento a su rostro que el banquero no tuvo más remedio que descararse con el joven dacio y preguntarle:

—¿Qué miras?

El dacio no se amilanó

—A ti.

—¿Por qué?

—Porque te has puesto ahí para que la gente te mire y necesite de tus mañas y oficio.

El banquero se quedó pensativo. Lo observaba todo el grupo de fisgones que se habían arremolinado alrededor de su despacho, de su tenderete bancario. No era cuestión de quedarse pasmado por la contestación del joven.

—Tu acento no es de aquí —le contestó.

—El tuyo tampoco —respondió Balaur.

—Me suena a como dicen en Roma que habla Hadriano, con ese acento bético de Itálica, de Híspalis… ¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

—Mi nombre es Balaur.

—Vaya. Un nombre dacio para un hombre que habla como los béticos de la villa Tibur.

Valentiniano contraatacó.

—¿Y tú cómo te llamas, banquero?

—Apolofanes.

Valentiniano hizo un gesto de cierta displicencia

—Vaya, un nombre griego para un banquero que habla con el acento de los alejandrinos.

El banquero rio. Atendió a una clienta que buscaba, con permiso de su marido, un préstamo para abrir una tienda de telas y Apolofanes le pidió a Balaur que lo esperara.

—¿Tienes mucha prisa, Balaur?

—Ninguna… por ahora

—¿Puedo invitarte a comer en una taberna?

—¿Y yo puedo invitarte a que saborees el mejor jabalí de toda la Dacia hecho con el amor y las manos de una mujer, mi mujer, que será madre con la próxima luna?

Apolofanes no se lo pensó y le dijo a su ayudante:

—Zenón, ve desmontando el negocio y guárdalo en la casa. Me voy con este dacio que habla como el emperador a comer a su casa…

Realmente, al banquero le gustó el jabalí. Sobre el plato de madera solo quedaba el desahucio de la carne del verraco convertido en huesos pelados y mondados. Pidió más pan y la salsa que quedaba en la olla donde se había preparado la carne. Mojó, rebañó y comió.

—¡¡¡¡Exquisito!!!!

—No sabía que los banqueros pasaran tanta hambre —dijo Balaur para chinchar cómicamente a su invitado.

—Te diré algo, jovencito: del hambre y del dinero jamás te sacies. Es mala señal.

Bendis tenía las manos apoyadas en su enorme vientre, en aquella luna preñada de futuro y sueños que la naturaleza le había regalado en la curva más inesperada de su inexistencia. Le gustaba escuchar al banquero, con aquella especie de música oriental que timbraba su acento. Pero, aguda como siempre, esperaba la oportunidad de poder manejar la conversación para llevarla al terreno de sus beneficios. Quería oír hablar de Alejandría. ¿Dónde estaba? ¿Qué país era ese? ¿Cómo eran sus habitantes? ¿Qué costumbres tenían? ¿Era un buen lugar para empezar una nueva vida? ¿Mejor que alguna ciudad cercana a la costa del Ponto Euxino? Bendis esperaba su momento. No había prisas. Sabía que, de una u otra forma, la conversación pasaría por la cortesía de Apolofanes interesándose por su próxima maternidad. Dejó que hablaran los dos hombres.

—En abril se celebran las fiestas de Ceres. y hay oportunidad de negocio. La ciudad es rica. Hay aristócratas empeñados en montar unos juegos que deslumbren y van a necesitar dinero.

—¿Y tú se lo prestarás? —preguntó Balaur.

—Es mi negocio: presto y recojo y por arriesgar mi dinero cobro intereses. Es justo. Luego invierto el dinero en hacer barcos. Los barcos, si Neptuno te da su bendición, son máquinas de hacer sestercios.

Bendis miró a Balaur. Fue una mirada indeterminada. Sin mensaje. No reflejó ni asombro ni rechazo.

—No soy hombre de negocios —le contestó el joven dacio—. ¿Tienes muchos barcos?

—Más de cinco en Alejandría, que van y vienen a Roma cargados de vino, trigo, tocino, habas, perfumes y esclavos. Te aseguro que eso deja dinero y te exime de engorrosos compromisos con el fisco. Roma ayuda a quien le ayuda.

—¿Por qué continuas trabajando, si eres un hombre rico?

—Quiero más. Y cuando tenga tanto oro como Midas me retiraré a

una hermosa casa a orillas del Nilo. Y dejaré mis negocios en manos de mis libertos que más confianza me inspiren y más habilidades comerciales demuestren.

Hubo un silencio donde sólo se pudo escuchar la sonora glotonería de Apolofanes mientras devoraba su último mendrugo de pan mojado en la salsa del guiso de jabalí. Luego le comentó al joven dacio:

—Puedes que tú no seas rico, pero no estás mal instalado. De algún sitio sacarás el dinero, aunque no son esos asuntos que me interesen, Balaur. No quiero que pienses que soy un invitado grosero.

Apolofanes miró a la pared y vio colgado el gladio y la espada de madera que reciben los gladiadores cuando son liberados de las obligaciones de su oficio en la arena. El banquero no dijo nada y evitó que su mirada fuera descubierta. El griego dijo para sí: «Mercurio sigue conduciéndome por los mejores caminos. Me ha traído a esta casa para conocer justo lo que necesito».

Balaur se decidió a hablar cambiando por completo el argumento de la conversación.

—Dicen que Hadriano es un emperador viajero. Ya ha estado en Britania, en la Galia y cuentan que irá a Hispania.

—Y luego pasará a Egipto y no dejará de mirar hacia Atenas. Va a recorrer todo el Imperio para saber de primera mano en qué situación estamos.

—¿En qué situación estamos, Apolofanes? —intervino por fin Bendis inesperadamente.

—Bien, mujer, bien. No tienes que preocuparte. Tu hijo crecerá en paz.

Bendis se levantó de su asiento y con su mano diestra viajó por la curvatura del globo frondoso de su vientre. El gesto tan obvio obligó al banquero a interesarse, más por cortesía con Balaur que por preocupación real alguna.

—¿Ha ido bien el embarazo?

—Muy bien. No han surgido problemas especiales. Pero quiero que me hables…

El banquero la interrumpió.

—No sé nada de partos ni de embarazos. Ahí soy un burro, un necio.

Bendis rio.

—No, no quiero que me hables de lo que yo porto y siento desde hace ya casi nueve meses. De eso sé bastante. Quiero que me hables de Alejandría.

Apolofanes, como si fuera un torpe poeta, habló de su tierra de forma engolada:

—Alejandría hay que visitarla. Vivirla. Con su amplio delta, su magnífico puerto donde atracan barcos de todo el imperio y donde se cargan las mercancías que han llegado desde el Mar Rojo, con sus mujeres al frente de negocios agrícolas y textiles, a veces sin la necesidad de que un marido o un familiar las avalen ante las autoridades...

—¿Dónde está Alejandría?

—En Egipto. Donde el gran Nilo se desvanece en el Mediterráneo.

Bendis no le veía fin a su ansiedad por saber. Balaur comenzaba a impacientarse, como adivinando por dónde iría a salir su mujer.

—¿Qué es Egipto, qué es el Mediterráneo? ¿Es más importante que el Ponto Euxino?

—Roma no se queda en los sitios ni los conquista por placer. Sus águilas se posan sobre las tierras ricas en minas y en vergeles agrícolas. También sobre geografías estratégicas. Pero Egipto es el granero y el oro de Roma, y Alejandría, el puerto por donde salen y llegan todas las riquezas.

—¿El clima es suave, como en la Bética?

—Mucho más. Tan suaves como el lino que tejen las mujeres. Y tan soleado que parece que…

Balaur interrumpió la conversación y como siempre, fue muy directo.

—Bendis, creo que Alejandría no es la tierra que buscamos.

—La que hemos encontrado tampoco lo es —respondió la mujer.

El banquero griego percibió un atisbo de tensión en la pareja. Se levantó, saludó cortésmente a Bendis y le ponderó su guiso de jabalí; luego se dirigió a la pared donde estaban colgadas la espada de madera y el gladio de aquel arrojado gladiador que fue Valentiniano en tierras hispalenses. Mirándolas le dijo a Balaur:

—Creo que tú y yo podríamos hacer muy buena sociedad. Mi dinero necesita protección y no sé por qué creo que tú eres mi hombre. Búscame por el foro.

—Creo que me gustaría mucho Alejandría —le dijo Bendis antes de que se marchara el banquero.

—Es un lugar maravilloso. A tu hijo le encantaría…

Una tensa sobremesa

—Sabes que me gustaría irme de aquí en primavera —comentó Bendis mientras retiraba de la mesa los restos de comida con la que habían demostrado su hospitalidad al banquero.

—Yo tampoco quiero quedarme, mujer

—Pero te veo siempre muy evasivo. ¿No te gustaría ir hasta Alejandría? Tenemos una oportunidad magnífica de ir a Egipto.

—¿A qué te refieres, Bendis?

—A la oferta de trabajo que te ha realizado Apolofanes. Ayúdalo aquí y él nos ayudará en Alejandría.

—No es un sitio que me atraiga.

—¿Acaso lo conoces? ¿Has estado allí? El banquero nos ha dicho que es una de las ciudades más importantes de Roma. Un puerto por donde entran y salen riquezas. Y un lugar donde las mujeres pueden montar sus propios negocios. El banquero nos podría facilitar ese dinero.

—Tenemos dinero, Bendis. No me gusta deberle nada a nadie. Antes saltaría a la arena del circo que poner mi vida en manos de gente que solo respetan la plata.

—Ya sabes que no quiero verte en un anfiteatro…

—Pues con el dinero que gané en los anfiteatros seguimos viviendo aquí.

—Llegará el día en que necesites más. Y el tiempo pasa también para tus piernas y brazos. Creo que tenemos una gran oportunidad para comenzar de nuevo, junto a nuestro hijo, en una tierra donde las noches son suaves y el sol es un regalo diario. Acepta la oferta del banquero. O, por lo menos, habla con él. Escúchalo.

—También hace frío en invierno…

—Nunca tanto como aquí, Balaur.

El dacio se sentía incómodo con la situación. No quería renunciar a la Dacia, pese a los reveses y decepciones que había ido acumulando desde que su hermana, en Roma, se negara a reconocer su sangre.

—Lo pensaré.

—Bendis dejó de retirar la mesa y estrelló un plato de madera contra el suelo. Estaba llena de cólera.

—Llevas pensándolo casi nueve meses. Por todos los dioses, Balaur, no hay mucho que pensar. Solo hay que actuar. Decidirte y actuar. Tenemos donde elegir: desde el Ponto Euxino hasta Alejandría. Pero no te veo con ganas ni con intenciones de hacerlo.

Bendis rompió a llorar. Balaur detestaba aquellas situaciones. No las sabía controlar. Quizás el llanto de su hermanita cuando fue capturada por los romanos lo hacía vulnerable al llanto de las mujeres. Nunca había olvidado aquella escena que lo marcó para siempre. Tan fiero como era y tan conejo para ciertas situaciones…

—Serénate, mujer. Si te vale, mañana mismo voy a hablar con Apolofanes.

La dacia se calmó. Se secó las lágrimas y le dijo:

—Tengo ganas de tener mi propio taller o una tienda de frutas. Ya sabes que en Egipto las mujeres gozan de gran libertad para hacer negocios. Y, en cualquier caso, siempre estará Apolofanes.

Balaur miraba al suelo como un niño recién regañado, nadando entre dos aguas emocionales distintas que lo arrastraban hasta la frustración de verse lejos de lo que le gustaba, la guerra y el combate, para convertirse en un padre baboso dependiendo del trabajo de una frutera. No estaba hecho de esa madera. Pero tampoco dejaba de seducirle abrazar un nuevo sueño lejos de la pesadilla que se había encontrado en la tierra de sus padres.

—¿Sabes lo que me dijo ayer una amiga, Balaur.?

—¿Que no encuentra verduras con este tiempo en el mercado?

Bendis sonrió.

—No, en absoluto. Me comentó que su marido fue al arúspice a que le interpretaran un sueño. Había soñado que se transformaba en mujer. Le dijeron que es un signo de buena suerte si se trata de un pobre, puesto que alguien se hará cargo de él, como nos sucede a las mujeres que empobrecemos. Yo no quiero ser ese tipo de mujer, Balaur. Lo que llevo en mi vientre no lo venderé en el mercado ni lo dejaré tirado en un cementerio porque su padre haya muerto esta primavera en un juego de gladiadores.

El alegato de Bendis fue interrumpido por una llamada a la puerta. Balaur y su mujer se miraron extrañados. ¿Esperaban a alguien? Bendis abrió la puerta y vio la cara llagada, la cabeza tiñosa y la ausente dentadura de una falsa sonrisa que decía:

—La he hecho yo para vuestro hijo. Para que tenga sus mejores sueños lejos de aquí…

Era Propugnator con una cunita para el futuro bebé.

Reunión de altura

—¿Algunos habéis leido el *Satiricón* de Petronio? Porque entiendo que los que aquí estamos reunidos sabemos todos leer —dijo el aristócrata romano que iba a sufragar los gastos de los juegos de abril en honor a Ceres.

Estaban en manos de los masajistas. Habían invertido la mañana en hacer ejercicios físicos y natación en las termas, y después pusieron sus cuerpos en manos de expertos masajistas y barberos, que dejaron sus anatomías y cabezas como las de un busto griego de buena factura.

—Haces preguntas inoportunas —respondió el otro aristócrata.

Apolofanes le contestó con esa carga irónica pero elegante que desarrollan comerciantes y banqueros como propias de su actividad.

—También sabemos de números… ¿Verdad amigo Balaur?

Balaur no habló. Siguió en manos de su masajista. Atendía.

—Escuchad la opinión de Petronio sobre los banqueros. Es del *Satiricón*. Me lo sé de memoria: «En un día Neptuno se me comió treinta millones de sestercios. ¿Creéis que desfallecí? Por Hércules, esta pérdida no me afectó más que si se tratara de nada. Hice construir otras naves, mayores y mejores, más bienaventuradas también, de forma que todo el mundo me llamaba intrépido. Ya lo sabéis: una gran nave tiene una gran resistencia. Cargué con ellas de nuevo mercancías y esclavos. En esta ocasión Fortunata tuvo un gesto piadoso: sus joyas, su guardarropa, todo, lo vendió, y puso en mi mano cien áureos. Esto fue la levadura de mi peculio. Lo que los dioses quieren se hace aprisa. En un viaje redondeé diez buenos millones…».

Inopinadamente, Apolofanes lo cortó. Alzó su mano como pidiendo el testigo para seguir la cita y, como el aristócrata que acaba de citar a Petronio, él también se levantó de la mesa de mármol donde lo estaban masajeando y, en pelotas vivas, continúo, también de memoria, el texto:

— «Inmediatamente rescaté todas las tierras que habían pertenecido a mi patrono. Edifiqué una casa, compré esclavos en venta y animales de carga; todo lo que yo tocaba crecía como un panal de miel. Cuando vi que yo solo era más rico que todo el país reunido, saqué las manos de la mesa: me retiré de los negocios y me puse a prestar a los libertos. Yo no quería ya continuar en el comercio».

—Y, como él, tú también te hiciste banquero —dijo el aristócrata que había estado declamando—. ¿Tienes ya, Apolofanes, diez millones de sestercios?

El griego regateó el desprecio encubierto del aristócrata.

—Tengo el suficiente para que tú y tu amigo aquí presente podáis montar en abril, en homenaje a Ceres, unos juegos magníficos, que agrandarán vuestra reputación ante el pueblo y ante el emperador Hadriano.

—Y ese honor tan grande, ¿cuánto nos costará? —le preguntó el aristócrata menos lenguaraz.

—Lo que os queráis gastar.

Ambos aristócratas se miraron perplejos, casi aturdidos por la vaga respuesta del banquero, tan vaga e imprecisa como real. Apolofanes vio que estaba ante dos cervatillos asustados que esperaban una respuesta que no hiciera volar por los aires su capacidad de sorpresa.

—Danos una cifra —le dijo el aristócrata seguidor de Petronio.

—cuatrocientos mil sestercios. Ese es el dinero que os adelantaré.

—¿A qué interés nos dejarás ese dinero, banquero? —insistió.

—En Alejandría, en Roma, en Pompeya se está dejando el dinero al diez por ciento. Sé de vuestro esfuerzo encomiable por homenajear a Ceres y al emperador; solo por eso os lo dejaré al ocho por ciento.

Ambos aristócratas se miraron y sonrieron satisfechos. Uno le preguntó:

—¿Qué aval necesitas?

—El que siempre ofrecen personas tan ilustres y formadas como vosotros: vuestras tierras, vuestras casas y esas minas que explotáis por concesión de la oficina imperial y que tan rentables resultan…

Los aristócratas se miraron, sorprendidos de la información que manejaba el banquero. Apolofanes abrochó la conversación con otra ironía:

—Estoy seguro de que en vuestras cajas fuertes tenéis más de diez millones de sestercios que superan el capital del banquero de nuestro amigo Petronio…

Balaur seguía tendido mientras lo perfumaban y le aplicaban aceites mezclados con hierbas aromáticas sobre el cuerpo. Tras oír todo aquello pensó con firmeza: «Este tipo juega fuerte. Creo que Bendis lleva, una vez más, mucha razón. Apolofanes es la llave de la puerta que nos abrirá otro futuro. Si es que lo tenemos…».

Sorpresas (1)

Pasaron unos días hasta que Apolofanes y Balaur volvieron a encontrarse, aunque sería más correcto indicar que fue el imprevisible dacio quien buscó al banquero. Al verlo, el griego sintió que un repeluco de satisfacción le recorría el cuerpo: el mismo que experimentaba cuando veía un trato ventajoso a su alcance o cerraba una operación bancaria que apilaba más sestercios en su peculio. Con retranca, le soltó al verlo delante:

—Creía que no vendrías nunca. Estoy seguro que no necesitas ayuda de nadie...

Al intratable dacio le salió de la barriga lo mejor de su ralea.

—Realmente, no te necesito para nada, Apolofanes. Pero quizás tú a mí sí. ¿Ves aquel banco de piedra labrada con dibujos geométricos que hay al final del Foro? Justo donde está pegando fuerte este magnífico sol de febrero. Te espero allí.

—¿Tan urgente y reservado es lo que me tienes que decir?

—Eso tendrás que decidirlo tú mismo tras escucharme. Te espero

allí —le dijo brindándole una mirada velada al esclavo Zenón.

Apolofanes pensó que el dacio era tan orgulloso y soberbio que quería darle la vuelta a la piel del cordero, pintar una situación inversa a la realidad. El banquero sí que no necesitaba nada, Al menos no con la urgencia que parecía transmitirle Balaur. Pero a Balaur sí que le urgía solucionar ciertos problemas que había detectado en su casa, con una mujer pensando más en Alejandría que en la Dacia y, también, más empeñada en iniciar una nueva vida que en continuar con aquella que, según lo visto por el banquero, le desagradaba tanto como a un esclavo el látigo. A conciencia, el griego se demoró para hacerle llegar a aquel insolente dacio que cualquier situación, por imprevista que fuese, en la que Apolofanes estuviera por medio, sería él quien la controlase, y no al revés. Pasaron más de veinte minutos hasta que Apolofanes le dijo a su esclavo Zenón:

—Ahora vengo. Ten los ojos bien abiertos.

—Sí mi señor. Descuide.

Apolofanes llegó al banco donde lo había citado el dacio y no vio a nadie. Eso lo desconcertó. Giró en redondo para intentar ver si Balaur estaba por algún lado, pero no lo encontró. Se incomodó. ¿A qué tanta urgencia para luego no acudir a una cita? El banquero se ajustó su abrigo de oso y se sentó en el banco para reflexionar.

—¡Maldito dacio! ¡Quitarme del trabajo para nada!

Y escupió sobre el suelo. Luego, mientras se atusaba la barba, pensó: «No sé si mi incomodidad la inspira el hecho de que me haya alejado del trabajo, o la circunstancia real de que yo creyera que jugaba con él y ha sido él quien ha jugado conmigo. Tal vez sean las dos cosas. Por todos los dioses, gracias que tengo a Zenón de mi parte. Es mi mayor garantía…».

—¿Desde cuándo tienes a ese esclavo trabajando para ti? —lo sorprendió Balaur por la espalda, propinándole unos golpecitos en el hombro al desavisado y atónito banquero.

—¡Vaya! ¡Te gusta jugar a las apariciones…!

—Creo que es interesante que me respondas.

Apolofanes se puso serio. En su papel más profesional.

—Te contaré, Balaur. Seguro que no conoces el caso de Pedanio Segundo. Fue un rico senador romano de la época de Nerón, y se cuenta de él que daba un trato tan insoportable a sus esclavos que estos acordaron un complot para asesinarlo. Y lo hicieron. Ninguno reveló el nombre del que le quitó la vida, y todos fueron condenados a ser crucificados como castigo ejemplar por no delatar a nadie y por no haber evitado el crimen.

—No sé qué relación tiene lo que me cuentas con lo que quiero

saber —dijo un perplejo Balaur.

—Ten paciencia. Continúo. La gente corriente, la gente de la calle, sabedora del trato infamante, indigno y cruel que Pedanio Segundo les daba a sus esclavos, se echó a la calle para que ninguno fuera crucificado. Nerón se vio obligado a enviar a sus pretorianos para disolver a la gente y crucificar a los esclavos.

—¿Y?

—Que yo también habría defendido a Zenón y habría evitado que lo crucificaran. Trabaja conmigo desde muy joven. Y es listo, trabajador y leal. Muy leal…

—Yo creo, banquero, que ni tú ni ese tal Pedanio tenéis argumentos para ser magnánimos con Zenón…

Como un potro joven y enérgico, Apolofanes se levantó del banco y clavó sus ojos en los de un misterioso Balaur.

—¡Apostaría mi vida por su lealtad…!

—Si lo haces, vivirías poco… ¿Te apetece un paseo? Tengo algo que contarte —le dijo el dacio.

—Caminemos. ¡¡¡Y cuida tu lengua!!!

Sorpresas (y 2)

—Imagino que en Alejandría tendrás más orejas que yo aquí, en Zarmizegetusa —le dijo Balaur.

—Tengo mis buenas redes de confidentes. Trabajan bien y pago mejor.

—Yo trabajo de otra forma. Voy a las tabernas, hablo en el foro, me acerco al mercado y…

—¿Y? —preguntó visiblemente interesado Apolofanes.

—Y me entero de cosas. Que pueden ser ciertas o no, pero que entiendo debes de conocer, pese a que nuestra amistad sea tan breve.

Apolofanes se paró en seco. Se negó a caminar y, en tono severo, le dijo a Balaur.

—No me gustan las intrigas. Y a ti en cambio, por lo que veo, te seducen.

—Sí, Apolofanes. Me gusta hacer preguntas.

—¿Por qué tantas preguntas?

—Para saber —respondió Balaur con tono superior.

—Pues para saber vete a Roma. Hadriano ha abierto un Ateneo…

La dura respuesta del griego aliñó de agrio, por un momento, el tono de la charla de ambos. Balaur le siguió el juego.

—Ten por seguro que me gustaría conocer antes ese Ateneo de

Roma donde tantas respuestas encontraría que verme en tu situación actual.

El griego se descompuso. Adoptó un tono desafiante y crispado.

—A ver, impertinente, ¿cuál es mi actual situación? ¿Acaso no voy a adelantarles a dos aristócratas locales cuatrocientos mil sestercios a un interés del ocho por ciento para que tengáis unos juegos inolvidables y Ceres os bendiga con cosechas tan generosas como las que riega el Nilo? ¿Cuál es mi situación, qué demonios la ponen en peligro?

—Cálmate, Apolofanes. No he venido hasta aquí para desquiciarte, nada más lejos de mi intención. Solo que mis orejas en esta ciudad, que conozco mejor que tú, se enteran de cosas.

—¿Como cuáles?

—Cosas que no sé si serán verdad. Pero que creo oportuno que sepas.

—Eso ya me lo has dicho. ¡¡¡Habla, por Júpiter!!!

—Escuché en una taberna que Zenón había estado allí bebiendo con un granjero local. Pobre. Muy pobre para lo que ahora dicen que tiene en su granja. En esa taberna el granjero y Zenón se abrazaron incluso cuando brindaron por un negocio feliz para ambas partes.

La cara de Apolofanes iba tomando el color de la nieve… y su misma temperatura. Balbuceante, sin seguridad alguna, dijo:

—No veo nada irregular en lo que me dices. Él también está autorizado para cerrar acuerdos menores que luego se registran en nuestros libros.

—Bueno, no sé si cinco mil sestercios es un acuerdo menor. Pero sí sé que se ha comprado un hato de ganado con el que el granjero ha soñado toda su vida y no ha podido tener hasta ahora, hasta que Mercurio le puso delante de sus narices al esclavo de Apolofanes.

El griego se llevó la mano a los labios en un evidente tic de inseguridad. No dijo nada. Balaur prosiguió:

—Ten por segura una cosa: la granja de ese hombre no vale cinco mil sestercios. Nunca valió nada.

Balaur creyó conveniente despedirse y lo hizo a su manera.

—Repasa esos libros, banquero. Lo mismo te encuentras con las respuestas que a mi me harían más sabio en el Ateneo que dices que Hadriano ha levantado en Roma… Si me necesitas, solo tienes que avisarme.

Y se fue silbando imitando a los pájaros de su tierra cuando pregonan la llegada de la primavera.

Había ido postergando la visita al oráculo mal aconsejado por el miedo a que, una vez más, la Dacia siguiera negándole lo que tanto quiso encontrar en la tierra de sus antepasados. Pero las fechas del parto se aproximaban y Balaur quería conocer cómo iba a ir todo. Si Bendis le daría el guerrero que él esperaba: el varón que prolongaría su sangre y el hombre futuro que, tal vez, pudiera devolverle algo de dignidad y grandeza a su pueblo. Se acordó de Scaeva en Híspalis. Era el mismo caso. El padre del Zurdo le fue transmitiendo, en charlas relajadas pero llenas de misterios del pasado, las costumbres y dioses de su pueblo antes de que los romanos acabaran con todo, al igual que habían acabado con la Dacia de los guerreros y príncipes. Al final, Scaeva fue también la aspiración imposible del sueño de un buen padre y de un buen guerrero. Porque, pese a los conocimientos que de su antiguo pueblo le transmitió su progenitor, terminó peleando a favor del imperio que había acabado con sus antepasados turdetanos. Una vez más se repetía aquella historia de perdedores, ahora transferida al enrevesado mundo de emociones y sentimientos del joven Valentiniano, Balaur desde que entró en la Dacia. ¿Tendría su hijo un destino menos amargo que el suyo? ¿Sería ese niño el líder capaz de unir y levantar a las tribus dacias dispersas por los montes contra Roma? ¿Sería su hijo el arranque de una dinastía guerrera nueva que le devolviera a su tierra todo lo que había perdido a manos de Roma? ¿Tendría su hijo más suerte que su padre y que Scaeva?

Balaur se fue hasta el foro donde, como en casi todos los foros del mundo romano, se levantaba un monolito ligado a los oráculos de Astrampsico. Quiso despejar el velo de miedo y dudas que lo escondían de la realidad y se sobrepuso a los temores y supersticiones para irse derecho a conocerla. No fue aquella su mejor mano con el destino. De las muchas respuestas que obtuvo del oráculo, una se le quedó grabada en la cabeza como si fuera la flecha de un legionario:

—Dos vidas salvarán una. Dos vidas ampararán a otra para que siga su camino…

No era mucho, pero quizás todo estuviera dicho en aquellas ambiguas afirmaciones. No aparecía la palabra «muerte», cosa que lo tranquilizaba. Y, en todo caso, dos vidas iban a salvar a otra y eso le pareció muy positivo. Quizás la vida de su hijo y la suya fueran capaces de salvar de la amargura y de unos sueños imposibles a la mujer de su vida, la madre de su futuro hijo: Bendis. Mucho más tranquilo, regresó a casa para darle la buena noticia a su compañera.

Estaba muy próxima la fecha para que la luna se llenaría con esa fuerza que la coloca en el cielo como el rostro impenetrable de una diosa. De una diosa capaz de multiplicar la intensidad de las mareas, las locuras de los hombres y la conducta de los animales, y también, de encender los amores más helados. En su carro de plata tirado por caballos audaces, Selene cada noche recorría el cielo con el candil plateado de su luz. Dicen que una vez su luz iluminó la cueva donde el pastor Endimión descansaba de apacentar sus rebaños. La cueva se encendió con una luz intensa y plateada interrumpiendo el sueño del cabrero de Caria. Selene le rozó con su boca los labios y encendió una pasión que fue envidiada por el Olimpo. La luna de aquel final de febrero en Zarmisegetusa encendía también la pasión de la vida como Selene encendía la del amor. Bendis notó que la hora de parir estaba próxima. Una amapola de sangre había teñido la cama. Estaba sola. Balaur había salido a cazar al bosque. Quería que la despensa estuviera bien repleta de carne de ciervo para que Bendis se recuperara pronto del parto.

Balaur tuvo que adentrarse bastante en el monte. Las pistas de los animales no estaban muy claras, porque la nieve se había deshecho y las huellas se perdían en los charcos. Así y todo pudo dar con un hermoso ciervo de poderosa cornamenta. Se untó la cara, los brazos y las ropas de barro. Y reforzó el camuflaje con boñigas de gamo. Estuvo siguiendo a su presa toda una mañana. Observándolo. Estudiándolo. Teniendo cuidado con el aire para que siempre lo tuviera de cara y no delatara su presencia. Lo siguió hasta un arroyo donde bebía con su manada. Era un sitio ideal: un claro en mitad del bosque cuya frondosidad a él no lo delataba, pero al animal lo dejaba al descubierto. Se asoció con el tronco de un árbol de un diámetro considerable. Buscó la forma más cómoda de apuntar y disparar y, de un certero flechazo en el cuello, abatió a aquella hermosa pieza que el bosque le regalaba. Un relago de la naturaleza que entregaba una vida para que otra viniera al mundo en casa del dacio. El ciervo se sintió sorprendido por el flechazo. Pero no rompió a correr. Se limitó a encender sus redondos ojos en una especie de estertor imprevisible. Dio varios traspiés atolondrados y fue a caer sobre la pura y fría agua del arroyo. Otra amapola de sangre dejó en aquellas aguas el tributo mortal del animal. Demasiadas amapolas de sangre para una primavera que aún no había estallado…

Sobre la lápida podía leerse: «Aquí yacen Bendis y su hija Alejandría, una mujer que no alcanzó sus dos sueños: ser madre y vivir en Egipto. Detén tu camino y lee: esta es una tumba común de una mujer poco común. Amó a su marido, Balaur, con toda su alma. Su conversación era sabia, sus andares elegantes, y organizaba la casa y tejía. Sigue tu camino». Bendis murió un día antes de que Balaur llegara a casa con aquel ciervo magnífico que cazó en el bosque. Se la encontró muerta sobre su cama que era un charco de sangre. Nadie había oído nada. Ni un grito, ni una solicitud de auxilio. Nada. Debió de perder el conocimiento y se desangró. La vida que llevaba en su vientre corrió la misma desventura. Madre e hija, dos de un solo golpe, cazó la muerte en aquella casa, como si ambas fueran dos gacelas en el bosque abatidas por la certera flecha de un cazador mucho más implacable que Balaur. Era espantosa la escena. Bendis estaba con medio cuerpo fuera de la cama, como si hubiera intentado levantarse cuando comenzó a sentirse mal. Había peleado por esquivar su destino. Pero las fuerzas le fallaron. O las de la muerte fueron, como siempre, mucho más poderosas cuando te elige como su forzado acompañante. La sangre había convertido la pequeña habitación en un escenario tan desagradable como el de una carnicería cuando se ha despiezado un ternero. Bendis y Alejandría llevaban muertas casi una semana. El tiempo que Balaur penaba sus horas delante de la tumba de su mujer, a la que visitaba diariamente.

Apolofanes intentaba mantenerlo entretenido. Pero ni el vino ni las ilusiones que pretendían despertar y resucitar el alma seca del dacio conseguían mucho.

—Nada te amarra aquí, Balaur. Ahora puedes venir conmigo a Alejandría. Ese es tu nuevo camino.

Casi sin pestañear y con los ojos clavados en la tumba, Balaur le contestó:

—Alejandría ha sido el nombre que le di a nuestra hija. Bendis quería darle su nombre si era hembra. Estoy seguro de que le habrá gustado a mi pobre esposa.

—Es un bonito nombre, Balaur. A la altura de los sueños de tu querida Bendis. Pero la vida sigue. El sol alumbra las horas del reloj del foro y tú sigues vivo. Vente a Egipto; aún eres joven y puedes hacerte rico.

Balaur se agachó sobre la lápida y pasó su mano sobre el nombre de Bendis y Alejandría, como si acariciara los rostros perdidos para siempre entre los fantasmas de la muerte. Apolofanes insistía en

sacarlo de aquellas honduras.

—¿Sabes que llevabas razón?

—¿A qué te refieres, banquero?

—A Zenón. Ha estado prestando dinero que no aparece en nuestros libros. Llevará una contabilidad no oficial. Pobre loco.

—¿Qué harás con él? ¿Lo crucificarás como a los esclavos aquellos que mataron a Pedanio Segundo?

—En absoluto. Me reporta más de lo que me quita. Y cuando lleguemos a Alejandría veré lo que hago con él.

Balaur se levantó y le puso la mano sobre un hombro al banquero.

—Te diré que lo mismo te llevas una sorpresa. Y que Zenón, como el liberto del cuento aquel de Petronio, es capaz de recuperar lo invertido y devolverte el dinero hasta con ganancias.

—Nadie actúa sin consentimiento del patrón. Y el patrón soy yo y el dinero es mío. Zenón es solo una herramienta, como una hoz en manos de un segador: hace lo que yo le ordene; lo contrario es peligroso. Volvamos a casa. Pasemos juntos la jornada. ¿Sabes qué vas a hacer con tu casa?

—Quédatela. Te la regalo. Eres lo único bueno que he encontrado en esta tierra.

—No. Te la compro. Y a buen precio. Podrás empezar con buen dinero tu aventura alejandrina.

Balaur no dijo nada. Nunca quiso ir hasta Egipto, y ahora menos. Porque allí, en el paraíso que Bendis soñó para su hija y para él, la tendría siempre presente, alojada en su corazón como un dolor cronificado, como una espina incesante. Como otra cosa que le negó el destino en su afanosa búsqueda por ser feliz. Cuando habló dijo tan solo:

—Es curioso, banquero. Viajé desde la Bética a Roma y desde Roma hasta aquí buscando lo que había perdido. Y no me he dado cuenta de que no solo no he encontrado nada, sino que perdí todo lo que me quedaba.

—Yo jamás vuelvo la cara. El pasado no existe, el futuro es incierto y el presente es lo único que nos queda.

Nuevamente, el silencio los acompañó hasta el Foro donde grupos de ciudadanos gritaban agitados.

—Algo ha pasado, Balaur.

—Poco me importa. Todo lo que tenía que pasarme me ha ocurrido. Como me dijo el oráculo: dos vidas salvarán otra. Maldigo ese vaticinio.

Apolofanes se acercó a uno de aquellos agitados ciudadanos para saber qué ocurría.

—Dicen que han visto el cadáver descuartizado de Propugnator colgado de un árbol del bosque.

—Pobre viejo. Ya no sufrirá por las llagas de su cabeza ni por el pan duro que no podía masticar. Demasiadas muertes en tan poco tiempo. Veo que la *lustratio* de febrero, la ceremonia de limpieza espiritual de las maléficas influencias de los demonios, no ha servido de mucho este año.

Un amigo se acercó a Balaur para comunicarle la noticia.

—Han asesinado a Propugnator, el viejo chivato al que tú y Bendis le dabais comida y calor en vuestra casa.

Balaur no movió un músculo de su rostro.

—Ni él ni Bendis necesitarán más esa casa, amigo. Ambos han partido hacia la laguna del barquero. Ahora me toca partir a mí. Aquí ya no tengo nada que hacer…

CAPÍTULO V

MIRANDO HACIA ORIENTE

Un poblado caledonio

LA ASAMBLEA

En las tierras más altas de Britania, protegidos por los bosques, las montañas y la aspereza de un clima irritante, se distribuía la nación caledonia, los conocidos por los romanos como los pueblos pictos. Orgullosas de sus tradiciones y hechas para la guerra, algunas tribus irreductibles no se daban por vencidas ante los últimos avances romanos y el levantamiento de aquel muro de Hadriano. La belicosidad natural de su sangre se había multiplicado desde que los romanos derrotaron a otros pueblos britanos, reduciéndolos a la subordinación en el mejor de los casos, cuando no a la esclavitud y la explotación. Ninguno de sus jefes pasearía por Roma encadenado como un animal exótico, como ocurrió más de cien años atrás, cuando Claudio, para celebrar su triunfo, exhibió a los líderes vencidos Catigerno y su esposa, así como a un hijo de Caractato y treinta jefes de importancia, mientras el populacho deliraba viendo el botín de guerra depredado en Londinium, la actual Londres, y en Camulodonum, la Colchester de hoy.

En uno de aquellos poblados del norte, constituidos por castros de piedra y techos cónicos de paja, pocas veces protegidos por una cerca o muralla, se estaba celebrando un encuentro vital para el futuro de un pueblo que quería seguir siendo libre. El joven rubio y atlético que vivía en las *cannabae* cercanas al muro por el Pons Aelius, aquel al que una piedra de la muralla le había destrozado la pierna, hablaba en el interior de uno de los chozos a una especie de consejo de tribus pictas.

—El mercader romano ya sabe que queréis armas. Ahora no está en el muro, salió hacia su tierra antes de que el otoño cerrara la temporada de navegación.

—¿Ese mercader es el que lleva al cuello un amuleto de Lug?

—El mismo. Ese es nuestro hombre. Ha convenido conseguir buenas espadas y lanzas para nuestros guerreros a cambio de oro.

—¿Cuándo estará de regreso?

—Para primavera. Abril o Mayo. En la operación intervendrá el

pirata Lucco, amigo de nuestra causa. Aulio y Lucco dejarán las armas en las playas de Dyn Eidyn, Edimburgo.

El consejo deliberó y todos parecieron estar conformes.

—¿Cuánto oro habrá que darle? —dijo un picto del consejo con tono agrio.

—Yo no lo sé. Pero sí sé lo que aquí le hacemos a un traidor. Los romanos no son más comprensivos que nosotros. Se está jugando la vida —respondió el joven britano.

—La vida de un traidor no vale nada. Yo lo atraparía y le haría beber oro fundido —dijo un guerrero del consejo.

Un murmullo de unanimidad se levantó en la asamblea, que rápidamente fue apagado por la voz imperativa y llena de cordura de otro consejero.

—Si la operación sale bien, tendremos armas de magnífica calidad para enfrentarnos a los romanos. No parece acertado que matemos a nuestro mejor aliado contra Roma. Se buscará el oro y se le pagará con generosidad; solo así garantizaremos más entregas de armas.

—Es lo más razonable —apostilló el joven britano.

—Deliberaremos y te daremos nuestra decisión antes de que regreses al muro. Duerme hoy en el poblado, acuéstate con una joven ardiente y pasa una noche feliz y relajada —le dijo otro miembro del consejo.

Cuando se disponía a salir de aquella choza, alguien le comentó con sorna:

—Muchacho, has quedado perfectamente curado de tu pierna. Hoy podrías ganarle corriendo al mismísimo Mercurio, ese dios romano que tiene alas en los pies. Nuestros druidas hacen milagros…

Los presentes rieron y el joven britano respondió:

—No pienso correr ahora. Todas mis fuerzas las voy a dejar en la cama donde una dulce caledonia me espera.

Lo obligaron a beber, a reír y a cantar. Los caledonios tenían en gran estima a los espíritus osados y valientes. Y aquel joven lo era.

Pons Aelius

El vino del Vesubio (1)

Fuera la niebla era tan espesa que podría atravesarse con un gladio. A más de dos pasos no se veía lo que tenías enfrente. Uno de los soldados que estaba trabajando en el muro pensó que así debería ser el Hades. Pese a tan espantoso día, los oficiales Pontius y Tiberio Claudio, protegidos con capotes de lana espesa y capuchas, seguían

encima de las obras. Todo iba a buen ritmo, a muy buen ritmo, y tal vez para la próxima primavera, si todo transcurría sin sorpresas y los caledonios no planteaban una ofensiva contundente contra el muro, pudieran pedirse, escalonadamente, una licencia para volver a casa. Primero uno y después el otro. No había problemas: siempre habían colaborado estrechamente y de forma eficaz. Pese a su espíritu militar, tan espartano como el que estaba imponiendo con sus reformas el emperador, de vez en vez se extrañaba una vida más allá de las rutinas cuarteleras, que reflejaban diariamente las llamadas Actas diurnas. Desde lo alto de una de las torres construidas Pontius le dijo a Tiberio Claudio, mientras repasaba con su mano la terminación de la argamasa que fijaba la piedra de una barbacana:

—¿Están las provisiones del invierno aseguradas?

—Relájate, Pontius. Ese no es el problema. Es más: hasta ahora no tenemos problemas. Déjalo todo como está. Tú preocúpate que no nos falte el vino de Sorrento o del monte Vesubio. Dicen que es exquisito.

Pontius le dedicó una sonrisa de complicidad a su compañero y siguió con su preocupación.

—Siempre me avergonzó un pasaje de nuestra historia, querido amigo. Por eso te planteo lo de las provisiones.

—¿Qué pasaje es ese, Pontius?

—El que sufrió uno de los conquistadores de Britania. Aquel pobre Claudio al que, por estar desabastecida Roma como consecuencia de varias malas cosechas consecutivas, la multitud detuvo en mitad del foro...

Lo interrumpió Tiberio Claudio para seguir la historia.

—…y lo cubrió de improperios, y le arrojaron mendrugos de pan de forma tan violenta que tuvo que ponerse a salvo, arrastrando su cojera hasta una de las puertas de servicio del palacio imperial. Conozco esa triste historia, Pontius. Y sé también que su amor por Roma lo llevó a garantizar a los proveedores una ganancia mínima, responsabilizándose de las pérdidas que pudieran experimentar por culpa de los temporales, los barcos de los armadores a los que les dio importantes ventajas y prerrogativas.

Pontius exhaló un suspiro imperceptible, tan solo delatado por el vaho que soltó su boca. Dijo:

—Aquí no nos pasará eso. Este muro se terminará. Y nuestros nombres irán unidos a una de las obras públicas más importantes hechas por Roma en toda su historia.

—Quédate tranquilo, amigo. Esta historia que vivimos en Britania no tiene nada que ver con esa otra tan vergonzante que humilló a todo un emperador.

—Pero aún me duele. Tanto como recordar el desastre de Varo en el bosque de Teutoburgo.

Recordar aquella batalla de casi doscientos años atrás aún hacía sangrar la herida de los militares romanos más orgullosos y patriotas. Tiberio Claudio creyó conveniente cambiar de tema y refugiarse dentro del cuartel de las inclemencias de aquel duro y neblinoso invierno.

—Empieza a nevar, Pontius.

—Eso tiene arreglo; lo del bosque de Varo ya no lo tiene.

—Pues olvídalo y evítate el dolor de aquella deshonra —dijo Tiberio Claudio.

—Fueron tres legiones masacradas. Casi veinte mil hombres para nada.

—Entremos, empieza a nevar con fuerza. —Quiso apartar Tiberio Claudio a su amigo de aquella triste evocación.

—Entremos y arrimémonos al fuego de nuestra sala de banderas. Entre el vino del Vesubio que me trajeron en el último barco y esa estupenda hoguera que calentará nuestra conversación, te prometo que hoy diré cosas que ni el propio Vesubio fue capaz de decir cuando sepultó Pompeya…

Tiberio Claudio rompió a reír sabiendo lo que la lengua suelta de un oficial romano destinado en Britania era capaz de escupir si se aliaban sus demonios militares con la chispa, ligereza y capacidad de improvisación que le daba a la mente uno de los vinos más solicitados en las buenas mesas del Imperio.

El vino del Vesubio (y 2)

Llevaban horas hablando, polemizando, intercambiado puntos de vista sobre la política emprendida por Hadriano. El vino del Vesubio calentaba tanto o más que aquella enorme candela que desprendía el hogar de una chimenea de piedra y que ambientaba confortablemente la sala de banderas, presidida por un busto de Hadriano y donde se veneraban los estandartes e insignias de la VI Victrix.

—No acabo de entender lo que dices, Tiberio Claudio.

—Es fácil, Pontius. Desde los Flavios hasta nuestros días la idea de Roma como capital de un reino de provincias se ha ido transformando poco a poco. Hadriano le va a dar el golpe definitivo.

—¿Eso quiere decir que Roma dejará de ser Roma? —preguntó Pontius.

—En absoluto. Roma será la capital de un nuevo Estado por encima

de las provincias que la sostienen.

—Eso es lo que quería, en cierta forma, Alejandro.

—Cierto. Pero Hadriano no va a seguir su obra militar. Delante de nuestras narices está levantando un muro para fijar, aquí en Britania, los límites de ese nuevo orden, de ese nuevo Estado. Viviremos hacia adentro. Y no, como con Trajano, hacia fuera, conquistando tierras que nos costaron muchos hombres y que no podíamos sostener.

Pontius bajó la voz como temiendo que alguien fuera a escucharlo. Se acercó al oído de Tiberio Claudio y le dijo:

—Detesto su devoción helenística. Los griegos son todos *cinaedi* [1]. No sé qué mierda ha visto el emperador en esos malditos aqueos que no tengan nuestras más arraigadas tradiciones.

Luego se levantó y se arrimó a la chimenea. Pinchó en una vara una salchicha de cerdo y jabalí y esperó a que el fuego la asara. Su amigo lo miraba mientras decidía si explicarle lo que el mundo helenístico había significado para Roma o lo pasaba por alto. Determinó que no era necesario hacer de maestro de Historia y continuó con lo más importante de la conversación.

—Cada vez más, el emperador mira hacia Atenas. Allí está el futuro del Imperio y él lo sabe.

—¿Que en Atenas está el futuro del Imperio? No deberías beber más vino del Vesubio, amigo, te hace decir cosas raras —bromeó Pontius.

—No son tan raras, Pontius. Con Domiciano el número de senadores provinciales era de un veintidós por ciento. ¿Sabes cuál es porcentaje ahora con Hadriano?

—Esta salchicha se me va a quemar con tanta habladuría. Dime…

—Cuarenta y dos por ciento. Una cifra muy significativa alcanzada en pocos años. Y es más: pon atención a lo que te voy a decir.

Pontius sacó la salchicha humeante de la chimenea y un gesto de gravedad se posó en su rostro. Era todo atención hacia aquel oficial tan al día de los asuntos políticos del principado del emperador nacido en Itálica.

—Los africanos y los griegos están tomando posiciones en la corte imperial. Curiosamente, África y Grecia son las regiones donde la economía se muestra más pujante. Nada es casualidad en política, querido amigo.

Pontius se sentó de nuevo con su apetitosa salchicha aún caliente en aquella vara de roble. La movía levemente para enfriarla y poder degustarla. Estaba deseándolo. Le salivaba la gula.

—Veremos entonces senadores africanos y griegos en el Senado —apostilló Pontius.

—Los veremos. Como vimos desde antes de Nerva a los béticos y narbonenses conquistar parcelas de poder en Roma hasta colocar como emperadores a Trajano y ahora a Hadriano. Hispania era una mina de oro y plata. Contra eso no pudieron ni siquiera los prejuicios de los aristócratas más conservadores de Roma. Y se nombraron emperadores provinciales, no romanos ni itálicos.

Una sombra huidiza se reflejó en una de las paredes de la sala de oficiales. Ninguno de los dos romanos la percibió, tan enfrascados estaban en sus divagaciones sobre la nueva política hadrianea. Pontius seguía moviendo la vara donde aquella suculenta salchicha de cerdo y jabalí debería enfriarse para calmar su glotonería. Tiberio Claudio fue más rotundo:

—No solo veremos lo que dices, amigo. Veremos cómo entre Roma y Atenas se cimenta el nuevo estado romano. Estamos levantando un muro en el confín del Imperio por el oeste, pero el futuro de Roma no pasa por aquí. Ni por Hispania. Ni por la Galia. Ni por Germania.

—Entonces, ¿por dónde pasa, oficial? —dijo Pontius mientras que la sombra se deslizaba por la pared de la sala con una velocidad y agilidad salvajes.

—Pasa por Oriente. El futuro del Imperio, tal y como parece verlo Hadriano, pasa por Oriente. Desde Alejandría a Atenas. Allí está el mejor bocado de este principado, amigo Pontius.

En ese justo instante, un enorme mastín que servía de mascota al cuartel saltó sobre la salchicha de Pontius, arrebatándosela como un león sorprende, tras la maleza, a una gacela.

—El mejor bocado de este cuartel lo lleva ese sinvergüenza en la boca, Tiberio Claudio. Esperemos que el Imperio corra mejor suerte que mi insatisfecha hambre.

Volvieron a llenar las copas y pasaron a hablar de mujeres de pechos exuberantes y caderas amplias. La esclava britana estaba a punto de subir la temperatura de aquella sala, convirtiéndose en la hoguera más ardiente que ninguna chimenea del cuartel pudiera albergar. El invierno así era mucho más llevadero…

La enseñanza de Hipócrates

El hospital del cuartel del muro, el *valetudinarium,* se inscribía en la fortaleza como uno de sus grandes edificios. Era un rectángulo distribuido en torno a un patio central. Medía, aproximadamente, trescientos dos pies de largo por ciento ochenta y ocho de ancho. Y sus salas, alrededor de doscientos uno, tenían el tamaño aproximado de

un *contubernium.* Las salas estaban divididas. Un hospital de estas dimensiones y divisiones podía albergar un porcentaje de enfermos y heridos del cinco al diez por ciento de la legión. Había diferentes tipos de salas, unas dentro de otras, unidas por breves pasillos. La jerarquía hospitalaria de un cuartel guardaba un orden riguroso: el *praefectus castrorum,* responsable general de los servicios médicos; el *optio valentudinarii,* responsable de que el hospital funcionara en los cuarteles de la legión; el *medicus* era el oficial médico romano, intensamente preparado y solvente para dirigir a su equipo hospitalario y los cirujanos que, normalmente, recibían el título de *magister,* maestro. Dada la influencia griega en la medicina romana, no era infrecuente que el *medicus* fuera heleno o dominara la lengua ática. Era el caso de Agapetos, el *medicus* de la fortaleza de Pons Aelius, aquel que despachó al britano accidentado con un alarde de escepticismo.

—El que quiera practicar la cirugía debe ir a la guerra, eso mantenía con buen criterio Hipócrates —dijo el oficial médico Agapetos cuando Pontius y Tiberio Claudio se encontraron aquella mañana en la calle del cuartel que llevaba al *praetorium* y al hospital. Agapetos continuó la conversación mientras los otros dos oficiales lo escuchaban.

—Ni en los libros de mis antepasados ni en los papiros egipcios se aprende tanta medicina como en una campaña militar. La medicina avanza conforme más muertes se apunta.

—Al final solo se salvan los que los dioses bendicen —dijo Pontius.

Tiberio Claudio salió a suavizar el imprudente comentario de su compañero.

—Creo entender lo que dice Agapetos. Lo mismo ocurre con la guerra: cuanto más la practicamos, más invencibles somos. Toda acción requiere conocimiento.

Pontius seguía percutiendo

—Pues ya me dirás cómo salvó su pierna el muchacho britano. ¿Por conocimiento de los médicos o por la mediación de los dioses?

—¿Crees en los milagros, *medicus?* —preguntó Tiberio Claudio.

—Ni en milagros ni en prodigios. Creo en el conocimiento.

Insistió Tiberio Claudio.

—Pues deberías revisar la vida de Vespasiano…

—¿La vida de Vespasiano? ¿Por qué?

Saltó Pontius:

—Porque hacia milagros. Tan increíbles como el que los druidas realizaron sobre la pierna de ese joven britano.

—¿Me tomáis por un griego estúpido?

Ambos oficiales levantaron su mano en señal de respeto máximo y de que no hablaban para gastar bromas. Tiberio Claudio le explicó la historia.

—Estaba el emperador en Alejandría, a la espera de que el mar se sosegase y los vientos se calmaran, y Vespasiano recibió de los cielos el mensaje de la buena voluntad e inclinación de los dioses hacia su persona.

Intervino Pontius con su proverbial estilo directo.

—Curó a un ciego y a un manco de la plebe.

Agapetos sintió curiosidad por la historia y le pidió a Tiberio Claudio que se la contase con todo lujo de detalles.

—Efectivamente, curó a un ciego y a un manco: a un hombre harto conocido por su ceguera y al otro por tener inservible un brazo. Ambos disminuidos le aseguraron a Vespasiano que el dios egipcio Serapis, el de la cabeza de toro, les había dicho que el emperador los curaría. Tan solo tendría que mojarles los ojos y el brazo dañado con la saliva de su boca.

—Malditos supersticiosos —murmuró el *medicus.*

Pontius se lo recriminó.

—Sigue con tus maldiciones, Agapetos. Pero aquellos dos miserables se curaron.

Continuó Tiberio Claudio.

—Así fue, Agapetos, se curaron. La saliva del emperador sanó al ciego y al manco. Pero antes el emperador había solicitado la opinión de los médicos, y los médicos dijeron que era muy improbable la cura. Pero Vespasiano hizo dos milagros. ¿Por qué los druidas que trataron al joven britano no han podido hacer otro con el chico?

El oficial médico fue tajante.

—Porque los milagros no existen. Las casualidades las solemos disfrazar de milagros. Tengo trabajo, disculpadme amigos.

Y se fue camino del *valetudinarium,* del hospital que en aquel cuartel estaba a la vera del *praetorium.* Por el camino aún pudo oír la voz zumbona de Pontius gritándole:

—¡¡Agapetos cree en los milagros!!, por todos los dioses, tú eres oficial médico… ¿te parece poco?

El oficial médico llegó al hospital de muy mal humor, seriamente contrariado. Escuchó los quejidos de los enfermos y dijo para sí: «El dolor es un idioma universal. Todos lo entendemos. Pero muy pocos sabemos tratarlo… y menos, con milagros».

Una noche en las *cannabae* (1)

Durante días, el *medicus* griego se había mostrado ajeno a su carácter jovial y abierto. La mofa de Pontius no es que le hubiera mellado su autoestima, fue una broma más entre oficiales y camaradas en los cuarteles, pero le obsesionaba la sanación milagrosa del britano. Le daba tantas vueltas como a lo que le habían contado de Vespasiano, extremo este que no se ajustaba a su mentalidad médica, formada en la lectura y conocimiento de las técnicas de Dioscórides, un famoso médico griego de obligado estudio para los especialistas, que fue cirujano en el ejército de Nerón, quizás su mejor mesa de prácticas. Escribió un tratado llamado *De Materia Médica* donde recogía seiscientas plantas medicinales, noventa minerales y treinta sustancias de origen animal, y puso las bases futuras para el desarrollo de la farmacopea y la botánica. El sanitario tampoco era ajeno a los escritos de Celso y a lo que su propia experiencia en los cuarteles de campaña le había ido suministrando para sostener los amplios conocimientos que tenía tanto de la profesión como de la farmacología. En el patio central del *valetudinarium* cultivaba plantas y hongos, un auténtico laboratorio que surtía el botiquín del hospital. Y aunque no era cirujano, siempre fue diestro extrayendo puntas de flechas o balas de plomo de las piernas de los legionarios.

Pero lo del britano no era comprensible. Lo que hiciera o dejara de hacer Vespasiano y lo que contaran después aquellos historiadores que adulaban el ego del emperador no le incumbía ni afectaba, podía o no podía haber sucedido. Pero lo del britano lo había visto con sus propios ojos. Lo tuvo delante de sus narices para intentar curarlo hasta donde los medios y el conocimiento médico podían hacerlo. Luego se lo llevaron los suyos para que los druidas le sanaran una pierna desahuciada con «una ensalada de hojas de roble», como Agapetos había comentado con sorna. En su bien amueblada cabeza no podía encajar que el joven volviera al campamento semanas después del accidente, por su propio pie y sin marca alguna en la pierna. Como si nada le hubiera ocurrido.

—Los milagros no existen —se repetía continuamente cuando llegaba a este final de la historia.

¿Realmente era aquel el final de la historia del joven britano? Agapetos se empeñó en buscar la verdad, en hallar una respuesta médica a aquel aparente milagro. Sabía que la medicina era conocimiento y experimentación; que un día se avanzaba con un enfermo para, dos días después, verlo suplicar, moribundo, a los dioses. Y que lo que a uno le sirvió como medicina o analgésico, a otro le adelantó su hora. Fiel a su método, se propuso saber. Conocer. Ver. Y una tarde, convenientemente camuflado bajo un capote de lana y

una capucha que dejaba su rostro en la clandestinidad de lo medio oculto, dejó el cuartel, avanzó hacia las *cannabae* y se apostó en una taberna mugrienta y espesa de olor a humanidad y estiércol. Pidió un vaso de cerveza celta y apartó de su frente una lucernita de aceite que lo destacaba con indiscreción. Miraba y escuchaba. Como si estuviera con Dioscórides, el famoso médico que ejerció de cirujano en el ejército de Nerón, observando qué hierba medicinal hacía secar más pronto las heridas de los soldados. Ver y conocer, ese era el método. No había otro. Más allá de ese territorio tan pragmático solo emergían, como sombras fantasmales, los milagros de Vespasiano y el del joven britano…

Una noche en las *cannabae* (y 2)

Agapetos dejó pasar las horas en aquel antro donde chicas de no más de doce años ya abultaban su vientre con embarazos nacidos de alguna noche de amor urgente con soldados romanos. De niña a mujer por unas monedas de cobre. Y algunas de ellas de niña a cadáver por culpa de un alumbramiento torcido. Se ganaban la vida en aquel ambiente fronterizo donde lo romano y lo indígena se encontraban y desencontraban, con súbitos cambios de talante y tensiones más o menos latentes que la *posca* y la cerveza celta multiplicaban para endemoniar o agraciar las relaciones entre soldados y civiles. La tarde parecía tranquila. No lejos del *medicus* un grupo de soldados jugaban a los dados, los *tali,* con solo cuatro caras marcadas. Gritaban groseramente, y lo menos sangrante para el oído eran expresiones como: *Stercoreus*[2], *matula*[3], *fur*[4], *oraputidus*[5],… Y la mejor y más empleada de todas: *Irrumabo ego te*[6].

Todo se encendía como la chispa de un rayo incendia en verano un campo agostado cuando una joven se acercaba a las mesas para servir más vinagre con agua o más cerveza celta a los soldados. Algunos se habían aprendido las palabras más urgentes y necesarias para los combates cuerpo a cuerpo en las trincheras del amor. Hermosa, guapa, culo, tetas, cama… Lo propio cuando la soledad y la lejanía de la tierra te obliga a abrazar, entre vapores de alcohol, el calor que no se tiene y la complicidad que no se encuentra en la camaradería de los contubernios. Otros, más directos, simplemente dejaban caer unos cobres encima de la mesa y le guiñaban un ojo a la camarera. Agapetos empezaba a exasperarse un poco de aquel ambiente tan ajeno a su condición de hombre de estudios y educación esmerada. Se disponía a levantarse cuando alguien le pidió que esperara.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó en un latín infectado de acento indígena.

—Ya me iba. Me aburre todo esto.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿Quieres una cerveza, verdad?

—La necesito. Hace tiempo que no bebo un trago.

—Pídela. Pero eso no me obliga a acompañarte.

—Te lo agradezco, viajero. ¿Hacia dónde te diriges?

—Tampoco me veo obligado a decírtelo. Quizás las preguntas las debiera hacer yo. Y tú responderlas. Al fin y al cabo, yo soy el que te invita a beber.

—Pregunta lo que quieras. Lo que sepa, te lo diré.

Agapetos dejó pasar el tiempo preguntando obviedades. Luego, cuando aquel tipo había consumido la primera tanda de cervezas, levantó su mano para que una camarera lo atendiera. Seguía encapuchado y entre tinieblas. A la camarera le pidió una jarra grande de cerveza celta y le adelantó un dinero extra, por si quería servirle de agrado a su invitado.

—Le traigo la cerveza, pero no voy a acostarme con ese puerco.

El tipo no se inmutó. Estaba acostumbrado a aquel trato tan displicente por parte de los suyos, para quienes no era más que un borrachín y un bocazas. Agapetos percibió cómo lo miraban algunos indígenas que estaban en la taberna. Todos vigilantes. ¿A quién vigilaban: a él o al bocazas? Hasta que no se sentó a la mesa nadie había reparado en su presencia.

—¿Por qué te tratan así? —preguntó el *medicus*.

—Me tienen envidia. Hago pronto buena amistad con los romanos.

—Quizás porque nos cuentas las cosas que a nosotros nos gusta escuchar, ¿verdad?

—No. No cuento nada que la gente no sepa. Me envidian porque tengo simpatía —dijo mientras apuraba un trago largo de cerveza que se le derramaba por las comisuras de la boca y empapaba sus barbas pelirrojas.

—Vengo de lejos. Pero hasta allí ha llegado el milagro del chico que se partió la pierna en las obras del muro —comentó Agapetos.

El bocazas dejó de beber y movió la lamparilla de aceite para verle la cara, pero Agapetos se lo impidió con un gesto seguro y firme de su mano, bloqueando la del borracho.

—Me gusta la luz que había. No necesito más para conocerte.

El borracho cedió. Y quiso ganarse otra gran jarra de cerveza.

—Yo sé cómo se hace ese milagro.

—Cuéntamelo.

—Es fácil. Solo hace falta…

Los indígenas que habían estado vigilándolo desde otra mesa le taparon la boca y se lo llevaron fuera de la taberna.

—No se preocupe viajero. No lo volverá a molestar…

El médico fue a contestar que en absoluto lo molestaba aquel borrachín, pero reprimió su respuesta. Era evidente que aquel tipo, para algunos de los allí presentes, hablaba demasiado…

La camarera miró cómplicemente a los matones. Agapetos se quedó a una frase de saber cómo se realizan los milagros que su medicina no comprendía. Pero parecía evidente que había respuestas y que alguien podría contárselo. Quizás en otra ocasión. El *medicus* se levantó y se fue sin despedirse. La camarera le gritó con cierta insolencia:

—¡Viajero, cuida de sentar a tu mesa a los borrachos! ¡Solo te traerán complicaciones!

Agapetos le hizo una señal de despedida con la mano sin tan siquiera volverse a mirarla. Pese a su esmerada educación le salió del alma decirle entre dientes:

—*Moecha*[7]*,…!!!*

Y regresó al cuartel con un tono mucho más elevado que el que arrastraba días atrás. Aquel milagro podía ser muy terrenal…

Sabiendo latín

En el *contubernium* el único que sabía leer y escribir era Supplicium. Otros dos legionarios más estaban aprendiendo del pesimista del grupo y, realmente, lo hacían con celeridad. El ejército, por su propia dinámica interna, estimulaba a los soldados a aprender a escribir; al menos a manejar el latín suficiente como para expresar por carta a los familiares las necesidades más perentorias para su bienestar físico, manifestar sus sentimientos y saber la situación de la familia que habían dejado atrás. En aquellas horas que el duro y monótono trabajo cuartelero les deparaba para el descanso, en el *contubernium* había tiempo para el juego de dados, para comentar las pequeñas grandes cosas que forman el mundo de los soldados y, también, para que el que quisiera aprender las letras las aprendiera. Bastaba con oír las expresiones de Supplicium para saber cómo progresaba la clase del día:

—Así no, *fatue*[8]*,…*

—Cómo vas a escribir *bibere*[9], con uve. Si lo escribes con uve significa alguien de la región itálica de los Abruzos, so *matula.*

—No hay forma de que aprendas, muchacho, eres *malus*

nequamque[10]…

El resto jugaba a los dados o zurcía prendas interiores hasta que la familia, si disponía de algún dinero extra, les enviara calcetines y ropa interior. Pero ninguna de estas actividades exigía silencio. Es más: propiciaban charlas, bromas y risas. Uno de los legionarios más punzantes se dirigió al *grammaticus,* al maestro de letras:

—¿Quién aprenderá a escribir antes, Supplicium, estos dos o el asno que arrastra las carretas de la cantería?

—Ese asno aprenderá antes que tú. Y en no muchas semanas le pedirás a cualquiera de estos dos *caudices*[11], que les escriban las cartas a tus padres y a tu novia. Así que ten cuidado, porque lo que escriban tú no sabrás leerlo. Y pueden arruinarte la vida.

El legionario bromista se calló, pero los demás rompieron en risas y empezaron a chincharlo sin piedad:

—Anda y cállate, *tramas*[12].

—Cierra tu boca, *putide* [13].

—¿Cúando se ha visto que un *pediculosus*[14], tenga habilidad para la escritura?

El bromista entendió que había que replegarse, como un ejército cuando se ve superado por una mala estrategia. Replegarse, aguantar y, cuando la ocasión lo aconseje, volver nuevamente al combate en busca del prestigio personal perdido. Se hizo el silencio en el barracón del *contubernium.* Sonaban los dados y la extraña forma que tenía Supplicium de estimular a sus dos «escolares». Cuando parecían olvidados los ecos de la refriega contra el legionario burlón, saltó empleando el viejo método de la intriga.

—Hatajo de *spurci* [15], ¿os habéis enterado de que los mandos nos quieren premiar por el buen ritmo de las obras del muro?

Todos lo miraron en silencio.

—Venga, gritadme ahora. A ver quién es más *tramas, putidus* y *pedicolosus*. Vamos, valientes. Hablad. Que os parieron con orejas de hormiga.

—Habla tú que lo sabes, *cinaede,* —le espetó en broma Supplicium.

El soldado se hizo el interesante. Empezó a sacarle brillo a su coraza y a silbar. Los quería hacer esperar y que las ansias por saber le devolvieran a su prestigio el lugar que él creía que tenía dentro del grupo. Pasado un tiempo, dijo:

—Vamos a tener en una semana un juego de lucha grecorromana. Ya han dado la orden para levantar un anfiteatro de madera. Si el tiempo acompaña, en siete días apostaremos, beberemos, jugaremos y reiremos como hace tiempo no lo hacemos.

El anfiteatro se terminó de levantar en el tiempo estimado. Tendría capacidad para unas mil personas, con las localidades establecidas por riguroso orden de jerarquía. Los altos mandos militares y civiles en la presidencia, y el resto para los legionarios; las localidades a rellenar para los auxiliares. Había cambiado el tiempo y lucía un sol que convencía al frío de su insoportable rigurosidad, haciéndolo mucho más amable y llevadero. Pontius, Tiberio Claudio y Agapetos, como oficiales, compartían localidades conjuntas.

—Me parece una buena idea la de estimular el trabajo de estos soldados —dijo Pontius.

—Era necesaria. ¿Tú qué opinas, *medicus?*

—Es una buena receta para unir a la tropa con los mandos en una jornada de convivencia deportiva.

—¿Te imaginas, amigo griego, que descubrimos aquí a un Milón de Crotona?

Agapetos miró a Pontius sorprendido.

—¿De la pelea entre un legionario contra un soldado auxiliar vamos a descubrir a un Milón de Crotona? Abusas de mi paciencia, Pontius.

—Las flores más hermosas crecen sobre el estiércol más apestoso —dijo sin convicción alguna Tiberio Claudio. El caso era picar al medicus y oírle hablar de los grandes héroes deportivos griegos.

—Convenceos, romanos: si hoy, casi setecientos años después de su paso por el mundo, me habláis de Milón de Crotona es porque fue un héroe que sobrepasó a su tiempo. Aquí no hay héroes, amigos. Solo soldados haciendo de albañiles y puteando en las *cannabae* por las tardes.

—No hemos querido herir tus sentimientos, *medicus* —dijo Pontius guiñándole un ojo a Tiberio Claudio.

—Lo sé. Sé que un romano como vosotros no le diría nunca a gritos a un compañero oficial que hay que creer en los milagros porque es un milagro que yo sea oficial médico de esta legión. Lo sé.

—Si te ofendí, te pido disculpas, Agapetos.

—No lo hagas si de verdad fue tan solo una broma y mi susceptibilidad inventó un agravio.

Intervino Tiberio Claudio.

—Por todos los dioses: hablábamos de lucha grecorromana y veo que la pelea no se va a producir ahí abajo, en la arena, sino aquí arriba, en las gradas.

Pontius golpeó con complicidad la pierna del *medicus* y los tres

celebraron la ágil salida de Tiberio Claudio. Más relajado, Agapetos les explicó la imposibilidad de que de aquella pelea de aprendices pudiera nacer un luchador olímpico.

—Milón de Crotona es una figura apasionante del deporte y de la milicia griega. No sé si sabréis que se casó con la filósofa Myia, hija de Pitágoras y Téano.

Lo interrumpió Pontius.

—¿Dices que fue un héroe militar? Tenía entendido que fue un gran luchador.

—Así es, querido Pontius. Fue seis veces ganador absoluto en los Juegos Olímpicos. Pero también ganó en los Píticos, en los Ístmicos y en los Nemeos. Sus marcas jamás fueros superadas.

Tiberio Claudio se interesó.

—Pero dices que también fue un militar…

—Lideró un grupo de soldados que asaltó y doblegó a la ciudad calabresa de Síbaris.

Los tres amigos oficiales guardaron silencio. Agapetos lo rompió momentos después:

—¿Entendéis por qué aquí es imposible que nazca ningún Milón de Crotona?

—Sea. Pero seguro que nos entretendremos —dijo Pontius.

—Por todos los dioses, seguro que sí. Hasta el día acompaña —apostillo el *medicus*.

—¿Conocéis a los luchadores? —preguntó Tiberio Claudio.

El griego movió la cabeza expresando su desconocimiento. Pontius dio algunos datos.

—Solo sé que uno es un legionario romano nacido en la Galia que pertenece a la VI Victrix. El otro es un soldado auxiliar de la I Cohorte Hispana.

—¿Hispano? —preguntó Agapetos.

—Debe de serlo —contestó Pontius.

Los soldados, en las gradas de madera de aquel anfiteatro portátil, empezaban a calentar la mañana. Había gritos a favor del Galo y del Hispano. Las apuestas empezaban a cruzarse y no parecían tener miedo. Eran apuestas sólidas, bastante sólidas. Tiberio Claudio miraba con cierta reserva aquella entusiasta demostración de espíritu cuartelero. No hizo comentario alguno, pero sí llegó a pensar: «Por todos los dioses, si los ánimos se calientan más de lo debido, Agapetos y el *valetudinarium* no darán abasto. Esto puede acabar como lo de Craso y Marco Antonio en Partia…».

Los luchadores se agarraban por unas calzas cortas de cuero que le cubrían sus partes, y los torsos, atacados por el sol breve y liviano de aquella mañana en el muro de Pons Aelius, multiplicaban los matices de sus definidas musculaturas para que el aceite untado para el combate hiciera el resto. Las gradas eran un hervidero de voces, risas y gritos de aliento al luchador por el que habían apostado. Las normas eran sencillas y fáciles de entender. Ganaba el que primero fuera capaz de tumbar al contrario dejándole las espaldas pegadas al suelo, sin utilizar ni trucos ni mañas con las piernas. Solo era reglamentario utilizar las manos y aprovechar los movimientos del contrario para potenciar el tuyo. De que así fuera se encargaría un árbitro que portaba en su mano una vara de roble. El Galo era una enorme masa de músculos, tendones y furia que invitaba a tenerlo siempre contento y de tu parte. El Hispano no tenía su envergadura, pero se le veía muy ágil, listo como una ardilla de los bosques del Duero y con la bravura desmedida y sin miedo que caracterizaba a los soldados auxiliares, carne para los leones en la vanguardia de la guerra. Tras un tanteo por ambas partes para medir fuerzas y tácticas, el Galo y el Hispano empezaron a pelear de verdad.

—Me vas a durar lo que tardo en cagar un guiso de coles —dijo el Galo.

—Cuídate, Galo. Te ahogarás en tu propia mierda…

Al Galo no le resultaba en absoluto complicado levantar por las calzas al Hispano: lo doblaba en peso y masa muscular. Pero el soldado auxiliar era extremadamente escurridizo, como una anguila en manos de un niño, y lograba bloquear todas las mañas. Cada vez que el Hispano se zafaba del Galo, los soldados auxiliares del anfiteatro prorrumpían en gritos y risas para provocar a la bestia, que se mostraba más enfurecido.

—*Pedicabo ego vos!!!*[16]*,* —les gritó a los espectadores que no lo apreciaban, lo que desencadenó una auténtica lluvia de nueces y castañas sobre la arena, dirigidas todas contra él.

El Hispano entendió que su oponente estaba perdiendo los nervios y que tenía dos peleas ante sí: la de allí abajo en la arena y la de los graderíos. Es posible que el Galo perdiera ambas, pensó. Tan solo tenía que seguir humillándolo.

—Mira cuántas nueces y castañas te arrojan para que condimentes tu guiso de coles. Ya solo falta que te arrojen el *porcus*, de tu madre…

El Galo le lanzó una patada sorda y escondida al Hispano en el bajo vientre que tumbó al auxiliar. El sucio trance lo aprovechó para

inmovilizarlo en el suelo. Con la espalda contra la arena. Así lo tuvo durante unos segundos. El árbitro miró al tribuno sin atreverse a descalificar al Galo. El palco ya tenía su vencedor. El tribuno de la VI Victrix tenía más rango que el mando de la I Cohorte Hispana. Solo tuvo que levantar el pulgar hacia arriba y dar ganador a un legionario de su tropa. Todo quedaba en casa. ¿Todo?

Los auxiliares de la I Cohorte Hispana no aceptaron el resultado y se desencadenó una auténtica batalla con los legionarios de la VI Victrix. No querían perder su dinero apostado por una infracción del reglamento tan clara. Y tampoco estaban por admitir que un compañero fuera derrotado de forma artera e ignominiosa por una decisión tan parcial e injusta del tribuno de la VI Victrix. Los trompazos y las pedradas se cobraron sus piezas. Y Tiberio Claudio y Pontius miraron hacia el palco, donde vieron al tribuno sonreír relajadamente.

—No parece estar muy preocupado —dijo Pontius mirando hacia el palco y señalándolo con la barbilla.

—Disfruta con lo que ve, amigo.

—Vino a ver una pelea entre dos y ahora ve una batalla campal entre sus legionarios y los auxiliares. Los romanos todo lo hacéis a lo grande —dijo Agapetos.

En el palco, el hombre de confianza del tribuno estaba alarmado.

—Debemos intervenir con fuerza, tribuno. Esto puede acabar mal.

El tribuno no dejaba de sonreír e hizo un gesto con la mano, pidiendo paciencia a su asesor.

—Me agrada ver que las tropas tienen alto su espíritu de lucha y que están en plena forma.

—Pero puede haber muertos…

—…y heridos que curará el *medicus*. Solo me preocupa el Galo. Sacadlo de la pelea por orden mía. No quiero que el líder de mis legionarios corra un riesgo innecesario en esa batalla campal.

Más abajo, en unos graderíos casi vacíos, Tiberio le comentó a Agapetos:

—Hoy era un día de descanso, pero creo que vamos a trabajar todos. Y tú, Agapetos, más que nadie.

El *medicus* miró con sorna a ambos oficiales romanos y, moviendo la cabeza en claro signo de desaprobación, dejó caer una de sus ironías afiladas:

—Esperad un momento, que está a punto de aparecer de entre esa nube de pordioseros un Milón de Crotona…

Agapetos y sus auxiliares hospitalarios tuvieron jornada extra: dientes rotos, cabezas heridas, costillas dañadas, magulladuras de todo tipo, algún que otro ojo seriamente damnificado… Una vez más el griego dio buena muestra de su alta capacidad para saber organizar la atención médica en una cura masiva de urgencia. Casi al atardecer, cuando todos y cada uno de los quebrantados fue atendido por él y su equipo médico auxiliar, dejó el *valetudinarium* y salió del cuartel para relajarse. Vio casi destrozado el anfiteatro portátil y unos cuantos britanos tendidos en el suelo, gimiendo y lamentándose de su suerte. Sangraban, y alguno de ellos respiraba con mucha dificultad. No era su obligación atenderlos. Pero algo en su interior, quizás ligado al juramento de Hipócrates, lo hizo acercarse para ver en qué situación estaban. En cualquier caso, les diría a los oficiales que aquellos hombres deberían estar en las *cannabae,* por lo que no sería desaconsejable que los romanos los llevaran en una carreta o que los britanos los recogieran. Pero nunca dejarlos allí tirados en mitad de una tierra de nadie… excepto de las alimañas nocturnas que acuden al olor de la sangre y al reclamo de los fantasmas de los moribundos.

Agapetos topó, al menos, con un par de muertos britanos y con otro que estaba a punto de expirar. Se acercó a él y, para su sorpresa, vio que aquel malherido era el borrachuzo de la barba roja que días atrás había estado a punto de decirle cómo los druidas hicieron el milagro de sanar la vida del joven malherido en el cuartel.

—¡¡Por Esculapio!! ¿Eres tú?

Apenas podía respirar, pero aun así aquel celta seguía pidiendo lo que le daba vida.

—Dame cerveza, romano, dame cerveza…

—¿Me reconoces? —le preguntó Agapetos.

—Dame cerveza, mi última cerveza…

—Soy el viajero que hace unos días te invitó a beber en la taberna de las *cannabae.* ¿Me recuerdas?

—Quiero beber…

—¡¡Por todos los dioses, escúchame y responde!! ¡¡Te aseguro que te daré una jarra de cerveza!!

—Dámela…

—¡¡¡Dime cómo curaron los druidas al joven que se quebró la pierna, dime cómo hacen esos milagros médicos!!!

El borrachín de la barba roja miró hacia el cielo donde ya algunas estrellas empezaban a parpadear para despertarse a su compromiso cósmico de acompañar a Selene y escoltar su carro de luz en la noche.

Miró y señaló con un dedo tembloroso al cielo. Y le dijo al *medicus:*

—Son como dos gotas de agua. Pero uno no es…

Agapetos no entendía nada. ¿Deliraba el borracho? No quiso presionarle más y fue a por una jarra de cerveza al cuartel. Cuando regresó, el borracho de la barba roja había muerto sin poder beber su maldita última jarra de cerveza. Mandó que lo retiraran y que fuera transportado a las *cannabae.* Allí lo enterrarían… o lo dejarían para que los lobos se emborracharan con su hígado inflado por el alcohol.

«Son como dos gotas de agua. Pero uno no es…». El *medicus* grabó aquellas palabras en su cabeza. ¿Qué le quiso decir el moribundo? ¿Era un mensaje racional o el delirio de un borracho agonizante?

El mejor vino de Roma

—¿El lugar para desembarcar las armas está protegido de la mala mar y de ojos indeseables?

—Las dejarán en una de las pocas playas accesibles de la costa Dyn Eidyn. Lucco el pirata la conoce bien. Quédate tranquilo

—Lo estoy, pero me gusta ir muy seguro sobre caminos tan complicados como son los de traficar con armas romanas. Temo a sus espías.

—Es un riesgo que debemos correr si queremos armas tan poderosas como las que manejan nuestros enemigos.

Callaron conformes los dos jefes guerreros caledonios y bebieron un vino que les sentaba especialmente bien. No era vinagre con agua, por supuesto.

—Hay que dejar claro entre nuestros hombres que el mercader hispano viene a ayudarnos. Que no es nuestro enemigo. ¿Entendido?

—Así se hará. Pero aún quedan meses para la primavera. Hasta entonces los romanos no navegan para evitar las tormentas y no perder las mercancías de sus barcos.

Aquellas armas romanas que traería el mercader de Itálica que tenía al dios Lug colgado del cuello eran su gran esperanza primaveral. Digamos que el muérdago mágico de su roble guerrero. Si llegaban a sus manos, los romanos iban a encontrarse con miles de guerreros pintados de azul atacando y hostigando la construcción del muro de Hadriano.

—¿Alguien conoció a ese Hadriano cuando estuvo en Britania?

—Los que lo vieron dicen que respira autoridad y majestad. Que realiza las marchas a pie con sus soldados y que come el mismo rancho. Que le gusta cazar leones. Y que, como a nuestros druidas,

respeta e impulsa el estudio. También es un apasionado de interpretar las estrellas.

—Ese muro es una humillación. Como si alguien te robara media casa. ¿Qué pensaría él de mí si yo dividiera Roma por la mitad?

—Seguramente, lo que tú piensas de él: que es tu mayor enemigo al que no le perdonarías la vida en un campo de batalla.

—Conocer a tu enemigo es el primer paso para derrotarlo. Cuéntame cosas, si sabes algo más, de ese emperador.

—Aseguran que ese muro lo levanta no solo para definir sus fronteras e impedir nuestros ataques. Con ese muro quiere controlar los movimientos de personas y bienes. Hay mercancías que Roma tiene prohibido mercadear.

—¿Como cuales?

—Las armas. Los caballos. La sal.

—¡Y nosotros hemos llegado a un acuerdo con un mercader de la ciudad donde nació Hadriano para traficar armas!

Ambos guerreros se miraron y estallaron en risas. Uno de ellos observó el vaso de vino que lo achispaba para soltar un sarcasmo:

—Solo nos ha faltado acostarnos con su hermana. ¿Cómo se llama este vino romano que dicen que solo está al alcance de los aristócratas?

—Másico.

—Pues te diré una cosa, caledonio: si esas armas llegan a nuestro poder con la misma facilidad que sacamos del cuartel de Pons Aelius algunas ánforas del mejor vino romano, te aseguro que la casa de Britania pronto dejará de estar dividida por la mitad. ¡¡¡Que Lug nos conduzca!!!

Apuraron el vino y rompieron contra el suelo los vasos. La primavera al norte del muro quería regarse con sangre y con flores de hierro para derrotar a Marte.

---

[1] Maricones

[2] Mierda.

[3] Cabeza de chorlito.

[4] Ladrón.

[5] Boca podrida.

[6] Chúpamela.

[7] Puta.

[8] Tonto.

[9] Beber.

[10] Malo para todo.

[11] Idiotas

[12] Basura.

[13] Apestoso.

[14] Piojoso.

[15] Mugrientos.

[16] Os daré por culo.

CAPÍTULO VI

La casa de la Victoria de Samotracia

Alejandría, primavera

La grande, la magna, la espléndida…

La nave de Apolofanes, tras haber salido de algún puerto del Adriático en Italia cargada de ánforas de vino recubiertas en su interior con resina para conservarlo y darle un sabor característico, completó su carga en Creta y Rodas. Un mes después de su salida divisaba el magnífico, amplio y concurrido puerto de Alejandría. El banquero redondeaba así un balance estimulante para sus cuentas: el interés cobrado en la Dacia por adelantar el dinero para la celebración de los juegos de Ceres; los beneficios que le proporcionó la carga de incienso, papiros, perfumes y especias que llevaron hasta Roma varios de sus barcos desde Alejandría, y, ahora, el margen que le daría la carga vinatera con la que regresaba a una de las ciudades más cosmopolitas del mundo. La que en el siglo IV antes de Cristo fundara Alejandro Magno y que se había convertido en el ombligo del mundo.

Entrar en Alejandría desde el mar era un espectáculo que los marineros no dejaban de narrar en sus cuentos de tabernas, dejando boquiabiertos a todos aquellos que soñaban alguna vez con ver una de las siete maravillas del mundo. Dos puertos, un lago interior, un faro colosal, cuatro mil palacios y cuatrocientos teatros; una casa real que nada tenía que envidiar a la de los antiguos faraones, gimnasios, termas y una biblioteca que recogía en sus estucadas estanterías más de un millón de libros. Todo el saber de su época: desde Medicina a Astronomía. Una especie de memoria con brillantes suelos de mármol y salas de estudios con vistas al mar: el centro neurálgico del saber y la ilustración de su tiempo. Valentiniano viajaba en el barco con el banquero. Finalmente, había decidido ir hasta aquella tierra lejana y sorprendente que cautivó a su mujer, sin haberla visitado jamás. Quizás por eso acompañó a Alejandría al banquero griego. Quizás. ¿O también lo hizo porque realmente no tenía nada que hacer en la Dacia, en aquel sueño que se convirtió en pesadilla quitándole, arrebatándole tan cruelmente lo que tenía? Cuando salió de la tierra de sus padres, Balaur dejó de llamarse así. Y pidió que lo llamaran por

su nombre romano, el nombre que llevó en Híspalis como esclavo de Scaeva. Fue su primer paso para salir del infierno de sus sueños rotos y adentrarse en la realidad que lo rodeaba y mandaba en el mundo.

Sujeto a un cabo del mástil, Valentiniano ansiaba divisar la tierra que soñó su mujer, Bendis, para iniciar una nueva vida. Allá a lo lejos, aún muy distante, se perfilaba el gran puerto alejandrino. Entornaba los ojos, pero una especie de leve niebla primaveral flotaba sobre las aguas, impidiéndole contemplar el majestuoso espectáculo de la entrada en el puerto. Entre el puerto y el barco solo había bruma y, a veces, la imagen recreada por la imaginación del dacio de su mujer abrazada su hijita Alejandría riéndose felizmente.

—¡¡Mierda de niebla!! —dijo Valentiniano dirigiéndose al banquero.

Apolofanes no le respondió.

—Banquero, te he dicho que la mierda de la niebla me va a impedir ver el espectáculo que me has contado mil veces. Desde que salimos de la Dacia no has hecho otra cosa que martillearme con la grandeza inigualable que supone ver Alejandría desde una nave.

Apolofanes seguía callado y observaba detenidamente al capitán del barco.

—¡¡Y no se ve una mierda, banquero!! ¿Por qué no me escuchas?

—Porque no es niebla, amigo —respondió sosegadamente, pero con un rictus de preocupación.

—¿Entonces qué es?

—Humo. Están ardiendo los barcos atracados en el puerto. Y yo tengo algunos en mitad de ese incendio. ¡Por Harpócrates!

—¿Por quién?

—Harpócrates es un dios alejandrino. Representa al sol naciente y lo adoramos como un niño que se lleva el dedo a la boca invocando el silencio. Te ruego que lo imites, por favor. Guarda silencio. Me estoy jugando muchos miles de sestercios.

El capitán del barco miró al banquero y Apolofanes le dio una orden tajante:

—Vira hacia el oeste y alejémonos de ese incendio. Entraremos en el puerto del Buen Regreso. Allí desembarcaremos.

Bandadas de gaviotas amedrentadas cruzaban graznando el cielo del barco mar adentro, huyendo de aquella tormenta de llamas que era el puerto alejandrino. Valentiniano las miraba volar por encima del mástil de la nave y un repeluco de superstición le erizó su rubio vello. Pensó: «Donde piso todo se tuerce…».

—Vives como un rey, banquero. Esta casa no la he visto ni en Roma.

—Y, como los reyes, necesito protección. Gente de confianza. Personas que sean capaces de mantenerme a salvo en una ciudad como esta, donde los ladrones y los bandidos, acechan incluso dentro de tu casa.

—¿Te refieres a Zenón?

Apolofanes dio un leve manotazo al aire desechando la interpretación del Valentiniano.

—Zenón me da más que me quita, aunque es cierto que debo hablar con él y hacerle sentir que su vida me pertenece y que si sigue metiendo la mano donde no debe, algún día tendré que cortársela. Un esclavo debe saber que sus manos son las del patrón y que sus ojos miran por el bienestar de su amo. Si no hace ninguna de ambas cosas, ¿para qué le sirven las manos y los ojos?

Valentiniano se quedó bloqueado por un momento, pensando en la frialdad y ecuanimidad con la que el banquero se expresaba. Luego el dacio retomó el asunto de la conversación.

—Entonces, ¿a qué bandidos y ladrones te refieres?

—A los que ni siquiera podrías imaginar. Gente que vive en esta ciudad donde el oro y la mierda hacen pareja. Donde la majestuosidad y la miseria se encuentran en la calle. Donde la ley y la delincuencia caminan juntas. Ya lo entenderás cuando pase algún tiempo.

Valentiniano sintió haber vivido antes aquella situación. En Híspalis muchos años atrás. Recién llegado de la Dacia y con Scaeva absolutamente arruinado. Aquel día en casa de Cara Pescao cuando le ofreció que fuera su custodio, su guardaespaldas. ¿La vida era siempre la misma tragedia, pero interpretada por actores diferentes? ¿El destino era la misma frase para todos los seres vivientes, pero pronunciada por cada uno con su acento particular? ¿O solo la vida era semejante entre los desdichados y perdedores, a los que igualaban el infortunio y la desventura? Valentiniano no se sintió bien con aquel estado de ánimo que lo retrotraía a los días postreros de Bendis. Se sobrepuso y le lanzó una idea al banquero:

—Me gustaría pasear por la ciudad. ¿Salimos de este palacio, banquero?

—Salgamos. Estoy contento. Harpócrates protegió mis barcos. Estaban atracados en el extremo del puerto adonde no llegó el incendio. Salgamos y lo celebraremos. Pero iremos bien acompañados por mis hombres.

—¿Vamos a enfrentarnos con los pretorianos de Hadriano? —dijo

sarcásticamente el dacio.

—Casi —apostilló con ironía Apolofanes.

Alejandría se mostraba al forastero como un inmenso asombro, como una sorpresa permanente. Sus edificios más nobles guardaban el estilo de la arquitectura egipcia, griega y romana. No era difícil encontrarse en cada esquina con una efigie, y el lujo parecía una exigencia vital para sus ciudadanos. Inmensamente afortunada y rica, era el puente por donde se pasaba de Occidente a Oriente para buscar lo que las elites y las clases medias de Roma y las provincias demandaban. Los gastos del Imperio rondaban los ochocientos o novecientos millones de sestercios. Egipto le daba a Roma anualmente quinientos millones como producto de sus intercambios comerciales con el mundo del mar de Eritrea y el océano Índico. Y su trigo era el pan que durante cuatro meses al año alimentaba al millón de habitantes de la capital del imperio. Más de treinta y seis mil toneladas de productos de Oriente llegaban a su puerto cada año, y todas pasaban por las aduanas imperiales para que el fisco se nutriera de un comercio tan rico e intenso. Mercancías como la canela, la pimienta blanca y negra, el nardo, la mirra, el jengibre, el aloe, el gálbano, la asafétida, la goma pérsica, el ónice árabe, el cardamomo, la madera de casia, el algodón, la seda, perlas, esmeraldas, diamantes, la piedra jacinto, zafiros, turquesas, la piedra berilo, el lino bordado, eunucos de la India, loros, leones, tigres, panteras, lintes… Todos estos caprichos y lujos orientales que Roma demandaba estaban sujetos a impuestos. Como decía Cicerón, el pueblo romano odiaba el lujo privado, pero le encantaba la exhibición pública…

Egipto era más, muchísimo más que las manzanas de oro de Gea, que la estatua sedente de oro macizo sobre un altar del mismo metal de Marduk en Babilona, que las colosales estatuas que Fidias labró en oro macizo y marfil para el Zeus de Olimpia y la Atenea Parthenos, que el tesoro de la Liga de Delos guardado en el templo de Apolo. Egipto era mucho más que todo ese desbordante mundo metálico, inmutable y divino. Roma se garantizaba con Egipto el control de más de dos tercios de los ingresos imperiales y un tercio de los cereales que alimentaban a su hambrienta y subvencionada población. Era como una enorme moneda de oro con dos caras: la de la felicidad y la del peligro. El peligro no era otro que un pretendiente al trono imperial se instalase en Alejandría, bloqueara económicamente al Imperio y dejara hambrienta a Roma. Quizás este miedo latente obligó en su día a que Augusto impusiera severas restricciones políticas en la zona. Un alejandrino no podía llegar a ser senador. La ciudad no tenía un consejo administrativo. El gobernador de Egipto tenía rango ecuestre.

Y a los senadores no se les permitía visitar la región sin permiso del emperador. Roma era el amo. Pero a veces, desde Egipto, podría entenderse que el esclavo lo dominaba y el amo besaba los pies de Alejandría: la grande, la magna, la espléndida como muchos papiros la piropeaban…

El mundo en el delta

—Pareces asombrado con lo que ves, Valentiniano…

El dacio no contestó. Estaba tan absorto en lo que sus ojos le mostraban que pareciera que Apolofanes lo estuviera paseando por el Olimpo. El banquero, prudente y medido en todos sus pasos en la vida, sorprendió a Valentiniano con un paseo por el Nilo. No consideró razonable mostrarse por una ciudad ya de por sí peligrosa y que, días atrás, había vivido el incendio de muchas naves en su puerto. Todo un golpe económico para algunos propietarios de la elite comercial de Alejandría que, finalmente, repercutía en las clases más humildes; en una catástrofe siempre pierden más los que menos tienen. Apolofanes optó por asombrar al imprevisible dacio con un placentero y sedante paseo fluvial. Salió de Alejandría por el brazo del río que se deshacía en el delta alejandrino para llevarlo hasta el caudal principal del Nilo. La nave llevaba músicos, bailarinas semidesnudas y una buena reserva de comida y vinos para disfrutar del viaje. La clásica vela egipcia presidía la nave que, de estilo orientalizante, con marcado acento local, luciendo ojos de diosa egipcia dibujados en negro y azul intenso a babor y estribor de su proa, trataba de camuflarse en la homogeneidad de las otras embarcaciones para evitarle así a su propietario sorpresas desagradables a lo largo del camino.

—¿Te vas a pasar todo el viaje en silencio, Valentiniano? —insistió Apolofanes.

—Roma es un dragón, pero Alejandría es su dueño —sentenció el dacio con una agudeza infinita, quizás como antes jamás tuvo.

—Pero nos necesitamos. Le damos a Roma lo que demanda de Oriente, pero Roma nos da los mercados y bazares donde vendemos esos productos. El dragón y el dueño se llevan divinamente. Nos va en ello la vida.

Valentiniano reciclaba aquellas palabras del banquero en silencio. Apolofanes creyó conveniente pasar de la economía a los sentimientos. y le recordó a Valentiniano un sueño ya imposible.

—A Bendis le hubiera gustado vivir aquí.

—Y a mí con ella. Hubiéramos sido muy felices, banquero.

—No hay motivos para que no lo seas. El camino continúa, sigue; solo se corta cuando la tierra no te sirve para caminar, sino para que te cubran con ella. Y entonces es deseable que te sea leve —dijo con una mínima sonrisa de escepticismo en su boca

—¿Qué son aquellos gigantes, banquero?

—Faraones. Faraones hechos hace cientos y cientos de años por los antiguos egipcios. Estatuas de basalto de los faraones convertidos en dioses.

—Como Roma ha hecho con Trajano. Un dios que fue el demonio para muchos…

—Más bien un emperador divinizado. Los dioses son otra cosa —apostilló el banquero sin estar seguro de que el dacio lo comprendiera.

—¿Y aquellas tres torres donde rebota el sol?

—Las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos. La luz se refleja en sus paredes de piedra caliza pulimentada y la rebota como si fueran luces divinas.

Apolofanes traducía la asombrada admiración de Valentiniano como los pasos de una lenta pero segura seducción que dejaría al dacio rendido a los pies enjoyados y perfumados de Alejandría. Poco a poco, descubrimiento a descubrimiento, sorpresa a sorpresa, aquella tierra que se extendía a ambos lados del Nilo acabaría por hacer el trabajo que Apolofanes, hasta el momento, no había conseguido: que el dacio tomara la decisión de quedarse a su lado. El banquero miró hacia el sur y, satisfecho, le indicó a su acompañante:

—Mira, Valentiniano: ese trigo que ves crecer cerca del Nilo es el que alimenta a Roma durante cuatro meses al año.

—¿Y el oro de dónde viene?

—El de las minas viene de aguas arriba, del país de los nubios; el de las monedas, del comercio. Una mina que nunca le ve final a su filón.

Apolofanes creyó oportuno el momento para involucrar al dacio en un negocio.

—¿Te atreves a poner parte de tu dinero, y el que yo te adelante, en un negocio con otros cuatro comerciantes?

Valentiniano lo miró entre desconfiado y expectante. Aquellas palabras le hacían recordar las de su mujer, cuando en la Dacia le intentaba abrir los ojos a la realidad y le decía que apoyara al banquero, porque él tendría las llaves de la puerta de una nueva vida lejos de aquella tierra poblada de fantasmas y pesadillas.

—No soy comerciante, banquero. No sé hacer tratos ni negociar.

—Yo tampoco soy gladiador. Pero hay veces que un banquero

necesita a un gladiador como socio y un gladiador necesita como socio a un banquero.

Valentiniano se sorprendió.

—¿Quién te ha dicho que yo sea gladiador?

—Aquella espada de madera que tenías colgada en tu casa en la Dacia.

—Hace tiempo que no lo soy.

—Te diré algo, Valentiniano: nadie deja de ser nunca lo que es. Nunca dejaré de ser banquero. Y tú nunca dejarás de ser gladiador.

Valentiniano siguió mirando a ambas márgenes del Nilo. Pescadores, barcazas con frutas y hortalizas, algún mercante con mármoles para Alejandría y cientos de pequeñas embarcaciones demorándose en ganarse la vida con la vida que el Nilo ofrecía. Desde arena para la construcción hasta algas ribereñas con las que algunos gustaban de aderezar sus platos de pescados y mariscos. Apolofanes propuso una parada para comer. Los músicos comenzaron a tocar flautas, panderos y sonajeros parecidos a los que se utilizan en la fiesta de Isis. Las bailarinas empezaron a danzar. Una se quedó delante de los ojos de Valentiniano con su pubis rasurado a la altura de la boca. Jamás una fruta tan exótica había estado tan cerca de su dormido apetito. Se rascó la cabeza, miró al banquero y sonrió. El banquero le dijo con sorna:

—No tienes ningún motivo para guardar luto…

El consorcio

Tras una comida copiosa y variada, aliñada con todo tipo de especias tamiles, regada con vino cretense, ambientada por las caderas impúdicas de las bailarinas, Valentiniano se fue a echar a dormir en aquella playa del Nilo donde decidieron atracar para hacer una alto en el viaje. Había palmeras y cañaverales que evitaban la delación de la acampada, pese a que músicos, bailarinas y el personal de seguridad de Apolofanes no dejaban de cantar y gritar… de placer. El banquero le pidió un momento.

—Disculpa mi descortesía, Valentiniano. Pero ¿podemos hablar antes de irnos a descansar?

—Seguro, banquero. Espero que no me cuentes otra vez lo maravillosa que es la entrada en barco en el puerto de Alejandría…

El banquero sonrió, pero le respondió con agilidad.

—Tú no sabes lo hermosa que es esa entrada cuando ves llegar tus naves cargadas de marfil, seda, perlas, esmeraldas…Te aseguro que no

hay nada más hermoso en la vida.

Valentiniano le dedicó una sonrisa al no tener nada mejor que replicarle.

—Escúchame, amigo. Quiero que la vida comience a tratarte como te mereces. Me ayudaste en la Dacia, donde tú tenías más oídos y ojos que yo, pero aquí yo tengo más visión que Argos, el gigante de los mil ojos. Lo veo y lo escucho todo. A veces me da hasta miedo de mí mismo. Creo que manejo más información que los *frumentarii*[17].

Valentiniano lo siguió con atención.

—Quiero devolverte el favor de tu información en la Dacia. Te compré la casa por un buen dinero y tú aún guardabas, como buena administradora que era Bendis, una suma importante de lo que lograste ganar con tus combates en la arena. Con ese dinero te puedo hacer rico.

—No les tengo apego a las riquezas, banquero.

—Cumplirás años y se lo tendrás. Necesitarás dinero para llegar a donde hoy te llevan tu buena salud, tus fuerzas y tu arrojo. Pon diez años más en tu vida y pensarás distinto.

—¿Diez años más?

—Los justos para hacerte inmensamente rico, si me haces caso.

—No quiero llegar a viejo. Quiero morir con mis dientes enteros, mi valor intacto y mi polla tan dura como el hierro de este gladio.

—Sea como tú dices. Pero ¿puedes al menos escuchar mi propuesta?

Valentiniano asintió con la cabeza.

—Tengo socios con los que trabajo habitualmente. Les adelanto dinero y mis barcos viajan al Mar Rojo y al sur de la India para traer lo que Alejandría y Roma y el Imperio se reparten. Cinco socios con doscientos mil sestercios cada uno como inversión suman un millón, una cifra con la que se puede abordar una gran empresa comercial.

Valentiniano lo escuchaba cada vez más lentamente, con un sopor engendrado por el vino cretense y por el pegajoso calor que a esa hora de la tarde volvía los rostros brillantes y los muslos de las bailarinas lujuriosamente sudorosos.

—Escúchame bien, Valentiniano. A ti solo te pediría cincuenta mil sestercios. Los otros ciento cincuenta mil te los colocaría bien en cestos distintos para asegurarte siempre un buen beneficio.

—Los números me marean…

—Aguanta un poco más, gladiador. En junio salen mis barcos junto con la flota que va al Mar Rojo. Saldremos de Berenice, Arsinoe y nos quedaremos en Somalia, la tierra de las especias. Luego iremos hasta Barbaricum, en la actual Pakistán, y Barygaza, en la India. En este

viaje tu dinero irá con el nuestro, pero te arrendaré unos pies en algún mercante romano que vaya hacia el mar de Eritrea; allí podrá cargar el esclavo que ponga a tus órdenes las mercancías que quieras para venderlas luego en Roma al por menor, en bazares y mercados.

—Te insisto, banquero, los números me marean.

—Te marearán de verdad cuando sepas que lo que allí cuesta uno se multiplica por diez cuando llega a nuestro bendito puerto de Alejandría. Pese al veinticinco por ciento con el que nos grava la hacienda romana, el negocio sigue siendo muy lucrativo.

—Disculpa, estoy muy mareado, Apolofanes.

—¿El vino cretense no te marea? ¿Ni tampoco el coño danzante de la bailarina?

Rompieron a reír y buscaron, bajo un magnífico entoldado blanco con dibujos arábigos, una placentera sombra para descansar. A Valentiniano lo alcanzó el sueño acordándose de lo cerca que había tenido de su boca el fruto más deseado de toda Alejandría… el fruto que ningún mango de la India podría igualar en dulzura.

El árbol de los muertos

Un profundo sueño se había apoderado de todos los viajeros del barco festivo del banquero. El calor era asfixiante, pero aliviado, de vez en vez, una brisa civilizada que se escapaba del Nilo. Los esclavos que hacían guardia también habían sucumbido al sueño. ¿Al sueño? Al sueño eterno. Una partida de bandidos los había localizado por la tarde y había puesto sus ojos en el barco. Decidieron esperar su momento. No sabían que el banquero era uno de los hombres más ricos de Alejandría y que su secuestro podría costar lo que pidieran. Lo que quisieran. Su objetivo seguía siendo el barco y algunas de las bailarinas, que se las llevarían para venderlas como esclavas en algún mercado aguas arriba del Nilo. Unos disparos acertados con flechas habían mandado al sueño eterno a los esclavos que, presuntamente, vigilaban el campamento. Sin nadie que se les opusiera, sigilosamente, como leones del desierto, fueron pasando a cuchillo a los viajeros durmientes. El campamento era un río espeso de sangre que pronto sería un reclamo para los cocodrilos. Uno de los bandidos se dirigió hacia una bailarina que dormía encima de un viajero. Le tapó la boca y hundió su cuchillo en el corazón del hasta entonces feliz y dichoso amigo de Apolofanes. La bailarina se escurrió y pudo dar un grito agudo que desgarró el velo del atardecer. Valentiniano se despertó y echó mano de su gladio. Lo que vio no le gustó nada. En pie contaba

cinco bandidos. En el suelo, todo el cuerpo de seguridad de Apolofanes. Músicos y bailarinas empezaban a correr sin control hacia los cañaverales.

—Ponte detrás de mí, banquero, y no hagas ninguna tontería. Estos no son números. Si te equivocas lo pierdes todo, como esos que ves ahí tirados.

Los cinco asaltantes hablaban un dialecto del interior que Apolofanes no dominaba, pero no se necesitaban traductores para saber lo que querían. Avanzaron hacia el dacio con sus dagas en las manos. Valentiniano exhibía un ágil juego de muñeca moviendo su gladio a la espera de una inspiración oportuna que su intuición de guerrero le aconsejara tomar para empezar la defensa. Uno de los bandidos se lanzó sobre él. Fue el primero en probar el hierro de su espada. Lo empujó hacia donde estaban sus amigos y, hundiendo su pie en la arena, la proyectó sobre los rostros de los cuatro que lo acosaban. Fue una buena jugada. Aquellos desgraciados se desentendieron por un momento del juego mortal que habían iniciado, y al dacio le sobró tiempo para estoquear dos tráqueas y pinchar dos corazones. Uno agonizaba mientras su boca era una fuente de sangre. Fue a rematarlo.

—Déjalo, Valentiniano. Deja que muera como un miserable. Y permíteme que te exprese mi gratitud —dijo, conmocionado, Apolofanes.

Lo abrazó y Valentiniano se sintió incómodo. El banquero lo notó.

—Te gustan más los abrazos de las bailarinas, ¿verdad amigo?

—No me gustan que me abracen cuando he matado a alguien. Es como si se llevara la energía que le arranco a mis vencidos.

—Dejémoslo así entonces. Te gustan más los abrazos de las bailarinas.

Valentiniano no quiso entender la sutilidad del banquero al sentirse rechazado en su agradecimiento. El dacio contestó evasivo:

—¿Las bailarinas? Se fueron corriendo con los músicos. Creo que me quedé sin fruta para la cena de la noche —respondió, queriendo ser chistoso.

Valentiniano vio cómo el banquero arrastraba los cuerpos de los muertos al río.

—Te ayudo —le dijo el dacio.

—Te lo agradezco. Ya ves cómo es la vida: soy millonario, pero ahora parezco un miserable enterrador.

Pronto el Nilo arrastraba hasta su desembocadura los cuerpos de aquellos bandidos tan desgraciados como, quizás, hambrientos. El dacio miró con rencor al salteador moribundo a quien Apolofanes

había ordenado alargar su dolor, su agonía, y que continuaba en su sitio, con la tráquea abierta y la boca convertida en una catarata sangrienta.

—Banquero, te recomiendo que te refugies en el barco. Pronto vendrán los animales a comerse los cuerpos de tus hombres.

—Acompáñame —le dijo Apolofanes.

—Ahora subo.

El banquero había recobrado su frialdad, pero lo devoraba la estulticia de los hombres que le servían. Lo habrían podido matar si aquella bailarina no hubiera dado el grito de alerta. Y si un arrojado guerrero dacio y gladiador romano como Valentiniano no se hubiera cruzado meses atrás en su vida, en aquel foro de la nueva capital de la Dacia: Ulpia Traiana Sarmizegetusa. Poco a poco, las bailarinas y los músicos fueron regresando al campamento, saliendo de los cañaverales donde se había escondido. Subieron al barco. Solo la bailarina que excitaba a Valentiniano permaneció en tierra y soltó un grito de horror que hizo a Apolofanes bajar de la nave.

—¿Por qué gritas, muchacha?

—¡Mire ese árbol, señor!

Como si fuera el árbol de los muertos en plena estación frutal, aquel árbol hacía colgar de sus ramas la cabeza, las manos, los brazos, las piernas y el torso del bandido agonizante que no tiraron al río. Era un espectáculo macabro.

—Pro-pug-na-tor —dijo con el corazón congelado el banquero mientras miraba a Valentiniano—. Despiezado y colocado en un árbol como Propugnator en la capital de la Dacia. Fuiste tú. Nunca lo sospeché. ¿Puedo saber por qué, Valentiniano?

—El viejo porque era un delator; este porque era el que tenía más cara de romano…

Salomé, la útil (1)

En el suelo se veía un enorme mosaico que abrazaba todo el espacio de entrada a la casa. Era una forma elegante de indicar que allí vivía un hombre de negocios y que los negocios se hacían, la mayor de las veces, por mar. La sala era redonda, lo que, de alguna forma, complicaba la factura del trabajo de composición de las figuras; no obstante, también les daba un cargado acento de realismo. Se destacaba un río caudaloso, quizás el Nilo, y una serie de operarios y una especie de grúa cargando en un bajel mármoles de diferentes colores: el amarillo de Túnez, el blanco y morado de Turquía y el

negro, rojo y verde de Grecia. Toda esta clase de mármoles era objeto de tráfico comercial por todo el Imperio, para utilizarlos como parte fundamental de las tumbas caras, frontales de edificios, estatuas e incluso para hacer mosaicos como el de la casa del banquero. Un juego de columnas rojas demarcaba el límite de la circunferencia de la sala, a modo de peristilo. Al fondo del círculo, entre el hueco libre de columnas que rodeaban al mosaico, se había colocado una bella imitación de la Victoria de Samotracia, que el banquero acostumbraba a llevar en la proa de sus barcos como señal de buena fortuna. La luz que iluminaba la estatua, trabajada en mármol blanco y bañada en pintura dorada, entraba desde el *impluvium,* bañándola de una graciosa divinidad. Todas las paredes estaban estucadas en rojo y adornadas con guirnaldas de flores exóticas (¿indias?) dinamizadas por escenas de ninfas y sátiros. Valentiniano reposaba en un triclinio conversando con Apolofanes.

—No eres un buen anfitrión, banquero…

—Es verdad. Te debo la vida y…

Valentiniano lo interrumpió.

—No, no es eso. Olvídalo. Me refiero a que sé muy poco de ti. No me has presentado a tu mujer, si es que estás casado. Tampoco sé si tienes hijos. Ya ves: quieres que me haga cargo de tu seguridad y no sé, salvo la tuya, si tengo que velar por la de tus seres más cercanos.

Apolofanes se levantó del triclinio y dejó en el suelo su copa de oro con perlas incrustadas, donde bebía vino cretense aliñado con pimienta y mirra. Se le notaba incómodo, como si no quisiera hablar de eso. Valentiniano creyó conveniente levantarse. Lo hizo y se colocó a las espaldas del banquero mientras este miraba la hermosura alada de su Victoria de Samotracia.

—¿Me sigues?

—Siempre y cuando no me vayas a dar otro paseo por el Nilo —dijo Valentiniano guiñándole un ojo.

—No. No vamos a ir al Nilo. Iremos a otro sitio. Pero antes te enseñaré algo desde la terraza superior. Subamos.

El salado sol de Alejandría, tan cruel para los ojos como vivificante para la flora abundante y variada de aquella ciudad trazada urbanísticamente en cuadras que, al cruzarse sus calles, formaban perfectos ángulos rectos, deslumbró a ambos amigos. Venían de la sala fresca y casi en una somnolienta penumbra de la entrada a la casa: un cambio demasiado brusco para que los ojos no se resintieran. La terraza, a modo de los jardines colgantes de Babilonia, estaba colonizada por la vegetación más variada que, como una de catarata floral, se desmayaba por la fachada de la casa. Velos blancos y

vaporosos intentaban aliviar el sol que se desprendía sobre ella.

—¿Ves allí, Valentiniano? ¿Junto al mar?

— ¿Te refieres a ese edificio tan enorme? Es el Palacio Real que levantara, siglos atrás, la dinastía helena de los Ptolomeos. Junto a él se han ido añadiendo más edificios que hoy son el orgullo de esta ciudad.

Un esclavo, sudoroso y jadeante, llegó hasta donde estaban el banquero y Valentiniano con una enorme sombrilla, hecha de sedas de varios colores, para proteger del plomo que fundía aquel tórrido sol y que caía sobre Alejandría en un inclemente baño de luz. El banquero prosiguió su explicación.

—Se le añadió un jardín botánico, con flores y plantas de todo el mundo; un enorme museo; un zoológico; un observatorio astronómico; una sala de anatomía donde se diseccionan, para estudiar los músculos, las vísceras y los huesos del hombre, los cadáveres de los delincuentes. La biblioteca forma parte de ese endiablado conjunto dedicado al conocimiento y que es la mayor ofrenda que esta ciudad le hace a Atenea, la diosa de la sabiduría.

—Disculpa, banquero, me interesaba saber si tienes mujer e hijos. ¿A qué viene pasar el calor que estamos pasando aquí? ¡Por Júpiter, ni en Híspalis en agosto he pasado tanto calor!

—Ten paciencia. Y acuérdate de Harpócrates.

Valentiniano, cómicamente, se llevo un dedo a la boca en señal de silencio.

—Así estás perfectamente, amigo —le devolvió el guiño Apolofanes —. Te decía que en ese enorme conjunto de edificios hay residencias para que los sabios residan y den conferencias sobre sus disciplinas. En esta ciudad alguna vez hubo catorce mil estudiantes. ¿Sabes lo que es eso?

—Casi los habitantes que había en Híspalis cuando viví allí. Pero sigo sin saber nada de lo que me interesa.

—Por ahora te interesa saber que en uno de esos edificios, en el de anatomía, estudia medicina mi hijo Apolodoro. El otro, Ulises, se dedica a los negocios y en estos momentos navega rumbo a Hispania, a Tarraco. Por allí creo que ha pasado el emperador Hadriano no hace mucho, camino de África.

—¿Y tu esposa?

—¿Ves aquel enorme barrio? Sigue la dirección de mi dedo.

—Lo veo. ¿Y?

—Es el barrio judío. Ya sabes que la comunidad judía es muy numerosa y… digamos que displicente e ingrata con la griega. Mi mujer nació en aquel barrio, se crio en aquel barrio y se enamoró de

mí en aquel barrio. En el barrio judío de Alejandría. No hay día en el que griegos y judíos no discutamos, porfiemos o nos pelemos por cualquier cosa. Incluso por el color del cielo.

—Eso lo puedo entender. El odio ha marcado siempre mi vida. Ya ves cómo hace unos días descuarticé a un pobre desgraciado porque su cara me recordaba a la de un romano. Tendréis motivos.

—Los hay. Tanto por parte de unos como de otros. Pero es desesperante vivir siempre con esa amenaza latente. Bajemos. Te llevaré a que conozcas a mi esposa.

—Si estás descansando, te ruego que no la interrumpas.

—Está descansando, Valentiniano. Pero no creo que la interrumpas...

Salomé, la útil (y 2)

Dos literas sobrias y peleadas con la ostentación, como si fueran de un pequeño comerciante ahogado por sus hipotecas con los prestamistas, paseaban por las calles de Alejandría. Valentiniano iba en una, detrás y muy cerca de la de Apolofanes, que marcaba el camino. El joven dacio pasaba mucho calor y decidió descorrer el velo de lino que guardaba la privacidad de los ocupantes del vehículo. Alejandría lo seguía cautivando. Ni en Roma vio tanta multiplicidad de razas y lenguas. O quizás no le prestara la atención que siempre puso en convencer a su hermanita para que lo acompañara de regreso a su nación y, también, porque vivía con Bendis una auténtica luna de miel en la capital del mundo. Fuera por la razón que fuese, el hecho era que Alejandría le ponía los ojos en blanco y la cabeza en ebullición, impresionándolo tanto como aquella vez que, ya esclavo de Scaeva, viajando por primera vez en su vida a bordo de un barco, quedó fascinado por el rumor de las olas, que siempre interpretó como el idioma del mar. El mar hablaba. Y Alejandría también. En muchas lenguas y rostros distintos. Todo eso lo llevaba a plantearse preguntas que nunca antes se había formulado y que aquel mundo abigarrado, fascinante, atractivo, mágico, lujurioso, heterogéneo y tan peligroso como un cocodrilo del Nilo, le inspiraba continuamente. Aunque no le había dicho nada a Apolofanes, estaba dispuesto a quedarse y a convertirse en socio y guardaespaldas del griego. Había hecho sus planes. Tenía un mapa de trabajo que acometer y sentía la voz de Bendis y de su hijita Alejandría, aquella que nunca salió del vientre de su madre y que juntas se fueron al Hades, invitándolo a quedarse.

La pulcritud del mármol y las basuras acumuladas en las calles le

daban a la ciudad ese contraste caprichoso de las grandes urbes, que solían combatir la pestilencia con grandes quemadores de incienso colocados en los sitios de más jerarquía: el foro, los tribunales, el teatro, las termas, los gimnasios. Olía tanto a incienso como a basura, y ni en los cultos de Mitra en Irán se quemaba tal cantidad de resina vegetal como en aquella ciudad que, bajo la primera visión de su excelencia, escondía la mierda y la peste innata a cualquier obra humana. La litera de Valentiniano se le antojaba una localidad teatral que lo asomaba a la gran comedia del mundo, interpretada por todos aquellos individuos que cruzaban, fugazmente, su mirada con la de él, al paso rítmico de su litera. Sirios, itálicos, egipcios, indios, árabes, libios, hebreos, cilicios, chipriotas, etíopes, persas, bactrianos, escitas, britanos… Un elenco tan fascinante como imprevisible.

Ambas literas se pararon en un hermoso recinto repleto de árboles frutales y palmeras, mangos, ficus, adelfas, olivos, melocotoneros, jazmineros, estanques con flores de loto y fuentes rumorosas y sedantes, en cuyos surtidores, por efecto del sol, se dibujaban los colores del arco iris. Valentiniano sintió que, pese a la belleza del lugar, algo no iba bien. Su intuición casi nunca lo había estafado. Fijó sus ojos en algunos de los edificios que se le mostraban a su asombrado ánimo y dijo:

—¡Por todos los muertos! ¡Esto es un cementerio…!

Apolofanes descubrió la sorpresa del dacio y con una mano lo invitó a que lo siguiera. Fueron no más de cinco minutos andando hasta que el banquero se paró ante un mausoleo de exquisito mármol que imitaba, con todo lujo de detalles, la casa donde vivía. Una *domus* como la suya, a escala, con mármoles, estucos, pequeños mosaicos y hasta con una pequeña Victoria de Samotracia de alabastro dorado presidiendo la entrada de la tumba. En el frontispicio de mármol blanco podía leerse en griego y hebreo el siguiente epitafio: «A Salomé, útil donde las haya. Adiós». Apolofanes se dirigió a Valentiniano y le dijo:

—Salomé, te presento a un buen amigo que acaba de salvarme la vida.

Valentiniano no supo qué decir. Y como siempre que no encontraba una palabra o una salida para una espinosa situación, soltó lo primero que le salió de la barriga.

—No la molestes. Está descansando para siempre…

—¿Quieres saber cómo murió, dacio?

—Si eso te relaja, hazlo.

—Ocurrió en una de esas malditas peleas entre griegos y judíos. Había ido a visitar la casa de sus padres y, al regresar a la nuestra, la

litera se encontró en mitad de una batalla campal entre ambas comunidades. Gozaba de una espléndida lozanía y había parido a mis dos hijos. Una certera pedrada en la frente se la llevó de este mundo.

—La muerte siempre está tirando piedras, lanzas o cuchillos, amigo.

—Siempre. Y a veces por motivos tan fútiles como el que se llevó a Salomé al Hades.

—¿Se puede saber cuál fue?

—El culto al emperador. Como podría haber sido el color del agua del Nilo…

Valentiniano fijó sus ojos en la flor de loto de un estanque cercano. Estaba abierta, en su plenitud, tan exuberante y seductora que se le antojó ver en ella el coño de la bailarina del Nilo. Siempre la muerte y el amor emparejándose. Luego pasó a pensamientos más graves y se dijo que por razones mucho más banales les había quitado la vida a hombres en Roma o en el trayecto de Roma a la Dacia. Para matar no hacen falta razones. Solo odio. Un odio que, después, podemos adornar de argumentos y sólidas convicciones políticas o filosóficas. Pero matar es la desembocadura de un instinto, de un compromiso con el demonio que llevamos dentro y nos habla siempre de que no hay nada más honroso que la destrucción. La muerte violenta limpia el mundo. Eso solo lo pueden comprender los guerreros, concluyó en su soliloquio. Apolofanes lo invitó a regresar.

—¿Podemos irnos, amigo? Ya conoces a mi esposa y te he presentado el escenario vital de mis hijos. Creo que puedo casi considerarte de mi familia.

Valentiniano solo respondió:

—Marchemos. Hace un calor insoportable.

¡Salve, socio!

En su escritorio, que tenía unos amplios ventanales por donde la brisa del delta jugaba con el suave lino de las cortinas, el griego se había hecho esculpir, a imagen y semejanza de la estatua de la escuela de Pérgamo, un galo y su esposa suicidándose, para recordarse, quizás, que cuando el dinero y la ambición comercial dejaran de satisfacerle, aquel ejemplo podría serle útil y honroso para irse de este mundo. Pero eso no iba a ocurrir mañana. Porque Apolofanes tenía el instinto congénito de seguir siempre el camino, por tierra o por mar, desafiando, con su carácter individualista y su acervo helenístico, las pedradas que te daba el destino. Escuchaba sentado a Valentiniano.

—Me quedaré en Alejandría. Con dos condiciones.

—Dime.

—La primera, que yo prepararé, formaré y adoctrinaré a los hombres que conmigo como comandante formarán tu guardia personal, tu seguridad dentro y fuera de esta casa.

—Sea. ¿Y la segunda?

—La segunda condición es que tú manejes las inversiones y mis ganancias. Digamos que yo velo por tu vida y tú haces y multiplicas la seguridad que, dicen, da el dinero.

—Eso merece que llamemos a los músicos y a las bailarinas, Valentiniano. Esta noche firmaremos el compromiso en un papiro y celebraremos una fiesta en los jardines de la casa.

—¿Vendrá la…?

—Vendrá, Valentiniano, vendrá. No te preocupes. Esta noche saborearás la mejor fruta de Alejandría.

Valentiniano rompió a reír como nunca antes lo había hecho. Y por un momento la risa, la felicidad, le dieron más intensidad a su estado de ánimo que descuartizar a un delator, a un soldado romano o a un bandido egipcio. Apolofanes lo vio feliz y le quiso hacer un regalo que sellara su amistad. Se levantó y fue hacia uno de los nichos estucados que había en la pared de su escritorio donde guardaba sus papiros y documentos mercantiles. Tomó una pequeña estatuilla de plata y se la dio al dacio.

—En nombre de nuestra amistad.

—¡Por Júpiter, es Harpócrates, con su dedo en la boca mandándome callar!

Se rieron. Pero Valentiniano no se podía callar.

—Una pregunta más, banquero.

—Hazla.

—¿Por qué en el epitafio de tu esposa la llamaste útil?

—Porque lo era. Sabía llevar las cuentas de nuestros negocios, veía la ocasión de invertir en mercancías que multiplicaban su valor en Roma, atendía en privado a las condiciones de los contratos y ella sola fue capaz de convertir los sestercios de nuestros primeros pasos financieros en moneda alejandrina sin que le perdiéramos una moneda de cobre a esas transacciones. Con el tiempo fuimos capaces de convertir el cambio de monedas en uno de nuestros principales negocios.

—No lo entiendo. Los números me marean, ya sabes…

—Es fácil. Cuando tuvimos suficiente patrimonio obtenido de nuestras transacciones comerciales, nos dedicamos, con cierta cautela, a cambiarles a nuestros amigos comerciantes más serios y seguros los

sestercios que traían de Roma por la moneda alejandrina. En ese cambio de moneda, nos llevamos nuestras buenas comisiones.

—Eres tan hábil como Cara Pescao

—¿Quién es ese?

—La cabeza más lúcida de la Bética…

Itálica, primavera

Una grave enfermedad

Estaban muriendo muchas personas. Ricos, pobres y clase media. Una pestilencia se declaró a principios de la primavera y sus síntomas, según lo que evidenciaban los doctores, eran gran mucosidad nasal y pectoral, fiebre alta, debilidad extrema y hemorragias gástricas que resultaban incontenibles y llevaban al enfermo hasta la tierra. Para siempre. En la casa que Scaeva se había construido en la parte nueva de Itálica, muy cerca del Traianeum, la esposa, Asinus, no abandonaba su cuidado. Su hijo, conocido como Scaeva Minor, de no más de diez años, se multiplicaba para darles ánimo a su padre y a su madre, a la que veía tan afligida como poco optimista ante la evolución del estado de salud del enfermo.

—Madre, deja que llame al Celta. Cneo y yo somos amigos, y el Celta le salvó la vida. A padre le han dado todos los medicamentos conocidos por nuestros mejores médicos. Prueba con el Celta.

—Ve a casa de Cara Pescao y que lo mueva él. Sabrá cómo pedirle ese favor a Iulia Salinator. Nosotros no somos aristócratas, Scaeva Minor. Tenemos dinero, tierras y negocios. Pero no llevamos su sangre.

—Iré corriendo a decírselo a Cara Pescao.

Scaeva Minor corrió con todas sus fuerzas por las empinadas calles de Itálica hasta llegar a la *domus* impresionante de Cara Pescao. Pasó sin avisar y se encontró en la casa con una reunión de la sociedad mercantil a la que su padre no había podido asistir por grave enfermedad. Allí estaban Gala, Fabia Hadrianilla, Cara Pescao, Marco Antonio Pyrgos, el poeta y por un tiempo magnífico duunviro de Híspalis, Africano, el doctor de la escuela de gladiadores hispalense, Crátero y Aulio. Aulio iba a proceder a informar del estado de cosas en el muro de Hadriano, pero todos callaron cuando vieron entrar, jadeante y empapado en sudor y en lágrimas, a Scaeva Minor, el hijo de uno de los principales socios de aquella sociedad.

—¿Qué te pasa, pequeño? —preguntó Gala.

—Mi padre se muere.

Todos se quedaron impresionados con la noticia y Cara Pescao se vio obligado a enfriar tan delicado momento. Se levantó y sus manos regordetas, pero tan expresivas, comenzaron a hablar antes que él. Llevaba un magnífico anillo de esmeralda con varias perlas índicas colgadas del mismo. Levantó las manos en alto con las palmas abiertas para que las vieran sus socios y pidió calma y silencio.

—¡Por Mercurio, joven Scaeva! Dime, ¿qué le pasa a tu padre? ¿Ha empeorado desde la semana pasada que lo vimos?

—Mucho. Se ha quedado casi en los huesos. Y todos los remedios que le han dado los distintos médicos que lo han visto no han servido para nada.

Gala intervino.

—No podemos perder a Scaeva, queridos socios. Es fundamental en nuestra seguridad. Se me ocurre algo.

—Habla, socia —dijo Cara Pescao sin respeto de clase alguno.

—Se me ocurre que Fabia Hadrianilla, aquí presente, si no lo tiene a mal, interceda ante su familiar Iulia Salinator para que le de permiso al médico de su casa y que lo vea.

—¿Al Celta te refrieres, Gala? —dijo Fabia.

—Al Celta, por supuesto. La única persona que, como Isis, es capaz de devolverte a la vida. Es lo que hizo con su hijo Cneo.

—Sé esa historia. La saben toda la Bética y el norte de África.

Intervino Cara Pescao mirando a Fabia.

—¿Entonces?

—Entonces le hago llegar con urgencia la petición a Iulia. No creo que haya problemas.

Gala hizo un gesto de aprobación e invitó a Scaeva Minor a que se quedara con ella en su casa. El chico se lo agradeció, pero salió corriendo para volver a acompañar a su padre y a su madre, tan asustada como perdida en aquellos inciertos momentos.

Gala, pese a la fragilidad emocional que transmitía la noticia, sintió una envida absoluta por no tener un hijo como aquel que quería tanto a su padre, y una familia como la que ahora velaba y se desvelaba por Scaeva. Cada vez era más consciente de su insoportable soledad.

—Madre, ya se lo he dicho y Fabia Hadrianilla pedirá permiso para que el Celta vea a padre.

La madre besó al niño mientras las lágrimas seguían surcando sus mejillas. Scaeva deliraba. Y entre dientes podía oírsele decir:

—Regresa, Valentiniano, regresa. Vuelve a tu casa. Regresa, Valentiniano, regresa…

El joven Scaeva no entendía nada y le preguntaba a su madre qué estaba diciendo su padre.

—Es largo de explicar y no es este el mejor momento para hacerlo.

—Pero he oído hablar de Valentiniano. Fue un gran gladiador que aprendió a pelear con padre.

—Así es. Digamos que es un viejo amigo. Anda, ve a la cocina y diles a las mujeres que te den agua muy fría y paños para bajarle a tu padre la fiebre. Corre.

Asinus sacó fuerzas de donde no las tenía. Logró con aquella artimaña alejar a su hijo de la habitación para que no viera la terrible agonía de su padre, al que quería con locura. Habían quedado, cuando se recuperara, en ir a cazar ciervos por el Mons Marianus. Sueños y embelecos para engañar la realidad de un momento crítico. Scaeva se moría a manos llenas. Un vómito final dio al traste con su vida. Asinus se agarró a sus pies para que la parca no se lo arrebatara. Había salido triunfante de una guerra brutal en la Dacia y apenas unas heridas en su muslo y en el torso firmaron sus contrincantes en la arena durante su vida como gladiador. Murió en la cama, como lo que no había sido nunca. Como si por su sangre turdetana no corrieran los espíritus de sus antepasados guerreros, los mismos que alcanzaron la gloria muriendo con la espada en la mano y la boca llena de hormigas tras ser arrojados por los romanos a las fosas comunes.

—Madre ahí llega el Celta.

Asinus abrazó a su pequeño y salió de la habitación cruzando una mirada de fatal designio con los acuosos y celestes ojos del médico. El Celta se tapó la boca y la nariz con un paño y dijo:

—Ha muerto. La pestilencia se lo llevó.

---

[17] Policía secreta romana.

CAPÍTULO VII

PRO SALUTE PRINCIPIS

Itálica, primavera

En el adiós

Una semana después del sepelio de Scaeva, Cara Pescao, contrito, apesadumbrado y acorralado por las supersticiones propias de su carácter, convocó en la *domus* de Itálica a todos los socios de su tinglado comercial. Había que escuchar a Aulio y su informe sobre el estado de cosas en Britania, sobre los negocios allí emprendidos por Cara Pescao y sus socios al amparo de las obras del muro. Durante los días posteriores al entierro del antiguo gladiador y héroe de Híspalis, el rico liberto había echado mano de todos los recursos habidos y por haber para espantar a los demonios causantes de aquella pestilencia. Vivía angustiado. Encima de los médicos y obligándolos a que le recetaran hierbas y compuestos minerales para hacerse resistente a cualquier enfermedad. En realidad, lo que conseguía el angustiado patrón era fortalecer un poco su destruida seguridad que, como un pájaro entre frutales, se había llevado el picotazo de la muerte de su gran amigo y socio.

Cara Pescao estaba pálido. Quizás también, teatralmente, quiso multiplicar la exhibición pública de su dolor, empolvándose discretamente la cara y las manos, de las que habían desaparecido los anillos y alhajas que gustaba mostrar. Con un leve gesto de sus labios y una lágrima furtiva que fue visible para todos, abrió la sesión informativa del consorcio. Pero antes le dio paso al poeta, a Marco Antonio Pyrgos, que años atrás cantó en sus poemas la valentía y el arrojo que Scaeva había mostrado siempre como gladiador, poniendo su sangre al servicio de la salud y la vida del emperador. Marco Antonio se levantó y desenrolló un papiro donde había escrito una despedida sentida, sincera pero quizás no muy ajustada a la forma de pensar del finado. Para tan solemne ocasión se colocó su toga más clásica, más tradicional, pese al calor de aquellos días. Todos lo observaban. Sin duda, con una atención especial, Asinus, la viuda. Gala también tenía sobrados motivos para escucharlo con todos sus sentidos; al fin y al cabo, había muerto el hombre al que más amó en

la clandestinidad de sus severas medidas de privacidad. Marco Antonio Pyrgos comenzó a declamar:

—Salve, gladiador. Llevabas en tus ojos dos áureos para que el barquero hiciera bien su trabajo y te condujera al lugar donde solo van los héroes. Y los hombres y mujeres virtuosos. A ese jardín donde el tiempo se mide por la eternidad y la muerte no es ninguna amenaza que se alíe contra la vida. Te ha llevado Caronte a los Campos Eliseo, más allá del río Lete, a ese paraíso donde el sol brilla permanentemente y los árboles dan frutos tan dulces como la miel. Allí podrás sentarte y compartir amistad con Patroclo y con Aquiles. Con Ulises y Áyax. Con Príamo y Héctor. Con nuestros lejanos reyes etruscos y con los divinos Augusto, Tiberio, Vespasiano, Nerva y Trajano. Con él, querido Scaeva, con Trajano, podrás ahora hablar de igual a igual, como ya hiciste desde la reverencia obligada en aquel bosque de la Dacia, donde ambos alcanzasteis la gloria de los guerreros: la victoria absoluta sobre un pueblo bronco, orgulloso y valiente. Fue en ese bosque donde Trajano, el dácico y el pártico, te descubrió por tu acento como un paisano y te regaló un esclavo al que quisiste como a un hermano imposible. Y al que viste convertido en un magnífico gladiador. Que los dioses lo protejan allá donde esté. Si es que todavía está…

»Tus amigos más íntimos, los más cercanos, siempre quisimos y soñamos con verte pelear en Roma, en el Coliseo, un escenario digno de tus méritos y habilidades y el mejor altar de arena donde verter la propia sangre para honrar la del emperador y prologar su vida. *Pro salute principis*. He visto a muchas matronas de Híspalis y a muchos aristócratas de Itálica bañarse, como lo hizo alguna emperatriz, en la sangre de un gladiador, sabedoras de que vuestra sangre es especial, mágica, capaz de sanar los cuerpos de los que la tratan o beben. Al fin y al cabo, querido amigo, un gladiador tiene el alto honor de ser una víctima sacrificial que entrega su vida para prolongar y vivificar la de su César. Cada gladiador que muere transfiere su potencia vital a la de nuestro más amado pontífice. Solo los animales escogidos por los sacerdotes y vosotros compartís tan altísimo destino. ¿Hay un honor más alto y heroico?

»Siempre te negaste a ir a Roma. Al Coliseo. A pelear en el centro del mundo. Tus razones nunca las comprendimos pero te las respetamos. Es lo que hacen los amigos con las decisiones menos explicables que toman los que te quieren sin reservas. Híspalis perdió contigo un héroe universal, pero también es verdad que ganó un héroe local, aclamado por una ciudad que vivía momentos difíciles por culpa

de una sequía prolongada y con demasiada hambre tirada en sus calles. Y que te necesitaba para sobrevivir a tantos días nefastos. En tu mausoleo, levantado por tu amantísima esposa en el camino del sur, a la vista de todos los que van o vienen de Gades, y hasta donde Hispalis se acerca diariamente para acariciar y venerar el casco y la espada de mármol con la que tantas veces te vimos en la arena, se puede leer el siguiente epitafio: «Este monumento fúnebre lo levantó una amante esposa a su querido marido. Hubiera querido morir en los brazos de su esposo. Adiós Scaeva. Tu hijo Scaeva Minor y Asinus, tu más fiel mujer. Que te sea la tierra leve».

Al escuchar el epitafio, Gala no pudo evitar cerrar su mano en un puño cargado de celos y reprobación. El acto le produjo sangre en su mano y en su alma: ¿cómo podía una puta como Asinus hablar de fidelidad y amor? Nadie quiso tanto a Scaeva como ella. Ni nadie como ella le proporcionó tanto amor como incondicionalidad. Detestaba a aquella mujer. Algún día, se juró en ese mismo momento, seguiría la misma suerte que la judía, que Arusa, la joven que osó interponerse entre ella y Scaeva, ejecutada en la flor de su vida por las malas artes del Cuervo. Gala concluyó que había tiempo para darse ese gusto, para disfrutar de ese placer. Marco Antonio Pyrgos continuaba su elegiaca exposición:

—Magnífico epitafio. Hermosas palabras inspiradas por el amor, la ternura y el dolor de una mujer que le dio a Scaeva lo que más quiso en la vida: un hijo. Un hijo que apunta la rebeldía del padre y su capacidad de sacrificio. Un hijo al que, quién sabe, lo mismo las muchachas casaderas de Híspalis, en días por venir, querrán peinarle los rizados cabellos con una lanza mojada en la sangre de un gladiador moribundo. Ninguna sangre tan pura, fuerte y mágica como la que corre por las venas de Scaeva Minor, que así ampliaría y engrandecería la leyenda de su amado padre. Si es verdad que hay almas que, pese al poder seductor de los bosques y ríos que bañan paradisíacamente los Campos Elíseos, regresan a la tierra, te ruego, te rogamos viejo amigo, que hagas como Patroclo y retornes en sueños de la mano de Morfeo. Porque tu presencia forma parte de nuestra vida y la lloramos como Aquiles sobre el cadáver de su amigo en Troya, porque contigo se nos fue parte de la nuestra. Gladiador, protege desde donde estás ahora a tu mujer, a tu hijo y a tus amigos. Que nosotros tampoco los olvidaremos.

Calló Marco Antonio Pyrgos y nadie se atrevió a premiarlo con un aplauso, tanto respeto se le guardaba al ausente. Gala miró a Asinus y no pudo evitar la idea de querer matarla. ¿Qué sabía ella lo que era la pasión? ¿Qué sabía ella de aquellas horas de fuego en invierno y del frío repeluco del éxtasis en verano? ¿Qué sabía Asinus de noches de celos tan inolvidables como aquella vez que le descubrió en la cama los arañazos en su espalda de otra mujer, a la que desde entonces juró matar? Asinus se levantó. Iba vestida de negro y un velo igualmente negro de seda le cubría la cabeza. Le dio las gracias a Marco Antonio Pyrgos en su nombre y en el de su hijo y rechazó llevarse el pergamino. Antes de marcharse, mirando a las dos aristócratas que formaban parte de la sociedad y estaban allí honrando la memoria de su esposo, habló con mucha calma.

—Mi esposo nunca fue a pelear a Roma porque Roma no le importaba nada. Y jamás hubiera entregado una gota de sangre por un emperador que representaba el mundo que acabó con el suyo y el de sus antepasados. Que Salambó os bendiga…

Palabras inconvenientes

No fueron ni sabias ni prudentes las palabras con las que se despidió Asinus. Y Gala encontró una razón de peso para empezar a trazar un plan de hostigamiento y acoso que llevara a aquella puta impresentable hasta las cárceles de Híspalis y, posteriormente, a la pena capital en cualquier anfiteatro de los alrededores, Híspalis, Carmo, la actual Carmona, o en la misma Itálica. Sería un placer ver a Asinus morir en el anfiteatro de su propia ciudad, devorada por las fieras o en una infamante cruz y, sin quererlo, entregando su sangre para darle vitalidad y prolongar la vida de su emperatriz, Vibia Sabina. Cara Pescao unió a su hipocondría el añadido de un nuevo miedo: el de las gruesas palabras que había pronunciado la viuda de Scaeva, que nada bueno podrían acarrearle ni a ella ni a él. Al fin y al cabo, esas durísimas palabras se habían pronunciado en su casa y delante de Fabia Hadrianilla, la íntima amiga y familiar de la flamínica (sacerdotisa) de Itálica, Iulia Salinator. El sudor del rostro de Cara Pescao se peleó con el maquillaje que potenciaba su dolor y, por un momento, su cara parecía más la de una máscara de mimo de la calle que la de uno de los hombres más potentes y ricos de la Bética. Se sobrepuso como pudo y, recomendando tranquilidad, dijo:

—Es comprensible el dolor que consume la energía y prudencia de Asinus, y eso le nubla su entendimiento. Entendamos sus palabras más

como un despecho contra la suerte que la abandonó que como una manifestación de rebeldía contra el emperador.

Intervino Fabia Hadrianilla.

—Deseo que sea así. Pero sus palabras no me han gustado en absoluto.

Gala aprovechó la ocasión para iniciar su plan de hostigamiento.

—Creo que son muy censurables. Y no solo ha empañado las bonitas palabras de Marco Antonio Pyrgos, felicidades, poeta. También ha comprometido nuestro futuro. Yo no me voy a dejar salpicar por unas palabras tan excesivas y tan ajenas a mi lealtad a Roma.

—Te repito, estimada Gala, que son palabras dichas por la boca del dolor y no por la de la sinceridad —quiso atajar Cara Pescao.

Ni Crátero, ni el poeta, ni Africano, ni Aulio se atrevieron a decir nada. Permanecían en silencio, como los niños cuando son regañados por sus padres. Fabia medió:

—Dejemos el asunto para tratarlo más fríamente. Tal vez lleve razón nuestro querido amigo.

Gala midió el alcance de su jugada y creyó conveniente no atizar más el fuego, pero hizo una advertencia.

—De acuerdo. Dejemos a un lado las desafortunadas palabras de Asinus. Pero os repito para que quede clara mi situación: no las olvido. Y haré lo que esté en mi mano para que no afecten el prestigio y buen nombre de esta corporación.

Instintivamente, Cara Pescao se pasó la mano por el rostro en un gesto angustiado por tantas tensiones como venía arrastrando desde la muerte de Scaeva. El sudor y el maquillaje, en estrecha alianza, le dieron a su rostro un acabado muy cómico. Crátero se levantó y le recomendó, al oído, que abandonara la sala y se lavara la cara. El incidente sirvió para rebajar la tensión del momento y dejar en su punto exacto el clima de la reunión que abordaría los logros comerciales del consorcio en el muro de Hadriano. Antes de salir a lavarse la cara, en medio de una carcajada general, Cara Pescao se volvió para decirles a sus socios:

—Os reís, pero tened presente una cosa: al final soy yo el que convierte el dolor en felicidad y el llanto en risas. Deberíais quererme más…

Informe, dudas y beneficios

—Entonces, Aulio, ¿qué hacemos en Britania? ¿Descartamos sus

posibilidades como hizo Augusto para no invadirla, o seguimos a Claudio y explotamos sus recursos? —preguntó de forma retórica Crátero.

—Estamos allí para ganar dinero, amigo. Pero el muro, en la posición en la que estamos, no da más de sí. Si queremos más beneficios, hay que llevar hasta la isla lo que el Estado no lleva con regularidad.

Intervino Fabia Hadrianilla.

—Quizás la clave no esté en el muro…

Cara Pescao se mordió el labio en gesto de curiosidad.

—¿Puedes ser más explícita querida Fabia?

—Puedo serlo. Es muy fácil: las llaves del negocio de Britania no están en Britania. Están en Roma. Cerca del emperador.

—Considero que tú estás cercana a ese elenco de escogidos —dijo Cara Pescao.

—No descarto esa posibilidad —respondió con prudencia Fabia.

Gala veía cómo la cercanía de Fabia Hadrianilla a la corte del principado les restaba posición y fuerza en aquel negocio. Tenía que agilizar su proyecto de amadrinar a una parienta lejana, muy lejana, de la familia imperial que vivía en un pueblo perdido cercano a Baelo Claudia, al este de Gades. Tal vez eso empezara a hacerle más fácil su acceso a los nuevos centros de poder a través de su socia Fabia. Entendió que era prudente no intervenir en aquella conversación. Y escuchar.

—Dejamos escapar una buena ocasión de acercarnos a él cuando pasó por Itálica —se lamentó Marco Antonio Pyrgos.

—Fue una gran ocasión desperdiciada —dijo Fabia.

Cara Pescao se quedó pensativo y le preguntó a Aulio:

—¿Seguimos enviando vino y aceite al muro?

—Yo no abandonaría nunca esa posición. Ya la tenemos ganada, patrón. Lo que sería muy conveniente es alcanzar acuerdos para suministrar a las legiones lo que el Estado no puede suministrar o tarda mucho en hacerlo.

—Eso es cobre, Aulio. No veo la plata por ningún sitio —dijo tajante Cara Pescao.

Africano, el doctor de la escuela de gladiadores de Híspalis, lanzó una idea:

—¿Y si traemos esclavos? ¿Esclavos britanos?

Se quedaron pensativos. Fabia, relajadamente, insistió:

—Nuestro futuro en Britania pasa por Roma. No debemos demorarnos más en esta discusión, creo.

Cara Pescao se levantó, miró el amplio óculo del techo que imitaba

tímidamente al Panteón de Agripa en Roma, por donde entraba la luz azulada del cielo de Itálica, y dijo:

—Creedme amigos: el futuro está en Oriente. Allí está el dinero que buscamos y quién sabe si también el futuro del Imperio…

Cara Pescao observó a los presentes, buscando en los ojos de sus socios y socias alguna pregunta pendiente. No la encontró. Batió las palmas de sus manos con el resplandeciente redoble que despedían el oro y las turquesas de sus anillos, levantando la sesión no sin antes pedirle un favor al poeta:

—¿Tienes mucha prisa, Marco Antonio?

—Ninguna tan urgente como lo que tú, patrón, puedas necesitar de mí.

—Entonces te rogaría que me acompañaras. Quiero saber qué es lo que ha hecho Hadriano en Judea…

Ben judea

Cuando la sala del óculo se quedó vacía, incluso sin esclavos con las orejas demasiado grandes y las lenguas dispuestas a lamer manos interesadas en conocer los movimientos del rico liberto, Cara Pescao y Marco Antonio Pyrgos se sentaron cómodamente huyendo de la formalidad de la reunión previa del consorcio, donde había que guardar ciertas formas ante la dimensión social de las aristócratas.

—No voy a pedir vino hasta el final de nuestra conversación, Marco Antonio. ¿Te afecta mi decisión?

—En absoluto. Ya bebí demasiado llorando la muerte de mi hijo primogénito y no voy a echar de menos el vino. Puedes estar seguro, patrón.

—Me alegro de que aquello lo superaras. No siempre se supera la pérdida de lo amado. Hay vacíos que hasta el océano es incapaz de llenar.

—No te lo voy a discutir, patrón.

—Verás. Eres un hombre muy bien informado. Creo que le escribiste una hermosa composición al hermano de Ben Judea, Aarón, cuando lo nombraron *eques* [18], con sitio preferente en el anfiteatro de Itálica, como todos los pertenecientes a la orden ecuestre.

—Así es, patrón. Eso es bien sabido en Híspalis y en Itálica.

Cara Pescao hizo un gesto de aprobación a la vez que movía las manos, echándolas a volar, en señal de que era obvio que él tambien conocía aquella feliz circunstancia.

—Te lo pregunto porque barajo algunas posibilidades de negocio

con Ben Judea. Es de los pocos judíos afectos a Roma que salieron de Jerusalén cuando el emperador y su general, Sextus Iulius Severus, ganaron la guerra contra los rebeldes hebreos.

Cara Pescao se quedó pensativo, mientras miraba fijamente uno de sus anillos. Tras un silencio no interrumpido por el poeta apostilló:

—Resulta increíble que por la práctica de la circuncisión Roma haya perdido allí casi dos legiones.

Marco Antonio se levantó y, doctoralmente, paseó por la estancia mientras intentaba informar a su patrón lo más objetivamente posible.

—Ese fue, digamos, un motivo banal. Es cierto que nosotros despreciamos ese tipo de mutilaciones y que la circuncisión judía nos parece pavorosa. Pero el verdadero motivo de haber perdido allí tantos hombres, dicen que la legión XXII Deiotariana ha sucumbido al completo, es la negativa del pueblo judío a formar parte del nuevo orden imperial. Del nuevo proyecto que tiene Hadriano para gobernar un mundo tan distinto y complejo como es el que abarca el Imperio.

Cara Pescao seguía con la mirada, asombrado y absorto, el deambular del poeta por la sala del óculo, cada vez más iluminada por la luz cegadora de Itálica. Admiraba la cantidad de información que manejaba el poeta y estaba convencido de que el tiempo que estaba invirtiendo en escucharlo era tan valioso como el oro que pretendía conseguir en una nueva alianza comercial con Ben Judea. Siempre y cuando no lo desaconsejara la realidad.

—Entiendo, Marco Antonio, que la venganza de Roma habrá sido absoluta.

—Te la enumero sin intoxicar la información con opiniones. Cuentan que más de medio millónde judíos que siguieron al cabecilla rebelde, Bar Kojba, «El hijo de la estrella» en nuestro idioma, murieron en la guerra. Cincuenta ciudades fortificadas y novecientas ochenta y cinco aldeas fueron arrasadas; la Torá quedó prohibida, como el calendario hebreo, y numerosos rabinos y estudiosos fueron ejecutados.

—Cuando Roma clama venganza, el mundo corre a esconderse…

—Si es que encuentra un agujero donde meterse, patrón. Los rollos sagrados fueron quemados en una ceremonia masiva en el monte del Templo, lugar donde el emperador ha hecho levantar dos estatuas: una en honor de Júpiter y otra, a mayor gloria de su memoria, dedicada a él.

—Judea no olvidará nunca ni al emperador ni a su general, Sextus Iulius Severus —dijo Cara Pescao meditabundo.

—Por los siglos de los siglos, patrón, esa venganza de nuestras águilas imperiales servirán de escarmiento a un pueblo que hoy, en

parte, vaga errante, por el mundo. ¿Sabes lo que ha colocado el emperador en una de las puertas de la nueva ciudad, Aelia Capitalina, levantada sobre Jerusalén?

—Lo desconozco, Marco Antonio.

—Un cerdo. Para que la humillación sea absoluta. Por cierto, olvidaba decirte que a la nueva ciudad tienen prohibido el acceso los judíos. Aquel suelo y aquel cielo son propiedad de Roma.

Cara Pescao invitó con su mano a que Marco Antonio tomara nuevamente asiento.

—Por favor, Marco Antonio, sientate y dame luz sobre Ben Judea. ¿Por qué está aquí? ¿Cómo pudo salir de Jerusalén sin ningún tipo de impedimentos? Parece más romano que judío…

—Dicen que tanto él como su hermano Aarón sirvieron bien al emperador y que ambos intentaron hacer ver a la cúpula judía las ventajas que tendría seguir vinculados a Roma bajo el nuevo orden imperial. Pero los acusaron de alta traición y huyeron de Jerusalén.

—¿Ben Judea sería el hombre más adecuado para guiarnos en nuestros posibles negocios con Oriente?

—A día de hoy lo dudo.

—¿Por qué, poeta?

—Se comenta que está medio arruinado. Anda en el negocio inmobiliario desatado en la nueva Itálica que ha hecho levantar el emperador. Pero gran parte de su fortuna la está dilapidando con locuras.

—¿Locuras? ¿Ben Judea está loco? ¿Quién dice eso, Marco Antonio?

—Sus actos. Se trajo de Alejandria a una pequeña corte de inventores y matemáticos que trabajan a sus órdenes.

—¿Y qué les ordena a los matemáticos e inventores?

—Un invento que, según Ben Judea, cambiará el mundo tal y como lo conocemos.

—¿Y qué es eso? —preguntó Cara Pescao, dominado absolutamente por la curiosidad.

—Molinos de viento. Máquinas para aprovechar la energía del viento como los molinos de agua hacen con la corriente de los ríos. En esa apuesta ha perdido tanto dinero que casi está arruinado.

—Pero a Aarón lo han nombrado *eques* con sitio preferente en el anfiteatro de Itálica…

—Patrón, los títulos se dan para que el dinero que falta brille con el prestigio de su escasez… No olvides que el propio Hadriano le facilitó cuatrocientos mil sestercios como paso previo a su nombramiento como caballero del orden ecuestre por los servicios prestado a Roma

en Jerusalén.

—¿Descarto a Ben Judea como nuestro hombre para abrir los caminos de Oriente y buscamos nuevos socios?

—Sería una decisión muy razonable…

Cara Pescao llamó a un esclavo y le pidió vino en jarra de plata.

—¿Te pido una copa, Marco Antonio?

—Claro. Brindaremos por Oriente, donde nuestro emperador tiene puestas tantas y tantas esperanzas.

Un hombre libre

Con más de treinta años de servicio en casa de Iulia Salinator, el Celta, logró su libertad tras devolverle la vida al hijo de la aristócrata. La fama de su nombre lo precedía, y se había convertido en una especie de estatua viviente que casi todo el mundo deseaba tocar para llevarse consigo algo de su poder, de su mágico espíritu. Lo tocaban como se tocaba la estatua de un dios o de un emperador divinizado. Las colas de gente delante de la casa de Iulia Salinator empezaban a incomodar y los duunviros de Itálica, la máxima autoridad municipal, encargaron a los policías de la hermosa ciudad del otro lado del río que no consintieran más aglomeraciones de personas delante de la espectacular *domus* de la flamínica perpetua. En la sombreada y fresca pérgola del jardín, Iulia y el Celta hablaban del emperador.

—Cuando lo vi tan cerca de mí, señora, sentí su majestad. Irradiaba esa energía que solo los grandes líderes son capaces de llevar en su alma. Esa gracia que los hace diferentes y los acerca al cielo.

—Ha cambiado Hispania. En Tarraco le han dedicado estatuas y altares exaltando la nobleza de su linaje, y en el noroeste, en las tierras del oro, ha emprendido obras que se necesitaban hacer desde años atrás. Los caminos estaban de pena y por esos caminos sale el oro que va a Roma.

—Es una lástima que en Tarraco, donde tan dulcemente fue recibido y tratado, la asamblea manifestara su oposición para hacer una leva que engrosara las filas de algunas legiones —comentó el Celta.

—En cambio aquí, en Itálica, todo fueron vítores, parabienes y celebraciones. Es una maravilla cómo ha creado una Itálica nueva y reforzada sus murallas. ¿Sabes una cosa, Celta?

—Dígame, señora

Iulia Salinator alzó la vista al cielo y pareció abstraerse en una lejana ensoñación. Quedó en silencio por algún espacio de tiempo;

luego bajó los ojos y miró al suelo, como si el viaje mental hubiera llegado a su fin. Miró al Celta y le dijo:

—Aún recuerdo, siendo niña, cómo nada de esto existía en la nueva ciudad de Itálica, donde vivimos. Era tierra para los pastores y su ganado. Y para que los pequeños agricultores cultivaran hortalizas.

—Todo cambia —dijo el Celta.

—Es cierto. Sobre todo si hay alguien con voluntad de que las cosas cambien. Hadriano ha tenido esa voluntad con Itálica y con otras ciudades de Hispania y del Imperio.

—Es un gran emperador.

—Lo es, sin duda. En mi infancia esta ciudad tendría un poco más de seis *yugadas** y la muralla que nos guardaba y protegía no era superior a una milla. ¿Sabes lo que ha crecido Itálica gracias al emperador?

El Celta se sintió desarmado, como un niño al que el gramático lo pilla sin que sepa la lección.

—Soy un ignorante, señora. No lo sé.

—Las murallas han sido ampliadas y alcanzan las dos *millas*, y la ciudad ocupa veinticuatro *yugadas.*

—No he visitado Oriente, señora, pero muchos de los arquitectos, artesanos y artistas que han ampliado y embellecido nuestra ciudad procedían de allá.

Iulia Salinator no quiso disimular sentirse poseída por un evidente orgullo local.

—Y sé por mis amigos en Roma que el propio Hadriano ha estado encima de esta transformación, preocupado y empeñado en que la ciudad nueva fuera, en cuerpo y alma, muy similar a las de Oriente. Los parecidos entre las nuevas termas y el gimnasio con edificios levantados en Éfeso son evidentes y comentados por los que conocen la ciudad de Asia Menor.

—Señora, a mí me impresiona el Traianeum…

Iulia Salinator le sonrió, complacida por el buen gusto de su médico.

—Me cuentan algunos arquitectos que el Traianeum, donde se le rinde culto al divino Trajano, a la familia imperial y al culto imperial, es el reflejo inmediato de la nueva Atenas del emperador. Comentan que se parece mucho a la Biblioteca, en el conocido Panhellenion de Hera y Zeus. Nos quedan por ver tantas cosas, Celta…

—El mundo para conocerlo necesita tres vidas completas —dijo el médico.

—Y es posible que nos quedemos cortos, estimado Celta.

—Señora, siempre me he preguntado de dónde proceden los

cristales de las ventanas de las nuevas termas. Son bellísimos.

Iulia Salinator no salía de aquel bucle infinito de autocomplacencia, repleto de vanidad y orgullo por pertenecer a una ciudad tan bella como Itálica y ser la responsable de un culto imperial que, en la persona de Hadriano, la colmaba de satisfacciones personales.

—Del mismo lugar de donde son los de esta casa: de las minas de Segobriga, en el centro de Hispania. Las grandes *domus* de Itálica, las que se levantaron gracias al empuje imperial, las que puedes ver alrededor de esta casa, tienen sus cristales del mismo lugar. Aunque tampoco faltan los vidrios procedentes de Chipre, Sicilia y norte de Africa.

Ambos callaron, ensimismados quizás en las dimensiones espectaculares de aquel mundo italicense, donde la arquitectura pública y civil reflejaban el mimo imperial, su gusto orientalizante y el poder económico de las elites que dominaban y controlaban tan hermosa ciudad. Frente a ellos, en aquel porche filtrado por un sol derrotado por las tupidas pérgolas, se abría un claustro imponente de columnas de color rojo y dibujos pastoriles en el estucado de las paredes. El Celta, viendo el entusiasmo evidente que Iulia Salinator proyectaba hablando de Itálica, creyó oportuno seguir alimentando su ego local. Y volvió a cargar el incensario para sahumar el éxtasis de la flamínica perpetua.

—Qué gran honor y prestigio supuso para usted, señora, ser sacerdotisa del templo del culto imperial durante la estancia de Hadriano en Itálica… —la halagó.

—Aunque no hubiera estado yo desempeñando tan alta dignidad, otra aristócrata en mi lugar habría procedido de igual forma. Es cierto que le levanté una estatua de cien libras* de plata representándolo como un coloso, en una mano el mundo y en la otra un cetro.

«No menos de ochenta mil sestercios», sacó cuentas el Celta

—Eso no es nada para lo que Hadriano está haciendo por Roma. Y lo que ha hecho por Itálica: nos ha concedido el título de colonia, nos ha concedido ser tan romanos como los romanos de Roma. Eso es impagable, Celta.

—Lo mismo le pidieron los ciudadanos de Utica, en Cartago. Pero Hadriano nunca comprendió las razones que empujaban a los ciudadanos a rebajar jurídicamente la categoría de su ciudad, a perder la autonomía de sus leyes.

—Se hace por amor al emperador, Celta. Por lealtad y sumisión a su divinidad.

El Celta se llevó la mano a su bronceada calva como diciendo que no era fácil entender a los romanos. Luego siguió halagando a la

sacerdotisa imperial recordando hechos sobresalientes de su sacerdocio.

—Aún recuerdo a su hijo Cneo vestido de efebo en la procesión en honor a Hadriano.

—Yo tampoco lo he olvidado, Celta. Será siempre uno de los recuerdos más hermosos de mi vida. Ese y el día que le devolviste la vida a Cneo —dijo, mirando al médico con un brillo de agradecimiento absoluto en sus ojos.

—Gracias señora. Es usted muy generosa con este torpe médico.

Se produjo un silencio que hilvanó el agradecimiento de Iulia y la vanidad disfrazada del Celta para crear un momento de especial cordialidad. Iulia le pidió al médico que siguiera con el relato de la procesión.

—Siguen frescas las imágenes que tengo en mis recuerdos. Salió desde el templo de la triada capitolina hasta el Traianeum, con los efebos y los jóvenes y otros ciudadanos engalanados con coronas de laurel y vestidos de blanco. Los que portaban los retratos pintados de nuestros divinos emperadores, desde Augusto a Trajano.

—Y aquel toro blanco que sacrificamos por la salud de nuestros gobernantes, por todos los dioses y por la duración eterna del Imperio —apostilló Iulia Salinator.

—Toda Itálica y mucha gente llegada desde Híspalis, Mulva o Ilipa Magna no se quisieron perder tan fastuosa procesión. El pueblo se veía unido a sus gobernantes y muy cerca de su emperador —rememoró el Celta.

—Organizar y estimular todos esos sentimientos en favor de los emperadores es el trabajo de una flamínica, de una sacerdotisa imperial. Y aún he de darte una sorpresa.

—¿Cuál, señora? ¿Referida a qué?

—¿No lo adivinas? Me decepcionas, Celta. Estás perdiendo tus poderes —le dijo con picardía.

Se tomó su tiempo para pensarlo. Iulia Salinator hizo sonar sus manos y una esclava acudió a servirla.

—Señora… —se inclinó la esclava en señal de sumisión.

—Que preparen un refresco de frutas granizado para espantar esta horrible calor.

—En seguida…

En ese momento entró en el jardín un desolado Cneo.

—¿Qué te pasa, Cneo? Te noto triste.

—Extraño a Scaeva Minor. Es mi mejor amigo y se ha marchado a Híspalis tras la muerte de su padre.

—Terrible noticia esa, querido hijo. Terrible lo rápido que se fue un

hombre tan fuerte y poderoso como él. Así es la vida. Tú regresaste de la oscuridad y él se fue para no volver jamás. Que los dioses lo tengan a su lado. Y besa en la frente al Celta: debes guardarle gratitud eterna.

Cneo besó en la frente al médico que le dio una nueva vida. Sin mucho afecto. Inmediatamente se volvió hacia su madre para preguntarle:

—Madre, ¿cuándo podré ver a Scaeva Minor?

—Pronto. Hablaremos para que pueda estar unos días contigo, pero ahora es lógico que acompañe a su madre.

Iulia Salinator no pudo evitar revivir mentalmente los días amargos que pasó con su hijo, perdido para siempre y causante del dolor más intenso que vivió en su vida. Superior al de la pérdida de su padre y de su madre. Para espantar tan malos recuerdos se tocó el velo que como sacerdotisa perpetua estaba obligada a llevar; luego abrazó a Cneo y perdió su mirada en los azules y, muchas veces, inquietantes ojos del Celta.

—Creo que ya tengo la respuesta a su adivinanza, señora.

—¿Seguro? —le dijo sonriendo Salinator.

—Seguro, señora.

Hubo una pausa, un silencio bien cortado por los cuchillos rumorosos de los surtidores de las fuentes del jardín.

—Cuando me dio la libertad, señora, me prometió viajar a Roma para visitar el Ateneo de Hadriano.

—Eres memorioso, Ael.

—Y agradecido. Tengo muchas ganas de estudiar en el Ateneo de Hadriano, de presenciar los debates entre los filósfos de Oriente y escuchar a los poetas griegos. Pero le dejo esta adivinanza para su magnífica perspicacia.

—Dime, Ael.

—Además del Ateneo, ¿qué otro sitio hay en el mundo donde un médico pueda progresar en sus conocimientos, ser una garantía para la salud de los enfermos que cuida y evitar desenlaces tan fatales como el que se ha llevado a Scaeva?

Iulia Salinator cogió su vaso de frutas granizadas y mojó sus labios de recatada matrona romana en el frescor del cristal. Sonrió y se sintió absolutamente despistada de las pretensiones del Celta…

Plaucia, la heredera

—¿Qué te asombra, querida Plaucia?

Fue incapaz de pronunciar palabra. Tenía sus grandes ojos negros

clavados en la cómoda de marfil, oro y madera noble del dormitorio de Gala, donde había aceites, cremas de belleza y ungüentos de nardo. Un solo tarro de cristal que contuviera una libra de aquel perfume oriental valía en el mercado de Seplasia en Capua o en el de Puteoli, cerca de Nápoles, la extraordinaria cifra de cuatrocientos denarios. Con ese dinero podrían comer y vivir desahogadamente durante meses muchas familias humildes y jamás un perfume tan costoso podría verse en el dormitorio de una nobleza desinflada y venida a menos como era la de la familia de Plaucia, llegada hasta Itálica desde la propiedad agrícola que sus padres tenían en Iulia Traducta, cerca de Baelo Claudia. Plaucia tendría unos trece años. Y, pese a la precariedad de las ropas que llevaba, sus pechos apuntaban al cielo, su boca sin pintar era como una granada abierta y sus curvas más femeninas presagiaban una sobresaliente adaptación a cualquier disciplina amorosa, por muy exigente que fuera. Eros había convertido su cuerpo en su hogar.

—¡Habla, por Júpiter! ¿Qué es lo que te asombra, niña? —le dijo Gala con cariño.

La chica la miró con cierta subordinación pese a que aquellos ojos tan negros se inflamaban de picante perspicacia. Gala reparó en ellos y le comentó:

—Tienes unos ojos preciosos, Plaucia. Tan picantes como el aire que se respira en los Horrea Piperataria, frente al Coliseo en Roma. ¿Sabes de lo que te hablo, querida niña?

La chica la miró con cierto rubor donde también cabía la rabia contenida por verse tratada como una cateta. No encogió los hombros para expresar su desconocimiento, ni tampoco para transmitir su rechazo a la indelicadeza de la aristócrata. Gala entendió que no era aquel el camino adecuado para ganarse a una chica que iba a amadrinar y que sería un elemento fundamental en el desarrollo de su asalto al poder social y comercial en el nuevo mundo hadrianeo. Trajano ya era cenizas; Hadriano se erigía en el nuevo templo donde rezar, refugiarse y acogerse a su generosidad.

—Está bien, Plaucia. No tienes por qué saberlo. Eso solo lo saben los romanos. Son unos almacenes donde se guardan miles de toneladas de pimienta que vienen desde mucho más allá del mar de Eritrea. Pero quizás eso no importe nada ahora. ¿Te gustan los perfumes?

Plaucia alargó su mano y abrió un frasquito de extracto de nardo y aceites. Aspiró su olor con intensidad, como hacía en la tierra de sus padres cuando el viento del mar llegaba cargado de sal y pureza a las colinas de Iulia Traducta, pero este perfume casi la embriagó. Y la transportó, por momentos, a tierras que jamás había imaginado. No

era descartable que esa misma fragancia levantara en el hasta entonces dormido instinto sexual de la joven cierto estímulo concupiscente, como un despertar a la vida.

—Te diré algo, querida Plaucia: nunca te enamores de hombres que se perfumen el pelo con nardos. No te lo digo yo, te lo dice un gran escritor como Ovidio, que ya irás conociendo. Los hombres hoy se perfuman tanto como las mujeres. A veces, en el teatro, no te puedes concentrar en lo que te cuentan los actores por la abigarrada celebración de perfumes que los espectadores llevan sobre sus cuerpos.

Plaucia la escuchaba sin abrir su preciosa boca. La aristócrata la invitó a bañarse en su propia bañera, hecha de alabastro y que imitaba en su cabecera a una concha de mar gigante. Le extendió sobre la cama una túnica de seda y llamó a las esclavas para que la enjabonaran, la bañaran y la acicalaran. La chica se desnudó y Gala vio una potra ganadora, una escala de mujer que solo necesitaba tiempo y educación para hacer enloquecer al mismísimo Eros. Se metió en el agua tibia y Gala se despidió de ella.

—Te espero abajo, en el jardín; te mostraré algunas cosas que debes ir aprendiendo.

La chica asintió con la cabeza. Y por vez primera en todo ese tiempo abrió la boca.

—¿Cómo quieres que te llame: madrina, madre o Gala?

—Como tu corazón te vaya aconsejando —dijo la aristócrata.

—¿Sabes una cosa, madrina?

—Dime, Plaucia.

—Que en las Horrea Piperataria también se guarda incienso de Arabia…

Gala se fue riendo a mandíbula batiente, satisfecha, muy satisfecha, de la «hija» que había parido el destino para acompañarla en sus aventuras y ambiciones. Era aún una tosca chica procedente de una nobleza venida a menos, pero era verdad lo que de ella decía la picante mirada de su inteligencia natural. A la potrilla solo le faltaban clases para convertirla en una yegua de carreras. Y de eso se iba a encargar Gala personalmente…

La voz del milano (1)

Cara Pescao vivió con la angustia en su pecho por aquellas palabras de Asinus durante un par de semanas. Habían sido muy duras. Estaban Roma y el emperador por medio, y todo el flanco de la lealtad y el

patriotismo absolutamente sin defensas para que aquella mujer tan imprudente saliese indemne de la trampa que le tendió su atolondramiento. A Cara Pescao se le antojó que Asinus no tenía escape alguno, y si bien el carácter pragmático del patrón no tendría por qué cargarlo de preocupaciones por la suerte futura de la viuda, lo cierto es que lo estaba. Y, en igual medida, por las consecuencias que pudieran correr él y los socios no aristócratas de la corporación, ricos, adinerados pero tan expuestos a la Justicia como un lechón a los dientes de un lobo. No iba a ser nada fácil salir de aquel embrollo.

Un día la angustia fue tal que creyó que la opresión de su pecho era el llamado mal de estómago, un amago de infarto alimentado por su peso, su hipertensión y sus continuas y permanentes preocupaciones. No obstante, se vistió con sus mejores galas y decidió hacer algo más que esperar a que los días pasaran y la Parca lo sorprendiera. Se embarcó en el puerto de Itálica rumbo a Híspalis. Hacía un tiempo espléndido. Híspalis refulgía al Este bajo una lluvia de rayos solares.

—¡Barquero, rema rápido; el tiempo no espera a nadie! —dijo superando sus cuitas y sobreponiéndose al miedo.

En Híspalis lo esperaban los esclavos con su magnífica litera de tejidos persas y toda clase de falos de plata, colgados a modo de campanillas de las esquinas de las andas, acaparadores de la buena suerte y ahuyentadores del mal de ojo.

—Vamos a casa de Scaeva. Y que uno de vosotros se adelante y anuncie a su viuda mi llegada. ¡¡Rápido!! ¡¡Hoy tengo ganas de usar mi vara de olivo, malditos holgazanes!!

Por el camino la litera de Cara Pescao se cruzó con un cortejo fúnebre, que proclamaba su desgracia desde lejos por el llanto retribuido de las plañideras y los rostros graves y serios de los deudos camino del cementerio. A Cara Pescao la visión le hizo palidecer y un poco de orina se le escapó sin que pudiera evitarlo. Se tapó los ojos, y corrió los velos de seda de la litera y se agarró con fuerza al pequeño Mercurio de oro que llevaba siempre consigo, como amuleto, para neutralizar la magia negativa de aquella inesperada aparición.

—Te prometo, Mercurio, que nada más salga de esta litera, te ofreceré un sacrificio en tu templo.

Aquello lo calmó. Y más aún, recordar que se había cortado las uñas el día de mercado, en silencio y empezando por el dedo índice: una garantía más del mundo popular romano para protegerse de días adversos. Quedaba por solucionar la mancha de orina que llevaba en su trasero, pero se mostró resolutivo. Desviarse hasta su casa de Híspalis era perder un tiempo que necesitaba; era mucho más razonable ordenar a un esclavo a que le trajera una túnica sencilla y

ligera del bazar textil de la ciudad. Así, estrenando buen humor y túnica sin alardes, accedió a la casa de Scaeva donde ya le esperaba Asinus, que había sido informada de su visita por uno de los esclavos de Cara Pescao. Pese a desplegar una sonrisa amplia y tierna, el patrón necesitaba ir al cuarto de baño. Porque al bajar de la litera, al fondo de la calle, tuvo que ver otro cortejo fúnebre. Aquella pestilencia iba a terminar con Híspalis y con sus nervios…

La voz del milano (y 2)

—Será solo un momento, querida Asinus. Solo un momento. Pero necesito ir a las letrinas.

—Ve y descansa —dijo con cierta sorna la viuda.

Minutos después Cara Pescao y Asinus estaban sentados bajo un emparrado de jazmines animado por el canto de los pájaros que pregonaban una de las primaveras más efectistas y hermosas del imperio.

—Verás, Asinus, tengo que comunicarte algo.

—Tú dirás.

—Antes que nada, ¿estás mejor de tu dolor?

—El tiempo es la única medicina que suele curar estas cosas, Cara Pescao. Y tú lo sabes.

—Cierto. El tiempo lo cura casi todo, excepto algunas cosas importantes que nos pueden afectar. Tanto a ti como al consorcio.

—Sé a lo que has venido, amigo. Sé que estás preocupado por mi suerte y por la vuestra. Sé que mis palabras fueron imprudentes y excesivas. Sé que he puesto en peligro muchas cosas importantes

Cara Pescao la miraba con ojos tan redondos como dos monedas de oro y asentía con la cabeza al comprobar que, por lo menos, Asinus había abandonado aquella actitud tan irracional de enfrentarse a todos y con todos. Eso lo animó a disculparla. Puso sus manos sobre los de la viuda y la intentó confortar.

—Bueno, todos tenemos ese tipo de reacciones cuando el dolor nos agarra por el cuello y trata de ahogarnos. Debes descansar y ocuparte en el trabajo de los burdeles y de vuestras fincas, eso te vendrá bien.

—Es lo que hago. Es lo que he hecho siempre. Tú sabes que la economía y la administración de los negocios de Scaeva siempre las llevé yo. Ahora estoy más obligada que nunca.

—¿Tienes proyecto para vuestra casa de Itálica?

—Tengo un buen comprador. Con la de Híspalis y la de la antigua granja de los padres de Scaeva tenemos más que suficiente. Creo que

es buen tiempo ahora para vender en el barrio nuevo de Itálica. Y pienso comprar barcos…

—Te ofrezco todos mis conocimientos para que inviertas bien en naves. Ya sabes que tengo buenos amigos tanto en los astilleros de Híspalis como en los de Gades.

—Te lo agradezco, patrón. Sé que puedo contar con tu ayuda.

A Cara Pescao le pareció buena idea vender la casa de Itálica e invertir en el mercado naval. Eso significaba que Asinus estaba entera, tenía fuerzas y ganas de vivir. Sin ese aceite los ejes de cualquier carreta se atoran para no llevarte a ninguna parte. Pero no olvidó el verdadero objetivo de su visita a la viuda. Miró al emparrado buscando la fórmula ideal de explicarle el alcance posible de aquellas palabras tan desafortunadas que había dirigido, además, a las dos aristócratas. Vio en el emparrado un milano. Y eso le encendió la idea de recurrir a las fábulas para envolver en palabras de seda frases de plomo.

—¿Has visto ese milano, Asinus?

—Sí. Tiene su nido en uno de los árboles del jardín.

—¿Conoces la fábula del milano que quiso relinchar?

—Algo.

—Te la puedo contar porque explica, aproximadamente, nuestra situación. El milano del que nos habla la fábula, en otro tiempo tuvo una voz penetrante, pero un día oyó relinchar a un caballo y quiso imitarlo. Al tratar de imitarlo no alcanzó la voz que deseaba y perdió la suya. Finalmente, se quedó sin su voz y sin la del caballo.

Asinus se llevó una mano al rostro y extendió un dedo sobre su cara, como haciéndola descansar sobre él. La otra la dejó bajo las regordetas y cariñosas de Cara Pescao, que no dejaba de acariciarla y transmitirle seguridad y cariño. Dejó pasar un tiempo para no parecer irreflexiva. Y dijo después:

—No es la mejor fábula para explicar mi desorden, querido patrón. Nunca quise dejar de ser yo para gritar más. Mis palabras fueron serenas y solo pecaban de sinceridad. Nadie debe ser sincero más allá de los muros de su casa: corre peligro de perderlo todo en esta ciudad tan chismosa.

Cara Pescao le soltó instintivamente la mano a la viuda. Se pasó una por encima de su pecho en señal inconsciente de sentirse, otra vez, angustiado, temiendo que el volcán apagado que llevaba Asinus en su alma volviera a encenderse. El rico comerciante le preguntó:

—¿Tienes otra que explique mejor lo sucedido? Estoy dispuesto a oírla.

—Seguro que la conoces. Es la fábula de la cola de la serpiente

Cara Pescao hizo un gesto casi imperceptible de rechazo. Odiaba a las serpientes y aquella mujer lo iba a obligar a escuchar un cuento de serpientes. Estaba claro que nadie lo quería como él necesitaba que lo quisieran sus amigos.

—Atiende y no te asustes —le dijo sonriendo Asinus—. Un día, la cola de una serpiente decidió que la cabeza no debía ir delante y se negó en redondo a seguirla. «Tengo que dirigir yo», dijo la cola. Víctima de su arrogancia, la cola imploró humildemente a la cabeza diciéndole: «Sálvanos, por favor, señora cabeza. Confieso que una nefasta lucha ha hecho que las dos acabemos mal. Te obedeceré si me vuelves a poner detrás, como estaba. No tendrás que pensar en lo que ha pasado: nunca volverá a suceder…».

Cara Pescao se levantó y abrazó a Asinus. Le besó las manos y le recordó el lejano día en el que la conoció. Cuando Scaeva la hizo bailar desnuda y, al verla tan hermosa, bella y seductora, juró haber sentido por primera vez el deseo carnal de una hembra. Ambos rieron como buenos amigos. Asinus lo invitó a quedarse en casa y a que saludara a Scaeva Minor. El patrón aceptó satisfecho y muy, pero que muy relajado, como no lo había estado desde muchos días atrás.

—¿El chico está bien, Asinus?

—Taciturno. Me pregunta cosas de su padre y de Valentiniano. Está obsesionado con aquel loco dacio. Me ha dicho que la otra noche soñó con él y que viene hacia Híspalis. Pobre hijo mío, ni siquiera lo conoció.

—¿Por qué no dejas que se venga conmigo a Itálica? Allí tiene a su buen amigo Cneo, el hijo de la sacerdotisa imperial.

Asinus se levantó y dejó en el aire el perfil rotundo de su hermosa silueta y un leve perfume a mirra.

—Eso ya está hablado, querido amigo. Yo misma fui a casa de Iulia Salinator hace unos días. Le hablé de lo sucedido en tu casa y os exculpé a todos de cualquier responsabilidad por mis palabras.

Cara Pescao no salía de su asombro y sentía otra vez en su vientre un concurso de pitos y flautas que lo obligarían a visitar nuevamente las letrinas. Ya hasta las buenas noticias le aligeraban el vientre. Asinus siguió explicándose:

—Iulia, que es sabia y comprensiva, que ha llorado por la pérdida de un hijo para, posteriormente, sentirse la mujer más feliz del mundo recobrándolo, me entendió perfectamente. Y descartó cualquier problema derivado de mis burdas palabras, inspiradas por un estado de nervios comprensible.

Cara Pescao se puso a dar saltos de alegría, se subió a la mesa del jardín e imitó el canto del milano.

—Eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida, Asinus.

—Y tú, el milano más gordo y cagón que se ha posado jamás en este jardín…

Efectivamente, Cara Pescao salió corriendo, otra vez, para las letrinas.

Gala la gramática

—Estos tres principios te los grabarás en tu corazón como se graban las palabras en el mármol de los altares a los dioses. Nunca los olvidarás ni los traicionarás. ¿Lo comprendes, Plaucia?

Plaucia estaba radiante. Las ropas caras, el cuidado de las esclavas, las cremas y perfumes que le procuraba Gala, el tono más bajo del bronceado rústico de su piel y hasta la forma de sentarse, erguida y con las piernas juntas, iban transformándola por fuera en la nueva mujer que moldeaba la aristócrata de Itálica. Ella había tomado la responsabilidad de instruirla, educarla y dotarla de la sangre fría y el instinto necesario para, sin perder nunca la serenísima pose de los *honestiores,* actuar como un vulgar criminal si la ocasión lo requiriera. Quería construir una máquina de guerra con disfraz de paloma.

—Todos los días me lo dices, madrina.

—Y te lo seguiré repitiendo el resto de tu vida. Porque esos tres principios básicos son más importantes que las lecturas que haces, que los números que agilizan tu mente y que las ideas filosóficas que debatimos. Sin esos tres principios básicos no sobrevivirías nunca en el mundo que te tocará pelear.

—Odio a Plauto —dijo la chica.

—Yo también. Me parece repugnante.

—Ayer leímos y hablamos sobre su obra *Las Báquides*.

Gala se llevó la mano derecha a la boca como para evitar decir un exabrupto.

—¿Sabes por qué leímos esa obra, Plaucia? Porque quería ver cómo reaccionabas. Quería ver si serás la mujer que quieren los romanos en casa o si llevas en la sangre la mujer que gobernará su mundo sin que se note el rigor de su liderazgo.

—¿Y qué clase de mujer seré?

—Me esforzaré para que Plauto no se salga con la suya. Para que Timoteo no propague en sus escritos que la mujer debe aprender en silencio y total sumisión, sin que ninguna mujer pueda enseñar a un hombre o tenga autoridad sobre él. Y para que ningún oráculo o mentiroso con disfraz de adivino interprete un sueño diciendo que

pasar de hombre a mujer es malo.

—¿Por qué nos odian, madrina?

—Porque nos temen. Saben que la mujer es más poderosa en su intelecto y más vigorosa en sus deseos. Nunca nos querrán como aliadas. Se saben inferiores a nosotros.

—«Nada es más miserable que una mujer», dice ese Plauto del infierno.

—Plaucia, nada hay más miserable que venir al mundo para servir. Hay muchas formas de servir, de ser un siervo y no ser libre. Una de ellas es escribir como Plauto. Tu libertad, en este mundo que se la niega a las mujeres, es un don que hay que saber conquistar sin hacer ruido. Sin hacer exhibición de ella.

—Seré libre, entonces, siempre y cuando no me vean como una mujer tan independiente como los hombres.

—Eres buena alumna. Muy buena. Por cierto, ¿quién te enseñó a leer y a escribir?

—Mi padre. Quizás temiera por mi futuro y quiso darme posibilidades. Trató de educarme fiel a los viejos principios: austeridad, vida rural y vivir de la agricultura. Lo amo con todas mis fuerzas, pese a que su tiempo creo que pasó…

Gala se quedó pensativa y se acordó de su padre. El mismo que la casó con aquel rico terrateniente hispalense que formó parte del selecto club de asesores de Trajano, con el que multiplicó fortuna e influencias, Casio Iunius… muchos años mayor que Gala. Y, prácticamente, viviendo separados toda su vida. Decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Aún les falta a tu lectura y escritura perder hábitos muy rudimentarios. Pero te sobra perspicacia para saber lo que lees y lo que interpretas. Lo tienes todo: no lo pierdas.

—No lo perderé, madrina.

—Dime los tres principios que nunca debes olvidar —dijo imperativa.

Plaucia no lo dudó

—Los intereses, por encima de los sentimientos; el odio, por encima del amor; el amor, a escondidas y con quien yo elija… No obstante, madrina, creo que falta uno que entiendo también muy importante.

Sorprendida Gala la miró con curiosidad.

—¿Cuál es ese principio que yo he olvidado?

—El matrimonio. Una inversión tan importante como tener una mina de plata.

Gala la besó en la frente y le susurró:

—Ese principio va incluido en el primero: los intereses siempre por

encima de los sentimientos…

Y la premió con una espléndida sonrisa.

Lug en Itálica

Cuando Aulio pudo desembarazarse de sus obligaciones profesionales fue a visitar al Celta que, pese a su libertad, prefirió no abandonar la casa de Iulia Salinator, su antigua dueña; más como un gesto de devoción y lealtad a esta que por otro tipo de cuestión doméstica. Hacía un día desangelado de primavera, como si no hubiera querido avanzar en su explosión de luz y flores: nublado, amenazando lluvia y con viento del norte. El mercader del consorcio de Cara Pescao pensó que era el día más indicado para visitar al médico. Así eran la mayoría de las jornadas en el muro, que tanto lo hastiaban; solo sus incursiones en el bosque de robles lograban tonificar sus bajadas de ánimo. El atriense de la casa de Iulia Salinator lo invitó a pasar y le dijo que esperara en el vestíbulo, que pronto lo atendería el médico. Aulio fijó sus ojos en el desmesurado esplendor de aquella *domus* que se había levantado en la nueva Itálica que Hadriano promovió para las elites que lo apoyaban y para los familiares que seguían a su lado. Una colosal figura del emperador presidía la entrada a la casa para hacer ostensible que, aunque esa *domus* tenía propietarios, el verdadero dueño de todo lo que existía en Roma era el emperador. En la representación aparecía vestido como un Sumo Pontífice pintado en rojo, azul y oro.

—¡Me alegra volver a verte, Aulio! —le dijo el Celta al mercader—. ¡Veo que mi tierra no te trata mal! Tienes muy buen aspecto.

Aulio sonrió y estrechó el antebrazo del médico en un gesto sincero y cordial.

—Al revés, tu tierra me trata magníficamente bien, pero no tanto como la mía a ti. Eres todo un personaje en la región. Parece que la Fama solo toca la trompeta para anunciar tu nombre.

El Celta se rio dejando ver, pese a sus años, una magnífica dentadura. Aulio prosiguió:

—Nada más llegar a Itálica me enteré de lo que habías hecho con Cneo.

El Celta cambió su rostro y se puso serio

—¿A qué te refieres?

—A su resurrección.

Nuevamente se mostró sonriente el médico y le quitó importancia al asunto.

—No fue nada. Hay veces que Lug escucha tus plegarias y la Gran Maga también. Fueron ellos los que le devolvieron la vida, Aulio.

—Sigues igual de humilde. Pero he de ser generoso con quien tanto me dio cuando me regalaste la llave de entrada a Britania —dijo Aulio agarrando con su mano el amuleto en oro de Lug que llevaba al cuello.

—¿Ah, es eso? —le respondió el britano sin entusiasmarse mucho.

—Ni más ni menos. Me ha permitido entrar en el bosque sagrado de robles y acceder a lugares que no osan pisar los caballos de las patrullas romanas.

—Lug es tan poderoso como Mercurio. Ya lo sabes. Te lo expliqué antes de que marcharas al muro.

—Sí lo es. Ciertamente. Y además entiende mis oraciones en latín. En una carta que le envié a Cara Pescao desde Pons Aelius, antes de regresar a Híspalis, le dije que te diera recuerdos y que el bosque sagrado de robles ya entendía latín. ¿Sabes lo que quería decirte, verdad?

El Celta no se inmutó. Quizás por lo encriptado del mensaje. Que solo Aulio debía saber. El mercader se lo aclaró.

—Ese bosque sagrado ya sabe de mis plegarias y de mis esfuerzos por ayudar a los caledonios. Pero esto debe quedar entre nosotros dos.

El Celta no quiso saber nada en absoluto y, esbozando una sonrisa esquiva, volvió al inicio de la conversación.

—Es verdad que Lug es muy poderoso. Te lo dije.

—Es tan poderoso que obra milagros tan grandes como el que tú has hecho en esta casa —le respondió Aulio.

—No sé lo que me quieres decir, comerciante —dijo, poniendo un punto de distancia en la conversación.

—Pues que un joven britano sufrió un accidente en el muro. Se destrozó una pierna. Los romanos se la iban a amputar, pero sus amigos lo llevaron hasta la aldea del bosque de robles sagrados y no puedes imaginarte lo que pasó.

—Tú lo viste. Dímelo —contestó el Celta sin parecer impresionado

—Pues que varias semanas después del accidente llegó por su propio pie a las *cannabae* del muro, sin señal alguna en la pierna afectada, como si nada le hubiera pasado.

—Los druidas… —dijo lacónicamente el médico.

—Exactamente. Los druidas lo trataron. Y hoy está tan sano como Cneo.

—Yo no soy druida, Aulio. Mi esclavitud no me permitió seguir con la exigente formación que tienen los sacerdotes celtas.

—Pero sé que sabes. Que alcanzaste algunos secretos.

—Eso lo comprobaré pronto. La señora me llevará hasta Roma y estudiaré en el Ateneo de Hadriano —le contestó evasivo.

—Me alegro por ti. Todos nos beneficiaremos de tus estudios. Te he traído algo de tu tierra, si me permites…

—¡Oh, eres muy atento. No tenías por qué preocuparte!

El Celta trataba de ocultar su interés por saber qué regalo le traía Aulio.

—¿Te gusta? Es un plantón de roble del bosque sagrado. Para que enraíce en tu jardín. Y también te traigo una esperanza para tu pueblo caledonio.

El Celta acariciaba con mimo las hojas de roble como si extrajera de aquellas lisonjas el aire y el sol de su vieja nación, como si del plantón le llegaran abrazos y parabienes de sus viejos amigos, como si de aquella rama le llegaran todas las bendiciones de una tierra que había dejado de pisar hacía más de treinta años. El Celta lo miró con aquel incendio celeste que tenía en sus ojos:

—¿Qué clase de esperanza es esa, Aulio?

—Un mensaje de libertad. No puedo adelantarte más. Pero tú sí me tendrás que dar algo más que un amuleto para llegar hasta las tierras más peligrosas de tu nación.

—No quiero saber lo que te traes entre manos. Creo que con el amuleto de Lug te basta y sobra…

Alejandría

Un barco hacia Híspalis

Apolofanes fue a despedir a Valentiniano al puerto de Alejandría. El dacio en dos semanas logró organizarle un equipo de seguridad al banquero donde solo faltaría él como pieza cúspide. Algo imposible, según le revelaban los sueños. Sobraba en Alejandría y se le echaba en falta en Híspalis. Durante las últimas semanas se había mostrado inquieto, nervioso, subordinado a unos sueños nocturnos donde, inevitablemente, veía el sarcófago que Scaeva les dedicó a sus padres al regreso de la guerra dácica, oía el eco de los perros de la granja del Zurdo aullando como lobos, los pájaros llorosos como plañideras de los olivos y la voz de su antiguo amo implorándole, como nunca en vida había hecho, que volviera a Híspalis.

—Regresa, Valentiniano, regresa…

—He tratado por todos los medios que te quedaras, Valentiniano. Sabes que me eres muy necesario. Que tu cuerpo de seguridad les daría una protección a nuestros intereses que ahora no tienen.

—La tendrás, banquero. He escogido y entrenado a los mejores hombres que encontré en Alejandría; no me ha importado que fueran egipcios, griegos y judíos, porque el que entraba a servir en esta casa debía olvidar, mientras aquí te sirviera, patria y religión. La única patria a defender es nuestro patrimonio, y la única religión, el dinero. Y eso lo llevan grabado en el corazón.

—Por eso mismo quiero que te quedes conmigo. Eres tú el creador de ese cuerpo y tú eres el único capaz de comandarlo.

—Ten fe en esos hombres. Ten fe. Verás cómo no me echarás de menos.

Apolofanes fijó su vista en el mar. Estaba en calma, con una suave brisa tan solo alterada por las gaviotas que mendigaban los despojos de la limpia del pescado, arrojados al mar en una chirriante algarabía de graznidos. Apolofanes lo intentó una vez más.

—Me cuesta entenderte, Valentiniano. Me has contado que ese hombre es el que mató a tu padre en la guerra de la Dacia. Que fue él quien aceptó tu esclavitud como un regalo de Trajano. Que puso todo su empeño en hacerte un pobre granjero. Que le salvaste la vida un par de veces y que se opuso a que fueras gladiador. Sin embargo, tú escuchas su voz en sueños y acudes a él… como un esclavo. No todos los sueños lo sabemos interpretar bien.

Valentiniano lo miró con tensión.

—Yo si sé interpretar mis sueños. Ellos y mi intuición son los responsables de que aún siga mi cabeza encima de mis hombros.

—Te diré algo. El gran Alejandro, cuando fundó Alejandría, quinientos años atrás, delimitó con harina el recinto que debería tener la ciudad, pero llegaron aves de todas las especies y se la comieron. El quiso ver en aquel suceso un signo nefasto.

Valentiniano lo miraba con mucho escepticismo.

—¿Sabes lo que le dijo el oráculo?

—Ni idea. No conozco ese cuento. Pero yo hubiera hecho lo que hicieron los pájaros.

—No es un cuento, es historia. El oráculo le dijo todo lo contrario: que aquella harina significaba la riqueza que esta ciudad iba a poder generar con sus múltiples actividades económicas y comerciales. Y que los pájaros diferentes que se la comieron eran los distintos pueblos que se asentarían a vivir conjuntamente para engrandecerla.

—Es verdad que hay riqueza. Pero tampoco es mentira que os la quitáis de las manos a fuerza de golpes. Griegos y judíos son como romanos y persas.

Apolofanes hizo una mueca de desaprobación.

—No seas ingrato, Valentiniano. Esta ciudad te lo ha dado todo.

Todo lo que te quitó aquel Scaeva al que ahora acudes porque dices que sueñas con él.

—Puede que sea ingrato contigo, pero no puedo serlo también con Scaeva, que me llama de forma angustiada. Siempre obedezco a lo que sueño. Allá Alejandro con lo que él soñara.

—Te marchas a ver y a servir al que fue tu amo, al hombre que te esclavizó… No me esperaba eso de un carácter tan rebelde como el tuyo.

—Veo que has olvidado todo lo que después hizo por mí y el destino que nuestras vidas marcó para unir ambos caminos. Veo que se te olvidó el dinero que me fue guardando de mis combates en la arena y veo que también olvidaste que la única hermandad que nos unía era la de ser dos guerreros peleando para el bando que nos dejó sin tierra, sin nación y sin historia.

Apolofanes no lo intentó más. Era evidente que Valentiniano se marchaba en aquel barco para Híspalis y que todo lo demás era secundario, incluso sus inversiones con el banquero y los socios.

—¿Qué hago con el dinero que ganaremos con nuestro viaje a Oriente y en el que tú has invertido una parte?

—Si no te parece una carga pesada, adminístralo en mi nombre. Nadie mejor que tú para multiplicarlo.

—¿Incluso en asuntos bancarios?

—Siempre y cuando quien te pida el dinero supere el margen de confianza habitual y figuren sus bienes en el Registro de la Propiedad de Alejandría. Si ese es el caso, adelante, arriesga mis sestercios. Es lo que te he venido escuchando decir en las últimas semanas a tus clientes.

Apolofanes sonrió.

—Eres un zorro. Ve en busca de tu familia —le dijo con un imperceptible tono de reproche.

—Sé que tengo otra en Alejandría. Y que volveré.

—Lo sé, Valentiniano. Y te honra que marches a Híspalis.

Valentiniano saltó al barco y acomodó sus pocas pertenencias donde le indicó un marinero. Luego se despidió de Apolofanes llevando su puño cerrado al corazón. Quizás para hacer la despedida más suave le dijo:

—Volveré, Apolofanes. Volveré a buscar esa exquisita fruta egipcia que baila como las bacantes…

—Seguro que te estará esperando.

Rieron. Y Apolofanes no quiso dejar escapar la oportunidad que se le presentaba para conectarse sólidamente con Gades e Híspalis:

—Si tus asuntos te dejan tiempo, trabajas un poco. Siempre quise

tener una base comercial en Gades o en Híspalis.

—¡¡¡No lo dudes, Apolofanes!!! ¡¡¡Conozco amigos allí que estarían encantados!!!

[18] Caballero.

CAPÍTULO VIII

LA LEY DE LOS HOMBRES DEL MAR

Cerca de las islas del Canal

AL ABORDAJE (1)

—¡¡Remad fuerte, malditos, fuerte, como si hoy fuera el último día que el mar supiera del vigor de vuestros brazos!!

—¡¡Arqueros, preparaos, tensad las cuerdas y apuntad con tino!! ¡¡Ese barco romano ya es nuestro!!

El día era templado, suave, pero una niebla mañanera les servía de embozo a las tres ligeras embarcaciones que, a toda velocidad, se dirigían hacia el barco de Aulio. Cara Pescao había desembarcado dos días antes en Burdegalam, Burdeos, donde quería ojear la posibilidad de comprar plomo y estaño en el retroviaje de su nave. El barco, cargado de aceite, vino, salazones, sandalias y ropa para venderlas al por menor en los bazares donde acudían legionarios y auxiliares, estaba a la altura de las islas del Canal, buscando el empuje del aire para dirigirse hacia Britania. Aulio, tras la ausencia de Cara Pescao, era ahora la máxima autoridad del barco, la típica embarcación rechoncha y oval de los mercantes mediterráneos. Tras la nave de Aulio, agaritados en la espesura de una niebla aliada, bogaban con fuerza y determinación aquellos piratas que volaban sobre las olas. No eran naves mediterráneas, y se acercaban mucho al prototipo celta de aquella latitud: ligeras, hechas de roble, de quillas chatas, proas elevadas y popas acomodadas al ímpetu de las olas y los temporales.

—¡¡Remad, remad fuerte, ya casi lo tenemos a tiro de arco!! ¡¡Silencio!! Que todo el mundo guarde silencio y se concentre en su trabajo. ¡¡¡Hoy Marte nos va a bendecir con un magnífico regalo!!!

El que hablaba, dirigía y mandaba era Lucco, un galo que había sido suboficial de la marina imperial romana. Ahora era el jefe de aquellos hombres del mar, de aquella partida pirata que, como un galgo tras una tortuga, ya rozaba la popa del barco del mercader de Itálica.

—¡¡¡Disparad!!! —gritó con firmeza.

Y de las tres barcas salió hacia la nave mercante una lluvia de flechas que hicieron su trabajo entre la sorprendida tripulación. Cinco

marineros cayeron heridos mortalmente antes de que otro, pudiera dar la voz de alerta.

—Piraaaggggggg!!!

Una de aquellas flechas le atravesó la cara y cuando fueron a auxiliarlo sus compañeros se vieron sorprendidos por los bandidos que, como salmones remontando un río, abordaron la nave con escalas y una pasmosa facilidad.

Lucco dejó que sus hombres bromearan para celebrar un abordaje tan limpio. Y los piratas comenzaron a interpretar una comedia, como si fueran mercaderes interesados en tratar con el barco recién asaltado.

—¿Qué os parece este plomo? —dijo un pirata dirigiéndose a la asustada tripulación con una par de conchas marinas en las manos.

—¿Y este estaño? Es britano y de muy buena calidad —dijo otro mostrando un manojo de algas.

Uno de los marineros quiso hacerles frente con un bichero de cazar atunes en el océano gaditano. Antes de que pudiera manejarlo, un estacazo acabó con su cráneo, machacado y abierto. Fue entonces cuando Lucco se dirigió a la tripulación para decirle:

—El precio de vuestro aceite y vino nos ha parecido demasiado caro. Así que nos quedamos con lo nuestro y con lo vuestro. Hoy tenemos un barco y una magnífica carga que disfrutar.

Los piratas celebraron el ingenio de su comandante, Lucco el galo, que un buen día entendió que era más rentable robar para él que hacerlo para el tesoro imperial. Al fin y al cabo, depredar de forma privada en tu beneficio no era muy distinto a hacerlo desde la marina imperial, cayendo a saco sobre pueblos desprotegidos para subordinarlos a las águilas de Roma. Formó la partida con marineros muy humildes y acuciados por las necesidades básicas para la subsistencia. Desde que se especializaron en abordar barcos todos entendieron que una vida mejor era posible al margen de la ley. Y que la ley de Roma estaba hecha para transgredirla porque jamás sería justa con los despojados. Vivían en unas cuevas escondidas en una de las islas del Canal, pero cuando bogaban hacia la costa gala o britana no recibían el rechazo de la población, que también se beneficiaba de sus imprevisibles negocios. Buena parte de aquel flete de aceite, vino y textiles que le habían levantado al factor de Cara Pescao delante de sus mismas narices, repercutiría positivamente sobre las débiles economías de los pueblos costeros continentales e insulares. No eran enemigos de nadie, más bien todo lo contrario. Hasta el punto de que más bandido se consideraba a un recaudador de impuestos que a un pirata. Siempre tenían una puerta a la que llamar si la situación se

hacia comprometida. Lucco lo expresaba a su forma:

—Cuando me ven, nunca me ven; cuando me encuentran, nunca me encuentran; cuando me atrapan, nunca me atrapan.

No obstante, eso tampoco era óbice para que cuando uno de aquellos piratas caía en manos de la justicia romana, fuera la gente del pueblo la primera en no perderse su ajusticiamiento. Normalmente, un trabajo del que se hacían cargo las fieras del anfiteatro o las cruces infamantes donde morían los bandidos. El galo miró a Aulio y le dijo:

—Tú y tus hombres vendréis a nuestra isla. Allí pediremos un rescate a tu patrón, si es que le interesa algo tu vida. El resto es libre de elegir entre convertirse en esclavos o jurar nuestro estatuto de pertenencia a la banda. Aquí también tenemos reglas, y mucho más justas que las que imperan en el mundo del que procedéis.

—Un rey raramente habla mal de su reino —dijo Aulio con escepticismo.

El galo le respondió con rapidez

—De nuestro reino habla muy bien el número de hombres que continuamente se nos unen. Hazme caso: fuera de la ley, se vive; con la ley machacándote la cabeza se agoniza lentamente…

Al abordaje (y 2)

En una cala protegida de los aires más insubordinados, y lejos de las rutas habituales de los navíos que unían ambas orillas del Canal, tenía Lucco su reino, en una cueva donde convivían mujeres, hombres y niños. Todos los que estaban allí tenían la misma calidad de decisión, sin que el rango o la jerarquía fueran motivo de desigualdad entre ellos. Habían jurado y acatado un estatuto que recogía sus derechos y obligaciones. Cuando un barco caía en sus manos, la carga se dividía, por igual, para que todos recibieran lo mismo. Estaban obligados por un juramento a salvar a un camarada en apuros y entre ellos tenían un saludo secreto, ritualizado, que usaban para reconocerse fuera de sus ámbitos habituales. El capitán de la partida era elegido por los miembros de la banda. Era raro el día en el que Lucco no resumía a los piratas las leyes de su reino en mitad del mar:

—Un buen pirata es justo en el reparto del botín, ningún jefe puede quedarse con más que lo que le corresponde como jefe; hay que custodiar con firmeza el fondo común, y tenemos que poner mucha inteligencia en la gente que reclutamos y en tratar bien a nuestras mujeres…

Eso fue lo primero que dijo Lucco cuando desembarcó en aquella

isla perdida como si fuera una oración de agradecimiento a Marte, mientras presidía la cuerda de presos recién pescada en el abordaje del barco bético. Todos estaban hartos de escucharlas, pero así nadie tenía excusa si infringía cualquiera de aquellas normas que eran fundamentales para el buen gobierno de una sociedad tan atípica. Aulio fue conducido, con las manos atadas a su espalda, a una especie de celda que había en la cueva. Algunas mujeres se mofaron de él.

—Esa túnica no te servirá de mucho aquí, así que estoy dispuesta a cambiártela por una ración generosa de comida.

—Me gusta ese colgante dorado. ¿Es de oro hispano? Ummmm.

—Muy flaco te veo para ser un comerciante adinerado. Seguro que en el barco solo llevabas piojos y liendres.

Aulio entró en aquella celda húmeda y oscura, apenas iluminada por una lucerna de grasa de foca. Decimus, el hombre de confianza de Lucco, un romano que perteneció a una rica familia a la que el Estado despojó de sus bienes por un desencuentro fatal con la hacienda pública y encontró en la piratería un medio de vida sostenible y una forma implacable de venganza, le llevó un papiro, un tintero y un cálamo. Tenía que redactar su propio rescate, que Decimus entregaría a Cara Pescao en el muro, en Pons Aelius. Antes de escribir, Aulio preguntó, presuntamente preocupado, por la tripulación:

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—Nada malo, hispano.

—¿Como el marinero al que le abristeis la cabeza en el barco o los que cayeron muertos por vuestras flechas?

—La suerte es caprichosa...

—¿Me puedes decir qué ha sido de ellos? ¿Qué muerte les habéis dado?

—¿Muerte? Escucha esos gritos. Escucha esas canciones. Escucha cómo brindan y beben con el vino que traía tu barco. Todos han jurado el estatuto de nuestra comunidad: ya son piratas. Ya son hombres libres. Tú, en cambio, no. Eres una simple mercancía a la que le vamos a sacar dinero. No eres más que un ánfora llena de aceite, hispano.

Aulio intentó no mostrar mucha emoción. Se inclinó sobre una mesa muy rústica y comenzó a escribir su carta de rescate a Cara Pescao:

«Querido patrón:

Dos días después de su desembarco en Burdegalam, con viento favorable y tiempo calmo, alcanzamos la línea de las islas del Canal, donde, por desgracia, caímos en manos de unos

piratas amparados en la bruma. He perdido el barco que me confiaste y ahora estoy secuestrado en una cueva perdida en mitad del mar. Si tiene a bien valorar lo que he hecho por usted, cuidando siempre sus intereses, uno de ellos que responde al nombre de Decimus irá a buscarle a la desembocadura del Tyne, con la próxima luna nueva, llevando mi colgante de oro del dios Lug como prueba de mi secuestro. También llevará esta carta y un precio por mi rescate: diez mil sestercios. Si, por el contrario, lo asaltan la indignación y la cólera al conocer esta noticia, puede libremente indicarle que no pagará rescate alguno y que hagan con mi vida lo que estos bandidos estimen oportuno.

Que Mercurio lo proteja, que la Fortuna me abrace.

Yo, Aulio, su mercader en Britania».

Aulio le entregó el papiro a Decimus y le dijo con un rictus de reproche:

—Este debe ser uno de los mejores negocios que hayáis hecho nunca.

—Quién sabe. Lo mismo salimos ganando todos…

Aulio tomó la respuesta con un punto de inquietud y desconfianza. ¿Qué quería decir aquel romano al que, pese a su nuevo oficio, se le adivinaban las buenas maneras de un ciudadano educado a la romana? Uno de los nuevos piratas, integrantes hasta ese día de la tripulación del barco de Aulio, había estado presenciando la escena. Le habían ordenado llevarle un poco de comida al mercader. Le entregó un cuenco con una sopa de pescado y un trozo de pan negro. El mercader lo miró de arriba abajo y le dijo:

—Qué pronto mudamos de lealtad, marinero.

—En lo que llevo aquí he comido y bebido más que todo el tiempo que llevábamos de viaje. No es una cuestión de lealtad, mercader, es una cuestión de saber dónde estás y quiénes son los tuyos…

Sueños de amor

Cara Pescao tenía sueños recurrentes. En sus noches siempre aparecía un halcón para advertirle que las malas lenguas chismeaban de él. Eso significaba soñar con un halcón. La misma interpretación se le daba a que zumbaran los oídos. En Roma, en sus provincias igualmente, nadie de cierto rango social y económico estaba libre de ser crucificado con

los clavos de las palabras de otros. Por eso el rico liberto no le daba jamás importancia a la pesada reiteración de tan cargante pesadilla. Pero desde que estaba en Burdegalam otro sueño lo asaltaba dándole la gratificación espiritual que necesitaba: tras salir de las termas se veía cómo era ungido con aceites; un sueño que era bueno solo para las mujeres, nunca para los hombres. Pero si algo claro, además de su amor al dinero, tenía Cara Pescao en la vida era que él no era en absoluto un macho, sino una hembra equivocada de formas y apariencias. Una mujer despiadadamente adinerada que, en cambio, jamás consiguió que la naturaleza le diera el cuerpo de una ninfa. Soñar que lo ungían con aceites como a las mujeres lo hacía aún más feliz que el viaje que había hecho en el barco desde que salió de Híspalis, ahora tan lejana.

Durante el largo viaje marítimo hasta Burdegalam, costeando la fachada atlántica occidental ibérica y gala, un marinero joven, de pelo negro y rizado, de perfecta anatomía, le había devuelto las ganas de vivir. Esas ganas que le quitaron la muerte de Scaeva y la pestilencia que azotaba el sudoeste de la Bética. El muchacho era natural de Tingis, Tánger, al otro lado del Estrecho, diestro en ganarse la vida bien en la salazón de pescados, en arreglar artes de pesca o enrolándose en cabotajes mercantiles como el que llevaba Cara Pescao hasta el muro de Hadriano. Aquel ángel moreno no era un sueño, era pura realidad, y el muchacho se había mostrado siempre muy solícito con las peticiones del patrón. Despierto en la cama de aquella confortable y limpia casa de Burdegalam donde se había alojado, se reía de sus descaradas insinuaciones. Como aquella tarde, antes de atracar el barco en Olissipo, la actual Lisboa, en la que le dijo al chico:

—¿No te abre el apetito el mar?

El tingitano lo miró sin saber muy bien lo que decirle al patrón. Si le decía que no estaba satisfecho, lo insultaba, dando a entender que alimentaba mal a la tripulación. Si le respondía afirmativamente, igual le rebajaban la ración de comida que el duro trabajo de a bordo le demandaba casi continuamente. Cara Pescao detectó su dubitativo silencio y fue a por la presa como un león cae sobre la gacela.

—El oleaje me excita tanto la gula que yo ahora me comería a un marinero. Al que tuviera más cerca…

El rico mercader se partía a carcajadas que amohinaron al joven y contagiaron al resto de la tripulación. Hasta Aulio, siempre tan reservado y poco expresivo, derrochó una sonrisa para entrar en Lisboa con muy buen humor. Imborrables recuerdos… Como el que hizo realidad en la bodega del barco, entre ánforas de vinos, aceites y ropas para los legionarios. Sobre uno de aquellos fardos, Cara Pescao

se sintió femeninamente colmada ante el furioso oleaje de aquel amor marinero que era un vendaval de popa. Solo la ambición desmedida por multiplicar su fortuna lo hizo abandonar el barco en Burdeos. Pero antes de desembarcar le abrió un horizonte de gratas expectativas al Hércules de Tánger, citándose con él en un par de semanas en el muro de Hadriano. Cara Pescao deseaba partir cuanto antes de Burdeos. Lo que tenía que saber sobre el estaño y el plomo ya lo había resuelto, y necesitaba cuanto antes buscar aquella medicina tan sabrosa y eficaz que los médicos nunca recetaban, pese a ser infalible para casi todo: el amor. En la cama, despierto, pensaba:

—La máxima rentabilidad de este viaje no va a estar en los negocios del muro. Está en volver a sentirme tan joven como hace veinte años… El dinero está en Oriente. El amor lo tengo a mi lado.

Para honrar el amor de su joven marinero, Cara Pescao le llevaba un bonito regalo: una cadena y una figurilla de Eros, de estaño bañada en oro. Con la autoestima por encima del Faro de Alejandría, el mercader era capaz de mover él solo el renovado Panteón de Agripa que Hadriano estaba terminando de reconstruir en Roma. Lamentablemente, desconocía que unos piratas habían asaltado su barco y que había algunas víctimas mortales, caídas en el abordaje…

Solo palabras

Entre Lucco y su lugarteniente, Decimus, existía mar de fondo. Imperceptible para todos, incluso para Lucco. Pero no para el exadinerado y exciudadano de Roma, que sufría en silencio los abusos de poder del galo. El romano había comprobado que su mujer le era desleal con el capitán de los piratas y, además, pese a lo reiterativo que era Lucco recordando los principios de la igualitaria sociedad que formaban, le había descubierto su falta de equidad a la hora de repartir el botín. Lucco se llevaba más de lo que le correspondía como jefe. Y eso y sentirse un cornudo no eran cosas que pudieran sobrellevarse con cierta dignidad. Al menos, Decimus no podía con tan abusiva carga. No obstante, como hábil, inteligente e intrigante que era, nunca le demostró aversión ni el mínimo resentimiento al capitán galo. Frío como el mármol pero de memoria implacable, sabía esperar sus oportunidades para ser temible en la venganza. Romano, al fin…

—Lucco, la carta del mercader ya está escrita. Y pronto habrá luna nueva. Estimo que en menos de dos semanas. Deberíamos partir.

Lucco lo miró pensativo.

—Antes tenemos que hacer un trabajo que nos queda pendiente.

—Lo sé —dijo el romano.

—Sin ese trabajo hecho, no tiene sentido salir de esta isla.

—¿Doy la orden de que preparen la nave del mercader, capitán?

—Ya no es la nave del mercader. Es la nuestra. Y forma parte del acuerdo que tenemos con Aulio.

—Era una forma de hablar, Lucco.

—Pues entonces habla con propiedad. Eres un hombre de estudios.

Decimus lo miró con un desprecio absoluto que disfrazó con una amable sonrisa.

—Llevas razón, capitán.

—Mañana salimos hacia la costa aquitana. Cargamos la nueva mercancía y nos dirigimos al norte del muro, a alguna playa cercana y escondida de Dyn Eidyn, donde se nos espera con ansiedad. Según lo acordado, Aulio viene con nosotros.

—Yo me bajaré en la desembocadura del Tyne. Allí me espera el patrón de Aulio para pagar su rescate

—Seguro que lo consigues, Decimus. Los romanos sabéis explotar muy bien las posibilidades de Britania…

—No menos que los galos con simpatías por los caledonios. En este negocio ganamos todos, y todos tendremos lo que queremos.

Lucco miró a Decimus reconociendo la realidad de sus palabras. Solo le puso una pega.

—No todos saldremos ganando, Decimus. Hay quien perderá mucho. Todo quizás. Pero eso suele pasar con los negocios. Unos ganan y otros pierden, ¿no es así?

—Suele ser así. Sobre todo, estimado capitán, si la otra parte con la que se negocia no es de los tuyos. Los judíos no practican la usura entre ellos, pero sí cuando prestan dinero a personas ajenas a su religión. ¿Sabías eso, Lucco?

Por un momento el capitán de los piratas pensó en el doble valor de las palabras del romano. ¿Era un reproche sobre la manera tan ventajista que tenía de repartir el botín? ¿Le estaba diciendo que ni los judíos se trataban entre ellos por el dinero de la forma tan desleal con la que él actuaba con sus compañeros? Luego desechó la ocurrencia. Decimus era tan fiable que ni siquiera se había enterado que se acostaba con su mujer. Le respondió:

—Lo sabía. Por eso nunca hice trato alguno con los judíos.

—Sería conveniente marcar un poco el rostro de Aulio. Un rehén sin ninguna marca de violencia puede levantar sospechas entre los nuestros. Y el éxito de esa operación está en que nadie debe saber que el abordaje del mercante estaba pactado.

Lucco lo miró con cierta maldad y le dijo:

—Déjaselo a las mujeres. Que ellas lo señalen. Tu pareja es especialista en dejar arañazos de pantera… tú lo sabes mejor que nadie.

Aquella maliciosa insinuación del galo le sentó al romano como a sus ancestros ver a Haníbal ante las puertas de Roma.

En el muro

Aunque Cara Pescao llevaba dos días en el muro esperando noticias de la llegada de su barco, no demostraba ningún signo de alarma o preocupación, quizás por la variada y viril vista de un paisaje lleno de soldados corpulentos y de britanos de piel lechosa y ojos claros. Un retraso de dos días en la llegada prevista no era para tomarlo en consideración, y mucho menos para que la inquietud se instalara en un corazón que, ahora, tenía entregado a la pasión y al amor. La espera de su Hércules tingitano se hacía más llevadera con la alegría que para sus ojos y otros sentidos tenía aquella abigarrada muchedumbre de hombres activos y atractivos. Cara Pescao, pese a ser un hombre de mundo, veía el muro como un espectáculo permanente, como en Roma, donde los ciudadanos podían sorprenderse con los tigres, los elefantes y los rinocerontes que los embajadores de las tierras al oriente del Indo enviaban al emperador Hadriano para honrarlo y, a su vez, prestigiar sus reinos de origen con regalos tan exóticos. Cara Pescao se deleitaba con aquel mosaico vivo desde una de las torres del muro, acompañado por el oficial Pontius.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Pontius.

—Tanto o más que una perla del Índico.

—Dos semanas más aquí y todo te parecerá tan rutinario y pesado como una mujer con la que compartes toda tu vida.

Cara Pescao intentaba frenar su natural femenino engordando su voz y reprimiendo el vuelo de sus manos regordetas, nuevamente enjoyadas en exceso. Estaba seguro de que un oficial legionario no se arrimaría mucho a un liberto maricón, por muy rico y considerado que estuviera en los ámbitos mercantiles. Decidió darle la razón a Pontius.

—Puede que lleves razón, oficial. Quizás me deslumbre la actividad de los hombres y una naturaleza tan verde y húmeda. Estoy seguro que en menos de dos semanas estaré deseando cambiar de aires.

—A Aulio le encanta ese bosque que se alza más allá de las *cannabae.*

—¿Aulio se adentra en ese bosque que debe de estar infectado de

caledonios? —dijo asombrado Cara Pescao.

—Al menos un par de veces a la semana.

—Está loco.

—Eso mismo pensamos nosotros. Juega con su vida y con los intereses que representa. Pero dice que cabalgar por ese bosque le conforta el espíritu y le da fuerzas para seguir su trabajo en un lugar tan desesperante como este.

—Hablaré con él cuando desembarque. No deja de admirarme su valor. Yo sería incapaz de salir solo y meterme en ese bosque donde nada bueno puede pasarte.

Pontius observó que Cara Pescao dejaba reposar sus enjoyadas manos sobre una barriga prominente. Con sarcasmo, le dijo al mercader:

—Últimamente vas poco por la palestra, mercader…

Cara Pescao le contestó como se merecía aquella irrespetuosa indiscreción:

—Pero la costeo, oficial. Con el pago de mis impuestos costeo no solo las palestras y las termas y los juegos con los que Roma se distrae: también traigo hasta este retirado lugar del mundo lo que necesitan las valientes legiones de Roma.

—Llevas razón, mercader. Tienes mi permiso para seguir engordando…

Cara Pescao no se esperaba la salida de Pontius y rompió a reír. El oficial le siguió y su risa pregonaba un atisbo de cordialidad en su relación con aquel semidesconocido mercader. Esta vez el oficial fue muy cortés:

—¿Te apetece comer conmigo y con Tiberio Claudio? Nos honrarías con tu presencia y podríamos intercambiar noticias de Roma y del emperador.

—Yo sí que me sentiría honrado comiendo con dos oficiales de la Legión VI Victrix, la que trajo a mi paisano Hadriano hasta estas tierras. Seguro que será una velada inolvidable… Os espero en mi posada.

Un dulce inesperado

—Esas son mis noticias, amigos. Las relaciones entre Vibia Sabina y el emperador no son las mejores. En Roma se comenta que la emperatriz ha dejado de acompañarlo en sus largos y fatigosos viajes, más por la discordia que hay entre ambos que por los trabajos de trayectos tan largos —dijo Cara Pescao, que se había presentado a la cena muy

descargado de joyas, sin perfume de ningún tipo y con la voz más gorda y ronca que sabía sacar de su laringe.

A la comida se unió, por invitación de Pontius, Agapetos, el médico griego que atendía el hospital del muro. Un tipo cultivado, racional y muy ameno en las reuniones sociales. Comían en la mejor posada del área del Pons Aelius, «El ganso del norte», donde se había alojado el rico mercader hispalense. Al comentario de éste le respondió Pontius:

—Esas mismas noticias son las que manejamos aquí. La emperatriz y el emperador son corrientes opuestas.

—Pero esas rencillas matrimoniales las asume Roma sin dolores de estómago. No son las primeras. Al fin y al cabo, son problemas de matrimonio —dijo Tiberio Claudio.

—Siempre y cuando sean solo problemas matrimoniales —respondió Agapetos con cierto aire de misterio que nadie osó proseguir. De hecho, una mirada de alerta en la que se dibujaba el mensaje «No sigas por ahí» le dedicó Tiberio Claudio al médico. Cara Pescao también fue consciente de la velada intención del comentario del griego, algo que en su vida habría hecho Crátero, su hombre de plena confianza e igualmente aqueo. Pero no estaba en Híspalis ni en Itálica. Estaba en el muro de Hadriano, comiendo con tres oficiales de la legión VI Victrix y en una velada agradable donde se intercambiaban chismes, rumores y opiniones, todas muy medidas, sobre el presente de Roma. Cara Pescao llevó la charla a su terreno.

—Los productores de aceite de la Bética han tomado con mucha prevención las medidas del emperador sobre la intermediación comercial.

—¿Qué quieres decir?

—Que el control fiscal sobre el aceite es muy severo. Ya no queda en el asa de un ánfora sitio siquiera para poder dibujar una aceituna.

—Es razonable que sea así. Un Estado como el nuestro necesita ingresos de sus clases productivas —dijo Pontius.

—Sin duda. Eso me parece justo. Tampoco sería injusto que otras clases potentes que no arriesgan sus vidas en el Ejército ni ponen en peligro su fortuna en el mar, fueran igualmente justas con Roma —precisó Cara Pescao.

Intervino Agapetos:

—En los últimos juegos de Eleusis, en Grecia, Hadriano atendió las quejas de la población por el encarecimiento del pescado que los intermediarios provocaban. Esa decisión de acabar con la intermediación me pareció de lo más justa, mercader.

—Tengo conocimiento de esa decisión del gabinete de gobierno del emperador. Y me parece muy acertada. Pero ¿sabéis una cosa?

Los tres oficiales se quedaron mirando al mercader, que se cebaba con un buen trozo de jabalí preparado con especias y pimientas de la India. Sus miradas eran seis signos de interrogación.

—Un aristócrata bético, contemporáneo de Nerón y asesor de aquel visionario, estoico por más señas, alababa en público la austeridad, pero en voz baja defendía un nivel de renta que no alejara demasiado a los ciudadanos de su pobreza. Se llamaba Séneca…

—¿Y qué quieres decirnos con eso, mercader? —preguntó Pontius.

—Que hoy en Roma, pese a los denodados esfuerzos del emperador por abaratar la vida, es imposible vivir. Vosotros sabéis que una renta de veinte mil sestercios en Roma te condena a la estrechez. En provincias, en cambio, te proporciona una vida desahogada.

—Vivir en Roma es caro. No puede salir gratis una capital envidiada por todos y que despierta la curiosidad de los países más lejanos de Oriente —comentó Tiberio Claudio.

Agapetos abundó en el mismo argumento.

—Hasta los países de la seda envían a Roma emisarios para rendir honores al emperador y abrir nuevos mercados. Roma es universal.

—Mis últimas noticias apuntan a que la especulación inmobiliaria no tiene parangón con la aceitera. Los propietarios arriendan sus edificios a otros clientes por cinco años, que les garantizan una renta envidiable. A su vez, estos primeros arrendatarios hacen lo mismo y se los subalquilan a otros. La cadena es tan larga que al final una habitación te cuesta treinta mil sestercios anuales. Y si vives en una planta quinta, te pasará lo que al poeta Marcial, hispano como yo, que tenía que bajar al patio para subir agua a su habitación tras extraerla del pozo —dijo Cara Pescao.

Los oficiales se miraron y entendieron que aquel pequeño y regordete mercader no solo manejaba muy buena información sobre Roma y sus circunstancias. También era hábil sin ser estridente, listo sin pecar de pedante, terrenal sin necesidad de enfangar sus argumentos con palabras gruesas. Hablaba claro, pero sin ofender. Tras una breve pausa de Cara Pescao, que aprovechó para acabar con su ración de jabalí y apurar un trago de vino, lanzó otra pregunta al aire.

—¿Sabéis, amigos, la razón de por qué proliferan las catacumbas en la capital del mundo?

—Seguro que tienes una buena explicación, mercader —dijo Pontius.

—Porque no queda suelo. Ni para los vivos ni para los muertos. Que los dioses iluminen a nuestro emperador y sepa dar con una solución a este estado de cosas.

Cara Pescao levantó su copa de vino y brindó con los tres oficiales. Agapetos le propuso que hablara de Itálica, la patria pequeña de Hadriano.

—La ha cambiado por completo, amigo, como ha hecho con otras capitales importantes de Hispania. Yo vivo precisamente en una *domus* en la zona nueva que Hadriano ganó para la ciudad, muy cerca de las nuevas termas. Allí verás la gratitud de los ciudadanos, que le han levantado estatuas, altares y grabado lápidas en agradecimiento. Pero como médico que eres también te interesaría saber algo.

—Por supuesto, habla.

—En casa de Iulia Salinator, familiar del emperador, se registró un suceso que ha llegado hasta Roma.

—¿Alguna traición? —preguntó alertado Pontius.

—En absoluto. Fue un hecho milagroso tan solo reservado a algunos dioses. El hijo de la aristócrata Iulia Salinator cayó gravemente enfermo y estuvo un par de noches muerto, pero volvió a la vida

Agapetos empezó a mirar al mercader con cierto rictus de escepticismo. Él mismo le aseguró:

—Nadie vuelve de la muerte, excepto algunos dioses y algunos antiguos héroes mitológicos.

—Pues el pequeño Cneo ni es un héroe mitológico ni un dios del panteón romano: es un chico que aún lleva la *toga praetexta* y su *bulla* infantil al cuello. Y regresó de la muerte.

Agapetos comenzó a recordar la pierna del britano que se accidentó en el muro y que, al cabo de unas semanas, regresó a las *cannabae* con su pierna intacta, por el cuidado de los druidas, como si no se la hubiera destrozado aquel bloque de piedra. Pontius y Tiberio Claudio se miraron con cierta complicidad y un tizne de sorna señaló su rostro, muy tímidamente.

—No me vendrás a decir, estimado mercader, que en Itálica tenéis a un celta que es druida y salvó al muchacho…

—Por Júpiter, ¿cómo lo sabes? ¿Hasta Britania ha llegado tan milagroso suceso?

Pontius y Tiberio Claudio rompieron a reír. Y Agapetos, en un gesto de cómica desaprobación, arrojó su servilleta sobre la mesa. El oficial médico respondió:

—Aquí también los druidas hacen milagros…

Cara Pescao no entendió nada hasta que entre el médico y los otros dos oficiales le explicaron la historia del britano.

—Me gustaría visitar a algún druida —dijo el mercader.

—Para eso tienes que meterte en el bosque que frecuenta tu amigo

Aulio. El bosque de robles sagrado. Y creo que jamás regresarías —le dijo Tiberio Claudio.

—Mejor me quedó con el único medio druida que conozco y que tengo cerca de mi casa en Itálica —dijo Cara Pescao acompañando su frase con una sonrisa.

Pontius llamó a la sirvienta que los había atendido y le dijo algo al oído. Cara Pescao se adelantó y, teatralmente, muy al modo hispalense, dejó claro que aquella cena estaba pagada, que corría por su cuenta, que era para él un alto honor haber compartido una velada tan interesante con tres oficiales de la legión VI Victrix. Los oficiales rieron y le dieron las gracias. Pontius puso una condición:

—Aceptaremos tu invitación si nos deja que nosotros te invitemos al postre.

—¡¡Encantado, me encantan los dulces!! —dijo Cara Pescao.

No mucho tiempo después entraron en el reservado de la posada tres maravillosos ejemplares de hembras britanas, altas como una escalera, rubias como el trigo y de caderas tan anchas que sobre ellas se podría levantar un imperio de pasiones desbordadas.

—¡¡Este es el postre, mercader, y estás invitado por el Ejército de Roma!! ¡¡Saborea lo más dulce de Britania!!

El emisario

Era un muchacho britano. Despierto y ágil para moverse en esos laberintos intrincados, vinculados al comercio y a los negocios, donde circula el dinero y se lleva, se trae, se hace y se dice lo que te manden para poder sobrevivir. No era un recadero, tampoco un buscón. Pero entre ambas orillas de la actividad fluía el caudal del río donde pescaba para ganarle un día tras otro a la supervivencia. Llevaba en su mano la carta de Aulio donde se le pedía diez mil sestercios a Cara Pescao para rescatarlo. El chico era ajeno a la delictiva operación. Lo habían llamado, al pertenecer al círculo de confianza de los piratas, para llevar la carta y no saber nada más. Solo le dieron una indicación: la carta se entregaba en mano, nunca, jamás a terceras personas. El emisario llegó a la posada donde se alojaba Cara Pescao, «El ganso del norte».

—Vengo a entregar esto al mercader hispano conocido por Cara Pescao, el patrón de un tal Aulio

—Él no está. Salió esta mañana para el río a la espera de un barco. Deja la carta aquí y nosotros se la daremos.

—Imposible. Debo entregarla en mano. Solo en mano.

—Tienes dos alternativas: o lo esperas aquí o vas al río y lo buscas.

El emisario se sentó sobre un banco de piedra adosado a la pared externa de la posada. Esperó allí un par de horas. Luego se levantó y se fue hacia el río empujado por su propio presentimiento.

—Estoy perdiendo el tiempo sentado. Me voy a buscar a ese tipo al río.

En el río había una inusitada actividad. El buen tiempo había permitido la llegada de barcos con suministros y el muelle estaba alfombrado de ánforas, tinajas, fardos y herramientas para trabajar en el campo y en el muro. El chico empezó a preguntar por un mercader hispano.

—¿Lo conoce?

—No tengo ni idea. Ve hacia ese grupo de personas, los que están al lado de las ánforas de vino, creo que hay entre ellos un hispano.

—¿Alguno de vosotros es hispano?

—Yo. ¿Quién eres tú?

—¿Te llamas Cara Pescao?

—Así se llamará tu puta madre, britano cabrón.

El tipo le lanzó una patada al muchacho que logró esquivar. Era obvio que aquel mercader hispano no era Cara Pescao y que además le insultaba que le preguntaran si ese era su nombre. ¿Por qué? ¿Qué tenía de malo Cara Pescao? Entre los suyos los había que se apodaban cara de foca, cara de jabalí, cara de caballo… Aquellos hispanos tenían fama de tener mal carácter, pero nunca se había topado con uno que además lo demostraba sin timidez. El emisario continuó su búsqueda y en un pequeño promontorio de la orilla del río vio a un mercader bajito, regordete, que miraba con cierta ansiedad la desembocadura.

—¿Es usted hispano?

—Bético por más señas. ¡¡¡Por todos los dioses tanto se nota de dónde somos!!!

—A algunos más que a otros —dijo el emisario con retranca—. Busco a un mercader hispano que espera su barco y se llama Cara Pescao.

—Ese soy yo. ¿Qué quieres?

—Entregarle en mano esta carta.

—¿Algo más, muchacho?

—Nada más. Adiós.

Cara Pescao miró cuando se volvía y le adivinó una espalda bonita y un culo duro como el bronce de los que a él le gustaban. Sonriendo lo llamó y, haciendo sonar en su mano una bolsa de dinero, le dijo:

—Chico, si te aburres, ya sabes dónde puedes encontrarme…

El emisario apretó el paso y mascculló entre dientes:

—¡¡Hispanos…!! El que no te quiere patear el culo te lo quiere romper. ¡¡Ojalá se los trague el mar!!

Luna nueva (1)

En algún lugar de la desembocadura del Tyne, ganada para la oscuridad por una luna nueva vacía, apagada y sin vida, Decimus esperaba a Cara Pescao sentado al borde de una fogata. Para camuflar su presencia se había hecho pasar por pescador de ribera, con una barca que no era ni de pino ni de abeto, sino de piel cosida, con esqueleto de mimbre, muy marinera, parecida a las que vio Iulius César en el véneto galo cuando conquistó para Roma con el fin de dominar la ruta atlántica desde Gades a Britania, la costa occidental francesa. Esas embarcaciones eran muy comunes en Britania y aquella noche, en la desembocadura del Tyne, aprovechando el reflujo de la marea y el nacimiento de la luna, se había poblado de ellas. Era la hora de los pescadores. Tanto de río como de tierra… El fuego era la luz hacia la que se encaminaba Cara Pescao, acompañado de dos matones que había conseguido pagar en las *cannabae* del muro de Pons Aelius. Iba desolado. Había echado cuentas y los piratas se habían embolsado la carga del barco, el barco, a su factor por el que pedían la disparatada cifra de diez mil sestercios y… su Hércules tingitano. ¿Cómo estaría el chico? ¿Le habría pasado algo? Nuevamente, la ansiedad lo dominaba, y besaba y besaba el oro del Mercurio que lo acompañaba siempre. A pocos pies de la fogata Cara Pescao se detuvo, dominó su ansiedad y, sobreponiéndose a tanto descalabro, preguntó:

—¿Tú eres el pescador que conoce a mi amigo Aulio?

—¿Tú eres el mercader hispano que llaman Cara Pescao?

—Creo que ambos somos los que somos y ambos buscamos lo que buscamos —dijo Cara Pescao sin más vueltas.

Decimus le entregó a Cara Pescao el amuleto de Aulio, aquel dios céltico en oro que llevaba al cuello y que llamaban Lug. Era la prueba física de que lo tenían secuestrado. El romano tomó inmediatamente las riendas de la negociación y lo invitó a que los hombres que lo acompañaban se quedaran esperándolo en el fuego. Ellos se iban a montar en la barca para poder hablar tranquilamente.

—Vamos —dijo Cara Pescao—. Cuanto antes terminemos este espantoso asunto mejor será para todos.

—Sea como dices, mercader.

Se acomodaron en la barca no sin que el mercader hispalense se llevara un susto al balancearse el bote con su peso y estar a punto de caer al río. Pensó: «Es lo que me falta. Por todos los dioses, qué mal de ojo me han echado las envidias y los envidiosos».

—Ten cuidado, mercader, estas barcas britanas son muy marineras pero tú pareces más un pescado de tierra que de río —le comentó Decimus con cierto humor para quitarle tensión al momento.

Cara Pescao se sentó y le dijo:

—Ahórrate tus chistes. Hoy no me haría gracia ni ver cómo el mar se traga a estas islas.

—Empecemos entonces. ¿Estás dispuesto a pagar el rescate de Aulio?

—Me parece excesivo. Ya lleváis la ganancia de un barco, la mercancía, los hombres de la tripulación y encima me pedís diez mil sestercios por mi representante.

—No es mal mercader tu representante. Tú sabrás qué cuentas sacas. Yo vengo por el dinero o por nada, eso está en tus manos, en lo que tú valores a ese hombre.

—¿Se han registrado bajas entre la tripulación? —preguntó con el ánimo encogido Cara Pescao.

—Sí.

—¿Muchos?

—Cinco o seis. No recuerdo. Todo fue muy rápido.

—¿Puedes recordar si en la tripulación iba un chico joven, moreno, de pelo rizado?

—Creo que sí.

—¿Vive?

—No lo sé. Pero si te parece correcto, antes de informarte de esos pequeños detalles debemos solucionar el aspecto fundamental de este asunto. Se llama Aulio.

—No voy a pagar diez mil sestercios por Aulio. Ya te he dicho antes que el margen de beneficios de este acuerdo es demasiado favorable para una parte y nada ventajoso para mí. Si esas son las condiciones, puedes marcharte. Y yo haré lo mismo en el primer barco que salga para Hispania.

Decimus creyó ver un flanco débil en aquella actitud tan sólida y determinada de Cara Pescao. Iba a jugar a los dados. Y los soplaría como hacen los legionarios para que le saliera el número de Venus: el más alto.

—Haces bien. Yo tampoco creo que Aulio valga ese dinero. Y es posible que lo valga ese otro hombre por el que te has interesado antes.

Cara Pescao vio en los ojos de Decimus el brillo aleonado de las fieras que cazan en el desierto más por su inteligencia que por su fuerza.

—Tampoco pagaría por él diez mil sestercios —le dijo Cara Pescao dejando abierta la puerta de la negociación.

—¿Quizás cinco mil e información sobre tu barco?

Cara Pescao reflexionó. Guardó un breve silencio. Luego se pronunció:

—Quizás.

—Sea. Trato hecho. Me das cinco mil sestercios por lo que te diga de ese marinero y del destino de tu barco. ¿Te gusta el trato?

—Empieza a gustarme.

—¿Ese marinero es amigo tuyo?

—Es un querido familiar. El hijo de mi hermana.

—Tengo que decirte que fue el único que le hizo frente al ataque de los piratas.

—¿Y?

—Y le costó la vida. Le abrieron la cabeza sin contemplaciones.

Cara Pescao miró el cielo oscuro donde apenas se podía adivinar el brillo de las estrellas con las que soñaba en el sur de Hispania. Su más nueva esperanza de volver a sentirse joven y su medicina más potente contra sus ataques de ansiedad se las había llevado la Parca en mitad del mar de los britanos. Metió una de sus manos en el agua y, atacado por la melancolía, musitó:

—Era mi más leal servidor. Dio su vida por defender lo que no era suyo. Tenía un corazón de héroe. Mi Hércules tingitano…

Decimus no lo entendió muy bien. Conocía la fama mundial del templo en Gades del Hércules gaditano. Pero no había escuchado nada del Hércules tingitano. Bueno, tampoco le interesaba mucho aquel asunto.

—¿Quieres saber algo más de tu barco? —le preguntó Decimus.

El mercader movió su cabeza sin decir nada. Su corazón le deseó al joven tingitano que Neptuno lo acogiera con benevolencia y lo montara en unos de sus caballos blancos para cabalgar por los mares. Y que con su tridente enfureciera los mares y sepultara para siempre la isla de aquellos piratas que le habían matado la ilusión de su vida. Tan solo rompían el silencio el croar de las ranas y los gritos de los pescadores que, de barca a barca, en mitad del río, se felicitaban o bromeaban con el resultado de sus pesquerías. Suspiró profundamente Cara Pescao para decir:

—¿Por qué escogisteis mi barco? ¿Qué información teníais de su carga?

—La mejor. La que nos brindó tu hombre de máxima confianza, el propio Aulio…

Luna nueva (y 2)

Cara Pescao se movió de tal forma en la barca que casi la vuelca. Nunca esperaba esa respuesta. Nunca creyó que uno de sus hombres donde tenía depositada toda su confianza lo fuera a vender de aquella forma. Nunca le pasó por la cabeza, ni en sus peores sueños, que uno de los que hablaban a sus espaldas lo hiciera con los piratas para quitarle su barco, su negocio y su amor tingitano. Se habían cumplido sus pesadillas. Una mezcla de rabia, asco, traición, dolor, venganza y destrucción lo dominó por completo, hasta el punto que su racionalidad, por un momento, se vio tan oscurecida como aquella maldita noche en el Tyne. Sintió mil veces mil las veintitrés puñaladas que recibió Cesar en la curia de Pompeyo y hasta el destino le negó la toga con la que taparse el rostro para morir con dignidad, como lo hizo el gran Iulius. Allí, en Britania, el liberto de Híspalis pescó una de las decepciones más grandes que un mercader pueda llevarse: la de ser objeto de traición por parte de uno de sus hombres de confianza. Cara Pescao también tenía su Bruto particular…

—¿Por qué razón me vendió, romano?

—Por dinero.

—Ganaba lo suficiente. Mucho.

—Quería más.

—Entiendo que ahora se repartirá el botín del barco y el barco con tus amigos.

—Entiendes mal.

—Te escucho entonces.

—Su dinero no está ni en el barco ni en las mercancías del botín. Su dinero está en las armas que en este momento van camino de una playa cercana a Dyn Eidyn. Si te sirve de consuelo, te diré que nuestras mujeres le dieron una fuerte paliza para que la comedia fuera perfecta y nadie sospechara de que Aulio y nuestro capitán habían acordado este negocio. Salvo Lucco y yo, ninguno de nuestros hombres sabe que Aulio es el principal socio en este negocio de armas. Creen que es un rehén por el que se cobrará un suculento rescate. Nosotros les conseguimos las armas y él nos paga con el barco y las mercancías.

—Dirás que las pago yo y él se beneficia por completo.

—Es un punto de vista muy realista —dijo Decimus.

—¿Para quiénes son esas armas?
—Para los caledonios. Cuando las tengan atacarán al muro.
—¿Armas romanas?
—Muy romanas: las mismas que usan los legionarios. Adquiridas en el mercado negro de Aquitania.
Cara Pescao no necesitó esta vez que la barca se moviera. Se despojó de la ropa y se metió en el río. El agua estaba fría, muy fría, pero ni así le bajaba el calor infernal que abrasaba su cuerpo. Un barco de su propiedad, vinculado al consorcio donde figuraba como socia Fabia Hadrianilla, familiar del emperador, iba camino de Dyn Eidyn con un cargamento de armas para el enemigo. Cara Pescao no se sentía el cuello. Ya se lo había rebanado la justicia. O peor aún: iban a cebar a los leones del anfiteatro de Itálica con sus rollizos muslos y sus tiernos brazos de lechón. Su vida no valía un as. El hombre más rico de la Bética, el nuevo Sexto Mario del sur de Hispania, correría la misma suerte que aquel multimillonario minero de Mons Marianus, al que Tiberio le confiscó sus minas y lo mandó ejecutar en la roca Tarpeya. Decimus lo ayudó a salir del agua y le aconsejó ir hasta la hoguera. Una vez seco y reconfortado, le dijo al pirata:
—Esas armas no pueden llegar hasta los caledonios.
—No te preocupes de eso.
—¿Qué no me preocupe, dices? —gritó desesperado—. Si no me preocupo de lo que va en mi barco en estos momentos hacia Dyn Eidyn, qué es lo que me debe preocupar? Dime, romano.
—Que seas capaz de entender que yo soy la llave que puede cerrar la puerta de tus angustias.
—¿La llave de mis angustias? Son grandísimas y pesadas.
—Yo las manejaré con maña.
—Te diré una cosa: Aulio debe morir. Las armas no deben llegar jamás a Dyn Eidyn. Y, a partir de ahí, lo que hagas con el barco, el botín y la tripulación me importa una mierda. ¿Estás es condiciones de manejar esas llaves de mi angustia?
Sin mostrar un ápice de nerviosismo, Decimus le contestó:
—Sobradamente.
Callaron. Los pescadores se habían marchado y en unas pocas horas empezaría a amanecer. No era aconsejable seguir allí. Antes de despedirse Cara Pescao le preguntó a Decimus:
—¿Y tú por qué te pones de mi parte? ¿Qué te he dado yo para que me regales tu esperanza?
—Lo hago por dinero y por venganza. Digamos que en mi vida también hay un Aulio que me ha traicionado…

Tiberio Claudio, Pontius y Agapetos acompañaban a Cara Pescao hasta el embarcadero. El mercader regresaba a Hispania. Triste. Cariacontecido. Nuevamente atrapado por los demonios de la angustia y el miedo, miraba las aguas tranquilas del Tyne y recordaba en voz baja aquella frase de Lucrecio, el poeta:

—«El placer es el bien primero. Es la ausencia del dolor en el cuerpo y de la inquietud en el alma»

Pero Cara Pescao estaba molido a palos por dentro y por fuera. Tiberio Claudio quiso consolarlo.

—Puedes perder un barco, un cargamento, un capital. Todo eso puede reponerse. Lo peor es perder a un joven sobrino como el que venía contigo haciendo su primer viaje. Ese chico tingitano…

—Lo peor, Tiberio Claudio, es eso, verdaderamente. Pero aún no sé de dónde voy a sacar fuerzas para comunicárselo a mi hermana. A ambos se nos fue la ilusión de nuestras vidas.

El mercader hispalense les dio a los oficiales una versión irreal de los hechos. Habló de una posible tormenta o de una corriente, no bien controlada por el piloto, que había llevado al barco a su destrucción o pérdida sin dejar rastro alguno. Los barcos y marineros que habían realizado la misma ruta no habían encontrado ningún rastro de naufragio ni víctimas a la deriva. Parecía que Neptuno se lo había tragado en un arrebato de rabia.

—Te echaremos de menos, mercader —le dijo Pontius.

—Y yo me quedaré con las ganas de hablar más contigo sobre esa resurrección del hijo de Iulia Salinator en Itálica —añadió el médico.

Pontius quiso bromear para quitarle hierro a la despedida.

—Aunque, realmente, mercader, lo que de verdad echaremos de menos serán las ricas salazones que nos traes desde Gades y los postres como los que hace unas noches pudimos saborear en «El Ganso del norte».

Las bromas calmaron la angustia de la despedida y Cara Pescao creyó conveniente sacar su rostro más amable.

—Jamás olvidaré aquella noche, amigos. Fue tan, tan, tan…

Lo ayudó Agapetos:

—Redonda…

—Esa es la palabra, Agapetos. Nunca en mi vida me sentí tan redondo como aquella noche. Tendré que ir más por la palestra —comentó con ironía y guiñándole un ojo a Pontius. Las bromas dieron paso a las risas. Y Cara Pescao quiso despedirse con una promesa:

—Nunca os faltarán salazones de Gades. Yo mismo me encargaré de

enviarlas a vuestros nombres, en señal de agradecimiento por vuestro trato preferencial; y quién sabe, lo mismo hasta soy yo el que viene personalmente a entregarlas. No se me va de la boca el sabor de ese dulce britano que tanto disfrutamos aquella noche...

—Sería para nosotros un motivo de fiesta, mercader. Eres un hombre muy bien informado y una velada contigo nunca es una velada tediosa —le comentó Tiberio Claudio mientras estrechaban sus antebrazos para rubricar la despedida.

—Eres un hombre fuerte —dijo Agapetos—. Has pasado de la tristeza infinita a la esperanza de seguir en la lucha.

Cara Pescao estaba entusiasmado. Le habían puesto la despedida en ese punto donde él solía sentirse más cómodo, más teatral, el mejor intérprete de su propio drama. Cruzó sus manos libres de joyas y, mirando a los tres oficiales, les dijo:

—Una persona fuerte sabe que no es dueño de su vida y tiene la capacidad de no dejarse arrastrar al caos por los reveses de la existencia. Una persona fuerte, amigo, aun con el corazón en la mano sangrándole de dolor, se las apaña para despedirse de los amigos con una sonrisa.

—Nos alegra que estés bien, por eso vinimos a despedirte. Salve amigo. Que los dioses te acompañen.

—Salve, que Mercurio multiplique vuestros esfuerzos.

Cara Pescao saltó al barco dando un brinco cómico. Pontius le devolvió el guiño:

—No abuses de tus ejercicios en la palestra…

Rieron. Y el barco comenzó a navegar, río abajo, para buscar las aguas del mar britano en dirección a la costa gala. Millas más arriba de la frontera del muro, buscando un lugar apartado y escondido en las playas de Dyn Eidyn, el barco pirateado por Lucco oteaba el lugar convenido para desembarcar todo un cargamento de armas romanas para los caledonios. Cara Pescao no dejaba de pensar en su complicada situación. Apretó su amuleto del dios Mercurio entre las manos y, casi trastornado por los reveses de un viaje tan calamitoso, dijo:

—Mi cabeza y la de mis socios están todas en manos de un pirata. He puesto a un zorro a vigilar el gallinero…

Tantas emociones y disgustos revolvieron el estómago de Cara Pescao, aquel que había puesto a punto su Hércules tingitano, su caballito gaditano, como también lo llamaba, comparándolo con los barcos de Gades que llevaban la cabeza de un caballo como mascarón de proa. Buscó el lugar menos visible de la borda del barco y se sentó con sus blancas y regordetas posaderas al aire. Varios truenos

intestinales anunciaron una tormenta perfecta. Enrabietado dijo:

—¡¡¡Comeos mi mierda, malditos piratas!!!

Un personaje insignificante

Decimus vio cómo Cara Pescao se alejaba en la nave hacia Hispania y, en su fuero interno, le deseó buena suerte en la travesía; al fin y al cabo eran socios, o algo parecido. El romano estaba sentado sobre un montón de redes que cosía un tipo insignificante, un pescador tocado con un amplio sombrero y los ojos cansados por el trabajo. Era habilidoso con el punzón de hueso de morsa que empleaba para arreglar los desgarros de las artes de pesca.

—Salgo ya para el norte, pescador.

—Que tengas buen viaje y hagas buen negocio, Decimus.

—Seguro que lo hacemos. ¿Mi parte está segura?

—Tu parte está segura. No tienes que preocuparte.

Ambos callaron, levantaron la vista hacia el mar y vieron brillar las crestas de las olas como cristales de vasos persas. Decimus comenzó a caminar en dirección a un embarcadero donde lo esperaban. Unos pasos más adelante escuchó la voz del pescador:

—Recuerda, Decimus, que en los negocios hay que tomar siempre la delantera y sorprender a tus competidores. Que la Fortuna te acompañe.

Decimus se volvió y le dijo:

—La Fortuna está con nosotros, pescador. Le he dedicado la mejor resina de Arabia que tenían los mercaderes. Por falta de incienso no nos dará la espalda. Te veré pronto.

—Yo a ti también. En esta misma playa. Cuídate del tiempo, pronto cambiará.

Decimus marchó hacia su objetivo pensando en Cara Pescao. Le había caído bien aquel mercader que en nada se le parecía a su representante en Britania, aquel Aulio tan desleal y traidor. Su mente lo llevó vagando hasta el puerto de Híspalis, que el romano se imaginó bañado por el sol y asediado por las gaviotas.

Puerto de Híspalis

¡¡¡Ha vuelto, ha vuelto!!!

Híspalis no era Roma, ni tampoco Alejandría. Pero la entrada en su

puerto siempre tuvo esa alegre visión de una ciudad que, aun teniendo unas dimensiones mesuradas, irradiaba la intensidad de su comercio y el trasiego de hombres y mujeres de provincias distantes del Imperio. Hacía calor, casi como el primer día en el que Valentiniano desembarcó en la ciudad, diez años atrás, como botín de guerra del soldado auxiliar Scaeva.

—Puto calor —dijo el dacio mientras buscaba estar cerca del muelle para saltar y desembarcar.

El puerto parecía el mismo. No había nada nuevo pero sí recientes restauraciones sobre los almacenes donde se guardaban las mercancías. En lo alto del cabezo donde se situaba Híspalis, seguía refulgiendo, como un faro de luz blanca, el templo de Isis.

«Mierda de ciudad. Nunca me gustó. Nunca me acostumbré ni a su calor ni a la mierda de su gente», se decía, impaciente, Valentiniano. Algo lo estaba sacando de sus casillas. Estaba nervioso y no sabía por qué razón. Quizás volver a Híspalis no había sido una buena idea. Esa puta ciudad le removía, en el estanque de su memoria, aguas estancadas y putrefactas de un pasado que hacía tiempo había dejado atrás. Tal vez fuera eso lo que lo tenía nervioso e impaciente; tanto que, aun estando el barco a pocos pies de encajar su costado derecho en el muelle, dio un salto con su macuto en el hombro y desembarcó sin más. Los marineros y la gente que lo vieron lo miraron como se mira a un loco. Y Valentiniano miró a los hispalenses que lo miraban torcido como si fueran los más estúpidos del imperio. Salió por pies del puerto para llegar al foro de las corporaciones y allí preguntar lo que quería saber.

—¿Dónde puedo encontrar a Scaeva?

—En la salida del sur.

—¿Vive aún cerca de la villa de Quinto?

—Tú no eres de Hispalis, no tienes pinta de serlo…

—No, no soy de Hispalis. No tengo pinta de tonto…

Valentiniano siguió su camino buscando la puerta sur de la ciudad. Antes de cruzarla le preguntó a otro hispalense.

—¿Dónde puedo encontrar a Scaeva?

—Hacia el sur.

—¿Hacia la villa de Quinto?

—No. Mucho antes. Sal al camino y lo verás.

Valentiniano no entendía nada. Salió por el camino del sur y comenzó a caminar, bajo un sol poderoso, hacia donde le indicaron. Por el camino se cruzaba con hispalenses que cuchicheaban a su paso.

—Mira, es él.

—Se parece. Pero no puede ser Valentiniano.

—Fíjate bien. Ha pasado tiempo, pero es nuestro gladiador.

—Llevamos diez años sin que ningún gladiador hispalense nos deleite como nos deleitaba aquel joven dacio.

—Yo creo que no es él.

—Es él. Estoy completamente seguro. Me juego tres denarios a que es Valentiniano. ¿Alguien apuesta contra mí?

Los amigos entendieron que lo mejor era preguntarle.

—¿Tú eres Valentiniano, el gladiador más grande que tuvo Híspalis?

—¿Dónde puedo encontrar a Scaeva?

—Ahí lo tienes. ¿Has venido a rendirle homenaje?

—No lo veo. ¿Dónde está Scaeva? —volvió a preguntar Valentiniano.

—En ese mausoleo...

Valentiniano avanzó hacia la tumba de su antiguo amo y leyó el epitafio: «Este monumento fúnebre lo levantó una amante esposa a su querido marido. Hubiera querido morir en los brazos de su esposo. Adiós Scaeva. Tu hijo Scaeva Minor y Asinus, tu más fiel mujer. Que te sea la tierra leve». Una mujer se le acercó; estaba colocando flores sobre el mausoleo. Le preguntó:

—¿Valentiniano?

Y el dacio le contestó con otra pregunta:

—¿Asinus?

Tras ellos los hispalenses, como si Júpiter capitolino hubiera bajado del Olimpo a la capital del Betis, gritaban enfervorizados:

—¡¡¡Ha vuelto Valentiniano, ha vuelto Valentiniano!!!

CAPÍTULO IX

EL DIARIO DE LA EMPERATRIZ (1 y 2)

Tívoli, Roma

UN PALACIO PARA DIRIGIR EL MUNDO

Los médicos le habían aconsejado al emperador que, después de comer, realizara el llamado «paseo postmeridiano», consistente en caminar dos millas diarias, por el interior de la fabulosa villa que se había regalado en Tibur (Tívoli) a casi diecinueve millas de Roma. Tenía reglado el itinerario para realizar estos ejercicios, pues Hadriano, puntual con las órdenes que le dictaba su poderosa voluntad, no había jornada que no le dedicara a su físico el esfuerzo oportuno, quizás para hacer bueno aquello de «mente sana en cuerpo sano». Solía arrancar su paseo de la zona deportiva de la Villa Tívoli, donde disponía de un gimnasio, el Pecile, dotado de una piscina de trescientos treinta y seis pies de largo abrazada por un pórtico, lugar que recorría siete veces, hasta completar las dos millas aconsejadas por sus doctores. La pasión del emperador por los deportes venía de antiguo. Siendo muy joven, con apenas quince años, abandonó Roma para visitar la patria chica de Itálica. Estaba a punto de ingresar en el ejército, pero antes de hacerlo, quizás como un ejercicio preparatorio, se unió a una escuela para futuros militares: una institución donde solo accedían los niños de papás y los vástagos más ricos de las elites locales. En aquella escuela para futuros mandos del Ejército recibió una exigente educación premilitar donde no faltaban los ejercicios más duros de las disciplinas deportivas, entre ellas la caza a caballo, una pasión que lo dominaría de por vida y que no todos comprendieron.

Villa Tívoli no era solo un complejo deportivo de alma helenizante: era la plasmación del imperio idealizado por Hadriano, construida lo suficientemente cerca de Roma pero, a la vez, prudentemente retirada de la capital imperial. El poder trata al pueblo de lejos y gusta de aislarse y rodearse de atributos mágicos y palaciegos para deslumbrar y fascinar a sus súbditos. En ese juego de distancias reales y mentales se fundamenta buena parte de su capacidad de fascinación sobre los que ejercerá, con justicia o a fuerza de caprichos, el rito del mando.

En Villa Tibur el emperador jamás iba a correr la suerte que el pobre Claudio vivió en persona en el palacio imperial, donde un pueblo levantisco y airado por la falta de suministros lo llegó a humillar, tirándole piedras y mendrugos de pan duro antes de poder acceder a su residencia. Algo indecente e impensable para la dignidad de un príncipe que dice dominar las cuatro esquinas del mundo conocido.

Hadriano cogió en peso toda la arquitectura política, administrativa y judicial de Roma y la depositó en la villa, convirtiéndola en su corte y en el mayor centro de poder del mundo occidental. En su exorno derrochó gusto, estilo, talento y osadía. Todos los acentos arquitectónicos que vio en su largo caminar por el mundo tuvieron en Villa Tívoli su mejor réplica: desde Atenas a Babilonia. Jardines como los de Persia; teatros y bibliotecas como los de Alejandría; academias como las de Atenas. Templos, estadios, lagos, observatorios astronómicos, termas, complejos residenciales para invitados prestigiosos…La mejor estatuaria griega adornó elegantemente los interiores y los jardines de la nueva corte imperial. Casi setenta *yugadas* para acomodar una nueva forma de entender el gobierno. Era el rey de reyes, el *basileus* oriental. Allí convivían y trabajaban su gabinete ministerial, sus cuadros administrativos, sus asesores jurídicos y sus colaboradores políticos más cercanos. Era la sala de mando y operaciones que movía un imperio en transformación.

Tanta magnificencia, en cambio, no pudo ocultar las malas relaciones personales entre la emperatriz Vibia Sabina y Hadriano. Quizás para suavizarlas de cara al exterior, algunos aduladores interpretaron con suma benevolencia el hecho de que todo el complejo palaciego arrancara de la villa que los Vibios Sabinos tenían en la colina desde tiempos republicanos. Mantenían en los mentideros de palacio que Hadriano había tenido ese gesto de magnanimidad por puras razones de respeto y sentimiento familiar hacia la casa de los antepasados de su mujer; la emperatriz tenía otra versión mucho más ácida. En aquella casa Vibia Sabina había sido feliz durante su corta infancia y ahora se convertía en el lugar donde la emperatriz más infeliz del mundo se refugiaba lejos del emperador, viviendo en silencio y amargura su endiablado matrimonio con un hombre que le había entregado su corazón a un esclavo bitinio, Antínoo. Cuando Vibia Sabina veía al emperador hacer sus prácticas deportivas por el circuito del Pecile imploraba a los dioses que aquel corazón tan duro pudiera estallar por los aires para que Roma y ella vivieran dignamente, sin sentirse humillada por un ser que se creía absoluto.

Tívoli

«Quiero contarme mi vida. O quizá, para ser más exacta, quiero tratar de entenderla. Comprenderla. Intentar al menos reconstruirla como se reconstruye un mosaico del que han saltado las teselas imprescindibles para reconocer el dibujo. Porque mi vida, como el incendio que acabó con el Panteón de Agripa, también sucumbió al desastre de un pavoroso infierno, vivido y sufrido en el amargor de la soledad; a veces bien llevada por la prudencia, otras veces aconsejada por la rebeldía y la obstinación, armas estas que en Roma no le son reconocidas a las mujeres. El destruido Panteón de Agripa lo ha levantado y reconstruido mi esposo, el emperador Hadriano, trocando la devastación en un hermoso y potente templo a todos los dioses. Mi infierno también es obra suya, que me ha labrado en esta espectacular y costosa Villa de Tívoli el templo a mí desgracia. En el de Agripa están todos los dioses; en el mío están todos los demonios. Esos demonios que han convertido mi vida en un eco sobrellevado de dolor y de soledad. De rencor y de abatimiento. De desprecio y de cólera. Siempre tengo presente aquellas palabras de Lucrecio cuando nos advirtió que «el miedo a los dioses y a la muerte son las causas de la infelicidad de los hombres». Nadie sabe mejor que yo lo que significa odiar a una persona que es emperador. Es como si odiaras a un dios. Y eso me ha quitado el miedo a casi todo.

¿Cómo pude convertirme en la emperatriz menos dichosa del mundo? ¿Por qué el destino me marcó aquel día nefasto en el que dejé la casa de Trajano, a cuya generosidad nos acogimos tras la muerte de mi padre, Lucio Vibio Sabino, mi madre, Matidia la Mayor, sobrina del emperador, mi abuela, Ulpia Marciana, hermana del César, y mi hermana Matidia Minor para desposarme con Hadriano, mi primo lejano? Creo que los dioses juegan con nuestros vicios para llevarnos al abismo. Mi vicio fue rendirme a la fuerza seductora de las palabras amables de las mujeres que rodeaban a Hadriano, desde la emperatriz Pompeya Plotina hasta mi propia madre, Matidia la Mayor, que nos quisieron ver casados y sentados en los tronos imperiales de Roma. Yo tenía tan solo doce años cuando me casé con el futuro emperador de Roma. Él, unos veintiséis. Nunca pude imaginar que aquel hombre, que basó su carrera hacia el trono imperial en las argucias de las mujeres, estuviera más cerca de ellas en sus gustos y comportamientos que de una hermosa muchacha como yo. Antes de que descubriera que yo era una alondra encerrada en una jaula de oro, tuve que soportar y sobrellevar en la intimidad las rudas formas de aquel cazador de leones que acabó convirtiéndome en una pantera. En una fiera que

rugía y arañaba cada vez que olía su perfumada estela cerca de mí. De mis primeras noches de boda guardo desgraciados recuerdos que, por tenerlos tan frescos en mi corazón, voy a obviar escribirlos. Sería desleal con el fin que persigue este diario. Entender mi vida. Lo que pasó aquellas noches fue tan grosero y cobarde que nunca supuso para mí un hecho inexplicable. Se entendía sin explicaciones. Lo inexplicable fue que de forma tan temprana empezara mi matrimonio a ser una fuente permanente de conflictos. Y no porque yo los provocara».

Tívoli

EL DIARIO DE LA EMPERATRIZ (2)

«Ni las murallas más inexpugnables con las que un reino quiera defenderse de sus enemigos son suficientes para detener el implacable avance de dos o tres aristócratas romanas con ambición de poder y de perpetuar su alta condición palatina. Esta es una conclusión incontrovertible tras analizar la historia más reciente de Roma. Desde Augusto a mi caso. Tres o cuatro nobles patricias conspirando y muñiendo estrategias para controlar el poder son armas letales difíciles de neutralizar. Con todo el tiempo del mundo para maquinar situaciones, bien informadas por su posición de privilegio cortesano y con la accesibilidad suficiente a los centros de poder, entiendo ahora que, por ejemplo, la mujer de Augusto, la divina Livia, tuviera en su sucesión un peso tan determinante. No hay nada más convincente que un susurro envenenado en el oído del emperador o una sedosa, pero pertinaz, insistencia para convertir un deseo ajeno al príncipe en una idea propia del emperador y, después, en un objetivo de Estado. Eso fue lo que pasó en la casa de mi amado abuelo Marco Ulpio Trajano con mi tía Pompeya Plotina y su sobrina Matidia la Mayor, mi madre, y Ulpia Marciana, mi abuela y hermana de Trajano, que entendieron, con más ambición personal que acierto, que mi casamiento con Hadriano era lo mejor para Roma… aunque haya sido letal para mí.

Para desposarse los príncipes o los aspirantes a príncipes nunca necesitan del amor. Hay sentimientos escasamente fiables para que una unión sea práctica, fructífera y duradera. Pocas veces he creído en el amor. Quizás saboreé la frambuesa de sus labios en un par de ocasiones. Todas ajenas a mi esposo. Pero he llegado a la conclusión de que el mejor sitio para el amor en un matrimonio está sobre el bello estucado de la pared de una *domus*, dibujado por la mano experta de un artesano y rodeado de fuentes, ninfas ardientes y

bosques bucólicos. No es aconsejable que salga de ahí. De esa pared. Y que empiece a revolotear y a enredar en las alcobas, pasillos y jardines de palacio. Tres patricias romanas en alianza con el amor pueden marchar seguras, como el paso de Marte Gradivus, a cualquier guerra y saberse ganadoras por una aplastante derrota sobre el enemigo. El amor es indispensable para que los poetas escriban sus epigramas y para que el teatro nos hable sobre las tragedias en las que es protagonista principal. Pero es un calamitoso compañero de viaje en el proceloso océano de los intereses políticos y dinásticos.

Al comenzar este diario que no aspira a ser leído por más ojos que los míos, tan acostumbrados a ver lo que una emperatriz jamás debería haber visto, trataba de empezar a explicarme que yo nunca provoqué esos desencuentros absolutos con mi esposo. Jamás. Siempre fui leal a los dos principios básicos que recoge en Roma la pietas matrimonial: el respeto y la colaboración. Lo respeté como emperador y como esposo. Me pidió que viajara con él y lo hice como primera dama de aquella corte viajera que puso sus pies en las principales provincias de Occidente y de Oriente. Fui la primera esposa de un emperador que acompañó al príncipe como primera dama, como emperatriz, de hecho, compartiendo con Hadriano un rango institucional que hasta entonces ninguna otra mujer había desempeñado. Y me convertí, en base a ese principio de la colaboración, en un instrumento más de su forma de gobernar. Una pareja perfecta dentro de palacio y fuera de él, destinada a gobernar el nuevo mundo hadrianeo. Pero ya por entonces nuestras relaciones eran abiertamente frágiles y, en cierta forma, irrecuperables. Como si un jarrón de cerámica traído del país de los Seres (China) hubiera estallado en mil pedazos por la imprudencia del esclavo que le quitaba el polvo. El rey de reyes necesitaba a su lado una emperatriz que lo acompañara y apoyara en sus deprimentes baños de multitudes. Yo cumplía con la parte del acuerdo como un deber que me exigía Roma. Él nunca cumplió la parte que le correspondía. Yo siempre estuve a su lado. Pese a que a su lado, en la cama real y en los inesperados colchones que siempre se ofrecían en viajes tan largos, retozara con un esclavo bitinio sin importarle que toda la corte lo supiera.

¿Acaso la insolencia e irritabilidad de la que me acusaba el emperador estaban alimentadas por los celos? Te juro, Vibia Sabina, que ese hombre, pese a su gran formación cultural y a su pasión por los poetas y los creadores helenísticos, no sabe distinguir una vaca de una barra de pan. Si él cree que los celos son responsables de la mujer pesada, irritante, insoportable, en la que asegura me he convertido y que gusta de propagar entre los suyos para justificar su desvergonzado

adulterio, o es un consumado mentiroso o un idiota que supera al pobre Claudio. No se pueden tener celos del que nada te importa, ni como hombre, tan dudoso, ni como emperador. Lo único imperdonable en su ególatra y mentirosa actitud es que ni me respetó ni colaboró para salvar nuestro matrimonio y sacarlo de la apestosa boca de los cocheros, de los esclavos, de los aristócratas y de las sabandijas de palacio que te informaban de mi conducta diciéndote lo que tú querías oír de mí. Porque, me repito mil veces, la infidelidad del príncipe a la *pietas* matrimonial, convirtió a un corderito de doce años en un grifo bestial, ajeno a la concordia. Del escándalo donde me situó la deslealtad del Príncipe no me rescató ni el honor de hacerme Augusta…

Nunca fui una esclava. Ni nací para serlo de un emperador capaz de gimotear por un esclavo. Vuelvo al gran Lucrecio para darle la razón cuando escribió que «si existen los dioses, estos no intervienen en los asuntos de los mortales». Yo también lo creo. Porque, de no ser así, hubieran encontrado motivos firmes y suficientes para ocuparse de otra de sus grandes infidelidades más escandalosas: el número de amigos béticos que lo ayudaron en su aspiración al trono imperial y que, después, cuando ya no los necesitó, ordenó eliminar, como ofrendas propicias a su larga vida imperial. Entre los amigos béticos que fueron pagados por la deslealtad del príncipe había algunos muy queridos por los Vibios Sabinos. Nada ni nadie me quita de la cabeza que, al margen los imperativos de las nuevas políticas agrícolas y aceiteras en zonas hasta entonces secundarias, aquellos leales hombres pagaron con la vida su anterior cercanía a Trajano. El hombre que nunca te quiso ni como emperador ni como mi esposo. Y que, como he escrito más arriba, no sucumbió a los partos, pero sí a las mujeres que lo rodeaban y se empeñaron en que yo fuera emperatriz de Roma casándome con el hombre que ellas habían escogido para suceder al gran emperador. Que los dioses nos libren de las aristócratas romanas que gobiernan nuestros destinos desde las sombras de palacio…».

CAPÍTULO X

UN ENGAÑO MORTAL

Playas de Dyn Eidyn

EL DESEMBARCO (1)

—Allí los veo —dijo Decimus.

—¿Estás seguro? Hasta que no lo confirmemos plenamente no mandaré las barcazas para hacer el trasnbordo.

—Alabo tu prudencia, Cedric. Los romanos pueden estar advertidos por sus servicios secretos, no hay razón para correr peligros innecesarios. Esperemos.

Cedric, como su propio nombre indicaba en celta, era el jefe, el líder en la batalla. Era un tipo alto, fornido, atlético, barbirrojo y pecoso, no solía oler bien y ejercía sobre la tribu de los Votadini un liderazgo absoluto. Se lo había ganado en la batalla contra otras tribus caledonias enemigas y contra las patrullas romanas que se internaban en el bosque y a las que hostigaban con precisión y eficacia. En su cabaña de piedras y techo de paja, a modo de trofeo, exhibía varios cascos de legionarios y un par de gladios y una lanza. Se había tomado la tarea del desembarco de las armas como una acción de guerra, nunca se sabía por dónde podían salir los piratas o los romanos. Si ellos tenían información de muchos barcos que atravesaban el Canal en dirección a Britania, ¿por qué razón los romanos no habrían de saber que un desembarco de armas de contrabando se iba a realizar en aquella playa de Dyn Eidyn? ¿Acaso los *frumentarii*, el servicio de espionaje de Roma, eran sordos y ciegos? Tenían orejas en los caminos, en las tascas, en las tiendas, en los barcos y en los campos de trigo. Y ojos en los teatros, termas, anfiteatros y calles de cualquier ciudad. Si esa ciudad estaba cercana a la frontera, esas orejas y esos ojos estaban siempre alertas.

Cedric se había tintado su cuerpo de pintura azul. También lo hicieron los otros caledonios que lo acompañaban. Un claro signo de que, para ellos, el desembarco de aquellas armas romanas era un acto de guerra. O podría serlo. Cedric tenía una obsesión que quería hacer realidad ese mismo verano, antes de que el tiempo otoñal multiplicara las complicaciones de las incursiones caledonias en el muro. Soñaba

con hacerse con el casco de un centurión para ponerle el broche de oro a su colección de trofeos romanos. Y quería conseguirlo en pleno combate.

Junto a Decimus esperaba, resguardado por la abrupta costa del norte de Britania, la llegada del barco donde los piratas dirigidos por Lucco llevaban las armas romanas adquiridas en el mercado negro de Aquitania. Unas armas que los Votadini iban a pagar a muy buen precio. Decimus había quedado con sus compinches en encontrarse en aquella retirada playa de Dyn Eidyn. Aprovechando la buena mar y la extremada rapidez de las barcazas celtas, fabricadas con mimbres, roble y pieles cosidas, le había sacado casi dos días de ventajas al pesado mercante gaditano, esa especie de cachalote de piedra que avanzaba, lento pero seguro, hacia la playa a la espera de que los caledonios de Cedric empezaran a dejarse ver.

—Creo que si das la orden de ir a por las armas no te equivocas. Estoy seguro de que son ellos, Cedric.

—Quiero ver que Lucco hace lo acordado.

—¿A qué te refieres, amigo?

—Tú deberías saberlo.

—Imagino que te refieres a la bandera tintada con glasto, el azul de vuestra identidad guerrera —respondió Decimus.

—A eso me refiero. Hasta que no vea esa bandera tremolar en el barco, no saldrá ni una barcaza de esta playa. No hay motivos para que los romanos, si son romanos los que van en ese barco y nos quieren tender una emboscada, nos masacren y conozcan este enclave, hasta hoy desconocido para ellos.

—Nuevamente te alabo la prudencia, Cedric. Con un jefe como tú los Votadini pueden ir seguro a la guerra y vivir placenteramente en tiempos de paz.

Cedric escupió en el suelo y dibujó en su rostro una mueca de preocupación. Mejor dicho, un atisbo de desconfianza. Para un guerrero como él la susceptibilidad era su mejor armadura.

—A veces pienso que los piratas no sois mejores que los romanos…

El desembarco (y 2)

Lucco no acababa de decidirse. Pese a conocer bien aquellas costas clandestinas, al margen del control del imperio, el capitán de los bandidos no se decidía a sacar la bandera azul y hacer las señales convenidas. Esperaba ver un referente en el acantilado que hasta entonces no aparecía antes sus ojos. El momento de sacar la bandera y

desembarcar las armas era precisamente ese, el referente del acantilado, una roca a la que los aires oceánicos y el batir de las tormentas habían cincelado hasta hacerla parecer el rostro de una mujer. Aulio lo apremiaba:

—Lucco, no podemos demorarnos más. Hagamos cuanto antes ese desembarco y regresemos.

Irónicamente, Lucco le respondió:

—¿No te gustaría pasar una temporadita de descanso en el poblado de Cedric? Sus mujeres huelen a boñiga; sus casas, a guisos que los cerdos despreciarían. Y sus jergones tienen las mayores pulgas del mundo. Te convendría, Aulio, una temporada con los Votadini; al fin y al cabo te lo podrás permitir. Vas a tener dinero para eso y para mucho más…

Aulio miró a Lucco con suma desconfianza. El mercader de Itálica no acababa de sentirse seguro en aquella compleja trama de intereses encontrados y donde la traición era una moneda tan frecuente como un as en manos de un mendigo. La carga de culpabilidad era patente en su estado de ánimo. Había traicionado a su patrón Cara Pescao; había permitido que mataran a su amante favorito, el Hércules tingitano; había entregado la carga y el barco de su patrón a unos piratas; a cambio, había pactado con Lucco y los aquitanos una remesa de armas que iban a colmarlo de oro y de perlas britanas; iba a traicionar a su patria y, además, Cara Pescao tendría que pagar por su rescate el dinero que su ambición y avaricia no valían. Aulio no podía con tanta carga, y los nervios lo delataban.

—Te veo nervioso, mercader.

—No soy pirata, Lucco.

—Querrás decir que no sirves para pirata.

—Lo mismo da —dijo con desgana Aulio.

—Te recomiendo que no te muestres nervioso delante de los caledonios. Sospecharían.

—¿Por qué?

—Porque nadie que viene a recoger un arca de oro y perlas britanas puede sentirse nervioso. En todo caso, debería sentirse muy feliz.

Lucco lo miró y comenzó a reír. Sus risotadas rebotaban contra el acantilado y una inundación ingobernable de pájaros anegó aquellos cielos prorrumpiendo en una algarabía chirriante de graznidos. Aquello empeoró la angustia de Aulio, que, sin darse cuenta, mandó silencio a los pájaros.

—Shhhhhhhh…

Lucco lo miró y le dijo:

—Estás loco, mercader. Loco de miedo.

Aulio se agarró a su amuleto, a su representación de Lug. Lucco volvió a cargar contra él.

—Demasiado trabajo para Lug. No creo que pueda liberarte de tanto miedo.

Aulio calló. No dijo ni media palabra. Seguía agarrado a su talismán como el moribundo se agarra a las sábanas de su lecho. Lucco fijó sus ojos en un saliente del acantilado, y dio una voz:

—¡¡Este es el sitio!! ¡¡Echad el áncora!!

Los piratas procedieron diligentes y rápidos. Y el propio Lucco cogió la bandera azul y comenzó a tremolarla frente a los ojos invisibles y agazapados que parpadeaban de felicidad en aquel acantilado de una escondida playa de Dyn Eidyn, no sin antes haber dejado claro a sus hombres:

—¡Las ánforas grandes se descargan primero. Son veinte. ¡Que nadie cambie el orden de desembarco de las mercancía bajo pena de muerte…!

Nadie es mejor que nadie

—Ahí tienes la bandera que esperabas, Cedric

—Ahora sí. Este es el momento de mandar las barcazas hasta la nave y proceder al desembarco. ¿Tú estuviste con ellos en Aquitania, Decimus?

—No. Tenía trabajo que hacer en el muro.

—¿Un pirata trabajando en el muro? ¿Me tomas por tonto?

—Fui a cobrar el rescate por Aulio.

—¿Te lo dieron?

—No. En ese barco iba un querido familiar del patrón de la nave. Y lo matamos. Después de eso dejó de interesarle todo.

—Creo que Aulio solo tiene dos opciones para vivir: o se hace pirata o se queda con nosotros como esclavo.

—Al menos tiene opciones. Otros no tienen ni eso.

Cedric comenzó a reír y a imaginarse a Aulio como esclavo de los Votadini. Cortando leña; acarreando agua; enseñándoles latín… Podría ser muy interesante dejar a Aulio en la aldea. Ya no les valía para otra cosa: había perdido su poder como enlace para seguir suministrando favores y armas a los caledonios. Era un hombre sin tierra bajo sus pies, con pocos sitios donde regresar. Y si no decidía bien su futuro es posible que toda la tierra que le tocara fuera para darle abrigo en su tumba. Decimus, no obstante, optó por no comentar nada al respecto. Pero sí quiso dejarle claro a aquel bárbaro con color

de zanahoria que los piratas, los romanos, los pictos y el género humano se movían siempre en la misma dirección y por motivos similares. Unos con más elegancia que otros, pero, finalmente, todos los hombres, salvo excepciones muy poco numerosas, son tan piratas como los romanos y los pictos.

—Te contaré algo, Cedric, mientras bajamos a la playa a esperar esas armas.

—Espero que sea divertido. Hoy es un gran día para los Votadini.

—No sé si es alegre, pero sí es cierto. Le pasó a un pirata que fue apresado por la marina romana.

—Parece interesante. Habla.

—A este pirata, famoso en su época, lo llevaron ante el Prefecto del Pretor, que lo interrogó. Y una de las preguntas del alto representante imperial fue la siguiente: Dime, ¿por qué te convertiste en ladrón?

—¿Qué respuesta dio el pirata, Decimus? A ver qué clase de cojones tenía tu camarada.

—Su respuesta, Cedric, fue preguntarle al comandante de los pretorianos lo siguiente: ¿Y tú por qué eres prefecto?

Cedric no entendió nada. Demasiado sutiles las palabras del romano, como las del pirata que le contestó al pretor. Decimus aprovechó el nublado mental del bárbaro para, halagándolo, decirle:

—Eres listo y callas. Pero te diré que tuvo tanto o más cojones que tus valientes guerreros cuando se enfrentan a los romanos del muro, y le dio una lección a aquel oficial que se creía cumplidor de la ley. Lo llamó pirata. Tan pirata como él. Pero sirviendo al pirata más grande de la tierra: el emperador.

—Realmente, fue valiente aquel hombre.

—Y elegante respondiendo a quien se cree moralmente superior a otro. Nadie es más que nadie, bravo Cedric.

Llegaron hasta la playa y comprobaron cómo las primeras barcazas se apostaban a estribor de la nave gaditana y comenzaban a desembarcar las ánforas, en la disposición que Lucco había ordenado bajo real amenaza de pena de muerte. En aquel mar Lucco era el rey…

Unas armas excelentes

En la misma playa, ahora con plena seguridad de que en su trigo no iba a meter la hoz ningún extraño, Cedric procedió, con una alegría desbordante y un irreprimible deseo de utilizarlas ya, a quebrar la panza de una de aquellas grandes ánforas donde venían las armas de contrabando. Rompió el barro con un golpe de su mazo y, como

brillan los diamantes en un cofre al abrirlo, así refulgía el metal de aquellos hierros al volver a contemplar la luz del sol. Cedric y sus más cercanos guerreros cogieron las espadas, las sopesaron en sus manos y dibujaron en el aire varios tajos mortales que abatieron a imaginarios soldados romanos.

—¡Magníficos gladios, Lucco!

—Es lo que se merecen reyes tan valientes y rebeldes como tú, Cedric.

Aulio miraba retraído la escena, aún atrapado por el miedo, atrapado en las redes de una angustia absoluta. Uno de los Votadini, con su espada reluciente en la mano, observó el colgante de Lug que llevaba Aulio colgado en su cuello. Se fue hacia él y con la punta de la nueva arma lo enganchó mientras le decía en su lengua:

—¿Qué haces tú profanando a nuestro gran Lug? ¡¡Quítatelo o te lo quito yo sin necesidad de cortar el cordón!!

Cedric lo mandó callar y le ordenó que no molestara al hombre que había hecho posible que él y los Votadini tuvieran aquellas excelentes armas en las manos.

—Tal vez lo haya ayudado Lug a traernos estas armas —cerró la conversación el líder caledonio.

Aulio miró a Lucco y el guerrero celta le hizo un gesto restándole importancia a lo sucedido. Le regaló una enorme sonrisa para que se calmara y, consciente de que el miedo del mercader podía arruinar el negocio, el pirata propuso, por razones de seguridad, cerrar la operación cuanto antes mejor.

—Os tenemos preparada una fiesta en nuestra aldea —le dijo Cedric.

—Es de agradecer tu hospitalidad, pero no las tengo todas conmigo. Los espías romanos no son ni tontos, ni ciegos, ni sordos. Lo más prudente para ambos es cerrar lo acordado cuanto antes.

Decimus, silente y observador durante todo el desembarco, entendió que había llegado su hora de intervenir.

—Podemos brindar con vino romano y cerveza celta, Lucco, y zarpar inmediatamente en busca del refugio que tan bien conoces al sur de esta playa. Ahí nadie podrá encontrarnos.

Aulio fue a hablar. No quería brindar ni comer, quería cobrar su parte acordada y zarpar cuanto antes, aún nadie le había comentado que Cara Pescao no había dado un mísero as por su rescate. Pero comprobó que no le salían las palabras de su garganta y que era incapaz de coordinar tres ideas razonables que no descubrieran su angustia y su miedo. Calló y agarró con fuerza a Lug.

—Es cierto lo que decís. Reteneros ahora no sería prudente ni

beneficioso para ninguna de las partes. Si los espías romanos dan con este enclave, nos convertiremos en corderos en boca de los lobos —dijo Cedric.

—Pues brindemos entonces —convino Lucco.

—Brindemos por los grandes negocios que Roma nos regala —dijo Decimus.

—Brindaremos con vino romano por la sangre de Roma —sentenció Cedric.

Aulio le dio la espalda al grupo y caminó en dirección a la orilla, donde se descargaban las últimas ánforas con armas. Sin que le salieran las palabras de la boca, les dijo a los piratas que hacían el trabajo:

—¡Rápidos! ¡Terminad ya!

Uno de ellos se encaró con él:

—Tú aquí no das órdenes. Eres una puta mierda. Y deberías dar gracias a los dioses por seguir con vida.

Una voz potente, dura, llamó al mercader.

—¡¡Regresa Aulio, tengo que comunicarte algo!! —gritó Lucco. Luego en voz baja y sonriendo con maldad dijo para sí: «Vas a ser el rico más pobre del mundo…».

Ni un as por tu vida

—¡¡¡Eso es imposible!!! ¡¡¡Me estáis mintiendo!!! ¡¡¡Mi patrón jamás me abandonaría!!!

—Mercader, tu patrón no quiere verte. Y si te viera, te mataría con sus propias manos. No solo perdiste un barco y su carga: también dejaste morir a un querido familiar suyo y no moviste un dedo por evitarlo —le dijo Decimus.

—No tienes elección: te haces pirata o te quedas con los Votadini con tu cofre de oro y perlas britanas. Podrías hacer contrabando de perlas para las aristócratas de Itálica —dijo con sarcasmo Lucco.

Cedric no hablaba. Seguía jugando con las espadas, mirándolas, evaluándolas y dando tajos al aire como si delante tuviera la cabeza de un centurión y un casco que ganar como trofeo. La cuestión de Aulio no le importaba nada. Era un asunto entre piratas, no entre guerreros. Los guerreros compartían la batalla para unir lazos de sangre y de lealtad. Los mercaderes y los piratas solo tenían como hermanos la plata y el oro, una familia aparentemente poderosa pero carente de honor y capaz de venderte por una libra de grasa de foca. Llegaron el vino y la cerveza, y todos comenzaron a beber menos

Decimus, al que no le gustaba perder la cabeza en momentos decisivos. Aulio lo buscó, buscó al hombre que tenía la misión de haber cobrado un rescate por su vida y devolverlo a la civilización, al mundo de las termas y el teatro, de las *domus* perfumadas de mirra y al periplo marítimo de los negocios mercantiles. Cuando estuvo frente a Decimus, con los bárbaros cantando canciones celtas y bañando sus relucientes espadas romanas en cerveza nativa, le preguntó:

—¿Quién le dijo a Cara Pescao que yo no moví un dedo cuando mataron al marinero tingitano? —inquirió, hosco e indignado, el mercader

—Haces preguntas bobas, Aulio.

—Hago las preguntas que tratan de aclarar qué clase de traición has cometido.

—Vaya, el rey de los traidores acusando de traición a un pirata. Eres patético, mercader.

—Voy a decirle a Lucco que por tu traición ha perdido diez mil sestercios.

—Hazlo y les diré a los caledonios que abran las últimas ánforas que habéis desembarcado. Juro por todos los dioses que ellos te quitarían el miedo para siempre.

—Tu cuello tampoco estaría asegurado sobre tus hombros.

Decimus dejó pasar un tiempo antes de dar una respuesta mientras dibujaba sobre la arena de la playa algo parecido a un barco.

—Mi cuello está más seguro que el fortín del muro. Cedric sabe que yo no estuve en Aquitania y que esa negociación fue cosa tuya. Creo que harías bien en coger tu parte y decirle a Lucco que aquí sobramos.

—Juro matarte, Decimus.

—Que no sea por la espalda, mercader. Ya llevas dadas demasiadas puñaladas en este viaje —le respondió el pirata.

En torno a las ánforas, los guerreros Votadini, pintados de azul y con escasos taparrabos cubriéndoles sus sucias vergüenzas, bebían, cantaban y danzaban con sus armas en las manos, como si hubieran ganado una batalla muy especial. De alguna forma, habían sorprendido las redes de espionaje de Roma, lo que para sus escasos recursos era toda una hazaña. En mitad de la celebración, Lucco y Cedric se abrazaban en algo más que un amistoso cierre de negocio. Era innegable que el pirata sentía por aquellos rebeldes una clara simpatía, una devoción que solo cabe entre buenos aliados. Se despidió del jefe caledonio y dio la voz de embarque, a su pesar. La cerveza y el vino romano habían firmado una magnífica alianza dentro de su cabeza, haciéndolo mostrarse alegre, feliz y desinhibido.

—¡¡Todos mis hombres al barco. La fiesta ha terminado para

nosotros. Regresamos al Canal!!

Aulio fue el primero en embarcar, no sin antes volver a amenazar a Decimus, que lo acompañaba en la barcaza que los llevaba hasta la nave gaditana.

—Pondré a Lucco al corriente de tu traición. En el barco no van caledonios.

Decimus lanzó un suspiro impostado, de hartazgo, de los que uno se deshace cuando está hastiado de tratar con tontos.

—A Lucco le siguen saliendo las cuentas, mercader. Los diez mil sestercios que no le han dado por tu rescate los multiplica con el espléndido botín que los celtas te acaban de dar para cerrar este negocio. Ser pirata te va a costar dinero…

El despertar del sueño

Poco después de haber iniciado la nave gaditana el retornaviaje de los piratas de Lucco, la aldea de los celtas que comandaba Cedric hervía en cantos, danzas y cervezas. Aquel poblado no recordaba una celebración tan entusiasta desde hacia tiempo, quizás desde que Cedric y algunos valientes caledonios lograran emboscar a una patrulla romana acabando con ellos. Los gladios habían llenado de ilusión y posibilidades reales de venganza pendientes a aquellos hombres que, como si tuvieran en sus manos el tesoro depositado en el erario del templo de Saturno en el foro romano, se pasaban las espadas entre el asombro y la devoción para que todos los guerreros acariciaran el material con el que en Caledonia se fabricaban los sueños de libertad. Lug había bendecido con su infinito poder el presente y futuro de aquel poblado que, muy pronto, empezaría a preparar una estrategia para atacar el muro y sorprender a los romanos.

—Atacaremos lo antes posible. Estas espadas están pidiendo que las llevemos a la guerra —comentó Cedric a los suyos.

—Planeemos un buen ataque al muro y una mejor emboscada en el bosque para las patrullas que nos sigan —dijo un guerrero.

—En el bosque acabaremos con ellos —dijo otro.

Rieron y se bañaron en cerveza, en una cerveza tan fuerte que podía tumbar a un roble. Cedric, inopinadamente, mudó el trazo feliz de su rostro para que lo ocupara un destello de sorpresa: un chico caminaba hacia él con algo en las manos.

—¿Qué traes ahí, chico?

—Una espada romana.

—¡Pero está rota!

—Hay muchas rotas. Son de las últimas tinajas que se desembarcaron.

Cedric corrió hacia donde estaban aquellas tinajas sin querer ver hecho realidad el presentimiento que le golpeaba en la cabeza y le hería el corazón. Lo acompañaron varios de sus guerreros de confianza.

—¿Qué ocurre, Cedric? ¿Por qué nos apuras?

Cedric no dijo nada. Ni una palabra. Cuando llegó adonde estaban las tinajas les ordenó a sus hombres que las abrieran.

—¿Todas, Cedric? ¿Las abrimos todas?

—Todas.

Fueron abriendo tinaja por tinaja de aquel último lote desembarcado y empezaron a probar las espadas contra las rocas y los robles. El forjado era tan barato que las hojas saltaban por los aires. Cedric no se concedió ni una pausa para reflexionar, y gritó una orden innegociable:

—¡Esos miserables piratas nos han engañado! ¡Vamos a por ellos! ¡A las barcazas!

Al menos tres rápidas barcazas caledonias, de las construidas con mimbres, robles y piel de animales, se echaron al mar para ir en busca de unos piratas que habían engañado a sus clientes. Medio borrachos, sin reflejos para nada, los caledonios, impulsados por el deseo de venganza, comenzaron a remar con fiereza y a volar por un mar bronco y nada amistoso. En el cielo daba la impresión que las nubes se habían descolgado de sus agarres y buscaban caer sobre aquel mar agitado. Cedric no dejaba de pensar en lo que le dijo a Decimus:

—Los piratas no sois mejores que los romanos…

Una carrera a muerte

La ventaja que el mercante gaditano les llevaba a los caledonios se iba reduciendo por momentos, y eso animaba aún más a los hombres de Cedric a remar con furia y a aprovechar, con velas muy manejables, los fuertes vientos de aquel mar del norte. Conocían perfectamente la zona y había luz suficiente como para llegar al lugar donde Lucco solía esconderse y atracar sus naves. Cedric animaba a los suyos motivándolos con una venganza implacable:

—¡¡Remad, remad, remad!! Hoy probaremos sobre sus cuellos estas espadas. Las mejores del lote. Remad y pensad en sus cuellos. ¡¡Veréis cómo el barco vuela!!

A lo lejos se divisaba el pesado mercante gaditano, en su lento avance hacia el refugio de los piratas en aquellas costas caledonias. Lucco estaba absolutamente borracho. Sin fuerzas siquiera para respirar. La cerveza de los Votadini lo había matado, porque como un muerto yacía sobre la cubierta del barco gaditano. Decimus tomó la capitanía de la nave, y dio órdenes para hacer más rápida la escapada.

—¡¡Tensad las velas!! ¡¡Mantened el rumbo!! ¡¡Los hombres de Cedric pronto aparecerán a nuestra popa!!

—No podemos ir más rápido. Las velas están hinchadas y pueden sucumbir con el viento. El barco no da más de sí —le contestó un pirata.

—Prefiero sucumbir intentándolo a que nos revienten la cabeza esos bárbaros contestó Decimus.

—No comprendemos la razón de esta huida, Decimus. Hemos entregado las armas que esperaban y nos hemos despedido con absoluta cordialidad —dijo un pirata.

—No. No son las armas que esperaban: son las peores armas de Aquitania. Inservibles incluso para cortar el tallo de un trébol. ¡¡Tensad las velas y mantened fijo el rumbo!! —gritó Decimus.

Los marineros, ajenos a aquella sorprendente revelación, imprimieron más intensidad a sus maniobras, impulsados sin duda por la angustia de verse en manos de unos caledonios enfurecidos y deseosos de venganza. Otro pirata preguntó sin abandonar su esforzada boga:

—¿Nos enteraremos alguna vez, Decimus, de los autores de esta locura?

Decimus miró a Aulio que seguía abrazado a su cofre. Y luego miró a Lucco. Pero no dijo nada. Solo dio una orden.

—Despertad como sea al capitán. Pronto tendremos que tomar decisiones muy severas.

A tiro de flecha

Las barcazas de los caledonios avistaban la popa del mercante gaditano. Aquellos bárbaros, pese a embarcarse borrachos como bacantes, habían sacado determinación suficiente para superar su estado de embriaguez a base de querer restaurar el honor perdido en un negocio que los hizo pasar por tontos. Cedric dio la orden de alejarse un poco de la costa para aprovechar las corrientes que en esa zona discurrían hacia el sur y remar así a favor del empuje de la marea. En no mucho tiempo tendrían al mercante al alcance de sus

flechas y estarían dispuestos para que sus guerreros abordasen la nave de los piratas.

—¡¡Arqueros, disparad una primera tanda y midamos la distancia que nos separa de nuestra venganza!!

La tanda de flechas no alcanzó al mercante. Aún les quedaba un último y agónico esfuerzo. Cedric miraba con cierta preocupación el mar y el desarrollo de unas nubes que pronto empezarían a descargar lluvia. Un caledonio, situado a babor de la barcaza, gritó a su jefe:

—¡¡Mira Cedric, mira!!

Cedric se asomó a babor de la barcaza y vio flotando, con un puñal en su espalda, a Lucco.

—Parece que los piratas han elegido a un nuevo capitán —les gritó Cedric a sus guerreros.

—No durará mucho en el mando —dijo otro con buen humor.

Cedric se dirigió nuevamente a sus arqueros.

—¡Arqueros, preparad otra tanda de flechas! —dijo mirando al cielo y viendo cómo empezaba a llover con intensidad—. ¡Disparad!

Esta vez las flechas alcanzaron la nave. El velamen y el casco. No hubo bajas, pero resultaba evidente que los caledonios estaban ya tan cerca que no tardarían mucho tiempo en abordarlos. Un pirata le preguntó a Decimus:

—¿Querrán también cobrarse la vida del mercader?

—Querrán cobrarse lo que les quitamos: honor y dinero. No tenemos mucho futuro.

Una furiosa tormenta rompió el cielo con una secuencia de truenos y rayos que se tragaba el mar como en Roma los magos indios que traen las embajadas orientales se tragan los cuchillos. Cedric dio una nueva orden a sus arqueros:

—¡¡¡Disparad!!!

Pero el viento alejaba los dardos del objetivo o bien los retenía en su trayectoria. Cedric miró hacia atrás para ver a los hombres que navegaban en las otras dos barcazas y solo contó una; la otra se la había tragado la voracidad brutal de aquel océano terriblemente enojado. Un golpe de mar casi puso a zozobrar la barcaza en la que él navegaba. Cedric no se lo pensó. Afligido, dio una orden taxativa:

—Remad hacia la costa antes de que el mar nos trague.

—Los tenemos ya en nuestras manos —dijo un guerrero.

—También el mar quiere intervenir en esta venganza y acaba de tragarse una de las barcazas de los nuestros. ¡¡¡Remad hacia la costa y busquemos un refugio!!!

Tres días duró aquella tormenta de verano que enfureció al mar de tal forma que se alió con los piratas cuando más a mano estaban de los caledonios. Ahora el sol lucía redondo y potente en la mañana britana y el mar era plano y apacible. El mercante gaditano se preparaba para zarpar inmediatamente, temeroso de que los caledonios prosiguieran su persecución. Estaban muy cerca de las aguas controladas por los romanos, y es posible que eso no animara mucho a los hombres de Cedric a concluir la cacería. Cuando abandonaron el improvisado refugio para embarcar comprobaron que no estaba Aulio, el mercader. Ni Aulio ni su tesoro. Decimus salió a buscarlo, contra la opinión de sus compañeros.

—Déjalo. Ya se encargarán de él los caledonios —le dijo un pirata.

—Seguid preparando el barco. Revisad las velas, y ajustad el mecanismo del timón. Pronto estaré de vuelta.

Decimus abandonó el refugio con dos piratas más y se adentraron en un bosque absolutamente infectado de mosquitos y que rezumaba humedad y olores a madera y resinas. No tuvieron problemas para encontrar el rastro grosero que había dejado el fugitivo en su desesperada huida a ninguna parte. Lo encontraron abatido sobre su cofre, sobre su tesoro caledonio de oro y perlas britanas.

—¿Cansado de todo, Aulio? —le preguntó Decimus.

—Cansado de ti y de tus traiciones, Decimus.

—Regresa al barco. Llevas contigo algo que ya no te corresponde.

—Ese cofre es mío.

—Es de la comunidad, Aulio. Eres un pirata más y debes compartir el botín.

—Es la paga del riesgo corrido por mi empresa.

—Es la paga ganada por mis hombres en una empresa demasiado arriesgada donde ni tú ni Lucco informasteis de que se engañaría a los caledonios.

Aulio sacó un arma y se puso a la defensiva.

—No quiero matarte, Aulio. Reflexiona. Regresa al barco. Nos vamos antes de que Cedric vuelva.

Aulio avanzó con el arma en la mano, directamente hacia Decimus.

—Acabaré contigo de una vez. ¿Quién quiere parte de este botín? Lo comparto con el que me ayude a acabar con este traidor.

Antes de que pudiera hacer más explícito el contenido de su oferta, Decimus le había clavado un puñal en la garganta. Luego ordenó a un pirata que cargara con el cofre y al otro, que le cortara la cabeza al mercader de Itálica y la conservara en miel. Decimus, el intrigante, el

calculador, el hombre más frío de Roma, se dirigió al barco mientras pensaba: «Lucco y Aulio están muertos. Y yo he recobrado el dinero y el honor que venían buscando los caledonios. Lucco no podrá engañar más a sus hombres ni a mí acostándose con mi mujer. Hay viajes tan productivos que ni la flota mercante de Alejandría produce tantos beneficios».

Cuando llegó al barco, todo estaba dispuesto para zarpar.

—¡¡A nuestro refugio del Canal!! —ordenó el nuevo capitán de los piratas mientras se hacía cargo personalmente de una tinaja de miel donde se conservaba la cabeza de Aulio, con una estúpida expresión. También quedó bajo su custodia aquel cofre de los caledonios…

El indulto

—Te recomiendo que te vayas lejos de aquí —dijo el pescador.

—Ya está todo planeado. Solo esperaba el certificado de mi indulto.

—Aquí lo tienes, Decimus. Realmente, ha sido un viaje al norte muy productivo —le comentó con una irónica mueca en su rostro el pescador, aquel hombre común, insignificante, carne de anonimato que lo había despedido en las playas del Tyne antes de que marchara hacia las costas de Dyn Eidyn a encontrarse con Lucco, Cedric y una remesa de espadas tan imperfectas para los caledonios como peligrosas para su seguridad.

—No me puedo quejar, pescador. Tampoco tú. Has hecho un buen trabajo. Tus servicios serán bien compensados por tus mandos en la legión y por tus jefes en Roma.

—Todos están contentos. Hemos acabado con el refugio de piratas del Canal y con ese Lucco que nos traía de cabeza. Todos sus hombres han caído, gracias a tu colaboración y destreza. No serías un mal espía, Decimus, ni Haníbal los tuvo tan buenos como tú.

—¿Qué suerte correrán los piratas y el barco del mercader?

—Los piratas serán ajusticiados como ejemplo público y reafirmación de nuestra autoridad en el mar. Respecto al barco del mercader…

Decimus lo interrumpió. Hizo un gesto con su mano derecha como de no importarle nada. Luego le comentó al *frumentarius*, el espía de la Legio VI Victrix que se hacía pasar por pescador:

—Tengo algo que le gustará más que recobrar su barco. Ese regalo le devolverá las ganas de vivir…

—En el muro se le estima y valora. Fue él quien nos contó lo del ataque pirata a su mercante, la traición de Aulio y tu disposición a

colaborar para acabar con los piratas. A veces las cosas salen bien.

—A veces salen bien, pescador. A veces…

Decimus se despidió con una leve sonrisa que le fue devuelta por el espía romano. Al mercante gaditano lo esperaban más allá de la desembocadura del Tyne dos naves de la marina romana, según lo acordado entre el *frumentarius* y Decimus. A veces las cosas salen bien… Caminaba despacio y pensativo, sabedor de que había jugado muy fuerte y había logrado ganar: Cara Pescao lo iba a recompensar, Roma le facilitaba el indulto y el cofre de los caledonios seguía custodiándolo él. Tan victorioso como un César tras terminar un triunfo a los pies de la escalinata del templo de Júpiter Óptimo Máximo, el ya nuevo ciudadano romano tuvo un amago de culpabilidad: había entregado a muchos de sus antiguos compañeros piratas que iban a ser ajusticiados, y sobre todo a su mujer. Se llegó a sentir por momentos como los *silentarii* que, entre los esclavos de una casa, son los ojos y los oídos del amo, delatadores sin piedad de lo que hacen sus desgraciados compañeros. Pero fue solo un momento. Ver el rostro de su mujer en clara connivencia con Lucco para adornarlo como si fuera un toro ofrecido a Mitra lo devolvió a la realidad y a lo esencial de su carácter intrigante y frío:

—Hay infidelidades que se pagan muy caras…

Y marchó lejos, muy lejos de Britania, buscando quién sabe qué cosa. Pero respaldado. Lo suficientemente respaldado de dinero como para empezar una nueva vida.

CAPÍTULO XI

UN MATRIMONIO MUY CONVENIENTE

Itálica, verano

LOS PREPARATIVOS

Gala estaba preparando a conciencia la fiesta donde Plaucia iba a ser presentada en sociedad. No había escatimado dinero: nunca debe escatimarse cuando se trata de hacer una inversión que puede ser muy rentable. Había encargado sedas caras para vestidos y colgaduras compradas en el mismo Vicus Tuscus, el mercado de estas preciosas telas chinas que se ubicaba cerca del centro de Roma; no escatimó en adquirir el suficiente aprovisionamiento de plantas aromáticas para combinarlas con el mejor vino, según las nuevas costumbres de las elites romanas y provinciales, dejando en la despensa una confabulación de olores exóticos que despedían los extractos de nardo, las sacas de canela, el jengibre, el incienso y la mirra; para prestigiar su fiesta e intimidar a los invitados con la elegante ostentación de su fortuna, no se lo pensó dos veces cuando hizo traer desde la mismísima Persia una vajilla con sus vasos correspondientes, de fluorita, una piedra preciosa que, trabajada y convertida en platos y vasos, tenía propiedades fluorescentes que la hacía brillar en ambientes poco iluminados y emitir un sofisticado brillo cuando se la sometía al calor. Un cónsul de Nerón, Tito Petronio, antes de suicidarse por orden del emperador rompió una cuchara de fluorita que le había costado trescientos mil sestercios y de la que el emperador se había encaprichado. ¿Cuánto pagó Gala por aquella delicada vajilla y aquellos fantásticos vasos de colores tan variados como el púrpura, el azul, el negro y el naranja rojizo? Decididamente, había hecho una gran inversión para que concluyera en un rentabilísimo negocio: el de convertir a Plaucia en la esposa de un adinerado aristócrata cercano al círculo de poder de la familia de Hadriano. No era nada aconsejable estar fuera del foco luminoso del divino emperador, a quien había que servir para que te sirviese. En su alcoba sopesaba un reciente envío de un doble juego de zarcillos de perlas múltiples, los conocidos entre las aristócratas romanas como pendientes de cascabeles, engarzadas en oro y que, al entrechocar

unas con otras, emitían un coqueto sonido musical. Los pendientes los lucirían ella y Plaucia para que madrina e hija adoptiva rayaran al mismo nivel de ostentación y, por qué no, también compitieran en atractivo y belleza. Tanto las perlas como el trabajo de joyería había sido realizado por uno de los más conocidos margaritarii (vendedores de perlas) del Porticus Margaritaria, el mercado de aljófares más importante de Roma, ubicado cerca de la Vía Sacra. Gala miraba aquellos pendientes absolutamente rendida a tanta belleza y preguntándose de qué mar lejano procederían: ¿quizás de la India, de las cálidas aguas de Arabia, del Sinus Persicuso del Mar de Eritrea? Viéndolas tan grandes, redondas y luminosas sabía que iban a despertar la admiración y la envidia de las otras aristócratas invitadas a la fiesta de Plaucia y, como si un envenenado aliento le aconsejase a su oído, pensó que no sería una idea desechable imitar a Cleopatra en aquella famosa cena en Egipto con Marco Antonio, cuando se apostó con él que era capaz de ingerir durante el ágape y de una sola vez diez millones de sestercios. Gala sonrió y se imaginó a sus invitados mirándola asombrados, tanto por su hermosura como por su ingenio, ganándole la apuesta al aristócrata que la hubiese retado a hacer lo mismo que la reina de Egipto hizo frente a Marco Antonio: tomar una de las perlas que colgaban de su pendiente y bañarla en una disolución de vinagre. Luego la ingirió de un solo trago y Marco Antonio tuvo que admitir que Cleopatra, en una cena, era capaz de beberse diez millones de sestercios. La historia de la otra perla restante se podía ver en el templo de Venus. Augusto, al derrotar a Marco Antonio, se hizo con la perla que quedaba, la mandó cortar en dos y desde entonces adorna las orejas de la diosa del amor en la capital del mundo, Roma.

Gala no había hecho cuentas. Sabía que todo aquello iba a costarle una fortuna, pero nunca dejó de creer que era una de sus mejores apuestas económicas para seguir siendo lo que era y continuar estando donde quería estar en la nueva Roma de Hadriano. Plaucia era una gacela adornada de oro, plata y perlas. Pero, sobre todo, con una lozanía tan concupiscente que a la propia madrina, al contemplarla tan hermosa, le sorprendía una perceptible sofocación de su sangre, siempre tan caliente… Gala no había tenido hijos. No podía ser contemplada como una matrona y, mucho, menos como una *materfamilias*. Pero amadrinando a Plaucia y habiendo sido una mujer *univira*, casada solo una vez, tenía el respeto de muchos y, sobre todo, había conseguido una mayor autonomía, independencia y capacidad jurídica. Solo hacía falta calma e inteligencia para ir paso a paso alcanzando objetivos. Sin apasionamientos. Con la frialdad con la que

la razón suele acortar los caminos más largos y empinados. De aquella fiesta saldrían pretendientes, pero Gala no acptaría cualquiera. «Es la mejor mujer para el tío viudo de Fabia Hadrianilla», pensó mientras seguía admirando la belleza de aquellas perlas que costaban millones de sestercios.

Iulia Traducta

Una invitación

A la villa que la familia de Plaucia tenía en Iulia Traducta, cerca de Bolonia, al oriente de Gades, llegó una carta desde Itálica firmada por la aristócrata. El padre de Plaucia la abrió y la leyó en voz alta para que su esposa, y madre de la joven, la escuchara.

«De Gala para Tito Plaucio, buen amigo:

Deseo que desde nuestro último encuentro en Corduba, durante la asamblea de responsables provinciales, los días os hayan tratado con benevolencia y la Fortuna haya bendecido vuestro hogar. No hay deseos más inmediatos en mi corazón que estos que os envío y que tanto ruego a los dioses para que se cumplan y lo disfrutes tú y tu querida esposa, Octaviana. Esta carta tiene la intención de hacer felices vuestros corazones como padres de Plaucia que, desde que pisó mi casa en Itálica, no ha dejado de dar muestras de sensatez, cordura y plena disposición para instruirse como una mujer que tendrá que decidir sobre mucho en poco tiempo. Es digna de alabanza la semilla de vuestro amor, porque viene plena de los valores más tradicionales romanos: amor al trabajo, dedicación familiar y disposición al contrato matrimonial. Mientras escribo esta carta la tengo sentada a mi lado, y me insiste, con ternura, en que os mande muchos y cálidos abrazos como los que, me cuenta, os dabais en las fiestas de la vendimia en vuestra casa de campo.

Querido amigo Tito Plaucio, con la próxima luna llena tengo la intención de dar una fiesta en mi casa para presentar en sociedad a Plaucia. Los planes no eran esos, pero se han adelantado por la notable disposición de mi amadrinada y su capacidad de aprendizaje, tanto intelectual como social, que desde mi experimentado punto de vista, como mínimo, la ponen a la altura de las exigentes reglas de la aristocracia romana y, de manera absoluta, muy por encima de lo que yo conozco por

> Itálica e Híspalis. Nos gustaría que, si vuestras obligaciones os lo permiten, estuvierais presentes en ese acontecimiento, donde podréis ver cómo los días y la instrucción hacen posible que una niña se convierta en una mujer admirada por su talento y deseada por su hermosura. Mi casa es la vuestra, y os esperamos, tanto Plaucia como yo, con la misma avidez con que unas tierras en verano ruegan para que las primeras lluvias las reconforten con su bendición».

Plaucio miró a su esposa, y observó cómo Octaviana era incapaz de controlar sus sentimientos. En sus ojos aguados brillaba una luz de ilusión y esperanza que le daba a su alma ese tipo de felicidad que no se celebra con risas, sino con lágrimas. Plaucio tampoco era ajeno a aquel arrebato emocional, y el temblor del papiro en sus manos delataba lo que sentía su corazón. Tras una pequeña pausa en la que Plaucio tomó la mano de su esposa para transmitirle un poco de sosiego, prosiguió la lectura de la carta.

> «Espero que estéis tan contentos como yo lo estoy con el amadrinamiento de Plaucia. A mí solo me reporta satisfacciones y posibilidades futuras, y a vosotros deseo que, igualmente, os esté abriendo los caminos que antes teníais cerrado y que ella, desde mi casa de Itálica, está colaborando en abriros. Nada me haría tan feliz como que me dijerais que los dioses han vuelto a miraros con sus mejores ojos y que la felicidad ha crecido tanto como la última cosecha de vuestras tierras. Nuestra unión familiar debe ser generosa para ambas partes, para los padres de Plaucia y para Plaucia y su madrina. Creo que esto deja claro la naturaleza de nuestro entendimiento. Os esperamos en casa para poder celebrar juntos el que, sin duda, puede ser uno de los días más especiales que viva vuestra hija y que tanto desea compartir con sus padres. La próxima luna llena, amigo Tito Plaucio, puede iluminar para nuestra querida hija el arco triunfal de su vida, bajo el que pasará de niña a mujer y de virtuosa ciudadana a una poderosa aristócrata vinculada, por un escogido matrimonio, a la familia imperial.
>
> Gala, vuestra más ferviente y leal amiga».

Híspalis

El hijo de Scaeva miraba y admiraba a Valentiniano; reiteradamente le hacía recordar el pasado, donde se encontraba con él y su fallecido padre, años en los que ambos escribieron en Hispalis sendas historias de las que el pueblo gusta contar en el foro y los aristócratas miran por encima del hombro. Cómodamente instalado en el jardín de la casa, Valentiniano le contaba la larga y, a veces, desencontrada historia que unió a su padre y al guerrero dacio.

—Esa es la historia. Te la he contado entera: desde que Trajano me regaló a tu padre como botín de guerra en Sarmizegetusa hasta que gané mi libertad peleando como gladiador. Nací en un mundo, y crecí en otro; luego busqué el que perdí, y ya no existe —dijo Valentiniano.

—Pero la gente te reconoce por la calle. Te sigue admirando. Y quiere que vuelvas a ser el que fuiste aquí. Híspalis no ha vuelto a tener un gladiador de tu prestigio —le respondió entusiasmado Scaeva Minor.

—Ni del prestigio de tu padre. Fue un magnífico soldado y un brillante luchador. Tampoco le fue mal como administrador de su patrimonio, aunque ahí el talento, como en mi casa, iba de la mano de una mujer…

Valentiniano miró a Asinus que asistía a la charla del dacio con su hijo bajo el tupido emparrado del jardín de la casa de Scaeva en Híspalis.

—¿Tuviste mujer? —le preguntó con curiosidad Asinus.

—Una gran mujer. Con la que tuve una hija que no llegó a nacer y que, en su honor, llamé Alejandría.

—¿Era egipcia? —preguntó la viuda.

—No. Era dacia, como yo, también esclava de aquella maldita guerra que acabó con mi pueblo. La conocí en el barco que me llevaba hasta Gades camino de Roma cuando gané en Híspalis mi libertad. Aún la lloro.

—¿Por qué llamaste Alejandría a tu hija?

— Porque allí estaba el paraíso que no encontramos nunca en la Dacia.

—Entonces ella conocía Egipto —supuso Asinus.

—Ella no conocía más mundo que yo. Pero se dio cuenta pronto de que mi mundo no existía y que ambos lo teníamos todo para inventarnos el nuestro lejos de Dacia. Supo de Alejandría por un banquero que conocimos en Sarmizegetusa.

Interrumpió Scaeva Minor.

—¿Por qué no os fuisteis?

Valentinano miró a los ojos de Asinus.

—Porque murió. Perdí mis dos grandes razones para vivir de un

solo golpe: Bendis y Alejandría. Allí en Sarmizegetusa está su lápida. Y las únicas lágrimas que he derramado en mi vida…

—¿Te gusta la de mi padre? —le preguntó con dulce ingenuidad Scaeva Minor.

—Me gustaba tu padre vivo.

Un largo y reflexivo silencio se posó sobre aquel bonito patio hispalense donde una fuente de sosegado murmullo acompañaba con su música a la que interpretaban, sin descanso, los pájaros exóticos traídos desde Oriente y enjaulados en una especie de pagoda labrada sobre marfil, todo un lujo que solo podían permitirse las clases más adineradas, bien por su ascendente aristocrático, bien por su pujanza comercial. Este último era el caso de la casa de Asinus. Inopinadamente, los pájaros callaron y hasta el surtidor de la boca de aquel león de mármol convertido en fuente pareció enmudecer cuando Scaeva Minor le preguntó a Valentiniano:

—¿Verdad que oíste mis ruegos para que regresaras a Hispalis? Cuando mi padre cayó enfermo, muy enfermo, por la noche yo te llamaba, te reclamaba a nuestro lado.

— No. Nunca escuché tus llamadas. Pero sí las de tu padre, por eso regresé y abandoné Alejandría. Entendí que mi única familia en el mundo estaba aquí y que algo malo estaba ocurriendo. Mi intuición es mi mejor armadura, siempre me ha guiado y protegido.

—La familia que te esclavizó y luego te dio la libertad —comentó Asinus

—Scaeva pretendió que fuera su hermano, pero había matado a mi padre en la guerra. Nuestras sangres no ligaban. Pero sí encontré en él a un gran guerrero y a un hombre que, como yo, nunca acabó de ser y de sentir como un romano. Eso nos unió.

—¿Volverás pronto a Alejandría? —le preguntó Asinus.

—Nunca me gustó mucho esta ciudad. Aquí hay muertos de hambre que se pegan pedos más altos que su culo.

Scaeva Minor y Asinus se rieron de la expresión de aquel bárbaro cada vez más romanizado, aunque él no lo supiera. Valentiniano prosiguió:

—Pero tengo que hablar con Cara Pescao. Y proponerle negocios que mi patrón alejandrino estaría encantado de acometer con un tipo como él. ¿Ha llegado de Britania?

—Creo que ya debe de estar aquí. Por nada del mundo se perdería la presentación en sociedad de Plaucia.

—¿Plaucia? —preguntó el dacio.

—Plaucia, sí. La hija que amadrina Gala y que va a presentar en sociedad en una fiesta en su *domus* de Itálica que todo el mundo

comenta.

—Pero ¿quién es Plaucia? —quiso saber Valentiniano.

— Una chica esbelta y hermosa, inteligente y ambiciosa, que buscará un buen matrimonio con alguien cercano a la familia de Hadriano. Su familia es gaditana., aristócratas venidos a menos —informó Asinus.

—Gala no ha dejado de ser una zorra…

— Y siempre dispuesta a entrar en los gallineros donde más ventaja obtenga.

—¿Estás invitada a la fiesta, Asinus?

— No, nunca una mujer con mi pasado podría acceder a una fiesta como esa. Tampoco me interesa mucho. Tendré información directa de lo que allí pase.

Asinus hizo una pausa en su relato, y luego le propuso al dacio:

—Abandona la pensión en la que estás viviendo, y vente a casa, Valentiniano. Al menos hasta que hables con Cara Pescao. Y conmigo. También estoy muy interesada en invertir dinero de los prostíbulos en sedas, marfiles y pimienta de Oriente.

Scaeva Minor lo cogió por la mano, zarandeándola, le dijo muy seriamente:

—Si escuchaste la voz de mi padre y viniste, escucha la mía y quédate con nosotros. Quiero ser gladiador, y tú eres el único que me puedes enseñar a ser el mejor. Como lo fue mi padre…

Itálica, domus *de Iulia Salinator*

Las dudas del resucitado

El Celta no acababa de establecer con su resucitado, el joven Cneo, una relación a la altura del milagro obrado. El muchacho, por las razones que fueran, saludaba con frialdad al médico britano y le repugnaba besarlo en la frente, cosa que hacía obligado por su madre, Iulia Salinator, y por la exigente educación que recibía el joven aristócrata. Era una actitud inexplicable, porque alguien que es capaz de ir contras las leyes del universo y hacerte regresar de las mismas garras del Hades solo puede tener en tu vida la máxima consideración y el obligado agradecimiento. Lo contrario es inexplicable, cuando menos. Y de una extremada ruindad solo capaz de ser administrada por los corazones más oscuros. Cneo, en cambio, no era esa clase de chico. En su corazón no anidaban las víboras, ni su conducta se había torcido para agriar un sentimiento tan noble como la gratitud. Pero entre él y el médico britano si algo se consolidaba era el hielo: una

relación fría, distante y, por ambas partes, vigilada. Controlada. Como la que pueda existir entre un cazador y su pieza. La cuestión era saber quién de ambos era el león y quién el cazador. Y, sobre todo, qué desenlace tendría aquella cacería.

Cneo, antes de su viaje al inframundo, no había tenido esa animadversión hacia el médico, que tenía ganada reputación en su casa y en Itálica de ser un profesional serio, estudioso y al servicio de los Salinator. El joven lo trataba con cierta curiosidad, con esas ganas de conocer que tienen los niños y que, por saber, lo mismo le cortan el rabo a una lagartija para ver cómo se mueve convulsamente que se suben a los árboles y roban huevos de pájaros. El Celta y Cneo conversaban en la habitación del médico, rodeados de papiros, frascos con animales disecados y una especie de mural de piel de toro sobre el que había catalogadas hierbas medicinales conocidas y por conocer, pero que el Celta ya estaba sometiendo a estudio con animales domésticos.

—¿Qué me encuentras para parecerte tan abominable? —le preguntó suavemente a Cneo.

El niño tenía en sus manos cualquier cosa, quizás un trozo de cuerda o el tallo de una hierba, con la que sus nervios trataban de calmarse mientras hablaba con la vista gacha.

—No me pareces abominable.

—Pues cada vez que puedes, me evitas. Me besas la frente como si fuera de barro. Y ninguno de tus saludos son como los de antes. A veces pienso que eres de hielo.

—No soy de hielo. Nunca lo fui.

—Cneo, no me tratas como antes de tu enfermedad. ¿Qué viste en tu viaje? ¿Qué te asusta?

—Me asustan tus ojos…

—Son claros como el cielo, chico.

—Lo primero que ves de un mirlo es su pico naranja. Después solo hay oscuridad.

—¿Tras mis ojos ves oscuridad?

—La veo.

El médico se levantó y paseó por la estancia con las manos cruzadas tras la cintura y con la vista en el suelo. Trataba de pensar. De arrancarle al niño la razón de su miedo y, también, de discernir si su preocupación con el chico era razonable. El Celta volvió a hablar cuando creyó que sus ideas se aclaraban.

—¿Sabes, Cneo? Es posible que vieras algo en tu viaje, que en ese paso de tu alma al mundo de los muertos conocieras algo de mí que no recuerdes pero que te impresionara vivamente. Y ese fantasma lo

tienes en tu corazón. Creo que es solo cuestión de tiempo que encuentres una respuesta a tu conducta.

—Es posible que sea así —dijo Cneo, poco convencido.

—¿Seguro que no recuerdas nada?

—A esa pregunta te he respondido muchas veces y siempre te digo lo mismo. No recuerdo nada de mi muerte. Tan solo…

Cneo miró el catálogo de hierbas dibujadas sobre el mural de piel de vaca que tenía colgado en su estudio el médico. Se fijó en una de ellas, desconocida para él, pero que le llamó la atención como le podían haber despertado su curiosidad algunos de los animales disecados y enfrascados.

El Celta se puso tenso, con sus ojos más celestes y acuosos que nunca, como si una alergia radical se hubiera encerrado en sus párpados.

—¿Tan solo… qué Cneo? ¿Qué recuerdas…?

—Ya te lo he dicho. Oscuridad. La oscuridad que ahora veo tras tus ojos y que estoy deseando que el tiempo ilumine…

Itálica

Buscadlo y traedlo

El viaje le había hecho perder peso. Demasiados disgustos para un mercader, y para su cuenta de resultados. Tanto económica como sentimental. Puedes perder en una mala jugada de la fortuna tu barco, la carga, tus hombres. Pero perder también, a cierta edad, el motivo que te haga ver rostros amables en las nubes, que te haga sonreír por nada y que te renueve la sangre como la desboca la primavera para convertirte en el hombre más afortunado del mundo, eso no puede repararse ni hay seguro que te lo cubra. El mercader hispalense estaba más abatido por la muerte de su Hércules tingitano que por todo lo pasado en Britania. Aquello se resolvería por la propia inercia de los acontecimientos: tarde o temprano Aulio caería en sus propias trampas y Decimus le inspiraba mucha confianza. El mercader estaba acodado sobre una mesa hecha en el Líbano, soportada por dos colmillos de elefantes de la India. Había llegado a Itálica dos o tres días atrás y su red de comunicadores lo había puesto al corriente de todo lo que pasaba en Itálica y en Híspalis. Valentiniano era su primera opción.

—Buscadlo y traedlo. Debe de estar en la casa de mi añorado Scaeva. Decidle que lo quiero ver.

Gala lo había invitado a la fiesta. Aunque de pasado esclavista,

ahora era un liberto cuya habilidad, talento y valentía comercial lo habían hecho progresar de tal forma que su inmensa fortuna tapaba, a los ojos más conservadores, las manchas pringosas de su pretérito para revestirlo de un aura de prestigio y solvencia que muchos aristócratas no desdeñaban. A sus espaldas murmuraban de su homosexualidad pasiva, la señalada y condenada por la moral social romana. Cara Pescao lo sabía. Pero sabía que aquellos estirados aristócratas, muertos de hambre algunos pese al dorado esplendor de sus apellidos, habrían prestado sus nalgas para que él las disfrutara a cambio de un bajísimo interés en un préstamo. Ellos murmuraban, pero él caminaba, navegaba, emprendía, trabajaba, pagaba sus impuestos a Roma y, sobre todo, pertenecía a una clase social activa que intentaba sostener aquella locura imperial que Hadriano trataba de que no se hundiera.

—Hoy mismo tiene que estar aquí. Necesito hablar con ese loco dacio. Lo necesito ahora a mi lado tanto como necesité a Scaeva cuando llegó a Hispalis.

Cara Pescao volvía a tener accesos de melancolía. No lograba mandar sobre su cabeza, y el corazón lo llevaba, una y otra vez, a los mejores momentos de su viaje a Britania, recordando la suave piel y los negros rizos de su caballito gaditano, que tan feliz y joven lo hizo sentir en aquel mercante maldito. Hadriano podría acabar su muro, pero Cara Pescao no dejaría nunca de construir sobre su corazón roto una historia de amor que le había devuelto la ilusión por vivir y había espantado sus miedos a la muerte, a aquella pestilencia que meses atrás se había llevado a tantos hispalenses; entre ellos a su admirado y querido Scaeva. Crátero lo observaba y, para arrancarle la melancolía del alma, le proponía nuevos retos, nuevas ambiciones comerciales.

—Señor, le he preparado un informe sobre nuestras posibilidades comerciales en Alejandría. Si le apetece, se lo puedo leer.

—Querido Crátero, ahora soy un soldado abatido en la batalla. Herido de muerte. Y sin ganas de levantarme para luchar y morir honrosamente. No me importaría nada que te hicieras cargo tú de ese asunto. Me siento mayor. Y un día mi corazón dejará de hacerme el favor de latir. Es lo que más deseo.

Crátero, su hombre más fiel y leal, alcanzó a ver la dimensión de la crisis emocional de su amo. Hizo sonar una campanilla de oro y a su llamada asistieron dos esclavos. Imperativo, les dijo:

—Preparen al señor. Tiene que atender una visita en unas horas, y debe estar arreglado y preparado, a la altura de su fama.

Los esclavos se dirigieron hasta Cara Pescao, que se negaba a levantarse de aquella fantástica mesa.

—No, no, no. Más agua no. Odio el agua. Detesto el mar. En lo más

profundo de aquel océano frío y lejano debe de estar mi esperanza, con las cuencas de sus ojos vacías, devorado por los peces, saciados por la carne yerta de una joven vida que la entregó por defender mi patrimonio.

Cara Pescao se agarraba a las sillas, a las columnas del atrio, a cualquier objeto firme y fijo que estuviera a su alcance, para que no lo llevaran a su baño. Pero Crátero era inflexible:

—Lávenlo, aféitenlo, perfúmenlo tanto que el mismísimo espíritu de Vespasiano lo repudie como repudió a uno de sus capitanes por ir tan perfumado. Os entrego un hombre muerto. Y quiero que me traigan vivo al patrón.

—¡¡¡Te mandaré azotar, Crátero!!! ¡¡¡Maldito seas, por todos los dioses!!!

—Siempre obedeceré sus órdenes, patrón. Pero no voy a permitir que se muera de tristeza.

—Te aseguro que no te azotará ningún esclavo de la casa. Te llevaré a que te castiguen los profesionales. Nunca olvidarás quién manda sobre quién.

—Y yo iré gustoso al castigo. Pero antes lo quiero ver liberado de los fantasmas que le han robado el espíritu

Híspalis

La ciudad y sus ecos

Ni las Actas Diurnas colgadas en el foro dando cuenta de la llegada a Roma de una embajada oriental cargada de objetos suntuarios, elefantes y esclavos tamiles para el Emperador, tras cerca de tres años de viaje, desviaba la atención de los hispalenses de lo único que les interesaba en ese momento: la llegada del dacio Valentiniano a la ciudad y la vorágine ciclónica de rumores y noticias que generaba. La ciudad necesitaba un héroe. Otro más. Porque, frente a Itálica, tratada por el emperador con el cariño y la gratitud de quien se sabe ligado a la *patria parentesque*, Híspalis recibía en su orgullo de ciudad de clases medias y comerciantes un desdén calculado, afrenta de la que quería resarcirse con el esplendor en la arena de una vieja gloria. Itálica seguía recibiendo las bendiciones del príncipe, y su esplendor era como un pisotón en el pie de la ciudad del Betis. Mientras Itálica corría como un atleta en el estadio, Híspalis cojeaba como un veterano de guerra. Ahora, con Valentiniano, tenía motivos para hablar y soñar.

Hispalense 1.—Viene para quedarse.

Hispalense 2.—Pues lleva una semana en Híspalis y aún no se ha

pasado por la escuela de gladiadores.

HISPALENSE 3.—Ha estado atendiendo a la viuda de Scaeva y a Scaeva Minor. Las veces que se le ha visto por las calles ha sido acompañando al niño.

HISPALENSE 1.—Viene para quedarse y pisar la arena. Híspalis tendrá nuevamente otro gladiador para pelear en Roma.

HISPALENSE 2.—Pero he oído en una taberna que no es esa su intención. Que viene porque Cara Pescao lo ha llamado para que supla a Scaeva al frente de la seguridad del consorcio del mercader.

HISPALENSE 3.—Puede ser cierto. Ha pasado el tiempo y ya no será el que fue.

HISPALENSE 1.—Por todos los dioses, claro que ha pasado el tiempo. Para todos. Pero los que lo han visto dicen que se conserva igual que hace diez años. Y que sus piernas y brazos están tan trabajados como cuando peleaba en nuestro anfiteatro.

HISPALENSE 2.—Aseguran que todas las mañanas visita la tumba de Scaeva. Y que habla con su espíritu.

HISPALENSE 3.—Siempre fueron como dos hermanos.

HISPALENSE 1.—Apostaos lo que queráis. Pero os digo que para las Saturnales volverá a pelear en Híspalis.

HISPALENSE 2.—Tengo un conocido que es amigo del dueño de la posada donde se aloja. Y me cuenta que viene bien armado.

HISPALENSE 3.—Un gladiador de verdad, aunque haya ganado su espada de madera, jamás olvida las armas que le dieron la gloria. Yo creo que para las Saturnales lo veremos pelear.

HISPALENSE 1.—Completamente seguro. Híspalis lo necesita. Necesitamos un héroe que les baje los humos a los aristócratas de allá enfrente.

Los tres miraron más allá del Betis, hacia poniente, donde se desmoronaban las ruinas turdetanas del templo de Astarté y, un tanto más arriba, se silueteaba la *forma urbis* de Itálica, la ciudad mimada por los emperadores de su cuna. Uno de los hispalenses rompió el silencio comentando las noticias de las Actas Diurnas:

HISPALENSE 2.—¿Qué hará el emperador con los elefantes que le regalan esos orientales?

HISPALENSE 1.—¿Te imagina que un rico mercader como Cara Pescao patrocine y pague un juego en las Saturnales donde Valentiniano se enfrente a un elefante?

Los tres hispalenses se miraron, desorbitados sus ojos y casi babeantes. Se frotaron las manos y predijeron tener un fin de año inolvidable.

La ilusión oriental

Le pusieron una túnica persa de perlas, brocados y seda roja. Lo masajearon con una combinación de incienso y mirra que, disuelta en una crema de abeja y muérdago, calmaba los dolores musculares y de espalda. Lo perfumaron con extracto de nardo y mirra. Le colocaron las alhajas más caras de su rebosante joyero. Si Juvenal lo hubiera olido, le habría endosado el comentario con el que señalaba a las mujeres romanas que compraban sus lociones pensando en el amante que guardaban en su mente. Pero Cara Pescao no lucía así para agradar a ningún amante. Ya no lo tenía. Acabaron con él los piratas del mar del Norte y lo engulló el agua gélida de los mares del Canal. A Valentiniano le costó reconocerlo.

—¿Patrón?

Cara Pescao levantó los ojos, que había clavado en una hilera de hormigas que trabajaban en su jardín para tener un buen invierno. Al ver al dacio la alegría se bañó de tristeza o la tristeza se colmó de alegría, en un vaivén de recuerdos veloces donde el pasado y el presente se fundían, mareando al dueño y amarrándolo al vértigo de sentimientos antagónicos. Dubitativo, Cara Pescao le contestó:

—Sí, soy yo, Cara Pescao. ¿Tan viejo me ves, querido Valentiniano?

—Te veo y te huelo de forma esplendorosa. Has adelgazado muchísimo. Veo que la Fortuna derrama con abundancia sus dones sobre tu casa y sigues siendo el hombre poderoso que dejé atrás hace ya muchos años.

—Eres muy halagador, Valentiniano. Los años te educaron mejor que lo que pudimos educarte los hispalenses.

—Los hispalenses son una mierda muy grande, estimado Patrón. Dudo de que sepan educar a nadie.

Cara Pescao esgrimió una leve sonrisa, casi de aprobación.

—Me agrada reconocerte en tu versión más bárbara. Veo que mantienes intactas tus mejores cualidades.

—Y a mí me agrada que la mejor cabeza que hay en la Bética siga reconociéndome como lo que soy.

—¿Deseas beber, comer, hablar? —le preguntó Cara Pescao.

—Deseo, antes que nada, lamentar la pérdida de Scaeva, mi amo y mi liberador. Estoy aquí porque oí sus voces en sueños reclamando mi presencia.

—Fue terrible la forma en la que murió. En la que murieron tantos hispalenses atacado por aquella pestilencia. Pronto me reuniré con él.

Valentiniano lo miró extrañado y empezó a vislumbrar que aquel Cara Pescao se parecía poco al que había dejado años atrás, mandando e influyendo tanto en Híspalis.

—¿Te ocurre algo, patrón?

—Que la vida pasa y las ilusiones se marchitan.

—¿Puedo confesarte algo, en confianza?

—La tienes. Habla.

—Mi vida ha sido cruel. Me ha tratado con la misma delicadeza que un escupitajo sobre el suelo. He perdido a mi mujer y a mi hija, a la que ni siquiera los dioses le dieron la oportunidad de nacer. Pero te diré una cosa: no me asusta la muerte. Prefiero morir joven, con la dentadura completa y el nabo duro como el hierro persa antes que envejecer al sol y desdentado para que una de mis esclavas me alimente con su pecho. Uno no se marchita, se deja marchitar.

Cara Pescao lo miró, por vez primera en toda la larga historia que habían compartido, como a un hombre sabio. Como a una de esas personas cuya voz sobresale de la de los demás no por la intensidad de su sonido, sino por el brillo de su inteligencia. Lo sorprendió tanto su respuesta que el mercader solo supo balbucear un gemido cargado de ilusión. Valentiniano tomó las riendas de la conversación.

—¿Puedo saber por qué me has hecho llamar?

—¿Hubieras venido a verme, a interesarte por mí?

—Patrón, ya no soy aquel adolescente al que mirabas con ganas de follártelo. Te hubiera cortado la polla. Lo sabes bien. Imagino que me llamas para otra cosa.

Cara Pescao desprendió una sonrisa abierta, casi una carcajada, recordando sus deseos de poseerlo cuando llegó a Híspalis como un adolescente ideal para colmar los ardientes apetitos que por entonces hacían sentir y vivir al poderoso liberto. Si Hadriano lo hubiera conocido, Antínoo le habría parecido un pastor andrajoso y sarnoso.

—Eras muy atractivo, Valentiniano. Tan joven, tan fuerte, tan rubio…

Valentiniano se incomodó.

—¿Es para recordar tu ardores para lo que me has llamado? No sigas. Tengo trabajo pendiente en casa de Scaeva. Su hijo quiere ser gladiador…

Cara Pescao levantó su mano indicándole calma. Mucha calma.

—Te he llamado porque el sitio que dejó libre en la corporación nuestro querido Scaeva solo lo puedes desempeñar tú. ¿Te lo quedas?

—Yo, antes de que me llamaras, quería verte para decirte que si hay futuro en Roma, pasa obligadamente por Alejandría. ¿Te interesa hacer negocio con un rico banquero y mercader alejandrino?

—¿Qué sabes tú de Alejandría?

—Lo que he aprendido en este tiempo sirviendo en casa del banquero Apolofanes. El tiempo que tú has perdido en Britania yo lo he ganado en Egipto.

Cara Pescao se levantó. Abandonó el jardín, y se fue corriendo hasta la enorme estatua de mármol que tenía de Mercurio en el atrio de la casa. Mientras corría llamaba a sus esclavos con palmadas vigorosas que fueron atendidas de inmediato.

—Quiero incienso, mirra, maderas indias y el pebetero de plata grande. Rápido, perezosos. Mercurio no me abandona nunca. Me suelta de la mano, pero luego vuelve a cogerla para guiarme.

Cara Pescao rezó ante Mercurio mientras el dacio lo contemplaba estupefacto.

—Está loco de remate —dijo Valentiniano.

Finalizada sus oraciones, Crátero se presentó ante su amo para decirle y recordarle que debía ser castigado por haber actuado en contra de la voluntad de su dueño, cuando mandó que lo lavaran, asearan y perfumaran para espantar de su aura tanta negrura y aflicción:

—Señor, estoy dispuesto a que me azoten.

Cara Pescao lo miró, le sonrió y le dijo con la innegociable complicidad de dos amigos:

—Vamos al jardín con Valentiniano. Y léeme ese informe sobre las posibilidades de negocio que podemos tener en Alejandría. Mercurio me acaba de enviar a su mejor mensajero…

Mientras salía murmuraba oraciones a Júpiter; el color de su rostro se había llenado de vida y Crátero a duras penas le seguía sus pasos. Inopinadamente, el rico mercader le dijo a Crátero:

—¿Qué sabes de Ben Judea, Crátero? ¿Sigue malgastando su dinero en matemáticos e inventores para hacer molinos de viento?

—Sobrevive gracias a las ventas inmobiliarias en Itálica.

—Da igual. Allá él con sus inventos. A nosotros nos acaban de entregar la llave de Oriente, la que tanto andábamos buscando y que, alguna vez, creí que tenía Ben Judea. Que el judío siga con sus molinos. Nosotros encontraremos el viento de los grandes negocios en Alejandría…

Itálica

Un plan perfecto

Gala y Plaucia, en una de las amplias y luminosas habitaciones de la

casa de la aristócrata, donde no faltaban amorcillos pintados en vivos colores sobre paredes estucadas en rojo y negro, se probaban las ropas que iban a lucir dos días después en la fiesta de presentación de la muchacha en sociedad. Las esclavas que la atendían estaban alborotadas por la fastuosidad de los vestidos y las joyas, que disfrutaban como si fueran para ellas. Tocaban las sedas de los vestidos como acariciaban la espalda de Gala cuando, delicadamente, la bañaban y lubricaban su piel con aceites de Arabia. Y la más osada, una roxolana que gozaba de su entera confianza, llegó incluso a colocarse en una de sus orejas uno de aquellos pendientes de cascabeles hechos con perlas costosísimas y recién llegados de Roma, del Porticus Margaritarius, el barrio de los artesanos y vendedores de perlas de la capital del mundo.

—Esclava roxolana: Mire, señora, nunca más me lo podré poner. Pero sí podré decir que yo, aun esclava, he podido lucir unos pendientes de cascabeles…

—Gala: Y son tan bellos que nadie podría decir que esa oreja tuya no es la de una hermosa aristócrata —dijo Gala.

—Plaucia: ¿Os gusta cómo me queda el vestido?

—Esclava 2: ¿Me permite una indiscreción, señorita Plaucia? —dijo otra esclava

—Plaucia: Habla.

—Esclava2: Como mejor luce usted es descalza. Sin ninguna ropa. Es como si Venus dejara su altar en el templo y echara a caminar entre nosotros.

—Gala, sorprendida: ¿Estás insinuando que se exhiba desnuda ante esa manada de lobos hambrientos que vendrán a conocerla? —dijo Gala, sorprendida.

—Plaucia: No, gracias por tu indiscreción. Pero aunque mi piel sea tan lozana y mis curvas tan definidas, creo que luciré muchísimo mejor con ese magnífico vestido de seda transparente que, seguramente, incendiará los bosques secos de muchos de nuestros invitados.

Gala tocó las palmas un par de veces y no tuvo que decir nada más. Las esclavas salieron de la habitación y dejaron solas a la madrina y a su hija adoptiva.

—Ven, siéntate a mi lado. Aquí al borde de la cama.

—Sé para lo que me requieres, madrina.

—Te he instruido tan bien que ya te adelantas a mis proposiciones. Repasemos los objetivos de la fiesta.

—¿Hablas tú o yo, madrina?

Gala, tomándola de la mano y mirándola con una satisfacción tan

plena que parecía que aquella chica era de verdad su hija, que compartía con ella la misma sangre, le brindó una cálida sonrisa. La aristócrata dio la palabra a su pupila.

—Mostraré una imagen entre recatada y despierta. Debo mostrarme ingenua, pero nunca tonta. Regalaré sonrisas a los hombres y a las mujeres, y nunca me cansaré de halagar y cantar la belleza de las señoras de nuestra alta sociedad. Me gustarán sus vestidos aunque parezcan panaderas; les regalaré el oído alabando sus pendientes que, nunca, podrán superar en elegancia, clase y dinero a los nuestros; me haré la ignorante si me habla una ignorante incorregible. Y a los jóvenes aristócratas que quieran besarme el hombro, cogerme la mano o desmayarse de amor en mi cuello los evitaré con la prudencia suficiente para no asustarlos de forma definitiva.

Gala la interrumpió.

—Te ajustas estrechamente a lo convenido, pero veo que no te acercas al objetivo principal de esta fiesta.

—Que no es otro, querida madrina, que el tío viudo de Fabia Hadrianilla. Me esforzaré por alcanzar ese objetivo. Pero antes me gustaría que, aunque fuera solo por unas horas, pudiera respirar la lozanía del nardo que envuelve a la juventud. Y jugar con ella como lo hacen los sátiros con las ninfas.

—Son palabras mayores. Irás virgen al matrimonio. No estropees tu mercancía niña…

—Por supuesto. Aunque el tío viudo de Fabia Hadrianilla ya casi no tenga fuerzas para abrir la almendra de mi jardín más florido.

—No jugamos a divertirnos, Plaucia. Nos divertiremos jugando para conseguir nuestro principal objetivo: acceder al círculo familiar de Hadriano. Tú serás la esposa del tío de Fabia; después, con la prudencia de una vestal, te enamorarás de esos jóvenes que te pretenden y que huelen a nardos, y que a mí me parecen muy poco hombres. Ese es nuestro objetivo. ¿De acuerdo?

—No puede ser de otra forma —confirmó con determinación la chica.

Gala le retiró la mano a Plaucia y se quedó mirando una pequeña mancha en el pliegue de sus dedos. Una mancha nueva, que no había visto antes; una mancha que, a las pruebas se remitía, no había podido evitar la carísima crema de belleza que Ovidio había ponderado y que usaban en Roma las aristócratas más distinguidas y adineradas. Una mancha de esas que se asoman a tu piel cuando la juventud comienza anunciarte que pronto dejaría de caminar junto a ti… De aquel negro presentimiento para la inmensa y arrogante vanidad de Gala la sacó la voz de Plaucia, que ante la duda que había despertado en su madrina,

quiso tranquilizarla con el juramento que consagró su unión de intereses. Con voz firme, como la de un general a sus soldados antes de la batalla, la chica de Iulia Traducta dijo con timbre de voz enérgico y vibrante:

—Los intereses están por encima de los sentimientos; el odio por encima del amor; el amor, a escondidas y con quien yo elija…

Gala la miró, le sonrió y salió de aquella habitación con un insoportable vértigo existencial tras el aviso que Cronos le había dejado en un pliegue de sus dedos en forma de una visible manchita. Mientras salía de la habitación se fue pensando:

—Ni la fortuna que me gasto en cremas para la piel para retener en mi cuerpo la juventud pueden con ese cabrón de Cronos, que siempre acaba devorando a sus hijos…

Un deseo ingobernable de competir con Plaucia para saber si su belleza aún atraía a los machos más jóvenes y poderosos de la manada le inflamó el pecho, le desbarató la razón y la disparó como una flecha contra el cuello de un venado para espigar, entre las frutas más juveniles del jardín aristocrático que asistiría a su fiesta, la más apetitosa y fresca. Aunque oliera a nardos. Solo para convencerse de que aquella manchita en sus dedos no le restaba fuerzas ni intensidad al horno flamígero de su condición femenina. Ella, Gala, tenía que seguir siendo la reina…

Híspalis

No será gladiador

Asinus y Valentiniano hablaban de Alejandría, un horizonte vital para emprendedores y para vidas obligadas a empezar de nuevo. La viuda de Scaeva le había puesto al día de sus planes: vendería la *domus* de Itálica, compraría un barco mercante en Híspalis o en Gades y abriría sus ambiciones comerciales más allá de las casas de prostitución y las tierras de labor que Scaeva había conseguido con su fama en la arena y los servicios de seguridad prestados a Cara Pescao. Alguna vez había hablado de todo esto con el patrón y ambos coincidieron que el occidente del Imperio se desvanecía mientras que las fuerzas que perdía las ganaban, multiplicándolas, oriente y sus mercados más allá del mar de Eritrea. No tenía, pese a su juventud y extraordinaria figura, necesidad alguna de compartir su vida con otro hombre, porque la vida con otro hombre no le iba a reportar ni la mitad de felicidad y seguridad que la que había compartido con Scaeva y la pestilencia le robó como un salteador de caminos. Había aprendido a

ser arrojada como los varones y era prudente y lista como muchas mujeres. Su único miedo en la vida era educar a Scaeva Minor en los principios que su padre le había trazado y que Asinus, en absoluta concordancia, iba a seguir al pie de la letra.

—Te gustará Alejandría, Asinus.

—Estoy decidida a meterme en esa aventura. Pero antes quiero solucionar un problema doméstico de mucha importancia y creo que me puedes ayudar.

—Si está en mi mano, cuenta con ello. Si no lo está, también.

Asinus le regaló tan generosa disposición con una sonrisa fugaz que demostraba su grado de preocupación.

—Te lo diré claramente, Valentiniano: Scaeva Minor no va a ser gladiador, ni va a entregar su sangre para que un emperador cabrón de Roma prolongue su vida con su sacrificio. Scaeva Minor, si tiene que pisar alguna arena, será la de la playa de un *emporium* lejano para cambiar plata por seda, o aceite por clavos y pimienta.

—Te entiendo, Asinus. Llevas toda la razón. Pero voy conociendo a Scaeva Minor y es un cabezota. Te puedo decir que a menudo me recuerda a mí con su edad. Su padre siempre quiso que yo fuera su hermano; ahora es probable que yo sea el hermano de su hijo. La vida es así de caprichosa.

Asinus hizo un gesto de aprobación leve con su cabeza pero no cayó en sentimentalismos. Su mensaje era muy claro: Scaeva Minor nunca sería gladiador si ella no lo permitía. Y estaba decidida a no permitirlo. Le respondió a Valentiniano:

—Es un cabezota. Y está empeñado en demostrarme que es un hombre cuando aún lleva la *bulla* de oro, el amuleto infantil, sobre su cuello. Tiene cuerpo de muchacho, pero no deja de ser un niño. Amaba tanto a su padre que está convencido de que solo respetará su memoria si derrama la sangre de sus enemigos en la arena.

—Es hijo de un guerrero y de una luchadora: no sé de qué te extrañas. De un león y de una leona jamás nace un cordero.

—De acuerdo. Eso es verdad. Pero la fuerza de un carácter sí se puede desviar hacia objetivos más seguros, incluso más prácticos. Sueño con ver pelear a Scaeva Minor en los mercados tratando con nabateos y egipcios, pero no con gladiadores.

—Haré más de lo que mi corazón me pide. Porque te diré algo, amiga mía: ese niño lo tiene todo para ser el gladiador que Híspalis necesita, que Híspalis está esperando.

—Haz bien tu trabajo por la memoria de Scaeva. Que yo intentaré que Híspalis se siga entreteniendo con los mejores muslos de la Bética y el norte de África…

La noche de la luna llena (1)

Aquella fiesta se quedaría grabada en la memoria sentimental de Itálica. Un día que no sería ajeno ni a *honestiores* ni a *humiliores*, ni a apellidos jaspeados por su estirpe itálica, siempre tan orgullosa de Escipión, como los Titio, Ulpio, Elio, Pollio, Nepos, Balbino, Serviamo; ni a los humildes y terrosos que sobrellevaban los panaderos, los zapateros, los taberneros, los artesanos, los campesinos. Porque Gala, tan calculadora como práctica, quería que Plaucia entrara en sociedad bendecida por todos, los de arriba y los de abajo, los poderosos y los humildes. Para conseguirlo sufragó una comida popular, consistente en aves y carnes de res, vino y pan de buena factura, para los vecinos de la ciudad, así como representaciones de mimos y acróbatas en el foro. Se acordó del culto al emperador y, por medio de Iulia Salinator, la flamínica del templo del dios Hadriano, honró la memoria del Príncipe con un ara de mármol con letras de bronce doradas, donde se alababa la cuna italicense del rey del mundo. Dejó en el templo de Isis una buena remuneración en monedas de plata, y en su esplendorosa *domus* recibió a todo aquellos linajes senatoriales, ecuestres, militares de sangre escogida y decantada por la aristocracia de sus cunas que no podían faltar a su gran negocio, a su gran inversión emprendedora. Adultos y adolescentes. Hombres y mujeres. Toda la crema de la crema social y económica de la Bética y Tingitania había sido reclamada para endulzar aquel banquete social con la miel de sus poderes. Todos los que tenían que estar, estaban. Y entre ellos no podía faltar Cecilio, el tío viudo de Fabia Hadrianilla.

Músicos, bailarinas egipcias, acróbatas, espectáculo de caballos africanos, magos jugando con el fuego y el agua, tinajas de vino chipriota, reses, aves, mariscos, pasteles. Una compañía teatral les daría a los invitados un respiro en el teatro de Itálica. Y en algún momento de la fiesta, Africano había asignado a dos de sus gladiadores más cotizados en ese momento la gloria de un combate sin sangre.

—Qué desmesura —comentó con la boca abierta Octaviana, la madre de Plaucia.

—Todo en honor de tu hija. Deberías estar orgullosa —le respondió Tito Plaucio, su esposo.

—Lo estoy, querido esposo. Lo estoy. Pero también estoy deslumbrada por algo que jamás había visto ni imaginado.

—Mira a Plaucia, rodeada de jóvenes. Quién sabe si alguno de ellos

la pedirá por esposa. Nunca la vi tan feliz.

—Son todos apuestos, de buenas familias, y harían un matrimonio muy conveniente. Pero he de confesarte, querido esposo, que algunos de ellos se exhiben tan remilgados que me infunden cierta desconfianza.

—Apestan a perfumes. Huelen más que las mujeres. Y fíjate en sus manos.

—Lo primero que hice fue eso, querido Tito Plaucio. Parecen manos femeninas.

Ambos siguieron comentando todo lo que allí les entraba por los ojos como una avalancha de novedades, de usos y costumbres sociales que no se practicaban en Iulia Traducta. Tito Plaucio apuró uno de sus vasos de fluorita con vino chipriota y comentó:

—Honradamente, tengo que reconocer que a mí también me parece todo muy desmesurado. Pero es nuestra hija, Octaviana. Y hemos de celebrar y agradecer a los dioses la abundancia con la que la Fortuna la ha tratado. Y recuérdalo bien: su bienestar es el nuestro. Más allá del amor paterno...

Los músicos no dejaban de tocar; las bailarinas egipcias corrían por los jardines para perderse con los jóvenes aristócratas que las cortejaban como sátiros; los magos del fuego y el agua hacían sus espectaculares juegos para que nadie los atendiera. Los inclinados a dejarse seducir por la dulzura del vino hacían guardia a lado de las tinajas más prometedoras, ya borrachos y descartados para seguir la noche. Gala y Plaucia se dejaban halagar por las aristócratas invitadas, en ese juego de ofidios venenosos que las mujeres practican cuando la belleza y la juventud arman una combinación tan letal que un beso puede matar suavemente como si fuera una canción infantil.

ARISTÓCRATA 1.—Venus te envidiará, querida Plaucia. Prevente, las diosas no perdonan —dijo una.

PLAUCIA.—Muchas gracias por tu halago. Solo una mujer de tu clase puede decir esas cosas tan sentidas.

ARISTÓCRATA 2.—Y tu juventud sigue intacta, querida Gala. Tan rutilante como esos pendientes de cascabeles que luces. Me alegro de que hayas superado tan ágilmente tu viudedad. Sigues siendo hermosa —raya dijo otra.

ARISTÓCRATA 3.—Yo no sabría distinguir entre la madre y la hija. Ambas tan hermosas, elegantes e inteligentes. ¿Cuál de las dos es la que busca pretendiente? —dijo una tercera.

PLAUCIA.—Ninguna de las dos buscamos nada. Es posible que muchos de nuestros maravillosos invitados, en algún momento de la noche, cuando sus acompañantes hayan sido rendidas por el sueño,

vengan a buscarnos para cumplimentarnos con sus adorables muestras de cariño —dijo Plaucia.

Gala esgrimió una sonrisa, puso su punto final a aquella estúpida reunión.

—Disculpad, amigas. Hablando de maravillosos invitados, creo que es hora de que Plaucia bese a sus padres. Con vuestro permiso. Seguid bebiendo, os lo ruego. Ese vino chipriota nos vuelve más cordiales y simpáticas…

Gala y Plaucia, levantando admiración y murmullos de aprobación por donde pasaban, fueron hasta donde Tito Plaucio y Octaviana estaban sentados, disfrutando de la noche veraniega de Itálica, con una luna llena tan luminosa que les hacía pensar en el cielo de Iulia Traducta; aquel cielo donde tantas noches serenas de estío habían pasado repasando sus vidas y asignándose estrellas lejanas para identificarlas con los mejores días de su matrimonio. Pero no pudieron llegar a su destino. Muy cerca de ellos, Plaucia les dedicó una sonrisa de la que se desprendían flores y luces de felicidad, pero se toparon [unos pies antes] con Fabia Hadrianilla acompañada de su tío viudo, Cecilio. Gala y Plaucia fueron abordadas con halagos, sonrisas y expectativas.

—Ni en las mejores casas de Roma he visto fiestas como la tuya, querida Gala. Permíteme que te diga, sin exagerar, que es digna de nuestro príncipe y que en su Villa Tívoli no desentonaría.

—Muchas gracias, Fabia. Nunca olvidaré tus palabras.

Fabia miró a Plaucia, que bajó los ojos y le hizo una mínima pero evidente reverencia.

—Y nadie más que tú, estimada Plaucia, podría ser la reina de esta fiesta. ¿Conoces a mi tío Cecilio?

—Me encantaría conocerlo —dijo Plaucia con impostada timidez—. He oído hablar mucho en Itálica de su amor a las antigüedades y, también, del dolor por la pérdida de su esposa, terrible circunstancia que lamento.

Gala se derretía. No había calculado una situación más ventajosa para que ambos se conocieran sin que sus movimientos de acercamiento fueran forzados y chirriantes. El encuentro fue tan natural que ninguna de las dos lo provocó. Gala le alargó su mano a Cecilio para que se la besara al tiempo que le decía:

—Tenía ganas de verte nuevamente en nuestros encuentros sociales. Me alegro de que el dolor le vaya haciendo sitio en tu corazón a la serenidad.

—Gracias, Gala, Mantienes intacto el don de la palabra y en mi caso siempre la utilizaste con cariño y dulzura. Os diré a ambas una

cosa: no sabría decir cuál de las dos es más bella si esa juventud desbordante y lozana que tiene Plaucia o esa…

Gala lo interrumpió con humor.

—No, no sigas por favor, Cecilio. Me da miedo que sigas por ese camino. Sé de tu gusto por las antigüedades…

Cecilio rio la ocurrencia, y Fabia la acompañó. Plaucia permanecía serena, con los ojos clavados en algunos jóvenes aristócratas que jugaban con las bailarinas, pero con los oídos bien abiertos para no quedarse rezagada en aquella conversación.

—Ese camino, querida amiga, solo conduce a decirte que, incluso con los pendientes más humildes y las sedas menos elaboradas, sigues siendo la mujer más bella, elegante y deseable que tengo entre mis amigas.

Gala le devolvió la galantería:

—Y tú me sigues pareciendo ese apuesto y educado hombre con el que se puede hablar de teatro griego, de antigüedades persas y de dioses egipcios. Eres un hombre capaz de hacer feliz a la mujer más exigente.

Cecilio se dirigió a Plaucia:

—¿Te gustan las antigüedades, Plaucia?

Plaucia se mordió un labio como si estuviera en apuros. Gala la miró con terror, con miedo a que no eligiera la respuesta más adecuada.

—Soy muy joven. Pero no soy ajena al enorme valor de la experiencia. Hay antigüedades que representan el ímpetu más joven de una civilización. A mí, como a mi padre, me gusta más la Roma de antes que la de ahora…

Itálica

La noche de la luna llena (y 2)

Tito Plaucio y Octaviana mantenían una entretenida conversación con varios nobles que, educadamente, se les acercaron cuando supieron que eran los padres de Plaucia. Los aristócratas alabaron las virtudes de su hija, tanto las que saltaban a la vista por la belleza de la muchacha como las personales, ponderando su exquisita educación, edificada sobre la base de una previa instrucción familiar en la que se dejaban ver las mejores virtudes de la formación clásica romana, padre y madre no podían sentirse más satisfechos, pero aquella conversación sobre la permanencia o no de los viejos valores educativos que hicieron grande a Roma derivó hacia asuntos más

prácticos e inmediatos. Uno de los aristócratas, latifundista en la vega de Carmo —dijo:

ARISTÓCRATA 1.—Mantener esos valores exige un gran esfuerzo. Y la vida es breve y solo podemos vivirla una vez.

ARISTÓCRATA 2.—El emperador, siguiendo otras políticas imperiales anteriores a su principado, ha intentado que los propietarios vuelvan a estar encima de los trabajos agrícolas. Pero preferimos la ciudad a las incomodidades del campo —dijo otro.

ARISTÓCRATA 3.—Pero lleva razón el emperador. Cada vez es más frecuente contemplar a los grandes propietarios lejos del campo, y el sistema productivo no es fácil mantenerlo solo con el trabajo de los pagos y las aldeas, donde los campesinos llegan hasta donde pueden —dijo un tercero.

Tito Plaucio se llevó la mano derecha al mentón. Reflexionó un tiempo, y luego les contestó con una fábula.

—¿Conocéis la fábula del boyero y Hércules?

Octaviana le dio un disimulado y leve codazo al costado de Tito reclamando prudencia…

—Os la cuento. Dicen que un boyero volvía a su casa en su carro cuando éste cayó en una zanja muy profunda. El conductor, en lugar de intentar sacarlo, se quedó allí sentado sin hacer otra cosa que llamar a Hércules, el único dios al que veneraba y adoraba sinceramente. Hércules se le apareció y le dijo: «Pon tus manos en las ruedas y fustiga a los bueyes. Llama a los dioses solo cuando hagas algo por ti mismo, o los llamarás en vano…».

Los aristócratas se callaron sorprendidos por el estilo tan directo de Tito. Pero eso no era todo. El viejo aristócrata de Iulia Traducta aún tenía otra catapulta preparada.

—Columela dejó escrito que hay poderosos, muy poderosos, que poseen comarcas enteras a las que no pueden dar la vuelta ni siquiera a caballo, y que dejan abandonadas a los ganados para que las pisoteen, o a las fieras para que las devasten o destruyan…

La fábula y la cita de Columela se ajustaban a la realidad de lo que pasaba en el campo romano, pero no es aconsejable nunca decir la verdad a los mentirosos que defienden sus mentiras; y menos en una reunión donde los nobles se habían mostrado tan educados y halagadores. Octaviana intervino, armada de palabras medidas y prudentes, para evitar que el chasquido verbal de su esposo incendiara una reunión tan amena.

—Querido Tito, a esa fábula le podemos anteponer otra que defiende justamente lo contrario. No todas encierran una verdad absoluta. Yo creo, como nuestros amigos, que vivir encima del campo

y de los esclavos para que trabajen y no holgazaneen es un acto de autoexigencia heroico. Entiendo que la mejor solución es arrendar las tierras, cobrar una buena renta y que la trabajen otros.

ARISTÓCRATA 1.—Es lo que yo hago con las mías, estimada Octaviana. Ya sé a quién sale Plaucia… —dijo el primer aristócrata.

Rieron con cierta pizca de maldad. Y Tito entendió que la fábula del boyero y la cita de Columela describían perfectamente lo que pasaba entre las clases aristocráticas que habían desertado de sus obligaciones en el campo… Pero también se dio cuenta de que no estaba ante el público más apropiado para contarlo. El idiota se ofende cuando lo llaman idiota.

—Mi esposa siempre fue más lista, perspicaz y prudente que yo. De hecho, nuestros últimos progresos económicos en IuliaTraducta se los debo a su capacidad.

ARISTÓCRATA 2.—¿Pensáis dejar el campo y vivir en la ciudad? —preguntó el segundo.

Tito y Octaviana se miraron.

ARISTÓCRATA 3.— Debe ser muy duro pensar que pasa la vida y que te pierdes fiestas como estas, diversiones que el campo no te puede brindar —dijo el tercero.

Nuevamente intervino Octaviana, con la elegancia y prudencia precisas.

—Creo, amigos, que nos veremos mucho más a menudo. La vida de nuestra hija cambiará las nuestras o, al menos, la modificará lo suficiente como para que Iulia Traducta no sea nuestro destino exclusivo.

ARISTÓCRATA 1.—Pues os felicito. *Carpe diem*. Y en la ciudad mejor que en el campo.

—Que no te oiga el emperador, amigo —dijo Tito Plaucio con cierta picardía.

Octaviana se disculpó de la reunión y tiró de su esposo con un argumento inexcusable:

—Vamos a besar a nuestra hija, Tito, aún no lo hemos hecho.

Los tres nobles alzaron sus copas y brindaron por la larga vida que le deseaban a Plaucia. Uno de ellos, cuando el matrimonio de Iulia Traducta les había dado las espaldas, sacó la daga de su lengua más venenosa para traicionarlo con la palabra:

ARISTÓCRATA 1.—Será muerto de hambre este capullo de Plaucio. Llevaban años comiendo gusanos en esa apestosa ciudad y ha empezado a comer caliente cuando su hija le manda el dinero que le mendiga a Gala.

ARISTÓCRATA 2.—Y encima queriéndonos dar clases de romanidad.

De amor a la tierra, a los valores antiguos y a la austeridad.

ARISTÓCRATA 3.—Es fácil ser austero cuando la vida no te da para más. Anda y que se lo coma Neptuno en uno de sus arrebatos marinos.

Antes de que Tito y Octaviana se fundieran en un estrecho y enternecedor abrazo con su hija, en el camino que los separaba, Plaucio le comentó a su esposa:

—Todo lo que ves aquí es lo que está llevando a Roma a su perdición. Lo que obtienen de sus tierras no se invierte en su mejora sino en el lujo y despilfarro personal. Llegarán tiempos duros pero ni tú ni yo, afortunadamente, los veremos. Pobre Roma…

Entre los pocos comerciantes que había en la fiesta se encontraba Cara Pescao. Su relación societaria con Gala le daba esa ventaja también, cómo no, su inmensa fortuna. Su sangre no era azul pero sus manos eran de oro y con oro se abren todas las puertas. Cara Pescao no descendía ni de un veterano de Escipión ni de ninguno de los colonos italianos de la tribu Sergia que pobló Itálica. Era un antiguo esclavo, de ascendencia turdetana o hispanoromana, que se había hecho a sí mismo a fuerza de talento y perspicacia comercial puesta al servicio de un patrón hispalense que vivía en Roma. Le había llevado a Plaucia una deliciosa gargantilla de oro y marfil de donde colgaba una Venus desnuda, símbolo del amor. La había adquirido en el templo gaditano de la diosa, en la isla más antigua de las tres que le daban unidad a la ciudad, la conocida por Erytheia, Aphrodisias o de Juno, donde además del templo de Venus estaban la gruta y su oráculo. Al rico mercader lo acompañaba su fiel e inseparable Crátero. Cara Pescao estaba orgullo de su regalo, adquirido en la isla más antigua de las Gadeiras, la fundada por los tirios, y esperaba la mejor ocasión para entregárselo personalmente a la hija de Tito y Octaviana. Entre los músicos había un chico joven, moreno y de pelo rizado, que le recordaba a su perdido Hércules tingitano.

—Crátero, ve y dile a ese músico que tiene que tocar el cálamo en casa. Él solo. Y por una cantidad que le pondrá los pelos lacios...

Crátero se rio y se alegró de que su amo tuviese otra vez ganas de reír y de amar.

—Así lo haré. Tengo una duda, señor.

—Dime, Crátero.

—¿Le tocará el cálamo o la trompeta? ¿Qué prefiere?

—Me da igual, maldito griego —dijo riéndose—. El caso es que lo que me haga suene a música. Necesito música. Quiero oír música que me transporte hasta Alejandría.

Cara Pescao se quedó sonriente, como si la vida se le ofreciera, otra vez, nueva, joven y apetente. Alejandría y sus retos lo habían

encendido, y ya no se quedaba melancólicamente derrotado en los jardines viendo trabajar a las hormigas o arrullar a los palomos. Estaba en forma. Más en forma que nunca. Tanto y tan rápido que, en aquella noche lunar de sexo, vino y poder, vio con claridad un rostro muy interesante que departía con suma cordialidad con Gala, con su socia Gala. ¿Quién era aquel tipo, ¿Por qué le sonaba tanto su cara? Llegó Crátero con una respuesta afirmativa del músico, que le regaló un guiño de ojo a Cara Pescao que el liberto devolvió con un aleteo de su mano.

—Gracias, Crátero.

—Siempre dispuesto a cumplir sus deseos, patrón.

—Pues ahora tengo uno que sí que de verdad me importa. Mira hacia donde está Gala. Allí enfrente. A lado del ninfeo.

—La veo. Está bellísima.

—Pues dime quién es el feo que está su lado y con el que habla tan cordialmente.

Crátero afiló sus ojos de águila y le dijo:

—Es el *procurator metallorum* [19] de Urium, Río Tinto.

Cara Pescao sonrió y dijo con perspicacia:

—Solo la ambición supera a su belleza y a su maldad. Gala busca una mina de plata y no nos ha comentado nada…

Itálica

Perder la cabeza

—Tócala, tócala otra vez. Me encanta tú música —insistía Cara Pescao.

El chico que tocaba el cálamo era diestro en el manejo del instrumento y su música serenaba el agitado mundo de ansiedades y nervioseras del rico mercader. Un esclavo interrumpió el concierto y Cara Pescao lo insultó, porque había dejado dicho que no lo molestaran. Era evidente que se había recuperado de sus crisis emocionales. Las tres noches con sus días correspondientes que había durado la fiesta de Gala y Plaucia las resistió como diez años atrás. Y ahora llevaba otros tres días escuchando música en su alcoba, con un músico que era capaz de tocarle las notas preferidas por tan exigente melómano.

—¡¡He dicho que nadie me molestara bajo ninguna excusa!! ¿Queréis que os azote, holgazanes?

El esclavo bajó la mirada, se hincó de rodillas y mostró, alzando el brazo por encima de su cabeza, un papiro. El esclavo habló lo preciso:

—Viene de Britania. Acaba de llegar al puerto junto con una tinaja de miel.

—Dámelo. ¿La tinaja también está aquí?

—Sí mi amo.

—Largo de mi vista. Tú también, músico. Baja a la cocina y que te den algo de comer; te necesito con fuerzas para que no te canses de soplar… Que suba Crátero. Inmediatamente.

Cara Pesacao abrió el papiro y leyó:

«Que los dioses te protejan, hispalense. Deseo que cuando te llegue esta nota hayas podido recuperarte de los duros reveses que recibiste en el mar y en las tierras de Britania. Como te dije antes de tu regreso a Híspalis todo ha salido como se había planeado. No tienes motivo alguno del que preocuparte. Mercurio, el dios al que más invocas, sigue llevándote de su mano, aunque haya veces que parezca que te da la espalda y te abandona. Te envío como regalo una tinaja de miel de los campos caledonios del norte del muro, para que nadie más pueda amargar los días de tu existencia. He de comunicarte que tu barco ha sido rescatado por los soldados y el frumentarius de la legión VI Victrix. Debes viajar a Britania o escribirles a tus amigos militares, que en tan buena estima te tienen, para saber si lo quieres o si se lo vende el Ejército a unos comerciantes extrañísimos, procedentes de las tierras de Seres, bajo el imperio de la dinastía china Han, que han llegado desde Londinium y se han interesado por él. Yo estoy a punto de abandonar Britania. No es aconsejable que me vean mucho por aquí, y es posible que busque una nueva vida por Oriente. Siempre me fascinaron sus mujeres y su forma de tomarse la existencia. Que los dioses nos protejan y nos permitan vernos algún día para celebrar nuestra particular campaña de Britania, que no tiene nada que envidiarle a la que condujo Claudio el tartamudo. Decimus».

Cara Pescao llegó a su jardín. Crátero y algunos esclavos lo acompañaban.

—Abrid esa tinaja —dijo Cara Pescao.

Los esclavos procedieron a quitar el amplio tapón de corcho y madera que obturaba la boca de la tinaja. Cara Pescao se subió a un poyete para asomarse a aquella enorme vasija y ver qué clase de miel le enviaba desde Britania, donde hasta las abejas eran feroces y parecían pintadas de glasto.

—Esta tinaja contiene la miel más pura y dulce que nunca pude imaginar.

Cara Pescao metió la mano para probarla. Y después sacó una

especie de talega con algo en su interior. Todo se estaba poniendo perdido de una miel espesa, dulcísima y con aroma de flores boscosas de tierras lejanas. Abrió el saco y extrajo una cabeza humana cortada, con los ojos despavoridos y un rictus de idiotez en su última expresión. Los esclavos y hasta el propio Crátero retrocedieron un paso al verla, como si de aquella tinaja hubieran sacado la cabeza de Medusa.

—Es, es, es…

No acertaban los esclavos a decir el nombre, más por la impresión que por desconocimiento. Cara Pescao los ayudó:

—Es Aulio, mi factor en Britania, mi decepción comercial más grande, el traidor más abyecto que un ser humano pudiera encontrarse. Él fue la causa de que nuestra misión en Britania se abortara. ¡Miradla bien! ¡Levantad vuestros ojos y miradla bien! Así premia Cara Pescao a los que lo traicionan. A los que se empeñan en devolverle favores con engaños abominables. Miradla bien.

Todos miraban la cabeza de aquel desgraciado que ahora era exhibido como castigo ejemplar. Cara Pescao la arrojó al suelo y, como una pelota pringosa, fue dando vueltas hasta que se encontró el pie de un banco de mármol que la paró.

—¡¡Cogedla y echádsela a los perros!!

Sonriente, lleno de vitalidad, saltarín incluso y poseído por una energía que no sentía desde que su caballito gaditano lo ponía a cabalgar por las amplias praderas del amor, Cara Pescao le dijo a un esclavo que aún permanecía estupefacto por lo que había visto:

—Ve a la cocina y dile al músico que lo espero en mi alcoba. Hoy es un día que necesita mucha música para celebrar grandes triunfos.

Luego miró a Crátero y le dijo:

—Fiel amigo, sigue investigando lo que Gala anda tramando con el *procurator metallorum* de Urium. En esa relación hay mucha plata…

---

[19] Encargado de controlar la mina del estado.

CAPÍTULO XII

El diario de la emperatriz (3)

Villa Tívoli

La gloria de Judea

Nuestros fabulistas han sabido expresar con puntería de arquero la complejidad del alma de los hombres, a veces con humor, otras con realismo y muchas con una severidad que no es ajena a nuestra propia existencia. De forma recurrente, como una abeja que acude a libar el polen de la flor de los cerezos, recuerdo con el amargor del vinagre la fábula del lobo y el cordero. El cordero se había despistado y perdido de la protección colectiva del rebaño. Un lobo, en vez de atacarlo y llevárselo por la fuerza, empezó a inventar excusas falaces, tramposas y mentirosas que justificaran su fin último y definitivo. No se me olvidan las preguntas forzadas del lobo para construir su estrategia: «¿Acaso no me calumniaste el año pasado con todo lo pequeño que eres?» A lo que el cordero respondía atribulado: «No te calumnié el año pasado; nací este año». «¿Acaso no estás pastando en hierba de mi propiedad?» —continuaba el lobo—. «Nunca he probado la hierba». «¿Acaso no has bebido agua que me pertenece?» —insistía el lobo—. «Hasta el momento solo me he alimentado de la leche de mi madre» —respondió el corderito—. Entonces el lobo apresó al cordero y, mientras lo engullía, le dijo: «No puedes dejar a un lobo sin comer, por mucho que hayas rebatido fácilmente mis acusaciones».

Ni mi orgullo, ni mi soberbia, ni la fuerza de mi sangre me han permitido jamás interpretar el papel de cordero frente a mi imperial esposo. Ni soy liviana como la hierba ni tierna como un corderito. Él, en cambio, sí ha sabido ser un lobo hambriento que ha intentado saciar su hambre conmigo. Es curioso: el hombre que ha llevado la paz al Imperio, que sigue intentado unificar con sus edictos las leyes de un territorio que abarca de Occidente a Oriente sin pisotear ni desdeñar los usos provinciales, ha sido incapaz de arreglar nuestra relación, nuestro infernal matrimonio. Quizás porque creyó que Vibia Sabina, la esposa que lo acompañó en sus viajes por todo el Imperio como primera dama para mantener viva con mi imagen la del mejor emperador que tuvo Roma, la de mi abuelo Trajano, era un corderito.

Ese corderito que le entregaron la esposa de Trajano y mi madre a Hadriano con tal de que fuera el nuevo lobo que aullara, como jefe indiscutible de la manada, ebrio de poder, en las colinas de Roma. No tengo alma de junco. No sé inclinarme si mis reverencias y subordinaciones no han sido atendidas y pagadas con la elegancia y justicia correspondiente. Nunca seré un bocado para ningún loco, pese a que sus acusaciones sean tan falaces como las del lobo de la fábula.

Jamás la idea unitaria de acercar las provincias a través de su esfuerzo legislativo pasó por aquí, por Villa Tívoli. Mi habitación y la suya están separadas por más de dos kilómetros, y salvo que la ocasión protocolaria lo exija, no nos vemos las caras en días y semanas. Durante este tiempo el emperador ha estado muy ocupado con la rebelión judía. Los judíos también se han negado a ser el cordero a devorar por la loba capitolina, por las águilas imperiales de nuestro ejército. Y han subvertido la paz interna del Imperio que tanto persiguió el emperador. Sus periódicas rebeliones a lo largo de los últimos años han debido ser sofocadas con armas y fuego, pero no dejo de admirarlos en su indeclinable rebeldía. Es un pueblo que ha nacido para mandar sobre sí mismo, y no para ser mandado por otro más poderoso. Mi íntimo enemigo, el emperador de la barba griega, derramó toda la ira de la que es capaz sobre Jerusalén, derribó el templo y sobre el mismo levantó uno dedicado a Júpiter, creyendo, el muy incauto, pobre infeliz, que aquello acercaría a los hebreos a su idea de unidad política. Si fue incapaz de conseguirlo con aquella liga griega dirigida por Atenas, a la que tanto y tanto le ha concedido, ¿cómo creyó que los judíos aceptarían la cohesión imperial pasándolos a cuchillo y destruyendo el templo de su dios? Es cierto que no hay mayor derrota para un pueblo que vencerlo en el campo de batalla y en el templo. Si derrotas a sus dioses, ese pueblo jamás volverá a tener coraje para empuñar una espada, tremolar un estandarte o pelear por una bandera. Hadriano aplastó a los judíos, pero los judíos no quieren ser otra cosa que judíos. También los expulsó de sus tierras, sin calcular que seguirían siendo judíos lejos de Judea, y que escupirían sobre los pies dorados de Júpiter pese a no tener templo donde adorar a su único dios.

Nadie verá esto que escribo. Lo hago para decirme las verdades de mi existencia a la cara. Sin intermediarios. Desde el deseo de rescatar mi vida o, al menos, de entenderla sin que nadie escriba por mí lo que solo yo he vivido y sentido. Por eso no silenciaré ante los ojos y oídos de este papiro que, durante la guerra con los judíos, mi corazón estuvo con aquellos valientes rebeldes y que, en más de una ocasión, quemé incienso y astillas de cedro en honor a Marte para que la victoria

hebrea castigara la ambición desmedida de mi esposo. No fue la mía una deslealtad a Roma; fue un acto de nobleza hacia mí misma. Hacia una de esas almas que, siendo la emperatriz del mundo, su esposo quiso tratar como el lobo al cordero de la fábula…».

Villa Tívoli

La calamidad del género humano

«Voy a gritarme con la tinta y con mi pluma la verdad, pese a que se hunda en mi corazón como una daga. No quiero mentirme como un vulgar pescadero que, pese al fétido olor de sus calamares y caballas, insiste y clama con sus pregones que los peces más frescos que le llegaron esta mañana desde Ostia son los suyos, los que él vende en el mostrador de su taberna. Si algún valor les doy a estos escritos es el de que aparezca la Vibia Sabina más desnuda de prejuicios y liberada de las ataduras que la ligan al principado para, así, verme y reconocerme en el espejo de mis confesiones. La ruptura absoluta de mi matrimonio con ese engreído medio hombre tiene un motivo real y no imaginario como dicen algunos. Sus más adictos colaboradores y asesores siempre me culpan de tan violenta relación, argumentado que los humores femeninos, tan ligados a los procesos menstruales de nuestro sexo, se multiplican con las diferentes fases de la luna para convertirnos en una especie demencial e inferior al hombre. Volvemos a las preguntas tramposas que le hacía el lobo al corderito para salirse con la suya. Pero en este asunto tan desagradable para mí no hay preguntas. Ni respuestas. Hay un hecho tan incontrovertible como la designación de Lucio Ceyonio Cómodo para heredarle en el trono imperial. Primero lo apadrinó, luego lo nombró su sucesor. Pero la muerte lo alejó de la púrpura imperial y no tengo que ocultar que aquella pérdida ni la sentí ni la lloré. Por el contrario, la celebré y lo hice por todo lo alto. En nombre de Roma.

Pese a la propaganda imperial, capaz de convertir un prado de margaritas en un bosque de viejos abetos, este Lucio no había sido otra cosa que un senador muy, cómo expresarlo, muy cercano a mi esposo. No empuñó una espada ni para hacer sus ejercicios militares en el campo de Marte. Pero en cambio tenía una magnífica cercanía con los principales políticos de Roma. Lo conocí personalmente en una de las muchas veladas que mi esposo dio en Villa Tívoli antes de ser adoptado y puedo garantizar que era tan frívolo como lujurioso y extravagante. También, a imagen del emperador, se cortó el pelo y se dejó la barba, al estilo griego. Y nadie en Roma entendió la elección

de Hadriano para nombrarlo su sucesor. Por los distintos foros circuló el rumor de que era su hijo bastardo, puesto que yo me negué a darle descendencia al emperador para no acarrearle una calamidad al género humano. Solo el destino que, a veces sale a pasear de la mano de la suerte, nos liberó de un emperador tan incapaz como libertino y, gracias a su mala salud, jamás llegó a gobernar el mundo. Cuando murió no dejé de pensar en una cosa: que Hadriano debió de sentirse muy herido cuando le llegó a sus oídos la frase por la que yo jamás le engendraría un hijo. Y él se empeñó, desde entonces en buscar lo peor del género humano para llevarme la contraria. Ese monstruo no saldría de mi barriga. De hecho, mis mejores médicos interrumpieron un embarazo. Pero él trataría de buscarlo para vengarse de alguna forma de la mujer, de la esposa, que no quiso darle un hijo por temor a engendrar un demonio. De todas formas, el demonio ya andaba suelto por el mundo. Y algunos años antes, cuando visitamos el coloso de Menón en Egipto, volcó sobre mi reputación y prestigio todo el fuego devastador de su poder e insensibilidad…

Villa Tívoli

Muerte de Antínoo

Lucrecio sigue siendo uno de mis autores favoritos. Lo leo con frecuencia, sobre todo cuando necesito que los sabios no impostados, los de verdad, me aclaren aspectos de la vida que ellos han superado, bien por experiencia bien por el trabajo de sus reflexiones. Una de sus frases que más me cuadran es aquella en la que, de forma categórica, dice que «el alma es material y no sobrevive al cuerpo». Una aseveración tremenda puesto que, con una línea, destruye todo el peregrinaje posterior a la muerte de nuestro espíritu, de nuestras almas, tan inculcada en nuestros corazones por la religión y la mitología. No puedo dejar de esbozar una sonrisa pensando que, afortunadamente, si Lucrecio lleva la razón, la muerte no solo será una liberación para mi cuerpo: también lo será para mi alma, que jamás se encontrará con la de ese mal llamado hombre que proclaman como el más poderoso del mundo.

Cuando viajamos a Egipto, él como emperador y yo como primera dama, acompañó al Príncipe su amado bitinio, con quien no solo compartía deportes cinegéticos, juegos amatorios y búsqueda de respuestas existenciales en las estrellas del mundo de la astrología. El emperador siempre se mostró muy inclinado a iniciarse en los misterios de Isis y Osiris, como en Grecia en los eleusinos. Lo que no

hizo jamás fue interesarse por los misterios que habían destrozado nuestro matrimonio desde el principio. Y si lo hizo no les dio más importancia que si aplastara un escarabajo egipcio en la arena de una playa del Nilo. El respeto y la colaboración que marcan las normas romanas del matrimonio nunca consintió que le afectaran. Nunca. Y creo haberlo dejado claramente explicado en papiros anteriores a este. Jamás me sentí molesta porque su amante Antínoo nos acompañara. Mi relación con el joven nunca fue tensa, y la recuerdo razonablemente cordial. Lo que jamás le perdoné fue el insulto público con el que me manchó cuando aquel chico murió en las aguas del gran río de los faraones. Es curioso, la literatura política más contaminada por las retribuciones del emperador llegó a divulgar por ahí que la muerte de Antínoo fue un complot en el que yo, como mujer despechada, había participado de forma activa. La política eleva las miserias del hombre a un grado tal que resulta imposible comprenderlo si no lo has vivido en la barriga del monstruo.

Antínoo, siguiendo una costumbre ancestral a la que no le es extraña la lucha de los gladiadores, sacrificó su vida para alargar la de su amado emperador, que seguramente lo convenció de que su enorme tarea política era imposible abarcarla en una sola vida: necesitaba muchas más. Yo creo que, guiado por su perturbada ansia de poder, quiere aspirar a la eternidad, y ese sentimiento, tal vez expresado al oído del muchacho tras una calurosa noche de pasión, lo entendiera el amante de una forma fatal. No digo que lo invitara al suicidio, pero es posible que el pobre muchacho, abrumado por el peso y las exigencias sentimentales de Hadriano, hubiera interpretado torpemente algún comentario del Príncipe. Y le regaló su vida para prolongar la del hombre que necesitaba muchas vidas más para llevar a Roma a su grandeza máxima. De aquel viaje a Egipto guardo muy buenos recuerdos. Excepto el ver llorar como una mujer a mi esposo por la muerte de un esclavo y el salivazo moral que supuso para mi prestigio que alzara un templo y divinizara a Antínoo siendo yo aún emperatriz de Roma. Hasta los egipcios trataban mejor a sus monos y escarabajos… Recordar esto me aflige y turba. Dejaré de escribir por hoy. Creo que ya me he echado muchas verdades a la cara. Demasiadas, quizás, para no correr el abominable riesgo que Plauto, en sus obras *Los prisioneros*, hace caer sobre los esclavos: «Ahora vosotros, esclavos, si es voluntad de los dioses que seáis infortunados, lo mejor que podéis hacer es tomarlo con resignación; de ese modo no se os hará tan duro…». Pero la resignación es una palabra que en casa de los Vibios nadie me enseñó a practicar. Egipto fue un viaje sobre el que volveré a escribir más adelante. Porque nunca me resigné a ser

esclava de los desprecios e insultos públicos del hombre más poderoso del mundo y que lloró como una histérica fémina la muerte de su esclavo favorito».

CAPÍTULO XIII

EL VALOR SENTIMENTAL DE LAS ANTIGÜEDADES

Itálica

LA VENUS DE ITÁLICA

Se levantaron muy temprano para aprovechar una bonita mañana de estío. Embarcaron en Itálica y le ordenaron al barquero que las llevasen, sin prisas y con suavidad, río arriba, hasta cerca de Ilipa Magna. Buscarían una playa fluvial para comer lo que las esclavas les habían preparado y llevaban en cestas de mimbre para tan relajante excursión: higos, quesos, pan, algo de vino, marisco hervido y salsa de *garum* de excepcional calidad, la que un *congius** se pagaba en el mercado a quinientos sestercios. Habían pasado unos días de la espectacular fiesta dada en Itálica, pero aún se contaban italicenses bajo los efectos de una resaca chismosa insoportable. Gala y Plaucia creyeron oportuno intercambiar impresiones, analizar situaciones, ver pormenores y trazar un plan definitivo de asalto al matrimonio más conveniente. Aisladas de las turbulencias que llegaban hasta la *domus* de la aristócrata del vendaval que fue la fiesta. Esa fue la razón de salir de Itálica por un día: conseguir privacidad, tranquilidad, aislamiento. Hasta el momento la pieza más estimable para un matrimonio con Plaucia se llamaba Cecilio y era el tío viudo de Fabia Hadrianilla.

—Ni Cástor ni Pólux habrían hecho lo que dos mujeres de Itálica hicimos hace unas noches —dijo Gala vanidosamente.

—Una de Itálica y otra de Iulia Traducta, querida madrina —dijo puntillosa Plaucia.

—Ya sabes a lo que me refiero. Ninguna mujer antes en Itálica fue capaz de movilizar a tanta gente. Ni tan siquiera la flamínica Iulia Salinator. Aristócratas y *humiliores*, ricos y pobres, juntos pero no revueltos. Respaldando tu presentación en sociedad.

Aún no había amanecido y el río dejaba escapar una brisa reconfortante que sin apelar a la frialdad inundaba a la barca de una temperatura agradable.

—¿Te gustó mi respuesta a Cecilio sobre el asunto de las antigüedades?

—Más que las que le dio Cicerón a Catilina. Aquella respuesta fue difícilmente superable, querida Plaucia.

—Y, además, dejamos abierta la puerta de su casa para ver antigüedades. De las que, entiendo, Cecilio es la pieza más notable…

Gala miró a Plaucia con cierta reserva y una sombra de sonrisa en sus labios, para equilibrar el valor de su respuesta gestual. Empezaba a clarear por levante y las márgenes del río se poblaban de animales que bajaban a hacer su aguada mañanera: jabalíes, corzos, venados, algún que otro lince. Un rayo de sol, joven y apolíneo, iluminó la mano de Gala, haciéndole ver la mancha en los pliegues de sus dedos con la que la castigaba el paso del tiempo. Eso la contrarió, y le quitó de la boca algo del dulce sabor a mermelada que le había proporcionado el fastuoso éxito social y la demostración de poder económico desplegado en la fiesta. Los años eran tan incorruptibles que no se podían comprar, ni vender. Eran un enemigo implacable: nadie tenía armas para vencerlos. El paso del tiempo la hacía esclava de su vulnerabilidad; imposible de sobrellevar cuando las manchas en la piel, las arrugas bajo el cuello o la timidez de unos pliegues imposibles de sobornar por el maquillaje le restaban intensidad a unos ojos que hasta hacía poco ardían como el fuego griego. Inopinadamente, Gala, rompiendo el clímax placentero de la conversación hasta entonces, preguntó de forma desabrida:

—¿Plaucia, estás preparada para alcanzar nuestro objetivo?

Plaucia la miró y extrañó el cambio de humor de su madrina

—¿Te pasa algo?

—¿Y a ti te pasa algo con Cecilio? Debes saber que es un caballero educado, culto, refinado, y que muchas ricas viudas de la Bética estarían encantadas de casarse con él.

—Pero ninguna podrá conmigo, madrina. Yo tengo lo que ninguna de esas viudas tiene que pueda desear Cecilio: yo no soy una antigüedad. Soy un amanecer mientras las otras son la tarde declinante; soy el fuego mientras las demás competidoras son el agua; soy la risa nueva del amor mientras que las otras viudas son la mueca triste de la soledad. Yo soy carne fresca; ellas, carne ahumada de un pescado viejo.

—Brillante, Plaucia. Entiendo, entonces, que el amor, esa tragedia, no nubla tu entendimiento.

—No lo nubla, madrina.

—El amor ha provocado más tragedias que los mares y los volcanes, que los terremotos y las inundaciones. Incluso más que las guerras. El amor hizo sucumbir a Troya. El amor acabó con Marco Antonio. El amor condenó a Casandra. El amor es un demonio

disfrazado de ángel.

—A Casandra, madrina, la condenó su deslealtad. Engañó a Apolo quien, a cambio de su amor, le concedió el don de la profecía. Cuando Casandra dominó los arcanos de ver el futuro, lo rechazó. Y apolo se sintió tan traicionado que le escupió en su boca. Fue su condena. Porque seguía adivinando el porvenir, pero nade la volvió a crear..

—Hierve tu sangre con el ardor juvenil de los deseos. Espero que sepas disfrutar de él. Pero cuídate del amor como de una peste —le recomendó Gala.

—El amor, estimada madrina, es tan ridículo como me explicaste cierta vez con la fábula de la comadreja. Nunca la olvidaré. Aún resuena en mis oídos el énfasis de tus palabras cuando me la narraste.

—Fui persuasiva, lo reconozco.

—Intimidante. Fuiste intimidante. Recuerdo tu boca y tus ojos abiertos mientras me decías: «Una comadreja se enamoró perdidamente de un hombre apuesto. Afrodita, madre de todos los deseos, le concedió el de convertirse en una mujer tan bella que fuese imposible para él no amarla. En el mismo instante en que el hombre elegido la vio, fue embargado por la pasión y deseó tomarla por esposa. Cuando estaba celebrando el banquete nupcial, un ratón pasó a toda prisa por allí. La novia saltó de su lujoso sillón y empezó a perseguirlo. El banquete nupcial acabó en un tumulto. El amor les gastó una buena broma, pero se retiró vencido por la naturaleza…».

Durante la narración de la fábula Gala escuchó a Plaucia con honda satisfacción pero ensimismada, a punto de obsesionarse, con el lunar del pliegue de sus dedos. La pupila creyó conveniente sacarla de una preocupación ya evidente.

—Madrina, deja de mirarte ya ese lunar. A mí me parece hermoso. Tu fuego sigue calentando tu vientre y tu ambición. Olvida esa mancha, que lo único que te está indicando es lo que el esclavo le advierte al César en su Triunfo: «Recuerdas que eres mortal». Como lo es todo el género humano.

Gala se sintió descubierta y no quiso desvelar ni un ápice de debilidad. Respondió desconcertando a una alumna que había aprendido mucho y que ya podría dar clases de cualquier cosa a cualquiera, pese a la juventud de sus años.

—¿Sabes una cosa querida niña? Que el lunar que más cuido es el que tengo en mi ingle…

Rieron ambas y se tendieron bocarriba mirando el azul de la mañana, que se desperezaba en una constelación de luces, brillos y matices que ni el mejor artesano pintor de Pompeya habría podido imaginar para la Casa del Fauno. Se dejaron llevar por la molicie que

invade a los cuerpos extasiados y guardaron silencio, solo interrumpido por la boga del remero. El tiempo se detuvo en la inalterable cadencia del paseo y ambas pusieron sus pensamientos en cosas que, quizás, no fuera convenientes confesarse la una a la otra pese a la confianza absoluta que las unía. Una mujer siempre tiene un secreto que guarda para sí y que solo comparte con su tristeza, su angustia o su infinita alegría. Luego se incorporó Plaucia y le dijo a Gala:

—¿Sabes que tengo un regalo para Cecilio? Un regalo que quiero llevarle cuando esta semana visitemos su casa.

Gala también se incorporó, con los ojos acosados por la luz y refugiados entre los párpados que los protegían.

—¿Y qué regalo es ese?

—Ya lo verás cuando lleguemos a casa.

—Sea como tú quieras, Plaucia. Pero te reconozco que me tienes intrigada.

Pasó la mañana, disfrutaron de la tarde y de la comida y hablaron de algo que a Gala le sorprendió.

—Dime, madrina, ¿quién es Valentiniano? ¿Por qué en la fiesta los muchachos y los adultos hablan de él como si fuera un héroe?

—Es una larga historia, Plaucia.

—Dicen que está en Híspalis, madrina.

—Eso he oído. Y creo que antes o después tendré que verlo.

—¿Tan buen gladiador fue como dicen los hombres?

—Y las mujeres. Fue un magnífico gladiador. Valiente, rebelde y muy guapo.

—Eso me gusta.

—A mí también —respondió Gala.

Embarcaron al atardecer y llegaron descansadas y con las ideas tan claras como la plata recién limpia. El barquero las dejó en el puerto de Itálica, adonde fueron a recogerlas dos literas portadas por esclavos. En el embarcadero Cara Pescao se sorprendió al verla y fue a saludarla acompañado de alguien que le resultaba familiar a la aristócrata.

—Salve, señora, que los dioses le acompañen. La felicito por la fiesta. Fue espectacular.

—Gracias, mercader.

Gala miró al joven y le preguntó:

—¿Te conozco?

—Yo a ti muy bien —y soltó una sonrisa.

Intervino Cara Pescao.

—Perdona mi torpeza, Gala. ¿Sabes quién es este bárbaro? —dijo en broma.

—Lo sé. Es Valentiniano. El mejor gladiador de Híspalis.

Valentiniano y Plaucia no dejaban de mirarse y admirarse. Gala lo percibió y le presentó al dacio.

—Plaucia, él es Valentiniano. El nombre que junto al tuyo han tenido estos días en la boca toda Itálica e Híspalis.

Valentiniano le hizo una reverente cortesía pero Gala impidió que continuara la conversación:

—Tenemos prisa. Llegamos tarde a una cita ineludible. Sé bienvenido, Valentiniano. Me gustaría escuchar qué ha sido de tu vida en estos años. ¿Te puedo invitar un día a casa?

Valentiniano, con la arrogancia que desplegaba en sus relaciones personales, no dejó en ningún momento de mirar a Plaucia, hasta el punto de que la segura muchacha se sintió azorada pero atraída.

—Cuanto antes mejor. Nunca había visto a Venus en carne y hueso…

Itálica, embarcadero

Dos mujeres

—Es un desvergonzado —dijo Plaucia—. ¿Has visto cómo me miraba?

—Y también he visto cómo tú lo mirabas.

—Es guapo, madrina.

—Lo es. Y los años lo han adornado con las virtudes que me gustan de los hombres.

—¿Me las puedo imaginar? —dijo con maldad Plaucia.

—Imagínatelas si puedes. Todavía eres virgen. Y hay fuegos que aún no han incendiado tus pasiones.

—Mira, madrina, otra vez se ha parado y se ha dado la vuelta para mirarme.

—O para mirarnos... Estoy convencida de que tiene cosas interesantes que contar. Está misma semana lo invitamos a casa.

—Después de ver antigüedades —dijo Plaucia con ironía.

—Después de hablar de tu matrimonio con Cecilio. Para celebrarlo.

—¿Me podrás contar cosas de él ahora en casa?

—No me gusta verte tan interesada por otro hombre cuando tenemos una cita para tu matrimonio.

—Es solo curiosidad. Nunca había conocido a ningún gladiador. ¿Y tú, madrina?

—Los he conocido y amado.

—¿De verdad?

—A uno lo amé con todas mis fuerzas. A otro lo utilicé para

vengarme. Cuando lo hice le levanté una estatua de bronce en el anfiteatro de Híspalis.

—Tu vida me apasiona. Si Plauto te hubiera conocido jamás habría escrito en *Las Báquides* lo que pensaba de las mujeres.

—Aquel cabrón nunca debió de tener en su cama a una mujer que lo hiciera temblar.

—¿Tú lo hubieras hecho temblar?

—Yo lo habría convencido para que dejara de escribir. Y para que se dedicara a cuidar cabras, pese a no estar muy segura de que tuviera talento para ser pastor.

—Más duro que lo que escribió en *Las Báquides* es lo que pone en boca de Alcmena en *El Anfitrión*. ¿Lo recuerdas madrina?

—Inolvidable. La de veces que he arrojado al fuego esa parte del libro.

Plaucia, teatralmente, dio voz a las palabras de Plauto:

—«Por lo que a mí respecta, no pienso en mi dote como se la concibe habitualmente. Para mí es la modestia, el sentido del decoro y del control de los deseos, el temor de los dioses, el amor a los padres, la armonía con los parientes, el cumplimiento de tus deseos, estar siempre dispuesta a hacer el bien a los demás y a realizar actos meritorios…».

—Plaucia, corderitos. Él pensaba que somos corderitos.

—Pero en realidad somos lobas…

Ambas mujeres rieron y subieron a sus literas. A Plaucia no se le quitaba de la cabeza el descaro y la osadía con que aquel dacio la había mirado momentos antes en el embarcadero, ante la presencia de una de las aristócratas más ricas de Itálica. Y eso le gustaba… mucho más que las antigüedades.

Itálica, domus de Cara Pescao

Cuál es el negocio, Valentiniano

Cuando Cara Pescao y Valentiniano llegaron a la *domus* del mercader, Asinus ya los esperaba. Había sido atendida espléndidamente por Crátero, que siempre le tuvo un cierto grado de admiración, una empatía que pudo nacer del destino similar que la vida les había reservado. El del griego, el de un esclavo talentoso de un mercader que lo valoraba, pero que tuvo que ganarse su situación a base de esfuerzo, trabajo e inteligencia.

El de una exprostituta que, gracias a su carácter y determinación, se ganó la confianza del que fuera, hasta hace pocos meses, su marido,

que puso la administración de sus negocios prostibularios y agrícolas en manos de una mujer tan bien dotada para el amor como para los números. Dos vidas casi paralelas. En cualquier caso, dos vidas guiadas por el esfuerzo y la angustia de no cometer errores. Cara Pescao, tras saludar al gigantesco Mercurio que presidía el atrio de entrada a su casa, saludó y se excusó ante Asinus.

—Discúlpame, Asinus. Llegamos tarde. Imploro tu perdón.

El mercader le besó la mano y luego se la estrechó cariñosamente.

—No es para tanto, patrón. Lo importante es que ya estáis aquí. Hola, Valentiniano. ¿Te ha ocurrido algo? Tienes cara de pasmado.

Cara Pescao intervino:

—Acaba de cruzarse con Venus en el embarcadero.

—¿Enamorado? —preguntó la viuda de Scaeva.

—No puedo negar que me ha herido una flecha de Cupido —dijo el dacio.

—¿Tan hermosa es? —quiso saber Asinus.

—Hasta para un invertido como yo. Es una de esas mujeres que te hacen perder la cabeza, querida Asinus —concluyó Cara Pescao lleno de vitalidad.

—¿Necesitas filtros de amor, quizás la punta de una flecha extraída del cuerpo de un herido y que no haya contactado con la tierra para colocarla bajo su cama?

Valentiniano rompió a reír viendo la cara de Asinus y su tomadura de pelo.

—No, amiga. Necesito volver a Alejandría, pero con las manos llenas de ofertas comerciales y propuestas de negocios.

—Pues hablemos —dijo resolutivo Cara Pescao—. Pero antes quiero entender, Asinus, que estás interesada en participar de esta nueva experiencia comercial.

—Por supuesto. Ya casi he vendido la *domus* que Scaeva y yo levantamos aquí, en Itálica, y con ese dinero y los beneficios de los prostíbulos y las tierras compraré algunas naves y me uniré a vuestra sociedad.

—Me alegra saber que tienes casi vendida la casa de Scaeva. Respecto al barco, tengo uno para ti. A muy buen precio —le informó Cara Pescao.

—¿Puedo verlo? —preguntó Asinus.

—No te recomiendo que viajes a Britania. El barco está allí y en una carta me informan que hay unos comerciantes de Seres que están interesados en comprarlo. Yo prefiero que te lo quedes tú. Confía en mí. Está en muy buen estado.

—Me lo quedo —dijo Asinus, convencida—. Pero ¿quién irá por él?

Cara Pescao y Asinus miraron a Valentiniano.

—Yo me monto en un barco solo para ir a Alejandría. A Britania que vaya Iulius César.

Cara Pescao intervino para centrar la conversación.

—Está bien. Ya veremos quién va a por el barco a Britania. Pero ahora hablemos de negocios. Habla, Valentiniano, ¿Qué nos ofrece Alejandría?

—Todo. Es el puerto más importante de Roma. Une Oriente y Occidente. Es como un puente entre ambos extremos del mundo. Todo lo que hoy se compra en Roma a precios disparatados por las clases aristócratas procede de ese comercio con el Este. Nosotros podemos traer sedas sin elaborar, tratarlas aquí y venderlas a un buen precio; también tendremos acceso a especias, perfumes, marfil. Todo eso podemos venderlo a los aristócratas hispanos a un precio más asequible que en Roma.

—Eso no será fácil. El precio se elevará con los gastos de transportes —le respondió Cara Pescao.

—Eso depende de a quién se lo compres.

—¿Y a quién se lo vamos a comprar? —preguntó Asinus.

—A un banquero que quiere relaciones comerciales estables con Híspalis: Apolofanes, el hombre que me llevó a Alejandría y para quien trabajé hasta oír la llamada de Scaeva.

—¿Es de fiar? —quiso saber el mercader.

—Más que algunas de las mujeres de tu consorcio —dijo con maldad el dacio—. Y nunca te haría lo que te quiso hacer Aulio.

—Esas mujeres no saben que yo tengo la maldad de las hembras y la determinación de los varones. En cuanto a Aulio, estás al corriente que recibí de Britania un retrato de su busto. Muy desfavorecido, por cierto...

Cara Pescao guardó silencio por un momento mientras reflexionaba. Luego hizo sonar la campanilla y llamó a Crátero.

—¿Sabemos, querido Crátero, por qué estuvo invitado el *procurator metallorum* de Utíum a la fiesta de Gala?

—Sí.

—¿Y…?

Crátero no respondió de forma inmediata. Hizo que la pausa engendrara la ansiedad por conocer de los reunidos.

— Habla, griego, por todos los dioses. ¡Qué te gusta una intriga! —lo reprendió sin severidad Cara Pescao.

—La señora Gala, viuda de Casio Iunius, está interesada en arrendarle al Estado una mina y explotarla.

—Forma parte de su plan —murmuró Cara Pescao. No creo que

tarde mucho en vender la casa en Roma de su esposo y levantar otra en Tívoli, cerca de la Villa de Hadriano. Pero eso lo hará cuando haya casado a su Venus con el viudo de Fabia Hadrianilla.

—Sigue siendo tan hábil como siempre —dijo Valentiniano.

—Y tan bruja —remató Asinus.

—Y muy lista —apostilló Cara Pescao—. Capaz de convertir sus intrigas más perversas en bonitas realidades. No la quiero tener jamás de enemiga.

—¿Eso significa que participará del negocio que emprendamos en Alejandría? —preguntó Asinus.

—Si es que ya no lo ha emprendido ella por su cuenta…

Itálica, domus *de Cecilio*

El regalo

Lo había conseguido en un anticuario de Gades. Era una figurita en bronce que representaba a un sabino de los que conquistaron, siglos atrás, la tierra de origen de los Hadri, en Piceno, Italia. De allí partía el tronco originario de la familia de Hadriano que, posteriormente, se instalaría en Itálica. Era como un reconocimiento al valor de su sangre, a la pureza de su arranque familiar, a la aristocracia de sus ascendentes. Cecilio la tomó en sus manos, puso cara de satisfacción y besó la de Plaucia que, aquella mañana, lucía verdaderamente espléndida. Sus esclavas le habían hecho un peinado como los que, habitualmente, llevaba la hermana de la emperatriz Vibia Sabina, Vibia Matidia: un delicado moño trenzado del que caían rizos sobre su nuca, y una peineta frontal de pelo ensortijado, perfumado y lubricado con aceites árabes, que combinaba perfectamente con una túnica semitransparente de seda china roja. Pese a no ir abarrotada de joyas, en sus manos el oro de los anillos pregonaba la alta dignidad de su posición. Esta vez, en sus delicadas orejas, no llevaba pendientes de cascabeles, pero sí dos preciosas perlas del mar de la India montadas sobre broche de oro que competían en fulgores con la viveza de sus ojos.

—Es un maravilloso presente, estimada Plaucia. Bonito y delicado. También con un alto valor sentimental para la tierra de origen de nuestra genealogía.

—Con esa intención lo encargué, estimado Cecilio.

Ni Fabia Hadrianilla, ni Gala, ambas presentes en la primera cita, dijeron nada. Tan solo acompañaron el gesto de la entrega del regalo con sonrisas muy medidas, expresión de su agrado y conformidad.

Cecilio invitó a Plaucia a que pasara a una sala especialmente dedicada a su colección de antigüedades. Estaba tras el patio del primer jardín de la casa, en una estancia con un magnífico mosaico en el suelo donde se representaban las cuatro estaciones del año, con figuras alegóricas y productos agrícolas asimilados a cada periodo anual. En vitrinas de madera de cedro podían contemplarse desde figuritas de bronce de guerreros ibéricos hasta idolillos de ébano de tierras africanas ignotas. Entre las estatuas destacaba un Marte sentado de perfecta factura y de posible autoría griega, del periodo clásico, que el propio Cecilio había adquirido en el sur de Italia, en lo que en su día fuera la Magna Grecia. Del botín de ciento treinta y cuatro estatuas que, en el 188 a. C. trajo C. Escipión de las ciudades griegas de Asia Menor, tenía una bellísima representación en bronce de un atleta dispuesto para empezar a correr. Tampoco era nada desdeñable la colección de monedas de plata, tetradracmas de Alejandro El Grande, con la cabeza de Hércules en su anverso y en el reverso la imagen de Zeus en su trono de Olimpia. Mientras Plaucia hacía como si estuviera muy interesada en lo que Cecilio le enseñaba con dedicación y esmero de gramático, en el jardín primero de la casa, cómodamente sentadas sobres sus triclinios a la sombra de un peristilo de soberbias columnas de mármol griego, Fabia y Gala hablaban del futuro.

—Creo que es lo más conveniente para ambos —dijo Gala.

—Tendré que escuchar a mi tío. Que ya no es joven, aunque se mantiene con una salud envidiable.

—Cecilio es culto, educado, pero también es un hombre. ¿Qué hombre, Fabia, podría rechazar compartir su vida con Venus?

—Mi tío, Gala, nunca haría eso. Pero es muy estricto con la observancia de las leyes. El matrimonio es el gran vientre del Estado, ese fértil vientre femenino al que se le obliga a engendrar hijos que hagan fuerte nuestro Imperio. ¿Crees que Fabio podría engendrar un hijo con Plaucia?

Gala respondió de forma categórica.

—Es cierto que el matrimonio requiere hijos, y que hay leyes que favorecen a las parejas que los tienen frente a las que no los tienen. El mío no los tuvo, pero sí cumplió con una de las exigencias del matrimonio: el respeto y la cooperación. Eso unió la familia de mi esposo y la mía, y armonizó los intereses de ambas partes. También los de la propiedad.

—Estoy de acuerdo contigo, Fabia. El matrimonio es demasiado importante como para dejarlo en manos de los caprichos románticos. Si Cecilio no opina lo contrario, yo vería con buenos ojos la unión

entre Plaucia y mi tío, entre tu distinguida familia y la nuestra.

—Llegado ese caso, no creo que tengamos que hablar de dotes —avanzó Gala.

—Creo que es demasiado pronto para hablar de ese tema. ¿No crees?

—Los intereses vuelan más rápidos que las flechas de Cupido —dijo Gala mientras le hacía una señal con los ojos a Fabia para que mirara la llegada de Plaucia y Cecilio, acompañados por las risas y la felicidad.

—Vuelve a reír mi tío. No es mala señal.

—Es buenísima, Fabia. Buenísima señal… Como la del arco iris tras una tormenta desoladora.

Se reunieron los cuatro al frescor del jardín en aquel peristilo de soberbias columnas para hablar de naderías, hasta que Cecilio se levantó y llamó a un esclavo.

—Trae lo convenido —le ordenó sin estridencias, pero con firmeza.

Mientras llegaba el esclavo con lo convenido Cecilio mostró su satisfacción por la visita de sus adorables vecinas y, fiel a su erudición y formación, intentó ocupar el tiempo muerto de la espera comentando una pieza de brujería persa que había despertado el interés de Plaucia. Era una especie de amuleto no muy descifrable pero que servía para someter la mujer al hombre.

—¿A qué mujer necesitas tú someter? —preguntó con picardía Plaucia.

—A ninguna. No entiendo una relación entre un hombre y una mujer a base de sometimiento. Los mejores matrimonios que he conocido se han basado en una unión sin conflictos en donde nunca había disputas.

—No resulta fácil conseguir esa armonía. La propia ley contra el adulterio pretende restaurar las bases morales familiares sancionando a los adúlteros, castigando la ofensa civil de permanecer soltero o sin hijos y poniéndole trabas al divorcio —precisó Fabia.

—Nuestro emperador ha intervenido en un espinoso asunto derivado de una horrible situación —dijo Cecilio con calma.

—¿A qué te refieres, tío Cecilio? —preguntó Fabia.

—A la deportación a una isla lejana de un padre que mató en una cacería a su hijo que cometía adulterio con su madrastra. La interpretación del gran Hadriano es que lo mató más bien como ladrón que con el derecho de padre, porque la patria potestad debe consistir en la piedad, no en la atrocidad.

—El pueblo tiene remedios muy peculiares para evitar las complicaciones derivadas del amor. ¿Conocéis el conjuro que el

pueblo llama de la mirra? —preguntó Gala de forma cómica y como estando por encima de ese tipo de supersticiones—. Persigue el sometimiento de la mujer al hombre.

—Algo he oído —dijo Cecilio sin darle mucha importancia.

Plaucia dijo que no lo conocía, y se mostró interesada.

—Tiene un tono grosero, populachero. Hay que arrojar mirra sobre el carbón y luego invocar su poder diciendo: «Eres mirra, la amarga y efectiva…Todo el mundo te llama mirra, pero yo te llamo la que devora y quema el corazón. Te envío a fulanita, hija de menganita, para que me sirva aun en contra de su voluntad y me la entregues. Si está sentada, que no se siente; si está hablando con alguien, que no hable; si está acercándose a alguien, que no se acerque; si está comiendo, que no coma; si está besando a alguien, que no lo bese. Que piense solo en mí, que solo me desee a mí, que solo me ame a mí y cumpla todos mis deseos. Entra en su alma y quédate en su corazón y quema sus entrañas, su pecho, su hígado, su aliento, sus huesos, su tuétano, hasta que venga a mí y cumpla todos mis deseos. Te imploro, mirra, que te asegures de cumplir mis órdenes. Como te estoy quemando a ti, que eres poderosa, así debes quemar el cerebro de la mujer que amo, quémalo por completo, desgarra sus entrañas y derrama su sangre, gota a gota, hasta que venga a mí».

—Por todos los dioses, es aterrador —exclamó Fabia.

—Repugnante —dijo Plaucia.

—Y efectivo —comentó Gala con cierto aire de misterio—. Los que lo han practicado hablan de su poder,

Plaucia miró a Cecilio, que permanecía en silencio.

—No creo en esos conjuros, amiga Gala. Como bien dijiste al comenzar, son la expresión más populachera de la gente baja, sin ingenio y entregada a la superstición. Ahí viene el esclavo.

—Con lo convenido… —dijo Plaucia risueña—. ¿Qué es lo convenido, Cecilio? No me asustes. ¿No será un pebetero con carbón para echarle mirra? —dijo entre risas.

—Cierra los ojos, porque es para ti. Cierra los ojos y déjame hacer.

Fabia y Gala se miraron con evidente satisfacción. Parecía que tanto Plaucia como Cecilio se habían caído bien y lograban entenderse, hasta el momento, como buenos amigos. La chica cerró los ojos y Cecilio le colocó sobre el cuello, por donde bailaban los rizos negros de un peinado excitantemente atractivo, un collar de oro, lapislázuli, brillantes, perlas y del que colgaba un medallón de Osiris.

—Ya puedes abrir los ojos, Plaucia.

La chica de Iulia Traducta se echó las manos al cuello, como para intentar ver con las manos lo que la posición del collar le impedía ver

con los ojos. Lo acarició, leyó con las yemas de sus dedos el valor simbólico de las piedras preciosas hasta lograr entender el mineral lenguaje del oro nubio y de la piedra azul de las montañas de Afganistán. Era tal su percepción que incluso creyó oír el idioma lejano y oriental de la artesana que lo hizo o de la mujer que lo portó, sin duda muy especial. Plaucia se levantó, se puso muy cerca de Cecilio y le preguntó:

—¿Qué me has regalado, Cecilio?

—Lo que solo una princesa más grande que Cleopatra podría llevar con mayor dignidad que ella.

—¿Este collar fue de Cleopatra? —preguntó Plaucia asombrada.

—Lo fue. Ahora ya es tuyo…

Gala se limpió furtivamente una falsa lágrima que uno de sus bonitos ojos derramó para interpretarse a sí misma en una farsa impostada, esperada y deseada por ella. Y, sin abrir la boca, se dijo a sí misma muy satisfecha: —Realmente hay remedios para someter a una mujer mucho más efectivos y menos diabólicos que quemar mirra».

En algún punto del Mediterráneo

Rumbo a Roma

El azul del cielo parecía tragarse, allá en el horizonte, a un mar tranquilo y risueño que, en un breve oleaje, danzaba al son de la música de los silbidos de los delfines que acompañaban al barco tanto a babor como a estribor. A Iulia Salinator le encantaba verlos y arrojarles comida. Cuando veía a algunos de ellos saltando delante de la proa del barco expresando su felicidad, no podía evitar llorar de alegría y sentirse muy afortunada por los dones que el destino le había regalado. El principal de todos ellos, el de haber rescatado a su hijo Cneo de la muerte. El Celta, que la acompañaba en el viaje hasta Roma, como si supiera lo que estaba pensando, le preguntó a su antigua ama:

—¿Por qué no te has traído a Cneo?

—Porque tiene cosas que hacer en Itálica. ¿Te preocupa?

—Me preocupan otras cosas del muchacho. En Itálica creo que estará bien, pese a separarse de ti.

—¿Qué otras cosas te preocupan de Cneo?

—Su paso por el inframundo. Creo que lo marcó.

—Me asustas, Celta.

—A mí también. Creo que vio algo que no quiere contar y que ha

enfriado su relación conmigo. Antes de lo que ocurrió no era así.

—¿Lo dices con base cierta?

—Antes de embarcarme en este viaje hablamos los dos. En mi habitación. Recuerdo que le encantaba pasar las horas conmigo en la habitación preguntándome cosas sobre las hierbas que estudiaba, sobre las costumbres de los celtas. Una vez me dijo que, si se le presentaba la ocasión de viajar hasta Britania, me traería un muérdago cortado por la hoz de oro de un druida. Era muy afectuoso. Ya no lo es.

—Es cierto que despertó de su sueño y no se mostró agradecido contigo. Es más: yo tenía que animarlo a que te besara la frente. Pero creí que eran cosas de un muchacho que había pasado por una experiencia muy dura —dijo Iulia Salinator.

El Celta decidió no proseguir la conversación para admirar, con aquellos ojos tan celestes como el cielo estival que los envolvía, el paso del barco frente a unas rocas atestadas de focas mediterráneas.

—Cada vez que me subo a un barco y veo focas me acuerdo de mi tierra, señora.

—Eres libre. Tienes dinero y puedes regresar cuando quieras. ¿Por qué no lo haces?

—Antes he de pasar por Roma, visitar el Ateneo, contemplar la ciudad más grande del mundo y ver con mis propios ojos lo que vio el rey britano Caractato, vencido por Claudio y llevado a Roma prisionero junto a su familia como botín de guerra, le dijo al emperador.

—Conozco esa historia, Celta. Claudio liberó a la familia de Caractato y le dio pensión, casa y dignidad en la capital del mundo. Había sido un noble y valeroso rey, y el emperador se lo reconoció con su amistad y beneficencia. Pero no sé bien a qué te refieres.

—Me refiero a que Caractato tampoco supo comprender las razones que mueven a Roma a viajar en busca de todo aunque no haya nada. Las palabras del rey britano fueron muy expresivas. Las recuerdo como si me la hubiera dicho a mí: «No puedo entender cómo los gobernantes de una ciudad tan gloriosa como esta, con casas como riscos de mármol, con tiendas como tesoros reales, con templos como los sueños de que hablan nuestros druidas cuando vuelven de sus visitas mágicas al Reino de la Muerte, pueden albergar en sus corazones la codicia de nuestras pobres chozas isleñas…».

—A veces, Celta, las mayores respuestas están en los chozos y no en los palacios de mármol. Si tú no hubieras vivido y estudiado en uno de esos chozos de paja, Cneo no estaría hoy vivo. Roma no solo incauta para subsistir. También aprende de lo que ve, adora los dioses que se

encuentra en su camino y, como Alejandro, aspira a llegar al otro lado del mundo, al fin de la tierra, para ver lo que nunca antes otros ojos han visto.

El Celta bajó la mirada y retomó el tema de Cneo, al hilo de las palabras de Iulia Salinator.

—El encuentro entre Britania y Roma causó muchas muertes. Pero es verdad que Cneo es el símbolo de lo que puede hacer la colaboración y el entendimiento entre los pueblos.

—Así es, Celta. Nosotros aprendemos de vosotros y tú aprenderás en Roma, en el Ateneo, lo que hemos ido recogiendo de nuestro dominio imperial. Grecia y Roma dialogan y aprenden la una de la otra en ese centro de estudios y creación que es el Ateneo, uno de los grandes sueños de Hadriano.

El Celta miró a Iulia con aquellos ojos claros que tanta oscuridad encerraban para Cneo, y tras una breve pausa, le dijo a la madre del pequeño:

—Buscaré hasta quedarme ciego qué es lo que tengo que hacer para que Cneo vuelva a ser el mismo y me confiese lo que vio en su viaje al inframundo y que lo ha alejado de mí.

Itálica

Papiros secretos

Tenía aquella enorme casa a su disposición. Su madre y el Celta iban camino de Roma, y él se había quedado en Itálica para seguir sus estudios: esperar la llegada de Scaeva Minor y pasar unos días juntos, unos días marcados por la sensación de libertad que subyuga a los muchachos cuando sus padres no están encima de ellos y juegan a ser mayores. Excepto las horas embargadas por el gramático y dedicadas al estudio, las restantes serían exclusivamente suyas para rellenarlas, como un ánfora de vino, de emociones fuertes, de juegos excitantes, de fantasías que piden a gritos hacerlas realidad. Todas las cuevas próximas a la ciudad, las riberas más intrincadas del Betis, las cercanas dehesas donde pastaban los toros rojos, los animales sobrevivientes al estío que aún coleaban por las charcas y el barro, los árboles más altos que marinear para esconderse en sus copas y asustar a las campesinas que regresaran de sus duras tareas agrícolas, dibujaban el laberinto de sus próximas aventuras. Una geografía de emociones tan inmensas como las montañas nevadas del Pauropamiso[20] que el gran Alejandro atravesó con su ejército de macedonios, egipcios y persas para alcanzar las fronteras del fin del

mundo.

Cneo esperaba con ansiedad la llegada de Scaeva Minor, quizás su mejor amigo en Itálica hasta que Itálica dejó de ser el hogar del hijo del gladiador, porque su madre puso en venta la casa tras la muerte del heroico luchador y se trasladaron a Híspalis. Los mayores hacen sus cuentas siempre sin contar los sumandos infantiles, verdaderas escaleras de sueños que alcanzan las nubes de la felicidad por donde nunca jamás vuelan las almas de sus progenitores. De ellos, de sus progenitores, es el mundo y el inframundo, el miedo y la ambición, la codicia y la melancolía; de sus hijos, los sueños, el juego y las nubes donde caben todos los universos que son y serán. Incluso la inmortalidad. Para un niño la muerte no existe y el tiempo pasa tan lento como las horas del verano. Para no hacer muy desesperante la espera de Scaeva Minor, Cneo se sintió atraído, nuevamente, por la habitación del Celta: aquella especie de celda mágica repleta de frascos de animales disecados y catálogos de hierbas medicinales y presumibles minerales aptos para la medicina. Y papiros. Cientos de papiros enrollados en sus vitrinas donde el Celta, en griego, describía su nombre, origen, propiedades y usos para combatir desde un enfriamiento hasta un dolor agudo de muelas. Aquel mundo ajeno a la realidad común, delimitado por las paredes de la celda, con la suficiente claridad como para leer sus cosas y la penumbra necesaria para darle clímax de misterio que exige un universo nuevo y distante, estimulaba las energías de Cneo para conocerlo y disfrutarlo. Movía los papiros con mucho cuidado, sabedor de que el Celta colocaba registros aleatorios, una hebra de hilo, un minúsculo trozo de tela, alguna vez un papiro fuera de su orden natural, para saber si alguien estaba interesado en sus escritos y qué clase de escritos eran los que le interesaban al posible fisgón. El Celta parecía que siempre estaba en estado de alerta, como si pudieran encontrarle algo que amenazara su existencia. Cneo operaba sobre sus escritos con sumo cuidado, con más incluso que cuando escapaba con Scaeva Minor a las granjas cercanas a Itálica a robar huevos de los gallineros o a las ruinas del antiquísimo templo turdetano de Astarté, desde donde se podía ver, con absoluta nitidez, mirando hacia el este, la mancha de colores del caserío sobre un cabezo y un trasiego de velas y barcos que daban de comer a Hispalis. Cneo no tenía claro lo que quería buscar. Pero sí sabía lo que tenía que encontrar…

Ruinas del templo de Astarté

COMO HOMBRES (1)

El suelo del altar del viejo templo aún guardaba un camino de conchas marinas y las manchas, difuminadas por el tiempo, de la sangre de los toros sacrificados a Astarté y a Melkart, los dioses antiguos de los turdetanos: aquella nación orgullosa y con reyes que guardaban a sus caballos en establos de oro, del que decía Scaeva Minor descender. Era la historia que su padre le contaba en las noches de invierno, delante del fuego de la casa, que desbocaba la imaginación del chico antes de que cayera rendido por el sueño. Scaeva Minor no era como Cneo un romano puro, de origen itálico, vástago de alguna de las tribus que vinieron a colonizar esta parte del viejo mundo tartésico. Scaeva Minor era un hispanorromano en el que la semilla de la flor turdetana que adoraba a Astarté había crecido en su corazón para graparle en el alma cierto apego sentimental al pasado del pueblo de sus ancestros. Esa melancolía llevaba tres generaciones siendo transmitida de padres a hijos. Del padre de Scaeva al gladiador y del gladiador a su hijo Scaeva Minor, y así sucesivamente, hasta remontarse al tiempo dorado y feliz de una Turdetania idealizada tras su devastación y dominio por Roma. Alguna vez habló con Cneo de estas cuestiones sin que llegara a conclusiones definitivas ni viera en su amigo argumento alguno de reproche por ser descendiente directo de los invasores romanos. A Cneo le decía que los antepasados suyos vinieron de lejos, de Italia, para acabar derrotando a los tatarabuelos del padre de Scaeva, obligándolos a abandonar sus leyes, sus tierras y sus minas y subordinarse a Roma. Más que separarlos, aquella circunstancia los unía, quizás porque la respuesta que siempre daba Cneo era concluyente:

—Una familia tiene varias ramas, pero cada rama es la familia…

Llevaban un día y una noche fuera de Itálica, perdidos ante los ojos de sus familiares que ya empezaban a buscarlos por todos lados. Habían encendido un fuego y se habían tendido sobre unas mantas para mirar el mundo estrellado de la noche, tan refulgente en verano como la coraza de un gladiador.

—Mi padre me había prometido ir a cazar y estoy dispuesto a hacerlo para honrar su memoria —dijo Scaeva Minor.

—Yo te ayudaré, amigo mío.

—Llegaremos los dos triunfantes y como dos hombres a Itálica. Y todos nos respetarán. Quiero ser gladiador, Cneo.

—Como tu padre.

—Como mi padre y como mi hermano mayor, Valentiniano.

—Yo seré tu principal valedor. Serás el gladiador más vitoreado del Imperio.

—¿Y tú qué quieres ser, Cneo?

—Quiero ser militar. Mandar una legión y darle muchas victorias a Roma.

Un imperceptible ruido, que seguía el rastro de la carne que los chicos habían puesto al fuego, se escapó de algún matorral a las espaldas de los muchachos.

—¿Silencio! ¿Has escuchado eso? —previno Scaeva.

—Sí.

—Tomemos nuestros arcos. Puede ser un lince. El conejo que estamos asando lo habrá atraído.

Los chicos tensaron sus arcos y se distanciaron el uno del otro para tener dos vías de tiro diferentes, sin perder nunca el matorral. La noche era clara y eso los ayudaba.

—¡¡Prepárate, Cneo!! ¡¡Lo que sea va a salir del matorral ya…!!

Ruinas del templo de Astarté

Como hombres (y 2)

Del matorral salió un cachorro de perro, la mascota de aquella legión de dos chicos que se había internado en los bosques de la fantasía para derrotar al más bárbaro de los ejércitos de la noche. Un cachorrito que ahora tenían entre las manos y al que le buscaban un nombre.

—Habla, Cneo. Dale un nombre —le dijo Scaeva Minor mientras acariciaba al cachorro.

—Fragor. Es hijo del ruido, y por el ruido ha estado a punto de morir asaeteado. ¿Te parece?

—Me parece. Es un nombre idóneo. ¿Tendrá hambre?

—La tendrá. Ha venido hasta aquí buscando algo que comer.

—Pero no podrá comer carne. Apenas tiene dientes. ¿Qué habrá sido de la madre? Busquemos tras el matorral.

Exploraron tras el matorral y encontraron a su madre con el cuello abierto y medio devorada. Del resto de la camada solo quedaban huesecillos. Habían sido devorados por un lobo, por un lince tal vez…

—Necesita leche —dijo Cneo.

—Pues se la conseguiremos —respondió Scaeva Minor.

—Comamos y partamos. No dormiremos, buscaremos algún aprisco y ordeñaremos una oveja o una cabra. Fragor tendrá hoy su leche —remató Cneo.

Scaeva Minor se rascó la cabeza, confuso. Y pensó: «Hemos venidos a cazar un lince y ahora estamos buscando leche para un cachorro. Si nos presentamos en Itálica con un cachorro no habrá mimo que despierte tantas risas como nuestra aventura…».

Abandonaron las ruinas de aquel viejo templo y se adentraron por los campos del suroeste, buscando la leche que necesitaba el cachorro. Encontraron un cerrado de cabras y a un pastor de guardia. Le dieron leche y Fragor se bebió dos platos con algo de pan migado. Los chicos le agradecieron al pastor su ayuda y siguieron su camino, no sin antes escuchar la voz de cabrero:

—Cuidado con las alimañas. Están atacando al ganado y también a las personas. ¿Sois de Itálica?

Los chicos dudaron y mintieron:

—No, venimos de Ilipa Magna, tenemos la barca en el río, y vamos a cazar.

—Suerte, muchachos. Que Diana os proteja.

Pasaron la noche caminando, buscando un sitio donde acampar y descansar unas horas hasta el alba para luego proseguir su aventura. Rendidos encontraron una encina protectora y se regalaron un pequeño descanso. Durmieron profundamente hasta que el cachorro los despertó con un desgarrado llanto. Scaeva Minor abrió los ojos y vio, en sus narices, los ojos asesinos de un lobo macho con el cachorro entre sus dientes. Scaeva dominó su miedo, echó mano de su espada corta y se la clavó en el cuello al lobo, que soltó al cachorro vivo pero sangrante. Cneo no tuvo tiempo ni para tensar el arco, pero sí para dispararlo a unos pies donde esperaban otros lobos de la manada. Dos dardos atravesaron a uno de ellos y la manada salió espantada. Scaeva y Cneo se abrazaron muertos de miedo, pero, a la vez, contentos por sentirse tan hombres como para salir indemnes del acoso de una manada de lobos. Fragor no tenía, en cambio, tan buen aspecto…

Itálica

Desconcierto

—No aparecen por ningún lado, patrón.

—¿Desde cuándo faltan de la casa?

—Desde ayer por la mañana, que salieron temprano. Fueron a pescar. Me temo lo peor —se lamentaba Crátero.

—¡Calla, griego! No llames a la tragedia, que acude siempre veloz. ¿Lo sabe Asinus?

—Aún no. Está en Híspalis. Confiada porque Scaeva Minor se quedaba, como otras veces, bajo nuestra protección para jugar con Cneo.

Cara Pescao salió de las termas de su casa. Se enrolló en una toalla de color azul de algodón egipcio y se puso a pensar.

—De momento no le comunicaremos nada a Asinus. ¿Dónde está Valentiniano?

—En su cama

—Levanta a ese holgazán y dile que lo espero con urgencia. ¡Ah, Crátero! ¡Ningún comentario, nada de chismes con los esclavos!

—Está bien, patrón. Pero en Itálica todo el mundo sabe ya que Cneo y Scaeva Minor salieron ayer de mañana a pescar y no han regresado a casa. Hay barqueros buscándolos por el río.

Cara Pescao se echó las manos al rostro, preocupado sin estar aún desesperado, tratando de creer que todo podía ser una travesura de los dos muchachos, evitando pensar que las bocas del río se hubieran tragado para siempre a Cneo y Scaeva Minor.

—Voy a buscar a Valentiniano, patrón.

—Por todos los dioses, hazlo y dile que es muy urgente.

Cara Pescao sin vestir, solo con la toalla rodeándole su cuerpo de cintura hacia abajo, se fue jadeante hasta el *atrium*, donde veneraba su Mercurio bendito, al que le profesaba una fe ciega porque nunca había dejado de oír sus plegarias. Le quemó incienso y se agarró a sus pies dorados para implorarle, como si fuera una letanía:

—Que no estén muertos, que no estén muertos, que no estén muertos…

Valentiniano llegó agitado.

—¿Es cierto lo que me ha contado Crátero?

—Lo es.

—Asinus me matará. Me dejó encargado de la custodia del niño.

—También a mí. Estáis en mi casa. Pero, por todos los dioses, ¿por qué os ponéis en la situación más extrema? Pueden estar perdidos, pueden estar jugando, pueden estar, incluso, enamorados de la hija de un pastor y descubriendo la vida. Pero no tienen por qué no estar vivos.

Valentiniano y Crátero escuchaban a Cara Pescao, que los tranquilizaba con sus argumentos.

—Dime, patrón, ¿sabemos hacia dónde fueron cuando salieron de la casa de Cneo?

—Dijeron que iban a pescar, Valentiniano.

—Con tu permiso, voy a ir hasta la casa de Cneo. Quiero enterarme de las cosas bien y de primera mano.

—Corre como un caballo númida, dacio. Y que los dioses te den la victoria más absoluta en este angustioso combate.

—Los encontraré. Lo juro por la memoria del padre de Scaeva.

Itálica, domus *de Gala*

Gala y Plaucia estaban en el *frigidarium* de las termas de la casa. Nadaban y descansaban asidas a unas argollas de oro que tenía la pileta en sus laterales. Era una piscina espléndida, adornada con mosaicos hechos en Túnez donde se representaban escenas amorosas entre las criaturas del mar y los pescadores. En el centro de la composición destacaba un enorme medallón, de colores rojos, negros y verdes, de Neptuno cabalgando unas olas blancas y espumosas sobre caballos níveos. El clímax era sereno, sosegado, silencioso. Fuera de la pileta estaban dos esclavas esperando a que las señoras acabaran su baño. La conversación de ambas parecía haberse contagiado de la serenidad del ambiente.

—Cecilio me recuerda a mi padre, madrina

—Es más joven que tu padre, Plaucia.

—No lo digo por los años. Me refiero a su educación, por sus formas. No sé. Hay algo que me lo recuerda.

—Te dije siempre que era un hombre educado, con una sólida formación intelectual y todo un caballero.

—Eso me pareció. Y con firmes convicciones. Además, huele a jabón y a aceite, no a nardo y mirra, como las mujeres.

Hubo una pausa que prologó una pregunta intencionada de Gala.

—Entonces, ¿te gustó?

—Mucho. Creo que es un hombre con el que se puede convivir.

—Me alegro de que así sea. ¿Te agradó su regalo?

—Me hizo una princesa de Oriente, cuando hace tan solo meses era una olvidada niña de Iulia Traducta.

Gala comenzó a nadar para ejercitar su cuerpo. Iba desnuda, y el agua parecía darle a su piel un brillo juvenil más potente que el que le daba el aceite. Sus nalgas aún estaban duras, y sus piernas parecían tan juveniles. Se dio la vuelta para descansar dejando los ojos clavados en el techo dorado de la estancia. Sus pechos estaban tersos por la temperatura del agua, y su pubis estaba perfectamente rasurado. Plaucia nadó hacia ella y le preguntó:

—¿Cuándo viene Valentiniano, madrina?

—¿Te sigues acordando de él?

—Sí. Y creo que tú también.

—Yo solo me acuerdo de lo que nos conviene.

—¿Y tú crees que Valentiniano no nos conviene? —le respondió maliciosa.

Gala no respondió y Plaucia le señaló con el dedo el lunar de su ingle.

—Creo que a ese lunar le convendría un beso juvenil…

Gala sonrió y respondió:

—Irás virgen al matrimonio. Yo probaré antes esa fruta para saber si es venenosa; siempre te cuidaré.

Plaucia salió de la piscina y dejó ver el esplendor juvenil de su cuerpo, lindo y hermoso en su absoluta desnudez. Toda una exhibición de lozanía. Una declaración de fuerza y belleza. Quizás una respuesta sin palabras al anunciado veto que Gala le imponía [a Plaucia] para saborear determinada fruta de la Dacia… Gala la observó con cierto grado de envidia que solapaba su admiración ante el cuerpo de aquella joven Venus. Puso sus brazos sobre el borde de la piscina y estiró sus manos, arrugadas por el agua. Vio su lunar entre los dedos en la geografía anticipada de una vejez repleta de arrugas, manchas epidérmicas y repliegues de la piel. Fue uno de esos indeseables fogonazos premonitorios que anticipaban su futuro. Perdió la serenidad, y la misma ansiedad que la devoraba cuando los celos encendían los instintos más crueles de su carácter la dominó.

—Pero quiero que sepas, Plaucia, que hay frutas que, si son mucho de mi agrado, solo quiero comerlas yo…

Itálica

Aparecidos

Cayendo la tarde del segundo día que habían desaparecido, Cneo y Scaeva Minor se paseaban por Itálica con un asno, dos lobos sobre su lomo y un cachorro agonizante en sus manos. El regreso corrió por la vieja ciudad romana como una cuadriga en el circo, y la misma expectación y alegría que una carrera de caballos levantó entre los que los veían por la calle.

Ciudadano 1.—¡Han regresado! ¡Con dos lobos cazados. Son unos valientes!

Ciudadano 2.—Tienen a quien salir.

Ciudadano 3.—Serán grandes generales.

Ciudadano 4.—Uno de ellos puede ser un gran gladiador.

Los niños llegaron a casa de Cneo y encontraron un ambiente desolador, casi de luto. Los habían dado por muertos tras intensas búsquedas en el río. Asinus estaba en la casa. También Cara Pescao. Valentiniano aún buscaba por aquellas lomas cercanas a Itálica a los niños.

—¡Ya somos dos hombres! —gritó Cneo dejando a sus pies el lobo cazado.

—¡No necesitamos ni la *bulla* ni la *toga praetexta*! clamó Scaeva Minor dejando su pieza también en el suelo y levantando un brazo con el puño cerrado en señal de victoria.

Cara Pescao admitió la determinación de los dos chicos y respiró tranquilo. Los esclavos y el atriense de la casa de Iulia Salinator perdieron el miedo a ser castigados con dureza extrema por su ama. Asinus se levantó llorando y se dirigió a Scaeva Minor. Le cruzó la cara con sus manos

—¡Eres un niño idiota! ¡Un niño bobo!

Sacaeva Minor no se inmutó.

—¿Te lo parezco, madre? ¿Con ese lobo cazado y que puedes ver a tus pies?

—Me lo pareces y lo eres. Resulta incomprensible que no sepas medir el alcance de tus actos. Te vas sin avisar. Dos días, dos noches. Y luego quieres que tu madre te reciba como a un héroe. Eres un idiota.

Cneo quiso intervenir. Pero Scaeva Minor no lo dejó.

—He hecho junto con mi mejor amigo lo que no pude hacer con mi padre: salir de casa, cazar una bestia y hacerme un hombre. Madre sé que siempre seré para ti un niño, pero ya no lo soy. No lo somos —dijo mirando a Cneo.

Cara Pescao intervino para hace uso de su sentido común y dejar las cosas en su sitio.

—Lleva razón tu hijo, Asinus. Y tú le has pegado con las manos el beso que estás deseando darle. Abrazaos y reconoceos como lo que sois: una madre ejemplar y un hombre muy joven que está pidiendo a gritos su lugar en el mundo. Hoy es un día maravilloso, Asinus. La vida te arrebató hace poco al hombre de tu casa y hoy te ha dejado uno de tu misma sangre que te garantizará un futuro lleno de bienestar. En cuanto a ti, Cneo…

—En cuanto a mí, señor, todo está decidido. Cuando regrese mi madre de Roma me veré obligado a darle algunas sorpresas. Una de ellas, la de que quiero ser militar…

Valentiniano llegó a la casa justo para oír las palabras de Cneo. Miró a ambos chicos y les regaló una sonrisa.

—Nunca seréis grandes guerreros si no elimináis el rastro de sangre de los prisioneros heridos. Habéis dejado a vuestros perseguidores un mapa indicando por dónde y hacia dónde ibais.

—¿Por qué sabías que no estábamos en el río, donde nos han buscado todos? —le preguntó Saceva Minor al dacio.

—Porque nadie va a pescar olvidándose las cañas y llevando arcos y flechas. Siempre supe que alguna noche te irías para honrar la

memoria de tu padre. La próxima vez me avisas. Yo también tengo algo que dedicarle.

Asinus miró a Valentiniano con furia en sus ojos.

—No habrá más una próxima vez. ¿Lo habéis entendido?

—Creo que habrá muchas próximas veces, querida amiga. Tu hijo y Cneo son hijos de Marte…

---

[20] Actual Indo Kush.

CAPÍTULO XIV

EL DIARIO DE LA EMPERATRIZ (4)

Villa Tívoli

UNA PESADA CARGA

«Los sacerdotes y la gente del común hablan muchas veces como esos pájaros multicolores, exóticos, de pico curvo que nuestros comerciantes traen de Oriente y que son la debilidad de muchos aristócratas romanos. Repiten frases oídas, cacareadas antes por otras bocas, para convertirse en meros reproductores de sonidos en los que predomina el ruido sobre el sentido de las palabras. Este tipo de sacerdotes y de personas hablan siempre del sufrimiento como una especie de misterio. Alguien les dijo que el sufrimiento es un misterio y lo repitieron como esos pájaros repiten las frases: sin saber lo que dicen. En realidad, el sufrimiento es una revelación, al menos en mi caso. He sufrido de tal forma la presencia y la ausencia del emperador en mi vida privada que el dolor se convirtió en mi mejor aliado y en una revelación continua de la realidad. La pesada carga que he llevado sobre mis espaldas durante estos años nunca me aconsejó que me encorvara ni diera muestras con mi pesadumbre del dolor que me afligía. Por el contrario, quise hacer ver que ese peso no me doblegaba y que, en realidad, no desmentía a una de las estatuas que se me levantó en Villa Tívoli, quizás la que mayor lealtad mostró con mi carácter, condición y nobleza. En mis peores momentos anímicos iba a contemplarme en esa estatua donde aparezco con una serenísima majestad en mi rostro, tocada por un velo y una túnica, con un moño trenzado sobre mi cabeza y una leve inclinación que le da dinamismo a la representación. Creo que el artista que la hizo conocía tanto mi físico como mi alma, y a ella acudo cuando más necesito parecerme a mí misma, a esa estatua que es dignidad, fuerza y serenidad sin adornos superfluos.

Uno de tus peores vicios, emperador, fue creer que a fuerza de sufrimiento las murallas de las ciudades y de las personas acabarían cediendo a tu empuje brutal. Esa política tuya, tan oriental, tan ajena a nuestras tradiciones, de cargar con elevados gastos el desempeño de los cargos municipales (decurionato, edilidad…) pasó de ser un gran

honor para el que lo desempeñaba a una carga terrible, de la que se está obligado a huir como se huye de una emboscada de germanos rebeldes. Luego quisiste arreglarlo, como también quisiste arreglar nuestra unión, equivocadamente, queriéndome convertir en lo que no era, en algo absolutamente distinto a la estatua que refiero más arriba. Esa estatua soy yo. La que escribe este diario soy yo. La que te acompañó en todos tus viajes para prestigiar tu dignidad de Príncipe teniendo a tu lado a la sangre viva de Trajano, soy yo. Pero yo no soy la que tú quisiste modelar después como si yo no fuera más que un trozo de barro del Tíber en manos de un alfarero para hacer un plato de loza. Es verdad que nuestra aristocracia no es muy emprendedora y que exige mucho más de lo que da. Pero si a esa, digamos, falta de compromiso con el Estado le haces costoso el servirlo, lo más lógico es que los pájaros echen a volar como cuando escuchan los tambores del paso de una legión. Cuando te diste cuenta, como te pasó conmigo, ya era demasiado tarde. Destruiste el amor al desempeño de cargos locales que estaban repletos de honores, por los que antes los mejores pagaban gustosos, haciéndolos responsables con su patrimonio de la recaudación de los impuestos municipales. Y, a cambio, ofreciste a los más ricos de entre ellos, dividiéndolos, que pusieran una buena parte de su patrimonio al servicio del transporte y del abastecimiento del aceite a favor del Estado eximiéndolos de cargos públicos durante seis largos años. Los barcos de nuestros mayores terratenientes, para escapar de las duras obligaciones municipales, se pusieron así a tus órdenes para satisfacer ese empeño tuyo tan visceral de que Roma o yo dejáramos de ser nosotros mismos y fuéramos otras cosas en el destino que nos reservaban tus caprichosas ideas de cambio. Creo que envidiabas tanto lo conseguido por Trajano que quisiste desterrarlo al olvido borrando toda su obra. Y eso jamás te lo permitiremos ni la Historia ni yo misma.

Estoy segura que conoces la historieta del asno y el caballo. Yo, al menos, la tengo siempre presente para que mi dignidad no se manche ni sea mi persona causante de sufrimientos innecesarios y de equivocaciones irreversibles. Cuentan que un hombre tenía un caballo al que acostumbraba a llevar sin ninguna carga, ya que todo el peso se lo hacía soportar a un viejo asno. El asno, al límite de sus fuerzas, fue al caballo y le dijo: «Si fueras tan amable de llevar una parte de mi carga, podría salvarme; si no, seguramente, moriré». El caballo le respondió: «Vete, no me importa». El asno siguió avanzando, agotado, en silencio. Al final, desfallecido por el trabajo, murió, tal como había predicho. El amo cogió entonces al caballo y, sacando toda la carga del asno muerto, la colocó encima del caballo junto con las alforjas y

añadir incluso la piel del asno que había despellejado. El caballo se dijo: «¡Qué idiota he sido. No quería llevar un poco de peso y ahora tengo que cargar con todo!». Yo he cargado con casi todo lo más pesado en mi nefasta unión con el Príncipe, pero nunca acabaré como el asno. Ni como los aristócratas a los que has tratado de comprar sirviendo al Estado y enfangando el compromiso de los cargos más prestigiosos de nuestros municipios. Destruirás la Roma eterna. Te empeñas en destruirme con tus mofas, desplantes públicos y amores afeminados. Pero mis barcos navegan, suavemente, por el mar de la revelación; ese océano que se extiende bajo la tormenta silenciosa del sufrimiento».

Villa Tivoli

Los Colosos de Memnón

«Comienzo a escribir con una sonrisa en mis labios. No puedo evitarlo. Hay recuerdos que me hacen brotar una primavera en mi corazón y llenan mi boca de rosas. Son tan escasos estos momentos que sería indecente no concedérmelos y reflejarían una enfermedad oscura en mi alma. Mi sonrisa se debe a que mi esposo, que nunca lo fue, recorrió el Imperio para conocer bien sus puntos fuertes y sus debilidades con la intención de reformarlo y empezar a construir algo distinto, nuevo, siempre teniendo como referencia las formas de gobierno de Oriente. Cada viaje se llevaba consigo a Roma en su cortejo. Una corte viajera. Un reino trashumante. Una caravana de Hadriano integrada por una gran cantidad de técnicos, expertos, consejeros, ayudantes, esclavos, aduladores y sodomitas. Los municipios le temían. Era tan grande el gasto que hasta las fuentes de agua se secaban. Para más de uno fue motivo de ruina su visita. Nombrar las caravanas de Hadriano era como mentar la visión de las Gorgonas, porque los tesoros municipales se quedaban petrificados, secos, vacíos con el derroche que exigía atender por algunas semanas o meses a aquella corte itinerante que parecía insaciable. Es verdad que la mayoría de las ciudades visitadas obtenían, después, los beneficios de su nueva política; otras, con menos suerte, simplemente caían en la bancarrota.

De todos los viajes que realicé con el Príncipe, el que más me impactó fue el que nos llevó a Egipto en noviembre del 130. Occidente es áspero, tosco, carente del esplendor y brillo civilizador que tiene el gran país del Nilo. Ha sido Roma la que le ha dado a las tierras del oeste mediterráneo y del norte de Europa la condición de urbes

habitables para personas y no para animales. Entre una casa britana y un establo romano no hay muchas diferencias, y si las hay, son siempre a favor del establo romano. Roma civilizó a Occidente: pero en Egipto sucumbió a la fuerza de su milenaria actividad estatal, funcionarial y religiosa. De allí no solo obtenemos oro y pan. Hemos perfeccionado nuestro gobierno según unos hábitos especializados por los siglos de una administración tan bien organizada que nada de lo que registra es banal; hasta nuestros emperadores han sido divinizados como ellos convirtieron en dioses a los faraones. Me permito una maldad femenina en forma de pregunta: ¿hubo algún faraón que divinizara a su esclavo sodomita como ha hecho ese hombre que dicen es mi esposo? Egipto es una tierra fascinante, una puerta de oro abierta a paisajes históricos y construcciones inauditas para el tiempo en el que fueron realizadas. Tiene misterio, riqueza, costumbres y diversiones que a una mujer como yo simplemente le fascinan. Nuestro viaje a Luxor para ver, tocar y admirar los Colosos de Memnón quedó tan grabado en mi corazón como los epigramas que la poetisa griega, Iulia Balbilla, grabó sobre los pies de tan descomunales estatuas. Allí fui feliz. Con Iulia como poetisa de esa corte itinerante y como dama de compañía a mi servicio. Culta, refinada, de ascendencia aristocrática y muy, muy sensible. Al igual que Safo, es una insuperable orfebre de las palabras.

Con ella hablé de Trajano. Mi admirado y respetado Trajano. Largamente. Detenidamente. Sin prejuicios ni aversiones. Otra vez, mi esposo, tratando de imitar a su padre adoptivo, fue a Egipto para redescubrir lo que ya habían descubierto el gran Iulius César y el no menos máximo Augusto. Pero Trajano, a diferencia de mi esposo, dejó, aportó cosas a Egipto. El insaciable Hadriano se lo llevó: todo lo que pudo caber en las naves de su latrocinio para darle a la villa imperial de Tívoli el halo orientalizante que tiene y que a él tanto lo cautiva. Trajano le devolvió su uso al canal egipcio que construyeron los faraones para poner en contacto el Nilo con el mar de Eritrea y agrandó el templo de Kalabsha, dedicado a Mandulis, un dios nubio representado por una figura humana con cuernos de carnero, discos solares y cobras coronadas con altas plumas. Una especie de Apolo africano. En Tebas no olvidó a Serapis y también le levantó un lugar para su culto. Pero, sin duda, la obra más impactante que Trajano dejó en Egipto, fue el edificio que labró en la isla de Filé junto al templo de Isis, donde está representando oficiando una ceremonia religiosa con ropas de sacerdote egipcio ante la sagrada familia de Filé, Osiris, Isis y Horus. Nuevamente Trajano, mi sangre familiar más venerada, era un ejemplo a seguir e imitar. El hombre que llevó el Imperio a su máxima

extensión agradecía a los dioses la fortuna con la que era bendecido. Mi afeminado esposo levantó una ciudad a un esclavo llamada Antinoópolis, una vergüenza para él, para mí y para Roma. Roma y yo nos sonrojamos al oír el nombre de esa ciudad innombrable; para el emperador puede que sea su mayor reconocimiento al amor… propio. Estoy convencida de que los dioses lo castigarán con la peor de las muertes imaginables pese a lo que él quiso interpretar tras escuchar el gemido del coloso de Memnón, que ahora trataré de recordar repasando los epigramas de Iulia Balbilla».

Villa Tívoli

La hermosa Vibia

«Muy pocas veces he sido halagada con piropos a mi carácter o a mi belleza. Muy pocas. Casi todo lo que llegaba a mis oídos eran interpretaciones falaces sobre mi personalidad, propagadas por una mente herida de odio y una aversión visceral a todo lo que fuera femenino. Quizás porque dos mujeres nunca acaban de sincerarse y son como escorpiones bajo las piedras. Mi esposo llevaba en su corazón el espíritu solapado de dos mujeres irreconciliables: su condición femenina y su devoción al amor invertido. Una carga tan insoportable que ni un hombre con sus dotes para mandar sobre el mundo pudo jamás llevar con naturalidad. Él fue la boca sucia y mellada que dictaba las consignas contra mí y que sus más fieles servidores se encargaban de escribir, contar e incluso cantar en coplillas callejeras de pésimo gusto. Ninguna de las veces que se hizo justicia a mis cualidades físicas y a mi carácter fuerte lo hizo el emperador ni su círculo de interesadas influencias. Esos piropos lo hicieron dos artistas. Un escultor y una poetisa. El escultor es el que me talló esa estatua de la que hablé antes y que se encuentra en Villa Tívoli. La poetisa es Iulia Balbilla que, sabiendo las graves diferencias que convirtieron mi matrimonio con el emperador en un nido de víboras, jugó un sabio y elegante equilibrio entre sus halagos y piropos, todos nacidos a los pies de los colosos de Memnón. El hecho de que hayan sido dos artistas mis principales cantores no puedo negar que me provoca una profunda satisfacción. Solo los artistas son capaces de encontrar lo bello y lo hermoso incluso detrás del dolor. Ellos y mi hermana Vibia Matidia han sido mis más seguros puntos de apoyo cuando incluso una voluntad tan inquebrantable como la mía corría peligro de ceder y resquebrajarse.

Tras varios saludos de Memnón, creo recordar que fueron tres

gemidos metálicos provocados por fenómenos atmosféricos, Hadriano respondió contento a tan agradable bienvenida, y Iulia Balbilla, la poetisa griega, dejó escrito que el emperador interpretó aquel fenómeno como que quedaba muy claro que los dioses lo querían. Creo que Hadriano tiene pocos seguidores en el Olimpo, salvo aquellos dioses griegos interesados en cuidar de los efebos y sus lujuriosos fieles. Pero realmente eso no me importa. Me importa, y mucho, que Iulia escribiera en aquellas estatuas de más de sesenta pies de altura, labradas sobre cuarcita, que no pudo abatir el terremoto que Estrabón registra en el año 27 antes de Augusto, algo que llevo siempre en mi corazón, y a lo que vuelvo como vuelvo en Tívoli a ver mi estatua en los momentos más negros de mi existencia. Iulia escribió que Memnón estaba deseoso de volver a verme «y encantado por la belleza digna de amarse de nuestra reina». Esta estrofa, perdida en el vergel de palabras de una composición halagadora, es todo un canto a mis virtudes físicas que, como reina, mi esposo y las hienas al servicio de su propaganda siempre dejaron de reconocer. Nunca podré olvidar aquel 20 de noviembre del 130 cuando Memnón me llamó hermosa y digna de amarme como reina por mis cualidades físicas, algo que no estaba al alcance de la sensibilidad de mi esposo, tan atraído por otras mujeres a los que la naturaleza les dio rostro y cuerpo de hombres. Ese día reí escuchando los gemidos que el coloso, cuando la brisa del día calentaba su piedra, dejaba escapar por su boca, con sus ojos mirando la salida del sol y sus poderosas manos descansando sobre sus rodillas. Ese día fui enormemente feliz en Luxor y me sentí plena, porque si el mundo se olvidaba de Vibia Sabina, siempre podría saber de ella por lo que una excelente poetisa griega dejó escrito a los pies de Memnón, sin que ningún falsario subordinado al poder de Hadriano manchara con sus babas el intocable prestigio de los Vibios».

CAPÍTULO XV

Como la luna de las flores

Itálica, domus *de Gala*

Otra cara

Llevaba unos días, quizás una semana, con la fuerza en su rostro de la luna de las flores, la primera del plenilunio de mayo, que pintaba de nuevo los campos de Itálica llenándolos de campanitas azules, amapolas rojas, lirios amarillos y cantos de pájaros. Esa luna había pasado meses atrás, pero ella, Gala, la tenía ahora en su rostro, y hacía que sus ojos relucieran como estrellas, su boca se abriera como una grieta plena de fértiles deseos y su cuerpo lo dominara alguna pasión que siempre fue consustancial a la fuerza de su sangre y que, desde hacia tiempo, tenía en el olvido. Le había cambiado la cara. Le había cambiado la temperatura de su cuerpo. Le había cambiado su sonrisa. Le habían cambiado tantas cosas que Plaucia llegó a pensar que hay frutas venenosas que no te matan, sino que te alargan la vida y, sobre todo, te insuflan una fuerza vital superior a la que puedan otorgarle a César la muerte de diez gladiadores sacrificados en su nombre.

—Me alegra verte así, madrina —le dijo Plaucia.

—¿Qué ves en mí para que te dé motivos de alegría?

—Lo que no veía hace algún tiempo y ahora sí veo en tus ojos y hasta en tu forma de moverte.

—Mis movimientos al andar son los de una matrona romana, niña.

—Tus movimientos al andar, madrina, pueden despertar el celo de los caballos del friso del Partenón. No me engañes. ¿Tanta alegría te da la resolución del asunto de la mina?

Gala se sintió halagada por aquellas palabras que venían de una de las mujeres más hermosas y jóvenes de Itálica, que había despertado el interés de muchos aristócratas por disfrutarla.

—Realmente, hemos dado un paso muy importante para llegar hasta Tívoli, hasta la misma corte de Hadriano. Esa mina pronto comenzará a producir plata y honraremos al emperador como se merece.

—Fue una buena idea invitar a tu fiesta al *procurator metallorum* de Urium.

—No fue mi fiesta, fue la tuya. Y sí, claramente, no fue mala idea invitarlo. Vive aquí, en Itálica, y es el responsable ante el emperador de las minas de Urium, Munigua y Aznalcóllar. Creo que ha sido un buen trato. Hemos dado cuatro mil denarios de entrada por la compra de la mina.

—Que, finalmente, te costará decenas de miles de sestercios…

—El dinero está para gastarlo y gastarlo bien. Y gastarlo bien significa llegar hasta las mismas narices del emperador, querida Plaucia.

—¿Habrá madera suficiente para explotarla?

—El *saltus* tiene madera abundante tanto para las labores de decantación de la plata en los hornos como para soportar la estructura de la explotación de la mina.

Plaucia se levantó, le dio la espalda a Gala y comenzó a juguetear con un hermoso y exótico pájaro que la aristócrata tenía en una jaula que imitaba a un templo, hecha con madera de sándalo.

—Solo me preocupa que el hombre elegido para controlar y gobernar la mina sea el apropiado. Es evidente que tú no lo conoces.

—De nada. Por todos los dioses ¿me ves viviendo en un *saltus*, entre cabañas de techos de pajas, animales salvajes y salteadores de camino?

Plaucia volvió a mirarla de frente y a compartir con ella una sonrisa de complicidad.

—Jamás. Dudo que alguna vez te hayas manchado los pies con barro o que una espina de un zarzal haya rozado tus hermosas piernas.

—He sabido estar siempre en mi sitio, querida niña. Para vivir en el saltus ya tenemos el hombre ideal.

—¿Quién es?

—No lo conoces. Yo tampoco. Pero el *procurator metallorum* sí. Y además sabe que se juega nuestra, digamos, generosidad, si no ha elegido al hombre perfecto.

—El dinero abre tantas puertas…

—Incluso las de Villa Tívoli…

Plaucia se acercó al triclinio donde Gala estaba tumbada, abandonada a una molicie que nunca estuvo conquistada por la pereza; todo lo que hacía o no hacía estaba cargado de intenciones y objetivos. Plaucia le dio un beso en su frente y murmuró cerca de su oído:

—¿Sabes una cosa? Ni las minas de plata de Laurión son capaces de hacerte tan feliz como esa otra mina que explotas a solas y que te ha hecho olvidar hasta ese lunar entre los dedos…

Encuentro casual

Delante de la puerta de la *domus* de Gala, Plaucia y una esclava se disponían a entrar en algunas de las tabernas de los soportales buscando pescado fresco. Casualmente, se topó de frente con Valentiniano y ambos sintieron crujir algo en el armazón inmaterial de sus almas. Se miraron a los ojos, titubearon, reconocieron su inexplicable torpeza para saludarse hasta que el dacio, contrariado por aquel estado de nervios, reaccionó y le dijo:

—Es verdad que eres la Venus viva de Itálica. Que los dioses estén contigo joven Plaucia.

—Que nunca dejen de acompañarte, Valentiniano. ¿Qué haces por aquí?

Dudó buscando una respuesta convincente.

—Negocios. Tengo que reunirme con Cara Pescao.

—Está retirada la casa de Cara Pescao de aquí. ¿No tendrás una cita con alguien que sea socio o socia de tu patrón?

Abiertamente, sin seguirle el juego irónico a Plaucia, el dacio le dijo:

—Hoy no. He estado en esta casa hace unos días. Tú estabas con tu futuro marido, creo que de paseo por el campo. Sobre unos espléndidos caballos.

—Eran yeguas, Valentiniano. Y sé que montas muy bien… ¿Han llegado a algún acuerdo interesante que no me deba perder?

—Tu madrina te informará de lo que ella crea conveniente. Yo, por el momento, solo soy un intermediario entre vuestros intereses y los de mis contactos en Alejandría. ¿Adónde vas?

—A buscar buen pescado. Fresco, del día. Me divierte ir de vez en vez de compra doméstica.

—Si no te estorbo, me gustaría acompañarte. ¿Es posible?

Plaucia se empeñó en hacerle ver la inconsistencia de su primera respuesta:

—Te alejarás aún más de la casa de Cara Pescao

—No me importa. Luego iré.

—Pues entonces vente. Acompáñanos. No podríamos ir más seguras.

Y Plaucia, su esclava y Valentiniano se fueron a las tabernas de los pescaderos de Itálica, buscando qué podía caer en sus redes. Desde la ventana de su alcoba, Gala había asistido a la escena. Y no se le olvidaban las palabras cargadas de intenciones con las que momentos

antes se había despedido su pupila:

—Ni las minas de plata del Laurión son capaces de hacerte tan feliz como esa otra mina que explotas en exclusiva y te ha hecho olvidar hasta ese lunar entre los dedos…

La pirámide Cestia, Roma

La carta de Cneo

Había momentos en los que Roma lo ahogaba y extrañaba los paisajes abiertos y el aire puro de Itálica. No era fácil acostumbrarse a aquel torbellino de sensaciones nuevas, de impactos visuales inesperados, de tal cúmulo de información emocional que, pese al carácter calmoso y sosegado del Celta, había circunstancias en los que la descomunal ciudad podía con él. Llevaba en Roma varios días, pero no había podido olvidar la entrada en el puerto de Ostia, reformado por Claudio y, posteriormente, ampliado a lo grande por Trajano. Cuando vio aquel descomunal puerto no pudo evitar que su pensamiento hablara y dijera:

—Nadie jamás podrá vencer a Roma…

La llegada a aquel puerto que estaba interconectado con el mundo a través de las diversas rutas atlánticas, mediterráneas, africanas e índicas turbó su capacidad de asimilación y se descubrió pequeño, insignificante y tan prescindible como una hormiga. Tampoco olvidaba el rostro satisfecho, preñado de orgullo, de Iulia Salinator, que espiaba las emociones del Celta con tal delicadeza que nunca la sorprendió esbozando una sonrisa cuando el médico se quedaba embobado viendo las salinas del Tíber de camino hacia Roma, con cientos de esclavos trabajándolas y con aquellos bueyes tirando de los carretones, de una raza diferente a la que acostumbraba a ver en la Bética. Llevaba en la capital del mundo varios días y no había uno que no insistiera en que lo llevaran hasta la pirámide Cestia, la tumba de un rico magistrado romano de finales de la República, que levantó su sepultura a imagen y semejanza de las pirámides de los antiguos faraones egipcios. El Celta seguía empeñado en viajar a Oriente, en descubrir los secretos escritos en cientos de miles de papiros de la biblioteca de Alejandría. Y delante de aquella pirámide, recubierta de mármol blanco travertino, de ciento veintiún *pies* de altura, por más de noventa y siete *pies* de lado en la base, soñaba con las auténticas que levantaron los faraones, otra de las maravillas del mundo que tenía a mano viajando hasta la ciudad que fundara siglos atrás el gran Alejandro.

El Celta entró en Roma como hay que entrar en las casas donde la hospitalidad es una obligación máxima con el visitante. Cuando pisó la esplendorosa *domus* de Iulia Salinator en el Aventino, una colina que hasta los tiempos del gran Augusto había sido colonizada por casas humildes y populares, transformada después por un urbanismo de envergadura en zona residencial de aristócratas, quiso hacerlo entregándole a Iulia la *tessera hospitalis*, uno de los dos objetos de bronce que encajaban el uno con el otro y que, de manera simbólica, expresaba un pacto de hospitalidad. Iulia lo recibió con gusto e inmediatamente dio la orden que cumplimentaba la liturgia de la bienvenida al visitante: se hizo un sacrificio en honor al huésped, se le preparó un baño, una magnífica comida especiada con sabores indescifrables para el paladar del Celta, se le dio una buena conversación que giró sobre Roma y los sitios que no debería dejar de visitar, se le ofreció una cama con sábanas de seda y almohadas de plumas y se le anunció que, a su partida, se le colmaría de regalos. Pero el mejor regalo que esperaba recibir el Celta en aquella ciudad que no paraba su actividad y que sonaba como el intestino de Polifemo, era descubrir en el Ateneo abierto por Hadriano, los libros que necesitaba consultar.

—Mañana te llevarán al Ateneo —le dijo Iulia Salinator.

Y los ojos del Celta, más claros aún por la luz vertical del verano romano, se iluminaron de satisfacción. Hasta que la anfitriona le comentó que había llegado desde Itálica una carta de su hijo Cneo.

—¿Qué te cuenta ese pequeño amigo, señora?

—Que él y Scaeva Minor han capturado dos lobos y que lo han celebrado en Itálica como si fueran dos guerreros.

—Se te hace mayor por días. Y creo que su pasión es el ejército, Iulia.

Iulia arrugó el papiro de la carta entre sus manos y se la llevó a su pecho.

—Es cierto, Celta. Ya no es un niño. Y no me quiero dar cuenta.

Se produjo un silencio cargado de melancolía. El Celta lo interrumpió cuando creyó oportuno.

—¿Te cuenta algo más? —preguntó con curiosidad.

—No mucho más. Eso me ha dejado impresionada.

—A mí también. Si es capaz de cazar un lobo vas a tener que ir pensando que, con el tiempo, cazará hombres armados en las fronteras del Imperio.

—Si es su destino, sea…

—Los destinos nos hacen; nosotros no hacemos nuestros destinos.

—¿Por qué vas tanto a la pirámide de Gayo Cestio, Celta?

— Quizás porque me esté anunciando mi destino —dijo El Celta sonriendo y dejando ver en el celeste de sus ojos esa oscura zona que tanto perturbaba a Cneo.

—Si no te satisface el Ateneo de Roma, el emperador ha abierto una biblioteca inmensa en Atenas, al norte del Ágora, que no deberías perderte. La ha nutrido con miles de libros de su propiedad. Me han contado que la sala de lectura tiene el techo de alabastro realzado con oro. La llaman la biblioteca de las Cien Columnas.

—Lo tendré en cuenta, señora. Le agradezco su atención y su hospitalidad.

—No tienes nada que agradecerme. La vida de Cneo te la deberé siempre.

—Con su permiso, iré a preparar mis papiros y la tinta que mañana me llevaré hasta el Ateneo para tomar notas. ¿Tengo ese permiso?

—Por todos los dioses, eres un hombre libre, estás acogido a las leyes de la hospitalidad romana, considérate en tu casa como en Itálica. Ve y prepara tus cosas.

—Gracias, señora —dijo el Celta con cierta sumisión impostada.

Cuando se perdía entre las penumbras el peristilo, Iulia Salinator lo volvió a llamar para decirle, sin darle la más mínima importancia, que Cneo le había dicho también algo que le parecía confuso:

—¿Qué es lo que le dijo el pequeño, señora?

—Que había comprobado en un conejo el efecto de una hierba que tú denominas en griego «El sueño mortal». Y encarecidamente me rogó que te lo dijera. ¿Te imaginas que Cneo descarte el ejército y estudie medicina en Alejandría o en Roma?

El Celta comenzó a sudar y se fue para su habitación agitado y nervioso. Trató de que lo último que dijera esa noche no delatara su estado de ánimo.

—Sería una excelente idea que Cneo fuera médico. Sería un gran médico, señora.

Muro de Hadriano

Géminis

La noche era clara, el Tyne desprendía una salada humedad que transmitía bienestar y el cielo brillaba claro y sin abusos de nubes para convertirlo en un magnífico mapa para navegantes. Pero Agapetos, el médico griego de la guarnición de Pons Aelius, en el muro de Hadriano en Britania, no tenía intención alguna de montarse en una barca celta para ver la lluvia de estrellas de aquella noche de

verano. Prefirió quedarse con los oficiales Pontius y Tiberio Claudio en una confortable instalación a orillas del río, con sendas sillas de campaña y una mesa liviana donde colocar el buen vino sorrentino que se apañaba Pontius y algunas presas de pollo que le habían preparado con pimientas de la India. Todos miraban al cielo, a la espera de ver las estrellas fugaces que tanta admiración, respeto y devoción despertaban. Mientras entraban en el zaguán de la atmósfera terrestre, los oficiales se demoraban en hablar de las cosas afines a los soldados, con la política siempre por medio.

—Las cosas van de mal en peor en Villa Tívoli, Tiberio Claudio.

—Lo sé, amigo. Se habla incluso de que Vibia deja abierta las puertas de su alcoba con suma negligencia…

—El grieguecillo tampoco se tapa mucho, querido amigo.

—Debe de ser su amor por Atenas lo que lo ha hecho tan evidente a los ojos de los demás, Pontius.

Agapetos, que miraba al cielo con una extraña fijación, seguía la conversación de ambos oficiales, compañeros y amigos. Fue a decir algo cuando escuchó la alusión a las costumbres atenienses que el emperador Hadriano había hecho suyas. Pero, por alguna extraña razón que se le escapaba, no quiso responder; entendiendo que; el cielo le iba a dar más respuestas que las que podían salir de una conversación típica entre oficiales.

—¡¡Mirad, allí, hacia el norte!! Han empezado a caer las estrellas —dijo Pontius con alborozo casi infantil.

—¿Qué dioses las guiarán y cabalgarán sobre ellas? Le pido a Júpiter que solo traigan prosperidad para Roma y salud para nuestro emperador.

—Así sea, querido Tiberio Claudio.

Por unos minutos las estrellas fugaces se sucedieron, dibujando sobre la barriga de la noche las luces brillantes, mágicas y efímeras de su enorme viaje espacial.

—¿Las ves, Agapetos? —preguntó Pontius.

—Las veo, amigo. Pero empiezo a ver algo más.

—Eso debe de ser el vino, maldito griego —bromeó Tiberio Claudio. Pontius lo celebró invitando a que el esclavo que los servía llenase nuevamente la copa del médico.

—No, no es el vino. El vino, moderadamente, como nos invita a proceder la leyenda del friso del templo del oráculo en Delfos, ayuda a discurrir. Y con este vino de Sorrento no se discurre mal.

—¿En qué piensas? —dijo más serio Tiberio Claudio.

—En Vespasiano, en los druidas, en los milagros, en las mentiras que el hombre acaba por creerse contemplando lo vulnerable e

insignificante que es ante lo desconocido.

—Por todos los dioses, Agapetos, ¿otra vez andas pensando en aquel joven celta que recuperó una pierna que tú desahuciaste? —le espetó Pontius entre la ironía y el humor.

—Mi mente se ha contagiado de la constancia romana. Mejor dicho, de la constancia del ejército romano. Cuando toma un camino lo sigue y no para hasta que llega a su destino, levanta un campamento y realiza una conquista, una carretera o un acueducto.

Los oficinales se miraron entre ellos, y rieron.

—Agapetos, eres más romano que la loba capitolina —bromeó Pontius.

En ese momento arreció la lluvia de estrellas y el cielo parecía el suelo de una cocina sobre el que se había derramado una cántara de leche. Los oficiales miraban extasiados aquel mágico espectáculo mientras que el médico permanecía absorto en sus cábalas.

—¿Has visto, Agapetos? Es una maravilla —lo animó Pontius.

—Cada vez lo veo más claro, amigo. He llegado a una conclusión.

—Yo también, Agapetos. Las britanas me gustan más que las romanas. Son yeguas indomables, bromeó Pontius.

—Dejad de mirar las estrellas fugaces, yo por un momento hacedme caso. ¿Veis aquel conjunto de estrellas, la constelación de Géminis?

—¿Aquella del norte? —preguntó Pontius.

—La misma. Ahí está la clave del milagro de los druidas celtas que dicen que curaron milagrosamente al muchacho.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? —preguntó con curiosidad Tiberio Claudio.

—Que Géminis son los gemelos, idénticos como dos gotas de agua. Cuando celebramos aquel juego entre soldados de la legio VI Victrix y la I Cohorte hispana que acabó con un enfrentamiento brutal entre los soldados, atendí a un celta moribundo. Un pobre loco borracho que solo tenía un objetivo en la vida: beber cada día más cerveza.

—¿Y…? —preguntó intrigado Pontius.

—Lo estuve visitando en las *cannabae* algunas noches. Llegué a cierto grado de confianza con él; bueno, llegó la cerveza a la que lo invitaba. Y estuvo a punto de revelarme el secreto médico de los milagros druidas.

—¿No llegó a confesártelo?

—Lo impidieron los suyos, que lo apartaron de mi vista y lo perdieron en el bosque. Volví a verlo algún tiempo después en aquel juego entre los soldados que recordaréis tan bien como yo.

—Perdona, Agapetos, aún no acabo de entender la relación que existe entre Géminis, el celta borracho y los milagros de los druidas,

señaló Pontius.

—Ahora lo entenderás. La noche en la que murió como consecuencia de las heridas sufridas tras la batalla campal que interrumpió los juegos entre los soldados, me dijo en su agonía: «Son como dos gotas de agua. Pero uno no es…». Y miraba al cielo a la par que me pedía más cerveza. Lo tomé por un loco, o por una de esas incongruencias que dicen los moribundos antes de irse al Averno. Pero la frase me ha machacado desde entonces. Y hoy, mirando al cielo…

—¡Por todos los dioses, habla ya, griego del demonio! —dijo Pontius, realmente interesado.

—Géminis son los gemelos. Dos gotas de agua. Pero uno no es. Ese uno es el gemelo que los celtas, para intimidarnos con sus magias, hicieron pasar por el verdaderamente afectado por aquel fatal accidente. Es su hermano gemelo. Os prometo que el otro, el fatalmente accidentado, si no está inserviblemente cojo, le han amputado la pierna. No era un milagro: eEra una patraña.

Los dos oficiales se quedaron con la boca abierta. Y una enorme estrella fugaz, en dirección sur, iluminó la noche como solo se iluminan las mentes cuando la luz de la lógica y de la razón se unen para alumbrar los misterios que los hombres se empeñan en oscurecer con mitos y supercherías…

Roma

¿Atenas o Alejandría?

Había ordenado que lo llevaran hasta la casa de Iulia Salinator por la Vía Sacra. Le encantaba admirar el centro de Roma. El Capitolio, el foro, el Coliseo. Y, especialmente, detenerse bajo el Arco de Tito, tan minucioso con las representaciones del saqueo de Jerusalén. Por alguna desconocida razón, aquella enorme avenida lo reconciliaba con la gran ciudad que, en otros puntos, acaso le abrumaba e incomodaba. ¿Quizás por los robles que veía crecer, alineados, a lo largo de tan grande avenida, entre altos cipreses y pinos de frondosas copas? El Celta había pasado el día en el Ateneo, escuchando a oradores griegos, romanos y de Asia Menor. No era lo que iba buscando. Lo que realmente calmaría su sed de búsqueda e investigación no lo iba a encontrar en Roma: lo tenía en la biblioteca ateniense de las Cien Columnas. O en Alejandría, en aquel enorme edificio donde se concentraba, en forma de papiros y pergaminos, todo el saber del mundo. Allí estaba, con absoluta seguridad, lo que andaba buscando. Pero esa carta de Cneo a Iulia Salinator era todo un mensaje en clave

para el Celta, que así lo interpretó. Cneo sabía ya lo que el médico britano ocultaba en la profundidad tenebrosa de sus celestes ojos, esa oscuridad que tanta claridad disfrazaba y que al joven aturdía. Un muchacho tan listo como sensible, que no iba a perdonarle muchas cosas. Una de ellas muy grave, gravísima, y que había causado mucho dolor familiar.

El Celta trató de mostrarse desencantado ante la confiada y fiel Iulia Salinator, una mujer cuya bondad, presumiblemente, estaba cimentada sobre el miedo. Era bondadosa no por cualidad de su espíritu, sino por influencia de una temerosa actitud ante la vida. Quizás esa fue la razón por la que le entregó toda la confianza al Celta. Podríamos exagerar, pero no mucho, si creemos que lo convirtió en poco menos que su Júpiter Óptimo Máximo del templo capitolino: aquel que Domiciano restauró años atrás revistiéndolo de mármol, reutilizando las columnas que guardaban la casa del Zeus de Olimpia. Eso era para la Salinator aquel medio druida de ojos terriblemente claros que, como todo lo que parece diáfano, nos sorprende siempre con un misterio oculto, con un inquietante secreto que, una vez revelado, te deja con cara de bobo para siempre. Y, quién sabe, quizás en el caso de Iulia, con un legítimo y furibundo deseo de venganza. Cenaban en el hermoso jardín de su casa romana, al atardecer de aquel verano. El aire trasminaba un intenso olor a albahaca y a lavanda, procedentes del huerto de hierbas aromáticas que mimaba aquel delicado vergel.

—Creí que iba a verte más entusiasmado, Celta.

—Oh, señora, lo estoy. Me han traído hasta su casa por toda la Vía Sacra y me he maravillado con lo visto.

—Un gran paseo. Con los foros de Iulius César, Augusto, Vespasiano, Nerva y Trajano repletos de romanos, ruidosos y bulliciosos. Pero no veo que tu cara cambie. Es como si no acabaras de encontrarte en Roma. Como cuando uno espera de un pastel la intensidad de un dulce que luego lo defrauda.

—No es eso, señora. Roma es monumental, y embarga mis sentidos. Pero cada día que pasa se consolida más mi creencia de que lo que ando buscando entre papiros y pergaminos no lo voy a encontrar aquí.

—Entiendo, Celta. Tu inquietud por saber e investigar es más poderosa que la imponente monumentalidad de la capital del mundo.

—Podríamos decir que mi frustración me impide disfrutarla en su verdadera dimensión.

Hubo un silencio interrumpido por la retirada de cubiertos y platos por los esclavos. Ambos bebieron un sorbo de vino en una copa de fluorita. Iulia, quizás empujada por la seguridad del vino, se dirigió al

médico por su nombre celta, en un esfuerzo de demostrarle su cercanía y magnanimidad.

—Ael, te recuerdo que eres libre, que puedes hacer con tu vida lo que quieras y que ni yo ni mi casa te vamos a exigir una relación de subordinación y pertenencia por tu antigua condición de esclavo. Te recomiendo que marches hasta Atenas. La biblioteca de Hadriano es una maravilla.

—Nunca podré pagarle tanta generosidad, señora. Aún no he decidido si ir hasta Atenas o desembarcar en Alejandría. En cualquier caso, le escribiré allí donde me instale. Si no me ordena otra cosa, en unos días partiré.

—No solo no te ordeno nada, sino que te animo a que hagas ese viaje y vayas adonde mejor te encuentres.

Iulia Salinator lo miró. El Celta, también y le dedicó una mirada bañada de consideración, sin llegar a alcanzar la gratitud más sincera.

—Si necesitas dinero, con una sola palabra lo tendrás —le dijo Iulia.

—Solo me hará falta que allá donde vaya encuentre a alguien tan bondadosa, culta y generosa como usted, señora.

Iulia Salinator se levantó de la mesa sin esperar a los postres, quizás para dar a entender que, tras aquel gesto suyo tan magnánimo, aún estaba el de una gran aristócrata que quería marcar ciertas distancias. Pero no estaba hecha para ejercer el mando, y cuando se fue hacia su alcoba sintió un frío espectral en su espalda, como si el azar o alguien le hubiesen hecho perder su talismán perfecto, su guardia más imbatible. Y comenzó a sentirse insegura; muy insegura y vulnerable. Como cuando Cneo estuvo tres días muerto. Su cabeza voló como una alondra hasta Itálica para refugiarse en los recuerdos de su hijo, el que había dado caza a un lobo y que, según todos los indicios, había dejado de pertenecer ya al mundo de los niños…

Itálica

Una cita inaplazable

Aquel dacio era un desvergonzado. Un tipo distinto, diferente. Sin los adornos y los perfumes afeminados de ciertos jóvenes aristócratas y con la desfachatez del que ha superado en vida el miedo a tantas cosas. Incluso a esa tan imposible de sobrellevar que es el de no tener dinero. Días atrás había acompañado a Plaucia a comprar pescado y salazones, y sus manos, tan ligeras con la espada como con cualquier otra presa que se moviera, no dejaron de jugar con la timidez o el

presunto recato de la hermosa joven. Aquellas manos, tan severas y masculinas, no guardaron ningún tipo de reglas ni normas a la hora de rozarse con los brazos desnudos y tersos de Plaucia, que, cuando recibía las caricias disfrazadas de ayudas en el mercado, sentía un inexplicable contento porque ambos cuerpos empezaran a conocerse. Su madrina le había dicho que la tendría protegida de las frutas venenosas, pero Gala la disfrutaba. Comía de aquel poderoso árbol la excitante fruta de Valentiniano que, más que veneno, resultaba ser la mejor medicina natural para la ansiedad y el vértigo que le ocasionaba el paso del tiempo. ¿Cuántas veces la habría poseído entre sus fuertes brazos? ¿Cuántos días de amor, a escondidas, que saben mejor, habrían disfrutado ambos desde que Plaucia le descubrió ese rebosante tono vital a Gala?

Plaucia era venerada por los dioses y cada día que pasaba potenciaban más aún su belleza. Las cremas no la hacían más hermosa; incluso podría decirse que le ocultaban ese lozano reverbero de su piel. Y su olor corporal era tan fino y elegante que podría decantarse en tarros de vidrio para que el fisco, como hacía con el bálsamo de Judea, lo monopolizara y le sacara rendimientos económicos tan altos como al afamado perfume judío. No quedaba mucho para que, en una ceremonia íntima y privada, como había pactado Cecilio con Gala y Fabia Hadrianilla, contrajeran matrimonio. Y ella lo deseaba. Deseaba casarse cuanto antes. Que pasaran aquellos días pronto, como si fueran hojas muertas arrastradas por un vendaval desde un parque al extremo de la calle. Quería llegar virgen al matrimonio y ofrecerle su tesoro más guardado a Cecilio, sin que le faltara una perla a tan íntima y húmeda sonrisa. Porque una vez consumado el matrimonio, y si Cecilio era capaz de penetrar en la alegre, juvenil y fresca sonrisa de su entrepierna, estaba dispuesta a compartir la desvergüenza del dacio con su madrina Gala. Al fin y al cabo, iba a hacer lo mismo que su maestra hizo con su difunto esposo. Todo lo que sabía de la vida, del mundo y de los negocios lo aprendió de una insuperable maestra, de una mujer que siempre tuvo presente en su vida que «los intereses están por encima de los sentimientos; el odio por encima del amor y el amor, a escondidas y con quien yo elija». Y Plaucia, como su madrina, había elegido a Valentiniano como seguro y prometedor amante. Todo un gladiador peleando a corazón batiente con la peor fiera del mundo: el deseo insaciable de una joven Venus de Itálica. Plaucia iba a mantener las reglas del juego. Guardaría la *pietas* matrimonial: respeto y colaboración con su esposo. Pero deseaba saber qué sísmicos sentimientos incontrolables empujaban a los más jóvenes a proclamar, en las paredes de algunas

casas de Itálica, la eterna fidelidad a su amada.

Itálica, domus *de Cara Pescao*

Viaje de negocios

Como era su costumbre, Cara Pescao, para hablar de negocios potentes, con inversiones arriesgadas y mucha plata de por medio, solía reunirse con sus socios delante de la enorme estatua de Mercurio que tenía en su atrio. Primero oraba, con religioso recogimiento, para quemar durante la oración incienso, mirra, corteza de cedro y toda una amplia gama de resinas arábigas destinadas a poner de su parte la voluntad del dios de los negocios y mercaderes. Valentiniano seguía le ceremonia con su habitual descreimiento, sin llegar a comprender del todo cómo un tipo tan listo como aquel rico patrón podía entregarse a liturgias tan banales y estúpidas como aquella. Aunque bien es cierto que los negocios le salían redondos al mercader, incluido el gran fracaso de Britania, que supo enderezar pactando con Decimus y acabando con los piratas. Cuando terminó de honrar al dios de los pies alados, se sentó bajo su halo protector y comenzó a hablarle a Valentiniano:

—Debemos partir cuanto antes hacia Alejandría.

—Cuando quieras, patrón. ¿Tienes claro ya lo que quieres negociar con Apolofanes?

—Lo tengo muy claro, Valentiniano. Tanto como la luz que inunda en estos momentos el jardín de casa.

—Pues partamos cuanto antes. Nada hay aquí que nos retenga. Ya sabes que no me caen bien los hispalenses.

—Pero sí algunas italicenses…

—Me gusta la belleza. Junto con el valor en los hombres, es una ciudad que admiro. Y tú tampoco eres reacio a estimar la hermosura.

—Tampoco, tampoco… —contestó Cara Pescao guiñándole un ojo.

—No juegues conmigo, patrón. Esas bromas no me gustan.

—¿Sabes, Valentiniano? Tienes un grave problema con tu carácter. No sé cuándo ni dónde ni por qué razón que se me escapa se te jodió, pero te falta tanto humor como te sobra atractivo. Serás un viejo gruñón, si antes la bolsa de cualquier aristócrata no paga el trabajo que te quite la vida en cualquier esquina perdida.

—Eso habrá que verlo, patrón.

—Ojalá nunca tenga que enterrarte. Sería como enterrar un tesoro —dijo Cara Pescao para romper en carcajadas que de ninguna manera acompañó Valentiniano.

—¿Puedo saber qué clase de negocios quieres amarrar con Apolofanes?

—Seda. Le compraré seda blanca de Seres, la procesaremos en Híspalis y la adaptaremos a los gustos de nuestros aristócratas, tiñéndola de colores fuertes y estampándola con dibujos geométricos.

—¿Seguro que no te equivocas?

—¿Cómo puedo equivocarme, querido Valentiniano, si una libra de seda púrpura vale más de doce veces el coste de la seda blanca? En Roma se ha llegado a decir que el reprocesado de la seda del Este se vendía allá a cien veces su precio de coste. Ese es nuestro negocio, Valentiniano.

—Veo que tiene buenos informadores para que tus números no se vuelvan locos…

—Tengo muy buenos informadores, Valentiniano. A pesar de que ya no los controla la inteligencia de Scaeva. Y algunos me hablan, con ligera preocupación, de las frecuentes visitas que haces a casa de Gala.

—Cierto es que frecuento su casa. Es tu socia en muchos negocios, y ahora lo será de tus aventuras en Alejandría, lo que me convierte, igualmente, en su socio.

—Sabía que esas visitas solo tenían un objetivo mercantil. Viniendo de un comerciante como tú no podría ser de otra forma —le respondió Cara Pescao siendo todo lo irónico que supo serlo en ese momento.

—No. No soy un comerciante. Ni bueno ni malo. No lo soy. Pero sí sé moverme por las calles, por los foros y por los anfiteatros. Por eso me entero de cosas que quizás tu eficiente red de chivatos no te hayan dicho. Por eso hoy soy tu intermediario entre Híspalis y Alejandría. ¿Quieres saber algo?

—Dime, respondido Cara Pescao con cierta reserva.

—Esa socia tuya que tanto frecuento, según tus informadores, acaba de comprar una mina de plata en Utium y ya la está explotando. Creo que te ha dado una patada en ese culo que tan detalladamente conoce toda Híspalis.

Cara Pescao pasó por alto la irrespetuosa respuesta del dacio; era así de grosero y de impetuoso, pero lo necesitaba más que nunca a su lado para entrar con pies de plata en el enrevesado y turbulento mundo de los negocios alejandrinos.

—Tiene dinero y contactos para poder comprarle una mina al Estado. Brindaré por su éxito. ¿Sabes lo que me admira de esa información, Valentiniano?

—Habla, patrón.

—Lo que habrás sido capaz de hacer para ganarte la confianza de una aristócrata tan prudente como Gala y que te haya confesado en

tan poco tiempo sus logros empresariales más notables…

Valentiniano no acusó el golpe. Al contrario: salió del envite con la misma soltura con la que, años atrás, salía de sus adversarios en la arena. Una estocada sin ninguna técnica, pero terriblemente efectiva:

—Hay mujeres que, a determinada edad, aun teniéndolo todo, dan [a cambio] lo que sea por obtener lo que más necesitan y el tiempo les va robando. Y lo que ella necesita a mí me sobra, querido patrón.

Una sonrisa breve y forzada en el rostro de Cara Pescao cortó aquel diálogo. El rico mercader bético seguía empapado de entusiasmo por emprender nuevas aventuras comerciales lejos de un Occidente por días más apagado para los grandes negocios. Miró con decisión a Valentiniano y lo apuró:

—Preparemos las cosas y veremos si en Alejandría yo encuentro mi mina de plata envuelta en seda —dijo Cara Pescao satisfecho, tras confirmar lo que sabía.

Valentiniano no tenía ni idea de en qué clase de jaula de fieras en la que se había metido.

Itálica, domus *de Gala*

Una promesa extramatrimonial

Llegó el día en que Cecilio y Plaucia contraerían matrimonio, en una ceremonia privada y con invitados muy seleccionados: los padres de Plaucia, Gala, Fabia Hadrianilla y la excusada no asistencia de Iulia Salinator, de visita en Roma acompañando al Celta en su periplo de conocimiento e investigación médica. Cecilio había querido una ceremonia bonita pero sin alardes, presidida por la intimidad y el sosiego. Parecía que las antigüedades que reunía con criterios de gusto y clasificación habían influido en su carácter, convirtiéndolo en un hombre en quien el paso del tiempo había testado vanidades y apagado el brillo de la ostentación. Antes de iniciarse la ceremonia de la firma de contrato, Plaucia recibió el cariño y afecto de sus padres, que la besaron en la frente y le desearon una feliz y recatada vida matrimonial, pariendo varones fuertes y sanos para la grandeza de Roma y alcanzado una púdica reputación como las más cantadas matronas romanas. Plaucia llevaba en su cabeza una diadema de flores blancas y una túnica de seda de igual color. El único exceso que se permitió fue el de lucir, nuevamente, en sus orejas aquellos pendientes de cascabeles que costaban una fortuna y que Gala había encargado, tiempo atrás, para lucirlo en la presentación en sociedad de su pupila. Como un guiño estético a la sensibilidad de su futuro marido, se había

colocado en el cuello el collar de Cleopatra. Realmente, estaba tan hermosa como lozana. Y capaz de despertar las pasiones apagadas de cualquier estatua de mármol.

—Madrina, no debes preocuparte. Todo saldrá perfectamente.

—Temo que esta noche te sientas frustrada.

—Voy preparada para todo. Y todo está preparado en función de alcanzar nuestras metas en Roma. No te preocupes por mí, madrina.

Gala la besó en la frente y le apretó la mano con extremada emoción. Incluso se permitió el lujo de derramar una de sus recurrentes lágrimas que, rápidamente, fue detectada y eliminada de su rostro por los cuidados de su esclava roxolana, la de su máxima confianza. Se miraron a los ojos, y ambas, en voz muy baja, inaudible para el resto de los invitados, dispersos por una casa tan amplia como un frente de guerra, repitieron sus principios básicos de comportamiento vital:

—Los intereses, por encima de los sentimientos; el odio por encima del amor; el amor, a escondidas y con quien yo elija…

Y se sonrieron con toda la complicidad del mundo, como si fueran sacerdotisas iniciadas en un culto matriarcal y arcaico donde la mujer era el valor supremo que marca las leyes de la naturaleza. Plaucia fue requerida para empezar la ceremonia contractual del matrimonio. No se hizo esperar y antes de dejar a su madrina le dijo:

—Te quiero pedir un regalo especial, madrina.

—Lo tienes antes de pedirlo.

—Me gustaría que me iniciaras en las artes del amor. No quiero defraudar a Cecilio.

—Te enseñaré lo que es necesario que sepa una mujer para que su esposo no busque fuera lo que pueda encontrar dentro de su casa.

—Gracias madrina. Sabría que nunca te opondrías a que Valentiniano fuera el amor a escondidas que yo eligiera…

Itálica, domus *de Gala*

La noche temática

Se desangraba el cielo sobre Itálica con una terrible tormenta de verano. Truenos, agua y viento salvaban del asfixiante calor a la ciudad que, en sus calles y en el foro, jugaba a mojarse con aquella redención climática que les regalaba un día extraordinario. Gala contemplaba con buen talante cómo los muchachos y muchachas más humildes aprovechaban los canalones de las casas para disfrutar bajo ellos de las cascadas de agua que precipitaban. Quién sabe si alguna

vez, en su ya lejana infancia, también se entretuvo bajo una de aquellas redentoras y festivas caídas de agua o chapoteando sobre los charcos que acumulaban las calles. Plaucia había ido a visitarla por vez primera desde que contrajo matrimonio. Ambas miraban por la misma ventana aquel prodigio veraniego de rayos, truenos, agua y viento que calmaba a la tierra de tanta sed.

—Disfrutan con lo mínimo —comentó ensimismada Gala.

—Algunos filósofos dicen que esa es la base de la felicidad.

—Puede ser. Pero una vez has conocido mucho mundo, hasta la columna de Nerón puede parecerte una piedra milaria.

Un chico se despojó de sus ropas bajo un canalón de agua y Gala y Plaucia sonrieron.

—Ya ves qué desnuda va la inocencia —dijo Gala.

—Pero cuando se junta con el pudor hasta un abrigo le parece poco —apostilló Plaucia.

Gala abandonó la ventana y se sentó sobre una cómoda silla del segundo patio de la casa, el que estaba más cerca del jardín trasero. La tormenta era tan violenta que el agua salpicaba más allá del rectángulo porticado de esbeltas y nobles columnas que lo delimitaban. El día parecía el preámbulo de la noche y los rayos iluminaban las estancias de la *domus* dibujando, por momentos, escenas fantasmales en los rostros mitológicos que adornaban las paredes estucadas en rojo. Plaucia la siguió, con ganas de hablar. Gala lo sabía. Pero quería demorar la charla. No por algún motivo especial. Sino para delimitar, nuevamente, el campo de su autoridad. Plaucia seguía siendo su ahijada, pero ahora tenía como esposo a un aristócrata emparentado con el emperador. ¿Podría esa circunstancia haber alimentado la soberbia social de una chica que en menos de un año salió de Iulia Traducta con casi lo puesto para disfrutar ahora de una fortuna inmensa?

—Esta casa extraña tu alegría y vitalidad, Plaucia.

—Mi corazón siempre estará aquí, madrina. No he podido venir antes. Me han tenido muy ocupada.

—¿Qué tal la noche de boda?

—Tremendamente didáctica, querida madrina.

—¿Didáctica?

—Muy histórica, madrina.

—Por todos los dioses, ¿qué pasó aquella noche?

—Aprendí mucha historia de la antigua Asiria. ¿Quieres que te enumere sus reyes más notables?

Gala se levantó de la silla, abrió sus brazos y rompió a reír como si estuviera poseída por los genios del humor.

—¡¡Por todos los dioses, Plaucia!! ¿Me estás diciendo que en tu noche de bodas Cecilio se dedicó a enseñarte historia?

—Así fue —dijo con cierto aire de frustración.

—¿Aún eres virgen?

—Puedo ser la vestal mayor del templo.

—¿No te tocó?

—Cuando acabó con Asiria comenzó con Iulia Traducta. Sé la historia de mi pequeña ciudad desde que la fundaron colonos africanos.

Gala se dirigió a Plaucia, la tomó por las manos y la besó en su fresco y tentador rostro.

—¿Ni tan siquiera te besó?

—En la frente. Como hizo mi padre antes de casarme. Pero no debes alarmarte, madrina: es un caballero. Tiene unos modales exquisitos, su educación es digna de su sangre aristocrática y no temo que haga conmigo lo que dicen que el emperador hizo con Vibia Sabina en la intimidad de la alcoba. No lo veo capaz de pegarle a una mujer.

—Ni tampoco de hacerla sentir más allá de lo que puede hacerte sentir un padre.

—Pero eso tiene arreglo, madrina. Cuento los días que faltan para que Valentiniano regrese de Alejandría y tú me lo entregues como maestro de mis ahora apagadas pasiones.

Gala la miró sin decir nada. Ni sí ni no. Prefirió darle un vuelco a la conversación.

—Llevas una dote que muy pocas mujeres pueden aportar a un matrimonio. En Roma está muy extendida la creencia de que una buena dote es un freno para los maridos brutales y ventajistas. No es tu caso. Creo que a Cecilio le vamos a dar un filtro de amor de los que venden las brujas en las esquinas del foro.

—Sinceramente, madrina, no me apetece acostarme con él.

—¿Te repugna?

—En absoluto: es limpio sin abusar de los perfumes, es elegante sin dejarse llevar por las túnicas de seda, es atento sin llegar a ser pesado. Sería un magnífico esposo con treinta años menos, pero esos años se los dio a su anterior esposa.

—Y los vivieron con pudor y recato.

—Madrina, no creo que mi dote sea ese freno que en Roma emplean muchas mujeres para no ser tan vulnerables ante maridos impetuosos y salvajes. Cecilio tiene tantas tierras o más que nosotros. Te recuerdo que me he casado con él para sumar influencias y acercarnos a la corte del emperador. Cecilio no tiene la edad que mi

pasión necesita, y él lo sabe. Y trata, con elegancia, de que no se convierta en un problema insalvable para ambos.

—Yo insistiría en el filtro de amor.

—Si tú lo dices, sea, madrina. Pero yo insistiría también en ser la alumna preferida de Valentiniano. Déjame, madrina, que aprenda con sus clases. Creo que es el mejor regalo que puedes hacerme por haber ofrecido el fuego de mi juventud a una elegante estatua de mármol.

Gala se transformó sin hacer un mínimo ademán que expresara su estado de ánimo, ya absolutamente volcánico. Solo la pose de su figura, carente de empatía, vaciada de aprecio y ajena a esa calidez con la que con tantas veces había tratado a Plaucia, fue suficiente para reforzar su contestación, donde una palabra no sonó más fuerte que la otra, aunque esparcieron por el universo emocional de la joven casadera un rastro de dudas sobre la lealtad de la aristócrata al plan que habían trazado para llegar hasta el emperador.

—¿De dónde sacas la idea de que yo pueda estar acostándome con Valentiniano? ¿Tanta es la pasión que sientes por ese bárbaro que nubla tu entendimiento y te hace ver lo que no es? Regresa a tu casa, Plaucia, y confía en mí. Pero quiero que sepas algo: Valentiniano solo es un socio más de la corporación de Cara Pescao, a la que pertenezco. Solo eso lo hace entrar y salir de casa cuando los negocios lo requieren.

Plaucia se hincó de rodillas y besó la mano de Gala.

—Perdóname, madrina. He sido tan torpe como un asno. Imploro tu condescendencia.

Y le besó y le acarició, con una imperceptible venganza gestual, el lunar de la mano donde se anunciaba que la juventud de Gala la estaba abandonando. Plaucia, al acariciarla, notó que un lunar nuevo volvía a manchar la todavía tersa mano de su madrina, ya más cerca de su otoño que de aquellas primaveras que la hicieron tan apasionada, osada e independiente como ahora se sentía ella. Si lograba acostarse con Valentiniano, ¿qué le atraería más al hermoso exgladiador: la experiencia de los años de su madrina o el huracán indomable de una joven doncella deseosa de conocer los misterios de la gruta donde se refugia el placer?

Ostia, Roma

De regreso

El Celta se embarcó rumbo a Alejandría. Lo hizo en el puerto romano de Ostia, en un mercante que llevaba toda clase de mercancías para el

mayor puerto de Egipto. Al fin iba a poder pisar aquel mundo donde Occidente y Oriente se encontraban formando un enjambre ruidoso, bullicioso y altamente aventurado de mercaderes, soldados, militares, banqueros, griegos, judíos, etíopes, romanos, indios y hasta celtas errantes a la búsqueda de secretos escondidos en viejos papiros. Nadie de la casa de Iulia Salinator fue a despedirlo; era quizás una forma de expresarle al médico britano que nada lo ataba con aquella familia, a la que por tantos años había servido en Itálica y a la que ya solo le amarraban los amables lazos de la amistad y de la hospitalidad. Antes de partir le dejó dicho a su antigua ama que le escribiría desde Alejandría o desde el fin del mundo, siempre con palabras de agradecimiento. Al pasar por la puerta Ostiensis supo que jamás volvería a Roma y que tampoco tendría necesidad de admirar la pirámide mortuoria de Gayo Cestio, ni repugnarse con el insoportable hedor que emanaban de las ánforas de aceites y salazones béticos que se amontonaban cerca de aquella tumba en el llamado monte Testaccio. Se iba de Roma para conocer aquella vieja tierra donde había pirámides de unas dimensiones tan inhumanas que, incluso en los dibujos que de ellas había visto en los papiros, le parecían hechas por las mismas manos que en su vieja tierra celta, dos o tres mil años atrás, habían levantado el complejo megalítico de Stonehenge. El britano estaba de regreso a la libertad de ser y de conocer, y ese rumbo nunca fue fácil alcanzarlo…

CAPÍTULO XVI

EL DIARIO DE LA EMPERATRIZ (Y 5)

Villa Tívoli

COMO UN JORNALERO

«Hay una paradoja estridente en la existencia de los que vivimos alrededor de los príncipes: considerarnos completamente libres y, a la vez, sabernos rehenes de sus caprichos. Creemos que reinamos sobre nuestras decisiones, pero no es más que una ilusión. No hay otra voluntad que la del emperador, y sus caprichos se convierten en leyes. Calígula lo dejó bien claro con sus terribles decisiones de gobierno, y Domiciano fue con sus súbditos tan feroz como un lobo en un aprisco. Cuando eres consciente de que tu vida vale solo lo que se le antoje a César te das cuenta de que no eres más libre que ese menesteroso que, diariamente, anda esclavizado a su pobreza, encadenado a la pelea callejera de obtener un par de ases para comer en una taberna lo que trisca una cabra en el campo. Siempre he pensado que mi mayor error en la vida fue creer que, alguna vez, podría alcanzar junto a mi esposo la altura política de Livia Drusa, la mujer de Octavio; la de la hija de Escipión el Africano, Cornelia, o la de Agripina Minor, la sobrina y posterior esposa de Claudio. Pero ni fui Cleopatra ni tampoco, como los propagandistas de la corte a favor de Hadriano insisten en señalarme para mi desprestigio, una Mesalina conquistadora de penes y alcobas ajenas a mi matrimonio. Han querido despellejar mi reputación vinculándome a aventuras extraconyugales con el historiador Suetonio. Y también con el jefe de la guardia pretoriana del Príncipe. Ambos no salieron bien parados de estas acusaciones. Lo único que diré es que la política siempre mide los hechos al antojo del poderoso, del que maneja tu libertad como le place. Mientras que mi esposo flirteaba con esclavos y se iba a cazar leones con su tierno bitinio, a la vista de todo el mundo y sin el menor pudor ni respeto hacia nuestro matrimonio, le confieso a este diario que intenté no aburrirme ni caer en la desesperación demasiadas veces. Sé que los dioses se burlan o destruyen a los insensatos que no se conocen a sí mismos; yo siempre supe quién fui y de dónde venía, y como ya he dejado escrito, las veces que mis murallas caían y me sentía invadida y

derrotada por los acontecimientos, visitaba la estatua de Villa Tívoli donde se concentra mi verdadera personalidad, la fuerza de mi carácter.

No. Nunca pude alcanzar junto al emperador la altura moral y el poder efectivo que alcanzaron otras mujeres imperiales. Pero juro que tampoco las envidié. Pongo mi mano en el corazón y reconozco que alguna vez pude pensarlo, sobre todo en aquellos primeros viajes cuando acompañé a Hadriano por el mundo como emperatriz. Después aquella ilusión se hizo cenizas como la pira de un sacrificio, y entendí que si aspiraba a mandar en mi vida un poco, tan solo un poco más de lo que manda en la suya un jornalero del campo, debía apartarme de la pelea palaciega donde nunca conté con más de cuatro o cinco leales que, naturalmente, Hadriano se encargó de ir apartando de mi maléfica influencia. Livia pasó a la historia como una perfecta matrona, encarnación viva de las virtudes de la aristócrata romana, pese a que era tan venenosa como la serpiente con la que se quitó la vida Cleopatra, hábil manipuladora de voluntades varoniles. Pero pudo ser Livia Drusa porque a su lado tenía a un hombre siempre inclinado a escuchar a su esposa y valorarla. En mi caso esa situación es imposible: Hadriano, simplemente, no es un hombre, y en su retorcida cabeza, tanto como los rizos de su barba, no cabe imaginar la colaboración matrimonial. Simplemente porque odiaba con todas sus fuerzas haberse casado conmigo para alcanzar el trono imperial. A su juicio ese precio debió de parecerle muy alto. Ni sus continuos e irrespetuosos desprecios a nuestra unión le parecieron un buen precio para pagar aquel desembolso vital que lo llevó a compartir, por poco tiempo, nuestra alcoba. Nadie jamás le puso la mano encima a Vibia Sabina. Ni mi querido padre Lucio Vibio Sabino, ni mi ingenua y distraída madre, Matidia la Mayor, empeñada junto con la esposa de Trajano, Pompeya Plotina, en hacerme emperatriz. El día que sentí encima de mi rostro la mano cobarde e histérica de un afeminado que se hacía pasar por esposo, ese día no solo me rompió mi elegante labio, rompió todo lo que una persona puede unirla a otra. Y le deseé una vida corta y una muerte larga. Pasado el tiempo, algunos hombres de su círculo, a los que traicionó con esa frialdad que solo poseen las mujeres más perversas, consultaron a los arúspices sobre su final, y todos los consultados coincidieron: sería largo y agónico. Una de esas muertes que, por insoportable, todos deseamos acelerar para evitar el peso abrasivo del sufrimiento».

Villa Tívoli

«Ni Livia, ni Cornelia, ni Agripina, ni la mismísima Cleopatra. Tampoco envidé a Lesbia, la musa real del poeta Catulo, con el que vivió días tan apasionados como el fuego que maneja Vulcano, y odios tan salvajes como el que Roma profesó a Hanibal. Lesbia, que, según se dijo por Roma, era el nombre ficticio que Catulo le asignó en sus poemas a la aristócrata Claudia Pulcra, tan cercana siempre a los círculos intelectuales y artísticos de entonces, pero también a las alcobas de Marco Celio y Cicerón, entre otras incontables pasiones, tampoco supuso un referente para mí, pese a la libertad que demostró tener en su desenvolvimiento diario. No solo en la cama había que considerarse libre. Siempre admiré la libertad de las mujeres que en un mundo tan ajeno a los intereses femeninos conquistaban parcelas de poder para ejercerlo. A quien verdaderamente envidié fue a mi hermana Vibia Matidia, todo un prodigio de independencia, determinación, inteligencia y perspicacia. Mujeres como ella nunca fueron frecuentes entre nuestras aristócratas; en cambio, sí conocí en Egipto a mujeres tan emprendedoras como ella, pese a que la ley les exigiera allí, como en toda Roma, un tutor para realizar negocios de envergadura y firmar contratos legales. Uno de los muchos asesores que viajó con la corte de Hadriano hasta Egipto, sabiendo de mi interés por la capacidad empresarial de aquellas personas, me informó que una tercera parte de los terratenientes de tan rica provincia son mujeres, poseedoras del dieciséis al veinticinco por ciento de la tierra. Me pareció un dato muy interesante.

Hace unos días me ha llegado desde Etruria, donde Vibia Matidia se encuentra inspeccionando intereses económicos propios, una carta realmente deliciosa. La carta iba acompañada de un dibujo realizado por algún artesano con buena mano para la moda. Sobre fondo rojo resaltaban dos retratos familiares, uno mío y otro de ella. El mío me representaba muy sería, con esos peinados que acostumbro a lucir y que me dan un excesivo aire de severidad. Algunas veces Matidia también los lució, pero invariablemente, le parecieron demasiado serios e institucionales y, con la elegancia y simpatía que rebosa su gracia personal, el dibujo de mi hermana la muestra con un peinado absolutamente llamativo, frívolo quizás, pero que refleja el estado de ánimo de una persona feliz e independiente. Es un canto a los tirabuzones y a los rizos que, reunidos en una especie de moño exuberante, alcanza una altura realmente desenfadada, pero nunca grosera ni inconveniente. No paro de reír cada vez que lo veo o lo recuerdo. Porque mi hermana me invita en la carta a abandonar esos

peinados de matrona romana que suelo lucir para que siga la moda y, sobre todo, para que siga sus consejos, me divorcie del emperador y me vaya a vivir con ella.

Alguna que otra vez he considerado esa posibilidad. Ella nunca se casó, y vive muy alejada de la política, con la que se roza solo porque así lo exigen sus relaciones empresariales. Matidia es una compañía estimulante, tanto por su carácter abierto y jovial como por sus afanes emprendedores. Está en posesión de un buen número de fábricas de ladrillos con las que surte al Estado. «Tú me das y yo te doy», dice con frecuencia. A su mejor cliente lo trata con el esmero y el cuidado debido. En su carta me explicaba que en la Campania feliz, en las zonas de Minto y Sessa Aurunca donde posee muchísimas tierras, ha sufragado de su peculio una biblioteca, un acueducto y ha reconstruido el teatro de Sessa, adornando el escenario con retratos de la familia imperial y de ella, colocándose en el centro, como si fuera Aura. No he visto cómo ha quedado el teatro y me gustaría visitarlo. Tampoco sé cómo ha quedado Matidia representando a Aura, un modelo de difícil personificación porque no es fácil representar el movimiento del aire en un material tan terrenal como es el mármol. El aire, me cuenta, le acaricia con benevolencia las ropas y el rostro, diferenciándolos el artista por el color de la piedra: blanco para el cuerpo y negro para las ropas. Admiro sus iniciativas. Aplaudo su determinación. Celebro su estimulante tono vital. La amo como nunca he amado a otra persona. Y no, no siento envidia por ella. Quizás solo admiración: una enorme admiración que también sentí hacia aquellas mujeres arrojadas que hace años descubrí en una tierra tan fascinante como Egipto. A ninguna de ellas, incluida mi hermana, le valía la interpretación que hace Artemidoro cuando una mujer sueña que acaba de tejer. Según ese enloquecido intérprete onírico, la mujer que lo hace muere al día siguiente, porque dejar de tejer significa no tener trabajo y, por tanto, no contar con motivos para vivir. Muchas como yo hemos muerto en vida sin necesidad de soñar que se nos acabó la lana para tejer. Matidia es de esas mujeres que hacen realidad sus sueños, y si se les termina la lana, la buscan donde haya que hacerlo, para no darle la razón a Artemidoro y a todos los embaucadores que se dejan llevar por sus fantasías. No me extraña que un ser tan vil y envidioso como Hadriano aún no la haya divinizado, como ha hecho con gran parte de la familia. Cuando Hadriano omite u olvida algo que por justicia debería tener presente es porque sabe que con ese león o leona no puede, y detesta todo aquello que es mejor que él. Tampoco descarto, conociendo el lado perverso de su personalidad afeminada, que olvidándose de Matidia pretenda inflingirun castigo a la

emperatriz, que solo espera de los dioses que esa incapacidad suya de reconocernos a los Vibios nuestra excelencia se vuelva parte de su castigo… Creo que vive aterrado por la sola idea de que me divorcie y me vaya a vivir con mi hermana. Algo habrá debido llegarle a sus oídos. Esos que alguna vez escucharon, de la boca de esta mujer que no quiso ser su emperatriz, cosas tan terribles que me valieron para que la historia las olvidara, pero no para que Hadriano las perdonara. Y eso sí me hizo feliz. Sin necesidad de ser Livia, Cornelia Escipión o Agripina Minor, pude disfrutar de ese inmenso poder…».

Villa Tívoli

El silencio

«Hace unos días, tras sus ejercicios por el circuito que le trazaron los médicos para realizar su actividad deportiva, el emperador sufrió una crisis respiratoria leve. No es la primera vez que le ocurre; de ahí que los médicos que lo atienden le hayan recomendado más prudencia en el beber y en el comer y evitar crispaciones derivadas del ejercicio de gobernar. La noticia no me causó ningún tipo de preocupación. Si he de ser sincera, y trato de serlo conmigo misma en estos escritos, creo que casi sentí una leve brisa de satisfacción en esa habitación oscura donde guardo todos mis rencores hacia Hadriano. No sé si su final está cercano o lejano. No me interesa. Pero sí les presto mucha más atención a los rumores que me llegan de su entorno palaciego, donde se asegura que trataría de envenenarme. Al parecer, quiere cobrarse esa satisfacción y evitar que yo le sobreviva. No sería deseable para su prestigio definitivo que yo viviera tras su muerte, asistiendo sin la menor mueca de dolor a su entierro en Puteoli, cerca de su villa de descanso que en tiempos había pertenecido a Cicerón, hasta que terminaran su gran mansión mortuoria en Roma. Sin su servicio de limpieza ideológica en activo y ya buscando otro emperador al que servir, mentir y escribir lo contrario de lo que realmente sucediera alrededor de su nuevo amo, yo habría aprovechado ese claro en la tormenta para divulgar y explicar muchas actitudes que, simplemente, se me impidieron bajo amenazas veladas de todo tipo.

No dudo de que sea esa su intención. Acabar con mi vida como acabó con la de tanta gente que estuvieron a su lado y a la que que, por mantener puntos de vista distintos y no coincidentes en la defensa de intereses comunes, acabó viendo como competidores directos de su poder, durándoles en su mano lo que el cuello de una gallina en las de un matarife. Ese parece ser el caso de algunos pretendientes al trono,

un conflicto sucesorio que el emperador trata de conducir como mejor sabe y como las ya débiles fuerzas de su incipiente enfermedad le dejan. A Lucio Iulius Urso Serviano y a Cneo Pedanio Fusco Salinator los mandó asesinar por descuadrarle su plan sucesorio. El poder no tiene piedad, por eso necesita sentirse querido y consolado por la plebe. No debe de ser fácil sobrevivir a las continuas conspiraciones palaciegas, a los rumores de golpe de estado y al odio que generan tantos cadáveres en el camino sin que un baño de multitud te haga olvidar los excesos que el ejercicio del poder te exige.

Eso fue lo que pensé muchos años atrás cuando Hadriano celebró su cumpleaños en el circo, como era costumbre desde que lo instauró el gran Octaviano, tal vez aconsejado por la mente perfectamente armada para la propaganda política de su esposa Livia Drusa. Aquellos juegos fueron desbordantes y espectaculares. Sacó a la arena mil animales salvajes entre tigres, jabalíes, elefantes y leones. El emperador salió tan complacido de aquel baño de multitud que comprendió que era su mejor medicina para aliviarlo de las tensiones de palacio y que el pueblo, teniendo pan y circo, se daba por más que complacido en sus aspiraciones terrenales. Esa lección la anotó bien el príncipe, porque años más tarde, en Atenas, la ciudad de sus sueños políticos e intelectuales, volvió a presentar en público otra gran cacería de animales salvajes, presumiendo ante sus leales de que aquel dispendio no le costaría un solo denario al Erario público, empleando a luchadores locales para evitar gastos de desplazamiento y manutención desde Roma a cazadores o actores teatrales. En realidad, era una de sus muchas verdades a medias. Lo que se ahorraba en esos espectáculos públicos lo tiraba al mar con aquellos viajes por las provincias donde su corte móvil gastaba más de lo que las ciudades podían soportar. Ahora voy a salir de Villa Tívoli. Hace una mañana fresca y bajo un disfraz de campesina iré a consultar a una bruja muy recomendada por los aficionados a esa magia que, no sin cierta desconsideración, Plinio el Viejo le adjudicó a las mujeres que dominaban ese tipo de predicciones. Mantenía que existe una firme creencia en la gente corriente (yo diría también que entre la más selecta) de que solo las mujeres dominan el conocimiento de hechizos y hierbas mágicas, como un don exclusivo de nuestro sexo. El hombre para Plinio es la razón; la mujer, la intuición y la magia. Sea. Iré a saber qué piensa la bruja de Tívoli sobre el futuro de la emperatriz y el peligro en el que me sitúa ser una pieza de caza mayor para mi marido, ese implacable asesino al que le aborté un hijo y me negué a engendrarle otro para evitarle al mundo la calamidad de que su sangre multiplicara en la tierra la abominación de su apellido…».

Sobre el veneno

«Hace días que visité a la bruja de Tívoli para escuchar sus adivinaciones. Aquella cueva larga y profunda como la vagina de la tierra, cálida en invierno y fresca en verano, que de alguna forma me recordaba la gruta napolitana de la sibila, siempre estaba atestada de gente. Al final del pasillo, en una especie de silla con pretensiones, se sentaba esta mujer presidiendo una fuente rumorosa, que se afirma que adivina el futuro. La bruja tenía un insoportable olor en la boca. Apestaba a ajos y hierbas mágicas que masticaba, al parecer, para mantener despiertos sus sentidos más irracionales, que la ponían en contacto con lo sobrenatural. Eso al menos explicaban sus incondicionales. Yo creo que si el mundo sobrenatural tuviera sentido del olfato y le oliera la boca, todo su poder se desvanecería por ser tan desconsiderada con sus confidentes del más allá. Gracias a mis acompañantes no tuve que guardar un turno tan agotador, avisada la bruja de que una alta dama de Villa Hadriana iba a visitarla y le pagaría por una adivinación todo lo que aquella larga cola iba a darle en un día de extenuante trabajo.

Es de suponer que nunca supo quién era yo. Y quiero también suponer que sus premoniciones no fueron antes inducidas por algunos hombres cercanos a palacio que la pusieran en antecedente de lo que ocurría en mi vida. Pero tras unas palabras pronunciadas en una lengua para mí desconocida y poner toda su atención en las ondas que la fuente propagaba por aquel estanque, oí que pronunciaba las iniciales de mi nombre y, acto seguido, sin concretar nada, me dio un consejo:

—Cuídate de lo que bebes y comes…

Salí de aquella cueva de supersticiosos y seres inferiores lo más rápido que pude, acaso empujada, pese a mi absoluto descreimiento, por cierto miedo incontrolable que casi siempre se aloja en tu corazón cuando te hacen advertencias de ese tipo. Volví a la antigua casa de mis padres en Villa Tívoli para ponerme a escribir todo esto, antes de que la comida o la bebida acaben conmigo o alguna amnesia fatal provocada por mi escepticismo me lo borre de la memoria.

Me he visitado a mí misma estos días. He ido a ver la escultura que tanto me gusta y tan exactamente refleja mi hermosura y la fuerza de mi carácter que tengo en la Villa Hadriana. No es que me estuviera despidiendo de mí misma por algún presentimiento mortal ni por la resaca intimidante del consejo de la bruja; lo hice por ver lo que el

mundo posiblemente jamás verá de mí, por saber que mi memoria como emperatriz está condenada al olvido, que los historiadores se ocuparán más de seguir y reflejar las obscenas infidelidades de Mesalina que en divulgar las razones por las que Hadriano me condenó al ostracismo. Yo he llegado a sentir en vida lo que a otros emperadores enloquecidos y brutales les aplicaron tras su muerte: la *damnatio memoriae*. Conmigo no hizo falta destruir mis retratos, ni aras con mi nombre, ni lápidas en los templos dándome las gracias por mi protección, ni rebajar mi condición divina al polvo de la humillación y al vertedero del desprestigio. A mí se me aplicó el olvido en vida, a la espera quizás de que, como Ifigenia con su padre Agamenón, me arrojara al suelo y suplicara abrazada a las piernas del emperador clemencia para mi honor e imagen pública. Nunca lo logró. El mar, pone Eurípides en boca de Ifigenia, lava todas las manchas y heridas del mundo. A mí no me bastaron los mares del este y del oeste, del norte y del sur, para sanar las profundas heridas de una vida amortizada por la crueldad de un ser despiadado. Solo les pido a los dioses poder sobrevivirle para contarle a Roma que el hombre que ha dejado al Imperio en el atrio de un nuevo mundo, donde es posible que nunca más volvamos a ser lo que fuimos, ha sido uno de los traidores más indecentes de nuestra Historia, y que es posible que nunca le dijera la verdad ni a sus coquetos amantes, aquellos que lo sodomizaban y llenaban de vergüenza el rostro de Roma.

No volveré a escribirme ni a describirme en este diario. Creo que ha cumplido con su objetivo, que no fue otro que el de entenderme tras la confusa enajenación que me producía la tensión permanente que el emperador ponía en marcha para vengarse del carácter hosco e insoportable que ellos me adjudican. No tengo necesidad de escribir más sobre lo vivido, lo sufrido y lo imposible de olvidar. Creo que estoy en paz conmigo misma. Y lo que más deseo ahora es llamar a mis esclavas y que me peinen como mi hermana Matidia, desenfadada y espectacular, para abandonar también en el olvido esa obsesión mía por ser y parecer más púdica que Livia Drusa. Me gustaría viajar hasta Etruria y encontrarme con Vibia Matidia; un par de horas con ella y con su desbordante buen humor y fuerza vital reponen más que una buena dieta médica y varias sesiones de natación en la piscina. Aún no he decidido lo que haré con este diario, si romperlo ahora, quemarlo en algún fogón de la cocina o, si marcho hasta Etruria, dejarlo en manos de Matidia para sorprenderla por lo escrito y por el peinado que me aconseja, que es el que pienso lucir como expresión visible de mi felicidad. Que los dioses me acompañen, vigilen lo que bebo y como y me concedan años para sobrevivir al gran impostor…».

CAPÍTULO XVII

TRES CONTRA TRES

Itálica, domus *de Gala*

LA FURIA

Dio un portazo tan brutal que los vidrios cercanos a la puerta de aquella sala cayeron al suelo y se destrozaron. Estaba dominada por un violentísimo rencor, como si a la vez las Furias romanas y las Erinias griegas hubieran tomado su alma como posada y asiento. ¡¡Oh, el rencor!! Ese demonio que la dominaba y que, a menudo, le hacía pensar que es como abrirse el vientre con una daga y esperar que muera la persona que odias. Se le enrojecieron los ojos, su tersa faz se crispó como si por su boca le hubieran introducido un hierro al rojo y los gritos con los que acompañó su estado de rabia hicieron temblar los retratos de mármol de la familia que tenía colocado en el vestíbulo. Las esclavas, al oírla, se escondían bajo los huecos de la escalera o en lo más profundo del jardín. Sabían que la rabia de Neptuno, la que provoca los maremotos y los movimientos sísmicos, era suave como los vaivenes que mecen la cuna al canto de una nana comparada con la furia de aquella aristócrata de Itálica con poder sobre el cielo y la tierra. Hasta que llegó a su alcoba para enfrentarse a la verdad de su instinto más brutal en un espejo de cobre pulido, destrozó platos árabes, cráteras griegas y una hermosa representación de Venus en alabastro. Su esclava de confianza, aquella roxolana de nación, rubia y dorada como el sol sobre los trigales, se armó de valor y [tras ella], la siguió, preguntándole insistentemente:

—¿Qué le pasa señora? ¿Qué puedo hacer por usted?

Gala no le respondió. Subía y subía los escalones de mármol rojo de la *domus* impulsada por el frenesí de su incendiado ánimo hasta plantarse delante de la alcoba. Cuando llegó le dio con la puerta en las narices a la amable roxolana. Ya dentro de la habitación, se colocó delante de aquel espejo de cobre pulido y comenzó a hablarle:

—¿Por qué? ¿Por qué ha regresado de Alejandría y no ha venido a visitarme? ¿Por qué ha estado antes con Plaucia, esa puta silenciosa e hipócrita, que conmigo? ¿Qué se ha creído ese bárbaro dacio que soy yo? ¿Y por qué razón se me hace llegar la noticia a través de

chismorreos de esclavas? No sabes, Valentiniano, con quién te estás enfrentando. Tu polla será tan dura como las murallas de Itálica, pero aún no ha nacido el hombre que solo con su polla pueda rendirme a sus pies. Juro por Juno y por las Furias que acabaré contigo si no eres capaz de entender quién es quién y quién tiene poder sobre quién.

Giró sobre sí misma. Abrió la puerta de su habitación y se encontró con su esclava de confianza en el suelo, abrazada a sus piernas y con el dolor en su rostro.

—Levántate, perra roxolana.

—Sí, señora —dijo aterrada.

—Ahora mismo saldrás a la calle, buscarás a la esclava de confianza de Plaucia y le dirás que le transmita a su señora, como si fuera un chisme de los vuestros, que Valentiniano me ha regalado un bonito collar alejandrino, tan caro y hermoso como el que Cecilio le regaló para su boda, pero que la perla que más me ha gustado es la que siempre brilla en su sonrisa…

—Así se hará, señora —le respondió muerta de miedo.

—No te vayas aún. Espera un momento.

Gala se acercó a su esclava y besó los labios. Luego le dio un mordisco. Hasta hacerlo sangrar…

Itálica, domus *de Cecilio*

La respuesta

Aquella misma tarde le llegó a Plaucia la invención de Gala y, para celebrarlo, se tomó una copa de un magnífico vino napolitano. Había conseguido lo que quería: ver a su madrina y maestra perder los nervios, enfurecerla como se enfurece un jabalí amenazado de perder a sus jabatos. Su esclava de más confianza le había dado pelos y señales del ataque de celos de la aristócrata, de lo que había roto y de cómo había tratado a su esclava de confianza, la roxolana. «Sabía que era humana, pero hoy me ha demostrado lo mucho que lo es», pensó Plaucia mientras apuraba su copa de vino.

Se levantó de su confortable triclinio y salió al jardín de la casa donde sus esclavos trataban de arreglar el tiro de la chimenea de la cocina. Vio a Cecilio y lo abrazó por la cintura y le dio un beso como si realmente estuviera locamente enamorada de él.

—Ummm, querida, sabes a fresas. Diría que eres una fresca fresa del bosque capaz de devolverles la lozanía de la juventud a mis labios.

Plaucia esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—Soy una fresa para tus labios. Eso me gusta. Pero también quiero

ser una granada abierta para tus deseos. Déjame que una de estas noches duerma contigo.

Cecilio quedo abrumado y no supo qué hacer con sus manos. Miró los ojos de fuego de Plaucia. Sus pechos inflamados por una respiración agitada, deseosa de ser dominada por la victoria del placer, se hacían evidentes bajo la seda de su túnica. Cecilio se los acarició con elegante pulcritud y Plaucia le retiró las manos diciéndole:

—Si sigues así, no creo que pueda resistirme…

—Lo comprendo.

Cecilio la besó ardientemente y la dejó ir. Un esclavo bajó del andamio donde trabajaba sobre la chimenea con algo en la mano.

—Señor, esto era lo que no dejaba tirar bien a la chimenea.

—¡Por todos los dioses, es un nido de cernícalos!

—Anidan ahí buscando el calor en invierno. La chimenea está en perfectas condiciones. ¿Desea algo más, mi señor?

—Terminad el trabajo y quitad el andamiaje de la chimenea cuanto antes. No me gusta verla así.

Plaucia estaba realmente excitada. Y en su alcoba no pudo resistir a la tentación de jugar con su más ardiente deseo. Abandonó la voluntad al juego de su mano bajo la túnica que se movía convulsamente, al ritmo galopante de su incendiada imaginación. Sus pechos estaban tan tersos como la piel de una manzana. Pensó en Valentiniano, en el día en el que ambos habían quedado en verse en un recodo del río para, posteriormente, buscar un apartado fresco y sombrío en el bosque de encinas. Ese encuentro se iba a producir pronto. Muy pronto. Pero antes tenía que desatascar de un desuso de años la chimenea de su esposo, que quizás ya, a estas alturas de su vida, había adquirido cierta catalogación arqueológica. Pero hasta las antigüedades, tratadas adecuadamente, solían brillar despertando el asombro de los más incrédulos. Donde estuviera un buen filtro de amor, la juventud podría regresar en el acto…

Itálica, domus *de Cara Pescao*

Un buen negocio

—Os adelanto que estoy muy feliz. Valentiniano me comunica que el viaje ha sido un éxito y nuestros acuerdos empresariales con Apolofanes, el banquero alejandrino, pueden sernos muy beneficiosos. Pero, por todos los dioses, necesitamos pensar a lo grande, porque el mundo que se nos viene encima se empeñará en hacernos pequeños.

Cara Pescao estaba feliz. Muy feliz. Había reunido en su casa de Itálica a los miembros de la sociedad que fueron convocados para ser informados. Excusaron su asistencia el poeta Marco Antonio Pyrgos, que trabajaba sobre un pregón al mundo vinícola, y el lanista Africano, ocupado en la compra de esclavos para formarlos como gladiadores futuros; ambos serían informados más tarde, a través del concienzudo Crátero, de los pormenores del consejo empresarial. Gala y Fabia Hadrianilla estaban presentes. También Valentiniano y Asinus. Fue la viuda de Scaeva la primera que solicitó información.

—¿Puede detallarnos el alcance de esos acuerdos, patrón?

—Para eso nos hemos reunido, Asinus. Alguna vez me dijisteis que comerciar con seda no era una buena idea. Que comprarla en Alejandría y traerla hasta aquí encarecería mucho el producto.

—Es lógico pensar así —dijo Fabia Hadrianilla.

—Muy lógico —apostilló Gala.

—Sí, respetables señoras, muy lógico. Pero la lógica puede dejar de serlo sin dejar de ser lógica.

Todos se miraron con cara de estupefacción. La proverbial impostura de Valentiniano le puso traducción oral a aquella frase poco afortunada, en un principio.

—Patrón, ¿ha vuelto a desayunar vino con vino?

Elegantemente, Cara Pescao le respondió:

—No. Pero me sobran los motivos para hacerlo. Si soy feliz es porque tengo en las manos algo que os hará también felices a vosotros.

Intervino Gala que, de vez en vez, miraba lascivamente enrabietada a Valentiniano.

—Necesitamos que seas más concreto —acotó Gala.

—Lo seré —dijo Cara Pescao—. La lógica de comerciar con seda desde Híspalis no parece muy aconsejable salvo que nuestro suministrador nos la deje a un precio muy conveniente. Eso es lo que hemos logrado acordar con Apolofanes gracias a la mediación de Valentiniano.

Todos miraron a Valentiniano. Solo Gala lo miró con ojos de deseo y una íntima satisfacción. Parecía que aquel bárbaro, pese a sus modales, tenía la cabeza para llevar algo más que una atractiva melena rubia.

—Surtiremos a Apolofanes de aceite bético de nuestras tierras, de la mejor calidad, a precio bajo. Y pondremos a su disposición el mejor *garum* que elaboro en mis pescaderías de Gades.

—¿A qué precio le vas a dejar el *garum*? —preguntó dulcemente Fabia Hadrianilla.

—Un *congius* de *garum* de la mejor calidad se paga a quinientos sestercios. Yo se lo voy a dejar a la mitad, y esa oferta enloqueció a Apolofanes, según me cuenta Valentiniano.

—Realmente, es tirar los precios —dijo Gala.

—Eso dice la lógica. Siempre y cuando la seda que vayamos a recibir la compremos a la mitad de precio al que Apolofanes la compra. Aquí la trataremos y la teñiremos con los colores del gusto de nuestros compradores, y la podremos vender mucho más barata aún que la que nos llega de Roma. ¿Veis como la lógica tiene muchos rostros?

Sonrieron. Y Asinus lo piropeó:

—Pero su rostro más ingenioso y osado es el que usted le presta con sus habilidades comerciales.

—Gracias, Asinus. Pero no soy yo. Es él —dijo señalando la gran estatua de Mercurio que presidía el atrio—. Él protege y beneficia a los que se arriesgan y aspiran a volar alto.

Gala, resabiada, también intrigada, volvió a intervenir.

—¿Volar alto, pensar a lo grande para que el mundo que viene no nos haga pequeños? ¿Te refieres a eso abordando este negocio?

—No, querida señora. Este negocio es un buen negocio, lo que me indicas va, digamos, en otro barco. Pensar a lo grande para que el mundo que viene no nos haga pequeños es hacer lo que tú has hecho comprando una mina de plata en Urium. Felicidades, Gala, es una magnífica operación. Pero nosotros tenemos otra en la que te invitamos a participar si cuadra con tus intereses.

Gala no dijo nada. Hizo un gesto con su mano, indicándole a Cara Pescao que prosiguiera la comunicación.

—El gran negocio de Alejandría está en asociarnos con Apolofanes y llevar un gran mercante hasta Kerala, en la costa sur de la India, y abarrotarlo de especias, perlas, sedas… En definitiva, traernos el oro indio.

Todos se miraron, pero no parecía que nadie estuviera dispuesto ni siquiera a poner cara de sorpresa. Asinus sí. Toda su vida había sido un riesgo; desde que ejerciera como prostituta, trabajo legal pero asaltado por toda clase de incertidumbres, hasta que medio limpió su imagen pública dedicándose a la administración de los negocios de Scaeva. Para las elites nunca dejaría de ser una mujer con un pasado muy particular.

—Yo voy en ese barco, patrón. Solo quiero saber qué dinero tengo que invertir para que me dé derecho a participar en el negocio.

—Bien, Asinus, luego te detallo cifras. ¿Alguien más?

—Yo también me apunto —dijo Fabia Hadrianilla.

—Yo ya estoy apuntado, comentó Valentiniano

Gala no dio nada por cerrado, pero miró a Cara Pescao y le hizo una leve mueca de complicidad. El patrón le indicó a Crátero que pusiera toda esa información en manos del poeta y del lanista Africano. La fiesta de la vendimia podría ser un motivo excepcional para que aquellos empresarios locales se emborracharan de sueños con el dulce licor de los negocios de la India. Cuando Cara Pescao dio por levantada la sesión informativa, invitó a sus socios a un magnífico vino Falerno. Gala aprovechó la ocasión para hacer un aparte con el rico liberto.

—Yo me apunto si sale de la sociedad Valentiniano —le dijo a Cara Pescao sin dejar de mirar, sonrientemente, desde una distancia prudencial, al dacio…

Ilipa Magna

El filtro de amor

La esclava subió por el río hasta Ilipa Magna. Allí moraba una vieja bruja muy apreciada por sus filtros de amor, por ser hábil en la elaboración de la *pacula amatoria*, tanto para mujeres como para hombres. Manejaba tantas o más hierbas que el Celta y sabía por ciencia muy antigua qué tipos de productos de la naturaleza eran buenos para ganar el amor de una mujer o potenciar la capacidad amorosa de un hombre. Trabajaba, digamos, a dos escalas: precios inalcanzables para las pócimas que elaboraba para los ricos; otros compuestos mucho más modestos para pobres. En su fama profesional tenía no haber envenenado a nadie, no haber tenido que verse la cara con los magistrados por una muerte inesperada. Apuleyo, decían, asistió a los tribunales por haberle encargado a una bruja un filtro de amor sobre la base de un pez mágico para conquistar a una viuda diez años menor que él. Suetonio mantuvo que Calígula enloqueció por culpa de un filtro de amor que le suministró su esposa Cesonia. Y Lucrecio perdió la cabeza por igual razón. Nadie en un amplio radio de acción que tenía a Ilipa como epicentro había oído alguna vez que aquella bruja enloqueciera, matara o disminuyera a nadie. Tenía fama de tener hierbas de Tesalia y de manejar conjuros en lenguas desconocidas, remotas.

—Con esto le bastará a tu señora. No lleva nada perjudicial: tan solo miel y cinco yemas de huevos de paloma mezcladas con el peso de un denario de grasa de cerdo. Ahora vete.

La esclava le dio más de dos mil sestercios, y se despidió de la

bruja, rechazando una ración de *pulmentarium*, un pastel que le hubiera endulzado el paladar. Pero quería llegar pronto a Itálica. Su señora aquella noche parecía que tenía que trabajar duro en su alcoba…

Itálica, alcoba de Gala

El perfume

—Estás más bella que nunca.

—Y a ti te ha sentado muy bien Alejandría. Cuántas noches tendrás guardadas en tu corazón. Dicen que las mujeres egipcias son muy hermosas.

—Ninguna como tú, Gala —le susurró al oído Valentiniano.

—¿Te quedarás esta noche conmigo? —le preguntó con los ojos encendidos.

—Me espera Asinus en Híspalis. Scaeva Minor está deseando verme.

La respuesta irritó a Gala, que con la rapidez de un pensamiento se dijo a sí misma, «maldita *quadrantaria,* siempre turbando mis sentimientos».

No pudo refrenar su lengua y trató de envenenar al dacio:

—Asinus es bien bonita. Y toda una experta en artes amatorias. Siempre es bueno tener la coartada de un niño que necesita al que fue amigo de su padre…

Valentiniano contrarrestó el veneno y, jugando con un rizo del cabello de Gala, le dijo con determinación:

—La madre y el hijo son mi familia. Nunca les faltará mi apoyo mientras lo necesiten. Para lo demás siempre encuentro otras alternativas…

—¿Y te gustan esas alternativas? ¿Te satisfacen? ¿Te complacen? —le preguntó llena de insinuaciones.

—Mucho. Tanto que mira lo que te he traído desde Alejandría.

Valentiniano le entregó un estuche de madera de sándalo donde iba encajado un frasco. Gala lo abrió. Se lo llevó a la nariz y lo miró con plena satisfacción:

—Es bálsamo de Judea, uno de los perfumes más caros y más solicitado del mercado.

—Me he enterado por ahí que vas diciendo que te había traído un collar alejandrino, pero que la perla que más te gusta es mi sonrisa…

Gala no pudo contener un repeluco de plena satisfacción. Había llegado hasta los oídos de su pupila la flecha de su venganza, siempre tensada por los celos. Le lanzó una sonrisa de *domina* imperial a

Valentiniano, que ni siquiera rozó el interés del dacio.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Valentiniano.

—Me quedan tantas por saber… —dijo Gala con evidente ironía mirando un dibujo del rostro de Plaucia que tenía en la pared de su alcoba.

—Los cultivos de la hierba de las que se obtiene ese bálsamo están protegidos por las legiones en Judea. Hay orden estricta de César de defender esas plantas con la vida —aclaró Valentiniano.

—Le proporcionan cuantiosos dividendos al fisco. Roma protege lo que le renta. Como hago yo con mis posesiones…

Gala se acercó, sonriente y satisfecha, con el frasco en la mano hasta casi rozar su boca con la del exgladiador. Le quería agradecer el gesto del regalo. Le susurró:

—El mismo perfume no huele igual en todas las mujeres…

—Nunca he olido a todas las mujeres. A algunas jamás me acercaría. A otras, en cambio…

Y Valentiniano abrazó a Gala entre sus poderosos brazos, la estrechó sobre su cuerpo y empezó a besarla por el cuello, la nuca y la boca. La despojó de su túnica de un enérgico tirón. Y Gala comenzó a sentir cómo su más íntimo apetito se humedecía con la excitación del momento.

—Veremos cómo huele una aristócrata romana —dijo Valentiniano.

—Ya conoces mi olor. Has estado otras veces en esta cama. ¿Tan pronto lo olvidaste?

—Digamos que, a veces, confundo los perfumes…

Gala lanzó una carcajada impostada que disfrazaba la fuerza de sus celos. Y comprendió a Hera, la esposa de Zeus, víctima de las continuas infidelidades del dios todopoderoso, vengándose de su marido haciendo víctimas a los hijos de sus ilegítimas relaciones. Valentiniano le puso en sus pechos y en sus muslos unas gotas de bálsamo de Judea. Y la habitación explotó en una irresistible expansión de aroma oriental tan puro y excitante que entendió que solo así podían oler las alcobas de las reinas.

—Ummmmmm, hueles muy bien.

—Tu olor, Valentiniano, también me gusta.

—Sudo mucho en Itálica.

—Me gusta verte sudar cuando me haces tuya.

Valentiniano puso sus manos en la vulva de Gala que se contraía por efectos del deseo. Luego la penetró sin ningún tipo de miramientos ni de mimos. Como si aquella aristócrata fuese una de las putas callejeras que deambulaban por la Subura en Roma. Una *plebeia Venus* de tres ases el trabajo bajo los soportales del circo Máximo.

Valentiniano gozaba de aquella situación de forma especial, como si de verdad estuviera jodiendo a la loba capitolina. Y Gala disfrutaba hasta enloquecer y chillar como nunca antes había chillado. Quizás porque se sentía hermosa, deseable y joven. Venus vencía a Cronos. Más que el acto en sí, aquellos dos mundos enredados en las sábanas limpias y perfumadas con aquel envolvente bálsamo, lo que de verdad los incendiaba eran esas dos circunstancias. Ni amor, ni deseo. Tal vez el desprecio por todo lo romano que sentía el dacio y la fuerte droga de la juventud que diariamente necesitaba el corazón de Gala. Terminaron de amarse, o de odiarse, o de vaya a saber qué cosa hicieron pero que tan profundo placer les reportó. El silencio se apoderó de aquella alcoba. Y una luz herida y dorada como el color de un áureo gastado traspasó los cristales de los amplios ventanales para que su rayo luminoso dejase ver en suspensión minúsculas partículas de nada que a Gala le parecieron migajas del tiempo que se le iba. Miró su mano y vio dos nuevas manchas en su piel. Tembló y se abrazó a Valentiniano.

—¿Te satisfacen más las mujeres jóvenes o las expertas?

—Me gustan las mujeres, en general.

—¿Me ves deseable?

—¿Lo que acabo de hacer se puede entender de otra forma, Gala?

La aristócrata reconoció la torpeza, alimentada por sus obsesiones, que tan vulnerable la hacía.

—Me gustaría tenerte para mí sola, para siempre.

—No le pertenezco a nadie, mujer. No soy una de tus posesiones como antes me insinuabas —dijo severamente Valentiniano levantándose de la cama y vistiéndose con cierta urgencia.

—¿No hay mujer en el mundo capaz de retenerte, Valentiniano?

—Solo una lo hizo. Y ya no habrá otra más.

—Alguna jovencita podrá con tus recuerdos y tu orgullo.

Para alimentarle los celos que sabía provocarle, el dacio le respondió:

—Bueno, quizás una jovencita que huela a bálsamo de Judea pueda engañarme y hacerme caer en sus redes…

Gala se rehizo. Se levantó de la cama y miró a la cara al dacio, completamente desnuda y más deseable que nunca.

—¿Recuerdas a aquella novia que tuvo tu amo, Scaeva, con la que iba a casarse?

—¿Arusa?

—Creo que se llamaba así. Una hermosa judía descendiente de una familia que abandonó Jerusalén cuando la pasaron a cuchillo nuestras legiones.

—La recuerdo. Una mujer de la que me podría haber enamorado.

—Ella no tuvo suerte. Sufrió un accidente fatal. Hay que evitar que los momentos de plena felicidad nos los robe el infortunio.

—No te entiendo. ¿Qué me quieres decir?

Gala lo abrazó, lo besó en la boca y lo volvió a desnudar. Mientras lo seducía le respondía a su pregunta:

—Nada. No quiero decir nada más que «disfruta del momento». Mañana no sabemos lo que nos puede pasar…

Y volvieron a amarse o a odiarse o, por todos los dioses, a engañarse mutuamente para, quizás, descubrir que el amor o el odio te pueden llevar tan lejos como te permitan los vientos de tu locura y obsesiones…

Embarcadero de Itálica

En casa

Se dieron un cálido y apretado abrazo. El embarcadero de Itálica estaba agitado, bullicioso, con barcas y lanchones que traían, desde las tierras vinícolas situadas río abajo, en dirección a Gades, cestas repletas de uva. Pese a que Domiciano, vía edicto, había decretado en su tiempo el arranque de vides, en las provincias imperiales se hizo la vista gorda con un cultivo que no solo proporcionaba vino para fiestas y consumo diario, sino que también formaba parte fundamental de ritos religiosos vinculados a Baco. El tiempo estaba facilitando una vendimia estupenda, y todo hacía suponer que se celebrarían como los dioses mandaban con una buena sesión de juegos en el anfiteatro. El trasiego comercial era tan colorista como chispeante y la maduración acelerada de algunas cestas de uvas perfumaba el ambiente. El aire olía distinto. Olía como algunas copas caprichosas y de exigente paladar, donde el vino fuerte se mezclaba con la sal del mar. Itálica, en aquellos días de vendimia, olía de una forma tan especial que se grababa en la memoria, siendo para los viejos y los jóvenes argumentos sensoriales que irían unidos a días especiales en sus vidas. Iulia Salinator estaba de regreso. Roma y el Celta quedaron atrás. En su rostro se dibujaba la viva satisfacción de la plenitud vital.

—Te veo feliz, madre —le dijo Cneo.

—Lo estoy hijo, muy feliz de volver a casa y de encontrarme contigo. ¿Alguna novedad?

—No muchas, madre.

—Salvo la gran aventura de la caza de un lobo —le dijo Iulia con asombro en los ojos y teatralizando su alegría por ver a su hijo

convertido ya casi en un hombre.

—Eso te lo debo de contar con todos sus detalles. Seguro que te sentirás orgullosa.

—Seguro. ¿Y tu amigo Scaeva Minor? ¿Está bien? ¿Os habéis visto mucho?

—Tras la aventura del lobo, pocas veces. Su madre lo vigila y le ha puesto a Valentiniano como si fuera un pretoriano a su servicio. ¿Viste al emperador?

—Fugazmente, aunque lo visité en Villa Tívoli. Está muy ocupado y no vive sus mejores días. Se va haciendo mayor, hijo. Como tú…

Cneo y su madre dejaban atrás el embarcadero de Itálica dando un confortable paseo. Los seguían los esclavos con una litera y el caballo de Cneo: un alazán nervioso y valiente, de galope seguro y de obediencia ciega. Iulia miraba a Cneo con autentica devoción.

—Me gustaría conocer Villa Tívoli —dijo el muchacho.

—Villa Tívoli no te la puedes imaginar, por muchos detalles que te dé. Es abrumadora. Tanto como Roma —le contestó con dulzura la madre.

—¿Se interesó el emperador por Itálica?

—No. Andaba enfrascado en hablar de Alejandría. Sigue con la misma opinión de siempre.

—¿Cuál es?

—La que dejó escrita tras su viaje. Acuérdate que te la leí alguna vez.

—Aquella carta que envió padre desde Roma y que nos revelaba su contenido, ¿no?

—La misma. Recuerda que nos decía que había encontrado la tierra de Egipto por completo frívola, inestable y agitada por cada rumor que sopla. Quienes veneran a Serapis son, en realidad, cristianos, y quienes se llaman obispos de Cristo son, en realidad, devotos de Serapis.

—Lo recuerdo, madre. La carta no era condescendiente ni con judíos ni con los cristianos. Subrayaba que no hay jefe de la sinagoga judía, ni samaritano, ni presbítero cristiano que no sea también astrólogo, adivino o aplique unciones…

—Así es, hijo. Esos cristianos y esos judíos parecen pertenecer a la misma familia de locos.

—Madre, todo el mundo habla de Alejandría. De allí acaba de regresar Valentiniano. Creo que la corporación de Cara Pescao va a cerrar nuevos negocios allá.

—También se fue hasta Alejandría el Celta, nuestro médico, a estudiar en la biblioteca.

Cneo miró a su madre con cierta compasión. Y no se atrevió a despertarla del sueño de la amistad que vivía con el viejo britano de los ojos celestes.

—¿No ha llegado ninguna carta de el Celta? —preguntó con cierta preocupación Iulia.

—Ni llegará jamás, madre.

—¿Por qué dices eso, Cneo? —le contestó extrañada.

—Porque el Celta no está en Alejandría. Lo más seguro es que haya marchado para Britania, lejos de nuestro alcance.

—¿Estás loco, hijo? Pareces cristiano o judío.

Cneo detuvo sus pasos, y miró con todo el cariño que supo sacar de su joven corazón a su confiada y noble madre. Le previno:

—Voy a confesarte algo. Espero que tengas el valor de aceptar lo que te voy a decir.

—Me preocupas, hijo. ¿Qué me vas a decir para prevenirme con tanta gravedad?

—Que el Celta es un impostor. Nunca me arrancó de los brazos de la muerte, puesto que nunca estuve muerto.

Iulia interrumpió el paseo. Se quedó quieta y con las manos en la boca. Sorprendida y contrariada.

—¡Yo te vi muerto, frío, sin vida!

—Me viste con la vida suspendida, casi imperceptible, pero estaba vivo. Como un oso en invierno.

Iulia buscó un banco para sentarse. Lo hizo y Cneo permaneció en pie, mirándola de frente y tratando de no hacerla sufrir más.

—¡Madre, me dio una infusión de hierbas que él llama «El sueño mortal». La tenía recogida y anotada en el mural de piel de vaca que colgaba de una pared de su habitación y que, por su nombre, me resultaba sospechosa. Hice alusión a esa hierba, premeditadamente, en la carta que te envié a Roma. Acuérdate: «el sueño mortal». Era un mensaje cifrado para que El Celta supiera que había descubierto lo que hizo conmigo. Siempre vi tras sus ojos celestes la oscuridad de un espíritu torcido»!

—¡No puede ser! No es verdad lo que me estás diciendo. ¿Tanto lo odias?

—Tanto te quiero, madre. Y si no fuera por el daño que te causa vivir engañada jamás te lo hubiera dicho. Regresemos a casa. Y verás el efecto que hace esa droga sobre un conejo…

Domus de Cecilio, Itálica

Una noche de amor y dolor

Plaucia lo recibió desnuda en su cama, incorporada sobre una colección de almohadas de colores tan chillones como el morado, el rojo y el amarillo; su pubis estaba cubierto por una seda muy ligera y sus brazos, abiertos, de este a oeste, esperaban enroscarse en el cuerpo de su esposo como las serpientes que devoraron a Laocoonte y a sus hijos. Esa noche no iba a ser didáctica; al menos, en términos históricos. Esa noche estaba en manos del amor, de un potente filtro erótico y de lo que Plaucia fuera capaz de reverdecer en aquel bosque de años que cargaba, con elegancia y pulcritud, sobre sus huesos y espaldas un esposo demasiado maduro. Cecilio observó los pechos juveniles y descarados de su esposa, al aire y buscando el cielo, tan hermosos como los que le daban vida a las mejores estatuas de Afrodita. Y con las rosas y el mirto que le son tan gratas a la diosa perfumó su estancia donde el amor y el dolor se abrazarían aquella noche. Una extraña sensación embargó el alma del aristócrata. Como si se pelearan la excitación y la impotencia. Como si aquel encuentro llamado a ser sumamente placentero lo aterrara, le provocara el pánico a lo desconocido. Hacía tiempo que su vida era una estricta y aplicada disciplina intelectual, histórica, coleccionista. Desde que su primera y única esposa murió, su instinto amoroso no tuvo presa que lo alertara, y el paso de los días y los años lo hizo olvidar que la única historia que ha movido siempre al mundo reclama dos intérpretes insoslayables: el dinero y el sexo. Tenía mucho de lo primero; de lo segundo iba a examinarse esa noche y, por todos los dioses, se veía infinitamente más preparado para describir la quinta dinastía de los faraones que para galopar una yegua ansiosa, joven y nueva por las floridas estepas del deseo voraz.

—Ven, Cecilio, ven. Acompáñame.

Cecilio se acercó como un cervatillo, miedoso e inseguro, a la cama.

—No temas. ¿Acaso te parezco una cruz?

—Me pareces un tesoro digno del triunfo de un joven general.

—¿Y acaso no lo eres?

—Hace mucho tiempo que no velo determinadas armas.

—Las armas hay que velarlas siempre y cuidar de su brillo, querido esposo. Hazlo por Roma, que necesita la prolongación de tus apellidos y la sangre joven de los retoños.

—En su nombre acudo a esta batalla, Plaucia.

—Pues si los legionarios beben vino antes de entrar en combate, tú beberás este filtro que te convertirá en un joven general triunfante.

Plaucia le pasó el filtro a Cecilio, que fue a decir algo contrario a ese tipo de medicinas pero que no llegó a expresar.

—¿Quieres decirme algo, esposo?

—Nada, nada.

Apuró el filtro y se acostó con aquella imponente muestra de la naturaleza, fresca su piel como el agua de las montañas y cálida su boca como el aire del sur. Cecilio sintió bajo su vientre cómo se resquebrajaban las paredes de su muralla sentimental levantada tras la muerte de su primera esposa. Algo parecía moverse como si tuviera vida. Algo daba la sensación de levantarse impelido por una fuerza inapreciable pero capaz de reclamar su existencia. Plaucia lo acariciaba, lo besaba, le recitaba poemas eróticos, tan encendidos que a Cecilio le gustaban tanto como lo ruborizaban. Aquella jovencita era virgen, pero parecía muy experta. Tanto que Cecilio se abandonó a sus dulces órdenes. Plaucia se levantó de la cama y se exhibió ante Cecilio, sin recato.

—Nunca estuve antes con un hombre. Pero para conocer las artes del amor he tenido una gran maestra que me enseñó las obras más atrevidas que escribieron nuestros autores.

—Plaucia, por favor, ahora no te entretengas con la pedagogía. No sé cuánto tiempo podrá durar en alto mi entusiasmo.

Plaucia puso los redondos y morenos pezones de su pecho en la boca de Cecilio que los besó y los paladeó como si fueran los de una diosa. Mientras se entretenía en aquel ejercicio lactante le dijo que por su sangre brincaba un filtro hecho con cinco yemas de huevo de paloma, miel y el peso de un denario de grasa de cerdo.

—Eso levanta a un imperio, querido esposo.

Cecilio no lo creía. Pero su imperio, aquel histórico imperio que resucitaba de entre sus lejanos recuerdos, se elevaba con inesperado y sorprendente entusiasmo para exhibirse tan poderoso y capaz como en la plenitud de su vida.

—Esposa, dame la espalda que vamos a cabalgar…

—Iremos hasta el fin del mundo

Cecilio la amaba como si tuviera veinte años. Con una intensidad asombrosa y una excitación que incluso a una puta de Pompeya le parecería extrema. Estaba viviendo en aquella noche todos y cada uno de los días y los años que había tirado a la basura. Plaucia gemía de dolor y de placer. Y animaba a su esposo a que empujara fuerte, muy fuerte, todo lo fuerte que pudiera. Cecilio llenó su espíritu de confianza y donde antes solo habitaban las dudas y la impotencia ahora encontraba fuerzas extras para desafiar a Príapo.

—Ahhhhhhhh, por Venus, eres maravilloso, Cecilio.

—¿Quieres más, querida?

—Mucho más —le contesto Plaucia mientra le lamía la cara con una lengua absolutamente indecente.

Cecilio volvió a poseerla. Y a gozarla como si fuera, igualmente, su primera vez.

—Tengo más de cincuenta años, pero me siento como un joven de tu edad, esposa.

Plaucia no lo escuchaba. Disfrutaba de aquel maduro y educado galán al que los dioses y las brujas le habían concedido la gracia de devolverle a la la más excitante juventud.

—Parece como si hoy hubiera descubierto el sexo, Plaucia.

—Pues sigue explorando, porque hay terreno virgen más allá de donde tú presumes.

Cecilio aceleró el galope de su amoroso paseo pero comenzó a sentir que algo no iba bien. Le faltaba la respiración. Se ahogaba. Y tuvo que parar y tirarse sobre la cama.

—Me ahogo, esposa. No puedo respirar.

—No me asustes, Cecilio. ¿Qué te pasa?

—Lo que suele pasar en estas ocasiones. Descubres la cara oculta de la luna… Pero tras verla y disfrutarla pagas el exceso.

—No digas eso. Voy en seguida a por el médico.

—Olvídalo. Me duele muchísimo el pecho. Creo que he puesto demasiado corazón en esta batalla.

—Has sido un guerrero ejemplar, digno de una epopeya.

Cecilio puso los ojos en blanco y sufrió varias convulsiones. Balbuceando las palabras, Plaucia creyó oír lo que fue una despedida:

—Cuida de las antigüedades, porque ya son tuyas… como mi fortuna y mi casa. Tu joven general solo te pide un epitafio bonito…

Sobre la cama quedó inerme el maduro aristócrata que, aquella noche, volvió a la juventud en un acto de suprema osadía. Las rosas y el mirto de Afrodita apagaron de pronto la embriagadora oferta de su perfumería. En algún lugar de las sábanas, como unos granos de granada, relucían unas gotas de sangre que había entregado la virgen Plaucia en pago a su ya perdida inocencia…

Itálica

Revelaciones

Tras el entierro de Cecilio y la conmoción producida por su muerte en circunstancias tan especiales, la plebe, siempre tan esclava de los chismes y de los chistes de humor negro, no dejó de caricaturizar en ningún momento tan trágico fin:

—El viejo murió caliente…

—Abrió la presa del lago estancado y se quedó vacío…

—Hay yeguas que solo pueden cabalgarla jinetes jóvenes…

—Pues yo me apunto a morir de viejo con tanta hermosa juventud encima…

Cara Pescao entendió que no había razón alguna para someterse a la extrema exigencia de Gala de que Valentiniano saliera de la aventura comercial en la India. Durante el entierro de aquel caballero llamado Cecilio, muerto por un exceso de juventud en edad poco aconsejable para creerse jinete de purasangre, el liberto encontró muy nerviosa a la aristócrata. Y tenía razones para estarlo. La ya joven y apetecible viuda Plaucia no dependía exclusivamente de la fortuna de su madrina, al contrario, era poseedora y administradora de la que fue de su esposo y eso le daba una amplia libertad para ser y estar. Si Gala no accedía a participar en el gran periplo mercantil hacia la India, bien podría servir de socia la joven Plaucia, a través de la influencia de Fabia Hadrianilla. Tampoco se le escapaba a Cara Pescao que, muerto Cecilio, aquella joven y apasionada leona que fue su esposa podría tener otra amplitud de movimientos, sobre todo en alcobas atractivas como la de aquel dacio insistentemente requerido por la madrina y por su pupila. Era curioso: Gala y Plaucia iban a enfrentarse por un hombre con el que jamás iban a tener una relación ni sentimental ni económica.

«Entonces ¿por qué exponen su prestigio?», se preguntaba intrigado Cara Pescao. «¿Qué sacan de tan inútil pelea?».

Gala siguió adelante con sus proyectos de ensalzar al emperador. La mina le estaba rentando plata suficiente como para pagarle al fisco lo convenido e invertir buena parte de las ganancias en estatuas de Hadriano en Itálica, Híspalis, Astigí y Corduba. Levantó altares en los templos del culto al emperador en la mismísima Roma. Y había invertido una gran fortuna en encargarle a un conocido escultor griego una estatua de Hadriano divinizado para colocarla en el foro de la ciudad de Tívoli. Igualmente, ella iba a pagar de su erario los juegos gladiatorios de la vendimia. Baco, Gala, las bacantes, la exaltación del vino… Quedaba por delante un mes tan prometedor como abocado a las sorpresas, a las grandes sorpresas. Como la que, cabalgando por el bosque de Itálica, se llevó el joven dacio al toparse, frente por frente, con una Plaucia enlutada y sin compañía.

—Lamento no haber asistido al entierro de tu esposo. Estaba en otras ocupaciones.

—Sé de tus ocupaciones, Valentiniano. Y sé que determinadas ocupaciones son tan caras que llegan a costar mil denarios en una perfumería.

—La muerte de tu esposo impidió nuestro encuentro. La primera de

nuestras visitas a solas. Pero también me acordé de ti en Alejandría.

—Como ves, guardo con púdico recato la memoria de mi difunto esposo. Un hombre como ya no quedan muchos en Roma.

—Afortunadamente para Roma, querida Plaucia. Con esos hombres no se defiende un imperio con unas fronteras tan amenazadas.

—Eres un grosero y, quizás, también un hijo de puta.

Valentiniano bajó de su caballo y no le respondió. Cosas del dolor. Él también tuvo un tiempo insoportable cuando los demonios se llevaron a Bendis y a Alejandría. Era cuestión de tiempo que aquella arisca gata se convirtiera en una suave ardillita. Valentiniano tomó las riendas del caballo de Plaucia y la llevó a una zona apartada.

—Tengo algo que contarte, Plaucia, algo que me resulta importante conocer. Te pido disculpas por mi anterior comentario, nada afortunado.

—Aceptadas las disculpas. Pero te prohíbo que vuelvas a realizar comentario alguno sobre Cecilio.

—Sea.

Plaucia bajó también de su caballo, tomó las riendas y caminó junto a Valentiniano.

—Dime, ¿qué quieres saber que yo pueda explicarte?

—Hace unos días estuve con Gala. Sabes que es una víbora que habla con lengua de ángel.

—Es una de sus mejores especialidades. Sigue.

—Me habló de Arusa, una novia que tuvo mi amo en Híspalis y que sufrió un trágico un final. Luego me insinuó que la vida hay que vivirla al día, sacarles el máximo provecho a los días felices porque los nefastos siempre nos aguardan. Creo que trataba de decir algo. Pero no lo pongo en pie.

—Conozco la historia de Arusa. Gala me la contó hace tiempo. Dijo que se interpuso entre ella y Scaeva. Y que a aquel que se interpone entre ella y sus deseos la fortuna le da la espalda.

—¿Qué insinuaba?

—Posiblemente, que alimentó su final. Incitando a algunos de sus fieles admiradores a que lo hiciera.

—Entonces, ¿el accidente de Arusa montando a caballo por aquel bosque de Híspalis fue premeditado?

—Estoy convencida de ello. Lo que jamás pudo imaginar Gala es que Scaeva se uniera a Asinus. Eso la enloqueció durante mucho tiempo.

Valentiniano guardó silencio, pensativo. Luego abrazó a Plaucia, pero la viuda lo rechazó.

—Aún no. Cecilio merece un tiempo de respeto. Ojalá encuentre

alguien como él pero con treinta años menos. Yo te haré llegar un mensaje para vernos.

—¿Dónde?

—Me gusta este sitio.

—Entonces quedamos mejor para después de los juegos de la vendimia.

—Para entonces será una buena fecha. Y ahora, Valentiniano, déjame que yo te haga una pregunta.

—Dime, Plaucia

—¿Tú te has enamorado alguna vez?

—Yo soy un guerrero. Los guerreros solos amamos la muerte… ¿Y tú te has enamorado alguna vez?

—Yo soy aristócrata y no me afectan esas debilidades. Aunque, a veces, contigo pienso que…

Híspalis

Animadores

La taberna apestaba a vino cabezón y a *garum* de ínfima calidad. Se abría hueco entre edificios portuarios y almacenes de cordajes y velas para embarcaciones. Dos borrachos discutían al fondo de la misma, donde la oscuridad del tugurio casi vencía la claridad de la mañana, para ofrecerle al mundo una conclusión filosófica imprescindible: ¿era mejor una cogorza de vino con miel u otra con cerveza? Alejados de ellos, pero también esquinados, un conocido agente de la clac teatral hablaba con cuatro animadores de gradas del anfiteatro.

Animador 1.—Sabemos cómo hacer ese trabajo. No es la primera vez.

Animador 2.—Ni la última. Y espero que nunca nos falte.

Animador 3.—¿La señal quién la dará?

Jefe de la clac.—Yo estaré en el anfiteatro y os diré cuándo tenéis que empezar a reclamarlo. Os quiero sobrios a todos. Después, si así se os antoja, podéis beberos el Betis desde Corduba a Gades. Pero os quiero serios y sobrios en el trabajo.

Animador 4.—Somos profesionales. Ten confianza en nosotros.

Jefe de la clac.—La tengo. Por eso os llamo. Y por eso os enseño esta bolsa.

La agitó delante de los ojos de aquellos animadores de gradas y les dijo:

Jefe de la clac.—Será vuestra si todo sale bien. Si sois capaces de que el anfiteatro al completo grite el nombre que os he dicho.

ANIMADOR 1.—¿Podemos saber quién nos paga?

JEFE DE LA CLAC.—Yo. No necesitáis saber más nada. Yo os pago si hacéis bien vuestro trabajo.

ANIMADOR 2.—Pero alguien debe de estar detrás de ti pidiéndote que encargues este trabajo.

JEFE DE LA CLAC.—Detrás de los famosos Augustianos de Roma estaba Nerón. Él los pagaba. Pagaba a gente como vosotros, aplaudidores profesionales, para apoyar una obra teatral que lo enalteciera o para poner el anfiteatro boca abajo cuando lo iluminaba con cruces de cristianos ardiendo con brea.

ANIMADOR 4.—Pero Nerón murió hace mucho tiempo.

JEFE DE LA CLAC.—No te preocupes. Quien paga vuestro trabajo vive. Y vive muy bien…

ANIMADOR 1.—¿Nos sentaremos donde siempre?

JEFE DE LA CLAC.—Donde siempre. En la media *cavea* del anfiteatro. Donde rugen, bailan, sudan y joden el pueblo y los más humildes. Os distribuiréis según lo convenido: una cada cuatro puertas de las 14 que tiene el anfiteatro de Itálica de acceso en esa zona. Y en gradas distintas de las doce que suma para albergar a ese público tan gritón. ¿Comprendido?

ANIMADOR 3.—Comprendido. A tu señal comenzaremos a gritar el nombre mágico…

JEFE DE LA CLAC.—Y tan mágico. Verás cómo lo aclama todo el anfiteatro: desde la *ima cavea,* con esos estirados aristócratas, hasta la *summa cavea,* arriba del todo, donde los toldos dan sombras a las mujeres y niños. ¡Brindemos por vuestro trabajo!

Mientras acababan con el vino, los dos borrachos aún seguían discutiendo, allá en la oscuridad invencible de una taberna iluminada por el sol del puerto hispalense, si era mejor emborracharse con vino dulcificado con miel o con cerveza…

Domus *de Plaucia, Itálica*

TARDÍAS CONDOLENCIAS

Deliberadamente, Gala dejó pasar los días para ir hasta la casa del finado Cecilio y expresarle sus condolencias a la joven y atractiva viuda, su ahijada Plaucia. Ese retraso no afectó a la sobrina de Cecilio, Fabia Hadrianilla, con la que Gala fue puntualmente atenta y educada expresándole su dolor, el pesar por una muerte tan inesperada como injusta. La vida —le dijo a Fabia— tiene más pañuelos para las lágrimas de dolor que para las que nos provocan las risas. Y le deseó

que de la mano del consuelo pronto sus días volvieran a darles albergue a las horas ajenas a la angustia. A su ahijada la ignoró, como si Plaucia no fuera la persona legitimada, familiarmente, para recibir su consuelo. La olvidó, la obvió, la apartó de la visible ceremonia del pésame. El muerto parecía no tener vínculo alguno con la joven gaditana; o, al menos, no mucho más que con algunos de los aristócratas que fueron a penar en su casa la muerte de Cecilio. El desprecio de Gala lo salvó convirtiendo a Fabia Hadrianilla en el centro exclusivo de su cortesía fúnebre. Cuando creyó conveniente, pasada unas semanas, fue a visitarla. Plaucia, vestida completamente de negro, con manchas de ceniza en su rostro, maquillada convenientemente con polvos blancos para que su rostro expresara la congoja y la pena en la que vivía, estaba acompañada de Fabia Hadrianilla. Las tres se sentaron en una sala retirada del paso habitual de los domésticos, de los esclavos, para evitar cualquier chisme que haría buena la famosa frase romana: «Cuenta a tus enemigos por los esclavos que tengas en casa»…

—Se me desgarra el corazón verte tan joven y ya viuda, mi querida niña —le dijo Gala a su ahijada.

—Gracias, madrina. Tus palabras siempre han sabido consolarme. Todos sabemos de tu sinceridad y nobleza de corazón.

—Así es, Gala —apostilló Fabia—. Sabemos que la muerte de Cecilio te duele tanto como a nosotras.

—He llorado mucho estos días. He derramado lágrimas como solo las derramé cuando me llegó de Roma la noticia de la muerte de mi esposo.

—El gran Casio Iunius, tan cercano a Trajano —apostilló Fabia.

—Tan útil para el emperador, querida Fabia. Fue una verdadera lástima que sus conocimientos, contactos y relaciones no pudieran ser utilizados por Hadriano. Hubiese sido un gran asesor de nuestro príncipe.

—Fue una muerte inoportuna e inesperada. Pero ¿hay muerte que no lo sea? —dijo Plaucia mientras se secaba una lágrima furtiva que embarraba la ceniza que tenía bajo sus mejillas—. Si Hadriano hubiera podido evitar su muerte estoy segura que lo habría hecho.

—Yo también, querida niña. Sabía de su valor y de su poder. Quién sabe si algunos enemigos de César pudieron considerarlo una molestia…

Se registró un gran silencio en la estancia. Fabia no quiso preguntar para quién era una molestia Casio Iunius. Pero era evidente que si el esposo de Gala había sido asesor de Trajano, los nuevos herederos del trono de Roma no lo considerarían un hombre apto para una nueva

lealtad. Plaucia sabía que su madrina estaba acusando directamente al emperador de la muerte de su esposo, abatido en una de aquellas purgas selectivas de béticos leales a la memoria de Trajano y enemigos declarado de las intenciones políticas y económicas del nuevo emperador. Por eso medió con sus buenas artes:

—Te agradezco, madrina, que te hayas acordado de mí y vengas a consolarme. Sé que no pudiste hacerlo durante los días previos a su enterramiento.

—Es lo menos que puedo hacer por ti, querida. Tanto en la muerte como en el amor, las señoras debemos mostrar siempre nuestra condición, tan ajena a la plebe y a los nuevos ricos…

—Qué poco tiempo me ha durado el amor, madrina.

—Pero eres muy joven y atractiva. En tu mano está seguir viuda para serle fiel al matrimonio de Cecilio, como hice yo con mi esposo, o perder parte de tu gran prestigio enamorándote de algún atractivo joven de tu edad.

—Yo quiero serle fiel a Cecilio. Y te imitaré en la forma en la que le guardaste fidelidad a tu esposo durante el matrimonio y tras su muerte. Tú eres mi mejor ejemplo…

Fabia pidió disculpas y se retiró para encargarle algún asunto casero a una de las esclavas. A solas quedaron la madrina y Plaucia.

—Hueles muy bien, querida niña. ¿Qué perfume te acompaña en el dolor?

—Bálsamo de Judea. Ambas somos débiles con los regalos más caros...

—Sabes que me gusta todo lo exclusivo. Te soy más sincera: me gusta la exclusividad.

—A mí también, madrina. Aunque siempre me adoctrinaste en que había cosas que podríamos compartir y que, de repente, las has vetado. Te agradezco que compartas mi dolor, pero sería muy elegante que también compartieras la felicidad. Nada de eso perturbaría nuestros intereses.

Gala hizo una mueca con su boca, agarró con sus manos los brazos de la silla y comentó lacónicamente:

—Quien manda hace las reglas y puede cambiarlas según su antojo.

—Lo acepto. Acepto tus irracionales caprichos. ¿Qué puedo hacer?

—No ser tan cínica ni tan hipócrita. No pedirme perdón e hincarte de rodillas y besar mis pies como hiciste en casa cuando te negué que me viera con Valentiniano. ¿Puedes ser mejor, hija?

—Lo lamento, Gala. Lamento parecerme tanto a ti. Yo también quiero ser como tú. O incluso mejor que tú. Y ahora lo tengo todo para serlo: dinero, viudedad, libertad y ganas de vivir.

Los pasos de Fabia se oían deslizarse por el mármol de la casa en dirección a la estancia donde ponían claras las cosas Gala y Plaucia.

—Pon atención, niña: quien se interpone en mis objetivos no suele tener la suerte que yo le desearía.

—¿Quieres convertirme en una segunda Arusa?

—Quiero ir dejando atrás lo que no me produce satisfacciones plenas.

—Madrina, a veces, me recuerdas a Ares. Y acabarás como él.

—Ares es Valentiniano. En el combate no conoce ni amigos ni enemigos. Los destruye sin distinción. Cuídate de él.

—A mí no me va a destruir nadie.

—A mí tampoco, querida alumna. Te deseo que pase pronto tu dolor y puedas vestir ropas más alegres.

—Gracias, madrina. Sé que así lo desea tu corazón. Necesito fuerzas renovadas para enfrentarme a mi nuevo estado. Ni en los juegos gladiatorios que vas a pagar en Itálica para celebrar una extraordinaria vendimia encontraré el valor que necesito.

—Lástima que el destino te haya soltado de su mano.

—Lástima que hayas olvidado todo lo que íbamos a conseguir: los intereses, por encima de los sentimientos; el odio por encima del amor; el amor, a escondidas y con quien yo quiera. Todo lo has trastocado ¿Por qué?

—No lo repetiré más: quien manda impone las reglas.

Fabia entró en la sala y vio a ambas mujeres en pie. Plaucia le deseó buena suerte a Gala en todas sus ambiciosas apuestas, y le besó las manos. Tras besarla se cubrió el rostro con el velo negro, y le susurró a su madrina:

—Tienes más lunares en las manos… Cronos también se ha enamorado de ti.

CAPÍTULO XVIII

VOLVER AL PRINCIPIO

Híspalis, la palestra

EL APRENDIZAJE

Scaeva Minor había llegado con su madre a una especie de pacto inviolable: él pondría sus cinco sentidos en seguir las enseñanzas del gramático y ella le daría libertad para acompañar a Valentiniano a la palestra. Asinus sabía lo que significaba eso. Pese a que Scaeva Minor se empeñaba en desdramatizar el asunto y en convencerla de que en la palestra solo levantaba pesas, practicaba el salto y la carrera y luego nadaba en la piscina, puro ejercicio físico para complementar la educación intelectual que estaba recibiendo, la realidad era otra. Y Asinus lo sabía bien. No era muy difícil enterarse en Híspalis que el hijo del gran Scaeva aprendía a pelear con el último gran gladiador que tuvo la ciudad: Valentiniano, que nunca descuidaba el ejercicio diario ni las prácticas con el gladio.

Scaeva Minor disfrutaba con el dacio lo que no conseguía disfrutar con el aprendizaje de las letras y geografía del gramático. Era lógico. El chico se esforzaba para no defraudar a la madre, empeñada en hacer de aquel joven rebelde un hombre osado para el comercio. Inevitablemente, con el paso de los años, su hijo se encargaría de los negocios de la casa. Asinus no quería verlo en la arena, expuesto a los caprichos de la Fortuna, vulnerable a la enloquecida voluntad de los espectadores que, como poco, le exigirían ser mejor que lo fue su padre. Sufría terriblemente pensando en eso. Pero en su corazón presentía que el destino no iba a aliarse con sus deseos. Y necesitaba a aquel chico dispuesto a colaborar con ella en los asuntos comerciales de su casa. Más ahora que Asinus se había involucrado en la gran aventura índica y alejandrina.

—Debes mantener siempre la distancia. Y la distancia la da la longitud de tu brazo y la de tu espada —le aconsejaba Valentiniano.

—Eso intento. Pero tu espada siempre me alcanza.

—Sería un milagro que no lo hiciera. Estás empezando a conocer la técnica, y eso no es tan fácil como matar a un lobo. ¿Sabes cuánto tiempo invierten los legionarios en asimilar sus movimientos de pelea

y lucha?

—No lo sé. Pero imagino que les llevará un trabajo duro.

—Durísimo. Tanto que un veterano vale mucho más que un soldado novato por esa misma razón.

El sol de aquel final de verano picaba en las espaldas de ambos luchadores que, pese al desgaste del entrenamiento, no dejaban de ensayar movimientos y golpes. En uno de ellos la espada de madera de Scaeva Minor alcanzó, certeramente, el muslo del dacio.

—¡¡Tocado, te he alcanzado en el muslo!!

Valentiniano sonrió. Y le dijo que tenía muchas cualidades para manejar bien la espada. Mejor que él y que su padre.

—¡Seré un gran gladiador! —dijo con orgullo Scaeva Minor.

Valentiniano reaccionó rápidamente, aprovechando la desconcentración y la alegría que disfrutaba Scaeva Minor, para tocarle con su espada en el corazón:

—Ya ves, cazador de lobos: me heriste en la pierna, pero yo te he atravesado el corazón. Nunca des por ganada una pelea hasta que tu adversario esté muerto o tendido en la arena pidiendo clemencia.

Valentiniano se despojó de sus protectores de cuero y sus risas parecían subir al cielo marineando por las cuerdas que colgaban del techo de la palestra para realizar ejercicios físicos.

—¡Eres un tramposo! —le dijo enrabietado Scaeva Minor.

—Pero tú estás muerto y yo no. Ahora te voy a llevar a la piscina. Y nadarás a la misma velocidad y el mismo tiempo que yo. ¿Quieres ser un gran luchador? Pues empieza a ser más fuerte que tus propias fuerzas.

Camino de la piscina, Scaeva Minor le preguntó a su maestro:

—¿Te han invitado a los juegos de Itálica?

—Sí.

El chico dudó. Pero finalmente hizo la pregunta:

—¿Puedes llevarme?

—Si tu madre te deja, te llevaré encantado. ¿Puedes darle una alegría con los estudios?

—Se la daré.

—Hazlo y te llevaré al anfiteatro. Y te contaré cosas de las carreras de aurigas de Roma: cómo apostaba la gente a los Verdes y a los Azules, cantidades increíbles por sus caballos favoritos. Y cómo hasta los seguidores de ambos bandos, para asegurarse el dinero de la apuesta, olían el estiércol de los caballos antes de las carreras para saber si habían sido alimentados adecuadamente para las pruebas. ¿Te gusta el programa?

—Mucho más que aprender griego. A mi amigo Cneo le encantaría

venir con nosotros…

—Eso sí que es una trampa. Y no soy una niñera… —respondió seco y contundente el dacio.

Saltaron a la piscina y estuvieron nadando durante media hora. Luego se vistieron y Valentiniano invitó a Scaeva Minor a sorprender al gramático y a su madre. Eran sus dos llaves para abrir las puertas de un espectáculo maravilloso en el anfiteatro de Itálica.

Itálica, anfiteatro

El dulce tacto de la arena

En el palco del anfiteatro estaban los que solo podían lucir en un lugar tan exclusivo: las autoridades militares, las políticas, algunos invitados de la altísima aristocracia local y Iulia Salinator como responsable del culto al emperador, luciendo un rostro triste y penoso. Los dos anillos populares del espacio lúdico estaban abarrotados de un público chillón y verdulero, que no paraba de hacer chistes obscenos y de gritarse improperios de grada a grada.

—¡¡Lucio!! ¿Estás seguro que tu esposa está arriba, en la *summa cavea*, o anda por la taberna jugando con sus amigos?

De la otra parte del anfiteatro llegaba la respuesta con la misma educación:

—¡¡Lucrecio!! Han visto a tu madre esta mañana cobrando las pajas a un as en los soportales de las termas viejas ¡¡Esta noche comerás bien!!

La gente asistía a este tipo de enfrentamientos dialécticos dispuesta a reír sin parar, pese a que en una convocatoria como la de la vendimia, con un atractivo cartel sufragado por Gala, el público concurrente no era exclusivamente local. Habían venido animosos espectadores desde carmo, donde se levantaba el anfiteatro más antiguo de España, San Juan de Aznalfarache, Coria e Híspalis. El anfiteatro estaba abarrotado, y cerca del palco, en una localidad anexa al mismo, habilitada para niños acompañados por sus padres o familiares, Valentiniano esperaba con cierta ansiedad el comienzo del espectáculo. A él también le dedicaron gritos de apoyo y adhesiones conmemorativas:

—¡¡Valentiniano, eres el más grande!!

—¡¡El mejor gladiador de Híspalis!!

—¡¡El tiempo no pasa por ti!! ¡¡También te teme!!

Scaeva Minor y Cneo se sentían importantes, muy importantes al lado de un exgladiador que aún era celebrado como un héroe por

tantos espectadores. Gala, desde el palco, lo miraba y le sonreía. Le envió con una esclava un mensaje escrito: »Cuando termines tu trabajo de niñera, ¿te apetecería cuidarme un poco?».

Valentiniano la miró y le devolvió la broma. Y le escribió: «Soy aún capaz de hacerte dos niños en una sola noche».

La aristócrata, al leerlo, lo miró y se llevó sus dedos a la boca, impostando una sorpresa teatral y nada reprobatoria. Todo lo contrario. Gala quería pasar esa noche con Valentiniano… si las cosas no se complicaban.

Los juegos comenzaron con una exhibición de caballos de Numidia: hermosos y piafantes corceles negros que galopaban por la arena llevando en sus lomos jinetes africanos que hacían ejercicios acrobáticos, al modo de los antiguos jinetes de Creta. Pero antes, animada la ceremonia por un despliegue de música de viento y tambores, Gala había hecho entrega al anfiteatro de una estatua de Hadriano peleando con un león, labrada en mármol de diversos colores y que fue colocada en uno de los lugares más prestigiosos del recinto. El público aclamó el gesto de la aristócrata, y se le entregó absolutamente cuando, a continuación, regaló panes, tortas y carne de cerdo entre aquellos glotones y bebedores espectadores, dispuestos sola y exclusivamente a ser tratados como los reyes que no eran. Aunque, silenciosamente, en las gradas populares, de amigo a amigo, hubo su pimienta y su picante en comentarios imperiales poco recomendables para la salud si llegaban a oídos finos y lenguas chivatas:

—¿Sabes lo último de Hadriano?

—Que se lo está follando un etíope.

—No, no es eso. Le ha arrancado el ojo con una pluma a uno de sus esclavos.

—Estos maricones siempre tuvieron mala leche.

—Dicen en Roma que inmediatamente, viendo el exceso cometido, le propuso una indemnización al tuerto.

—Y el esclavo estará encantado, tuerto pero encantado.

—Te equivocas, amigo. El tuerto le dijo, con un par de pelotas, que para qué quería un regalo de compensación, si había perdido un ojo para siempre

—Mal hecho. Se equivocó el esclavo, porque se ha quedado sin el ojo y sin la recompensa. Y a ver si Hadriano, en un acto de furia, no acaba también con el ojo de abajo en uno de sus arrebatos sexuales…

Los amigos rompieron a reír y siguieron bebiendo y comiendo en las gradas.

Gala flotaba en la nube de su vanidad. Ella era el foco principal de

todas las miradas, muchas tremendamente obscenas, que le llegaban desde las gradas de los destripaterrones, del pueblo llano. La aristócrata lo sabía, y respondía al deseo voraz de los *humiliores* con poses y bocas entre recatadas y lascivas, en un perfecto lenguaje corporal de sutil coquetería femenina y reservada provocación. Estaba guapa y buena. Era hermosa y apetecible. Esa combinación perfecta donde Gala se sentía reinar como una faraona egipcia. Los caballos númidas la fascinaron, y le hizo una señal a Valentiniano de lo bonito que resultaba aquel espectáculo ecuestre. El dacio asintió con su cabeza. Pero el público quería sangre, la sangre derramada por luchadores profesionales que alimentaran su sed de emociones más sádicas. Las bocinas dieron paso al clásico encuentro entre mirmillones y reciarios, los primeros fácilmente identificables por su casco dorado adornado por la figura de un pez y su espada corta para la lucha; los reciarios, armados con sus redes y tridentes. El público no tuvo piedad con los vencidos, pese a que perder un gladiador en la arena suponía un golpe duro para la economía del lanista que los llevaba. Los gladiadores no eran mercancías baratas, todo lo contrario. Africano, que asistía como espectador junto a Cara Pescao, hizo un somero comentario:

—Esto le va a costar mucho dinero al lanista de Itálica. Agradezco a los dioses que Gala no me llamara para surtir de gladiadores de mi escuela a estos juegos: serán la ruina de algunos.

Cara Pescao hizo un mohín de aprobación con la boca y fijó sus ojos en Gala para comentar:

—Y las ganancias de algunas…

Pero la más espectacular secuencia de aquellos juegos fue ver enfrentarse a animales exóticos. Tigres y osos, elefantes y toros. El público disfrutó tanto o más que con los caballos norteafricanos y el posterior combate de los gladiadores, que colmaron la atención de Scaeva Minor y Cneo, que no dejaron de hacer preguntas durante todos los juegos. Los animales exóticos causaban un impacto emocional de alta graduación. No siempre se podía ver a un elefante a la altura de tus ojos. Tras varios intentos del paquidermo por ensartar en sus colmillos, un tanto desgastados, al toro, el morlaco pudo cornearlo en el vientre de tal forma que cayó redondo. El público no se lo tomó a bien, y empezó a gritar y protestar:

—¡Ese elefante era el padre de los que llevó a Haníbal hasta las puertas de Roma!

—¡¡Vaya mierda de elefante…!!

—¡¡Ese elefante no sirve ni para tirar de un arado!!

—¡¡No lo habrían dejado entrar en la isla Tiberina, donde van a

morir los desahuciados!!

—¡¡Fuera, fuera, fuera…!!

Gala comprendió que había llegado el momento esperado. Para poner a funcionar su perverso plan de limpieza. Hizo una señal al jefe de la clac y este, a su vez, transmitió la orden a sus cuatros aplaudidores profesionales para comenzar a gritar un nombre:

—¡¡¡Valentiniano, Valentiniano, Valentiniano!!!

—¡¡Que Valentiniano mate el toro!!

—¡¡Que pelee Valentiniano!!

Los toros eran frecuentes víctimas sacrificales en Roma. Por el color de su pelaje, se ofrecían en honor de determinados dioses, era el caso de los animales de capa blanca, entregados a las divinidades celestes: Júpiter, Juno… Los de capa negra, a las divinidades subterráneas y funerarias; los de color rojizo eran del gusto de Vulcano, porque su color recordaba al fuego. Estos toros se adornaban de muy distinta forma para el sacrificio. Pero en todos los casos se repetía una constante estética, las *vittae*, cintas de seda de diversos colores que iban atadas al cuerpo de los animales. Cuando finalizaba la inmolación se procedía al consumo de su carne. Los toros se sacrificaban en el altar del dios o en la lucha contra los gladiadores especializados. Pero en el caso de Valentiniano, ajeno por completo a este tipo de lucha, el toro pasaba de ser víctima a convertirse en un potencial verdugo que le sacaría las tripas al veterano gladiador.

La suerte estaba echada. El dacio miró a Gala, y le sonrió. Fue una sonrisa engendrada entre el sarcasmo y la sospecha. Gala se la devolvió, indicándole con un gesto elegante de su mano que saltara a la arena y murmuró:

—Hoy sabrás quién manda aquí y quién manda sobre ti… Y espero que esta noche le hagas compañía al barquero. No te necesito.

Itálica, anfiteatro

Muerte en la tarde (1)

En los espacios colindantes con el anfiteatro, los puestos ambulantes de fritangas de pescado, salchichas, pollos, empanadillas y dulces no dejaban de funcionar, y la humareda del aceite hirviendo, parecía ser la expresión del ambiente altamente candente que se vivía allá adentro, en la arena de los juegos. La noticia de que Valentiniano iba a pelear con un toro se extendió rápidamente por los alrededores del coliseo, y aquellos que se quedaron fuera por falta de espacio comenzaron a ideárselas para no perderse semejante atracción, sin

dudas la más fuerte y efectista que se viviría en Híspalis en los últimos años. La situación era plenamente satisfactoria para Gala. Se hablaría de sus gastos invertidos para complacer al emperador, a las clases populares y a los espectadores más exigente de los juegos. Que consiguiera tener en la arena a una leyenda ya casi olvidada, pero aclamada por todos en Híspalis e Itálica, no dejaba de ser un pleno más en las dianas sociales y políticas que iba acertando con tino de arquero persa.

—Vengan por aquí —les dijo un buscavidas a unos amigos para colarse en el anfiteatro.

—Si nos ven, nos azotarán —le respondió otro

—Musolshahahh —intentó expresarse un tercero al que le habían cortado la lengua en una riña de borrachos. No se le entendía nada. Pero dejaba entrever que escalar aquella pared externa del anfiteatro para subir al graderío de los menesterosos no le parecía la mejor idea.

—Haced lo que queráis. Yo voy a subir. No me quedo sin ver a Valentiniano.

El mudo y el otro se miraron, y para no pasar por cobardes y fríos siguieron a su intrépido compañero. Fuera se oían las voces cada vez más entusiastas de un anfiteatro apostando, en bloque, por el dacio.

—¡Mata ese toro, Valentiniano!

—¡Hay muchos más en el campo! ¡Mátalo!

—¿Comemos esta noche carne de toro, Valentiniano?

—¡Tú pones el toro y nosotros llevamos el vino!

Valentiniano los escuchaba y dejaba escapar una risa forzada y falsa. No le gustaban Híspalis, ni Itálica. No le gustaba ninguna de ambas ciudades situadas al borde del Betis. Hubiera disfrutado viéndolas desaparecer bajo una de sus frecuentes avenidas. Odiaba a los hispalenses por bocazas, tibios y veleidosos. Y también porque un hombre nacido en Itálica, emperador por más señas, fue el que arrasó su nación. Pero allí estaba el dacio. En la arena. Para entretenerlos y hacerlos felices con su valor. Cneo y Scaeva Minor se sentían tan ilusionados como expectantes viendo cómo su ídolo iba a enfrentarse con un toro que había matado a un elefante. Entre lo que Valentiniano les fue contando sobre los juegos en Roma y lo que iban a presenciar a continuación, los dos chicos tendrían un material inagotable para pintar de colores atractivos sus pesadas tardes del futuro invierno, narrándoles a sus amigos aventuras que jamás vivirían; o, al menos, no todos las vivirían. Cneo y Scaeva Minor aplaudían a rabiar. Arriba, bajo los toldos, en el último anillo del graderío reservado a las mujeres, Asinus observaba la extraña situación de cómo, por arte de magia, Valentiniano estaba ya en la arena, listo para enfrentarse a un

toro que parecía un león.

«Entró como espectador y pretende salir como triunfador de los juegos…», se decía con todas las reservas una Asinus que, por vez primera, temió por la suerte de aquel loco que llegó de los Cárpatos.

Los escaladores habían alcanzado sus objetivos. Llegaron arriba y se colaron, a través de los arcos donde lucían estatuas de dioses y grandes emperadores romanos, en el anfiteatro. Sus oídos ensordecieron. Aquel griterío no era menor que el que tronaba cuando una tribu de germanos indomables entraba en batalla sorprendiéndote en mitad del bosque. Abajo estaba Valentiniano. Y un toro que, despistado por el griterío, daba vueltas al recinto de la arena, mirando con descaro a los espectadores.

—¡¡Mira a la puta vaca que te parió!!

—¡¡Pronto te van a cerrar esos ojos de mierda!!

—¡¡Mira al rubio aquel!! ¡¡El que te va a cortar los huevos con su gladio…!!

Africano y Cara Pescao volvieron a mirarse, y asintieron en señal de aprobación, como deseándole toda la suerte del mundo al dacio. El rico mercader no estaba nada tranquilo. Si aquel toro se llevaba por delante a Valentiniano, perderían una conexión fundamental con el comercio alejandrino e índico. Esa era la razón por la que Cara Pescao no dejaba de rezarle en voz baja a su dios preferido, a ese Mercurio de pies alados que nunca abandona ni a los osados ni a los golfos. Y Valentiniano reunía ambas cualidades en abundancia, tanta como arena hay en el desierto. Gala seguía aquella «inesperada» peripecia desde la presidencia de los juegos sin que la hermosura de su estampa ni la maldad de su alma entraran en colisión. Bajo aquel toldo blanco estampado con geometrías añiles y amarillas, lucía una aristócrata capaz de repartir sonrisas, juegos, regalos y sorpresas mortales sin que perdiera nunca la compostura. Imperceptible, en sus manos encerraba algo, una pequeña figura de madera quizás, que agarraba con fuerza. ¿Hera la griega? ¿La romana Juno tal vez? Lo que fuera parecía proporcionarle cierto grado de confianza… Que sería absoluta si aquel toro despachaba para una eternidad más abrumadora que la mole de los Cárpatos a un dacio insolente que la hacía feliz despertándole una irreclamable juventud; pero que cometía el tremendo error de no subordinarse a su imperial voluntad, quemándola con el fuego de sus visitas a Plaucia.

Muerte en la tarde (y 2)

Valentiniano dejó que el toro siguiera entretenido con el público. Y

aprovechó el momento para colocarse detrás del elefante muerto, que utilizó a modo de barricada. La enorme mole africana sangraba por su vientre como si fuera un arroyo en primavera. Y una legión de moscas verdes y robustas, zumbonas y pesadas, se erigieron en invitadas especiales de aquel banquete inesperado. Una vez parapetado tras el elefante, Valentiniano saltó sobre lo más alto de su costado para llamar la atención del toro y hacerlo ir hasta su terreno. Alguien del público gritó algo. Una mujer. Era la voz de una mujer. ¿Asinus? Que desde el último anillo del graderío solicitó para Valentiniano un *pilum*.

—¡¡Que le den una lanza!!

Parte del público apoyó tan justa ocurrencia. Otra parte la abucheó. Gala se inclinó por dejar las cosas como estaban. Si le daban una lanza al dacio, el toro no duraba en pie el tiempo que uno de aquellos deplorables menesterosos tardaba en comerse un pichón en salsa. Valentiniano observó cómo Gala no accedía a la petición y ahora más que nunca entendió que verse con Plaucia tenía un precio. El toro vio al gladiador y se dirigió hacia él. Tenía una estampa bonita. Su pelaje era amarillento aleonado, y sus patas eran poderosas y firmes. La cornamenta era grande y abierta, y por su forma de desenvolverse daba la impresión de que aquel toro ya conocía trato con los humanos. La lucha con el toro era frecuente en los juegos. Y más en una tierra como la Bética, donde abundaban por la campiña en estado salvaje. El animal llegó hasta donde estaba Valentiniano, pero el olor de la sangre del elefante lo entretuvo. En aquel charco de moscas y sangre hocicaba la bestia, buscando quizás un eco de pasadas peleas en las dehesas contra otros machos de la manada. Luego alzó la mirada y sus ojillos se clavaron en los del inesperado gladiador. A ver quién intimidaba a quién. Ante otro grito de la grada y un tipo que agitaba un paño para llamar su atención, el toro volvió a despistarse y corrió a buscar donde lo reclamaban. El dacio no se movió. Siguió esperándolo en lo alto del costado del elefante. A la espera de que el toro le diera una mínima oportunidad.

—No lo va a tener fácil, patrón.

—Lo sé, Africano. Pero confío en que Mercurio lo proteja —contestó Cara Pescao.

Cneo y Scaeva Minor vivían los momentos más intensos de sus vidas, solo comparables a los que, meses atrás, habían protagonizado matando a dos lobos en las ruinas del templo turdetano.

—Cneo, ¿tú crees lo que nos ha dicho Valentiniano de que en Roma un emperador ha llegado a ponerle a un caballo de carreras una gualdrapa púrpura?

—Claro que me lo creo.

—Es que el color púrpura es exclusivo de los emperadores.

—Pero Valentiniano te dijo que ese caballo era el favorito de un emperador. Por eso le concedió ese honor —le aclaró Scaeva Minor.

—¿Y también te crees que hay emperadores que por ser partidarios de algunos de los equipos de las carreras de caballos los ayudan económicamente?

—Tú mismo oíste cómo un emperador partidario del equipo de los verdes ayudó con casi cuatro *libras* de áureos, para sufragar los gastos de aurigas, carros, caballos y cuidadores.

—Tienes que llevarme más veces con Valentiniano.

—Vente a la palestra con nosotros, Cneo.

—Iré. Pero antes vamos a ver qué pasa con este toro.

—Lo matará Valentiniano. Te lo aseguro —respondió Scaeva Minor con rotunda seguridad.

Desde el tendido un espectador le tiró una capa a Valentiniano. Los gladiadores especializados en las peleas con toros se valían de telas para engañarlos y matarlos. El dacio no era experto en esas lides. Hizo caso omiso de la capa y siguió con su estrategia. Aquel león con cuernos y que expulsaba por las narices un sonido similar al que provoca el mar en una gruta, nuevamente se despistó con el público, esta vez muy cerca de donde lo esperaba Valentinano atrincherado en el elefante. Inopinadamente, el toro intentó salvar la distancia que había entre la arena y la *ima cavea*, las gradas destinadas a los aristócratas. Allí se complicó el animal, que ni saltaba el muro ni sabía zafarse de él. Valentiniano salió corriendo para el toro mientras que un público vociferante jaleaba su nombre. Logró sorprenderlo por detrás, atrapando con fuerza su cornamenta para, a la par, regarle un tajo mortal en la tráquea. El animal clavó la mirada mortecina de sus ojos en los del gladiador expresando sorpresa y finitud, como si hubiese descubierto en ese preciso momento lo que significa la muerte. Valentiniano vio como sangraba por la boca y los estertores postreros se apoderaban de la fiera. Como solo se admira a un adversario noble y venerado, el dacio le dijo:

—Eres lo único valiente y sagrado que yo respeto en esta tierra de tontos y traidores. Discúlpame.

Más de veinticinco mil personas aclamaban su nombre. El cuarto anfiteatro en capacidad del imperio estaba bocabajo con la cabeza perdida de felicidad y el corazón entregado a su viejo héroe. El dacio limpió su espada con la arena, y se dirigió hacia la presidencia para saludar a Gala.

—Un despiste ha llevado a la muerte a una hermosa criatura. No se lo merecía. Pero así es la vida cuando se juega fuerte.

—Disfruta del día en que Itálica te aclamó como a un emperador. Pero no olvides lo que oyen los emperadores en sus paseos más triunfales: recuerdas que eres mortal.

Valentiniano le brindó una sonrisa. Y Gala le regaló otra.

Un poco más allá, Africano le dio con el codo a Cara Pescao para que no se perdiera la escena. El mercader dijo con retranca hispalense:

—Ha muerto el toro. Pero vive la única fiera que lo puede eliminar…

Itálica

El pegaso africano

Días después de celebrados los juegos, Gala recibía en su casa un regalo espléndido, hermoso y que rebajaba a Pegaso a la rastrera condición de las cucarachas. Era un esbelto y vibrante caballo negro de los que actuaron en el circo, en aquel grupo de jacos númidas. Estaba en los establos, junto a los otros animales de la aristócrata. Su esclava favorita, la roxolana, aquella a la que besaba para luego morderle el labio y hacerla sangrar, le dio la noticia.

—Señora, en los establos hay un regalo para usted.

—¡No es sitio para dejarle regalos a una señora, por todos los dioses!

—Le gustará, mi ama.

—¿Quién lo envía?

—No han revelado el nombre. Solo han dicho que es de un admirador suyo y que no tiene nada que envidiarle al bálsamo de Judea.

Gala sonrió. Eran suficientes datos para saber quién era el atento admirador que le dedicaba sus atenciones.

—Vayamos a los establos. Y veamos qué es ese regalo que no tiene nada que envidarle al bálsamo de Judea.

No lejos de allí, en la casa de Plaucia, la hermosa gaditana escuchaba con atención a Fabia Hadrianilla. La mañana era sencillamente apacible, y de la monotonía de la calle llegaba un coro de pregones vendiendo verduras, frutas y pescados frescos. También algún exaltado seguía proclamando la imbatibilidad de Valentiniano en la arena, y eso excitaba a Plaucia.

—No se habla de otra cosa que del éxito de Valentiniano —dijo Fabia.

—Y de Gala. Ha patrocinado unos juegos inolvidables, y ha contribuido con generosidad al culto al emperador. Roma ya la tiene

más cerca.

—Es una mujer inteligente y ambiciosa.

—Lo es, Fabia. Mi madrina es de ese tipo de mujeres que, si no hubiese nacido respaldada por la fortuna familiar, habría sido capaz de hacer lo que muchas mujeres egipcias hacen por conseguir un préstamo para sus negocios.

—Desconozco lo que hacen esas mujeres en Egipto, querida Plaucia.

—Entregar a sus hijas como aval. No se paran en menudencias. Gala se parece a esas mujeres.

—¿Tú crees que haría tal cosa?

Plaucia calló. Y pensó que, de alguna forma, ella era la hija egipcia que Gala había entregado a las influencias en la corte de Fabia y Cecilio para conseguir el aval a sus ambiciones. Con finura, Plaucia cambió la conversación.

—¿No crees, Fabia, que debo anunciarle mi próxima visita para felicitarla por su éxitos?

—Debes hacerlo, claro que sí. Nuestras familias, aunque Cecilio ya no esté con nosotras, siguen unidas. Y los éxitos de Gala son los nuestros.

—Mandaré a un esclavo para que anuncie mi visita si ella no dispone otra cosa. Últimamente sus compromisos, dentro y fuera de su casa, la tienen muy ocupada…

Cuando la esclava se presentó en la *domus* de Gala, la aristócrata se entretenía en acariciar suavemente su regalo: un magnífico corcel númida al que preparaban para montarlo.

—Señora, su ahijada Plaucia envía a un esclavo para solicitarle visita. Quiere felicitarla pos sus éxitos.

—Dile que la espero, a final de la semana. Y que venga con ropa de montar. Iremos a probar este hermoso caballo por los bosques cercanos a Itálica.

—Así se lo diré, señora.

Escuela de gladiadores, Híspalis

La pesquisa

Estaban en el balcón de la Escuela de gladiadores. Abajo, en el patio, con desempleados hispalenses siempre asomados a las verjas donde se ejercitaban los luchadores de Africano, los jóvenes más prometedores para un futuro en la arena, aprendían bajo la dirección técnica del doctor. Africano hablaba con el dacio victorioso en Itálica, la patria

del emperador que había terminado con su pueblo y contra quien había luchado muchos años atrás. Curiosa paradoja.

—Temimos por tu suerte, Valentiniano. Cara Pescao y yo pensamos que aquel toro acababa con tu vida.

—Yo no, Africano. Siempre confío en mi intuición.

—Es tu gran arma. Y eso no se entrena.

—Así es. Es mi don, Africano. Tú me enseñaste a pelear. En esta misma escuela aprendí a atacar y a retroceder, a virarme y sacar ventaja para herir y matar. Pero mi intuición nació en mi tierra y ya venía conmigo. El día que me falte, no valdré nada.

—Agradezco tu visita. ¿Te importaría decirles unas palabras a mis jóvenes luchadores?

—Sabes que lo mío no son las palabras, sino los hechos. Pero lo haré porque tú me lo pides. Intentaré no decir muchas tonterías.

Africano dio un silbido y el doctor suspendió el entrenamiento. Desde el balcón, el lanista presentó al triunfador de Itálica y abajo lo aplaudieron. Uno que estaba en la verja de mirón dijo a voz en grito:

«¡Aprended de él! ¡Ese sí que es un gladiador y no vosotros, pincha ratas!», una actitud muy hispalense esa de ponerse del lado del último que gana y que, con la misma volatilidad, se esfuma cuando otro recién llegado aparece triunfante. Más de doscientos años atrás, Iulius César, de alguna forma, le afeó esa deslealtad a los seguidores de Pompeyo en Híspalis, que ya arrastraban su fama de volubles y engrasadas veletas. Al doctor de la Escuela de gladiadores no le hizo ninguna gracia el comentario; sigilosamente, se deslizó hacia la verja del patio para ponerse a la altura de la cara del bocazas, le soltó el codo y le rompió la nariz. Cayó fulminado ante las risas de los mirones. Valentiniano, para ganarse a los gladiadores a los que tenía que hablarles, gritó:

—¡Buen golpe, doctor! ¡Ahora que arrojen esa basura a las ratas!

Africano rompió a reír junto a sus pupilos. Seguidamente Valentiniano enjaretó un discurso no muy atropellado donde les habló de la lealtad entre luchadores, el valor del entrenamiento y la necesidad de contar con una depurada técnica. Los alertó sobre la vanidad de los triunfos, uno de los caminos más cortos para perderlo todo, incluso la vida. Terminó deseándoles mucha suerte. Y una buena tumba.

—Sabed esto: bajo la piedra de la tumba de uno de los nuestros siempre hay un valiente. En las otras nos encontraremos con ladrones, políticos y ratas como esa a la que acaban de aplastarle la nariz. Qué Némesis os proteja, amigos.

Los gladiadores prorrumpieron en vítores y Valentiniano los saludó

con nobleza y sinceridad.

—Has estado mucho mejor de lo que tú esperabas, bromeó Africano.

—Realmente, me he sorprendido. Debe de ser que la inercia victoriosa de Itálica aún no me ha abandonado.

Rieron mientras abajo, en el patio, se reanudaban los entrenamientos. Arriba, en el balcón, Valentiniano y Africano prosiguieron su charla.

—Creo que me puedes ayudar, Africano.

—Somos socios. Dime.

—Tengo fundadas sospechas de que lo que pasó el otro día en Itálica responde a todo un plan. A un plan para acabar con mi vida.

—¿A qué te refieres, Valentiniano?

—Al elefante, al toro, al público vociferando mi nombre, a que las circunstancias me obligaran a saltar a la arena. Me refiero a todo eso.

—Demasiadas coincidencias como para que el azar las conjugara.

—Esas coincidencias no surgen si no hay detrás un plan. No creo en las casualidades. Estoy cada vez más convencido de que existía un complot para echarme a pelear.

Africano calló por un momento. Luego le dijo al dacio:

—Cara Pescao y yo también creemos lo mismo. Alguien quiso ponerte en una situación apurada.

—Alguien quiso liquidarme aquella tarde, Africano.

—Es posible. Creo que nunca quisieron rescatar del olvido a una vieja gloria de la arena hispalense.

—Así es. En todo caso, querían enterrame para siempre bajo la arena de esta puta ciudad. Y eso es lo que quiero averiguar.

Africano dio varias palmadas para llamar a su asistente. Y le mandó hacer un trabajo.

—Tengo dos encargos para ti. Escucha muy bien lo que te digo, y quiero respuestas razonables lo antes posible. No escatimes dinero, paga por la información lo que haya que pagar. Acércate a los hombres que trabajan para el jefe de la clac del teatro y entérate de qué pasó en el anfiteatro de Itálica. Por qué la gente pidió que Valentiniano enderezara una tarde que había torcido el caminar de un elefante más viejo que el tiempo.

—Así lo haré. Salgo enseguida.

—Sea. Pero, por todos los dioses, no te vayas sin escuchar la segunda orden.

—Escucho, señor.

—Que alguien nos suba unas copas de vino. No todos los días se puede brindar con un gladiador tan famoso como el emperador.

El encuentro pendiente

Plaucia, en los días previos a su encuentro con Valentiniano, llegó a envidiar a esas esclavas que en Roma, en las fiestas del 7 de julio, día de la muerte de Rómulo, disfrutan del libertinaje de las Noches Caprotinas. Nunca las vivió, pero su padre, en los apacibles atardeceres de Iulia Traducta, le hablaba de las mismas, no sin cierto tono moralizante. Eran unas fiestas donde las esclavas podían vestirse como mujeres libres y salían de la ciudad mofándose y burlándose de todos los hombres que se encontraban a su paso para, posteriormente, pelearse entre ellas lanzándose golpes y piedras, antes de darse un festín bajo una higuera silvestre. La viuda más hermosa y deseada de Itálica quería abandonar el luto rígido de sus ropas y sentirse, nuevamente, libre y no esclava del destino y las exigentes normas sociales de la viudedad. Daría lo que fuera por salir de fiesta y burlarse de los muchachos que la cortejaban para, después, si falta hiciera, entrar en una sibilina refriega dialéctica y gestual con su madrina. Algo de esto podría hacer hoy. Día señalado, finalmente, para verse a solas con Valentiniano en el bosque italicense. La situación la excitaba, y no solo por el deseo sexual que le despertaba el dacio; ña excitaba el hecho de saber, de forma cierta, quién sería el cordero y quién el lobo en aquel bosque de encinas que se apretaban por las lomas del territorio.

—¿Te has quitado ya el luto, Plaucia?

—No. Lo tengo en esta alforja, Valentiniano. Antes de que llegaras mudé mis ropas. Son más alegres.

—Eso significa que vienes hacia mí sin luto, sin pena. Con alegría. Pero que saliste de Itálica vestida de negro.

—Eso significa que tanto tú como yo salimos de Itálica venciendo a toros diferentes. Yo al de los recuerdos más negros, y tú al de la gloria en la arena.

Dejaron sus caballos atados cerca del arroyo, y ambos se sentaron junto a una manta extendida en el suelo y al abrigo de la espesura del bosque. Parecían estar solos, acompañados por los cantos de los pájaros y ruidos lejanos e indescifrables que Plaucia imputaba a los vaivenes de Pan y su lujuria. Valentiniano se acercó a la nuca de Plaucia.

—Hueles bien. Hueles como Gala —dijo el rubio para medir la reacción de Plaucia.

—Compartimos el mismo perfume que desde Alejandría nos trajo

un buen amigo…

—Ella me devolvió mi atención con otro regalo. Espero el tuyo con ansiedad —dijo el gladiador.

—Y debió de complacerte bien. Un caballo númida es la nueva atracción del establo de mi madrina…

—Yo te regalo bálsamo de Judea y mi experiencia.

—Yo a ti mi presencia. ¿Qué sería de una sin la otra? —ironizó Plaucia.

—Confío siempre en mi intuición.

—¿Y qué intuyes de este encuentro?

—Pronto lo sabrás.

—¿Conoces la fábula del toro y el ratón? —le preguntó Plaucia.

—Vaya, los toros me persiguen últimamente. Pero no dejo de honrarlos: me dan satisfacciones absolutas.

—Dime, ¿la conoces, gladiador?

—No me entretengas con esas mierdas.

—Cuida tu vocabulario, dacio. Yo no soy un mapa de lunares sobre un cuerpo declinante camuflado con perfume de Judea. ¿Quieres conocer esa fábula? Puede ser interesante para saber qué pasará hoy entre nosotros.

Valentiniano bostezó; le podían las mujeres sabihondas, las que parecían mirarte como si fueras una mierda porque eran capaces de memorizar tres cuentos y, oportunamente, colocarlos en una conversación para darse un académico pisto que él estaba convencido que no tenían. Todo lo que hablaban aquellas aristócratas era tan falso como su doble moral. Querían ser la pudicia personificada, la castidad de Vesta, pero cuando se daban la vuelta y se alejaban de sus casas y maridos, no eran menos putas que las *quadrantarias* del puerto de Híspalis.

—La escucho, señora… —dijo con agria ironía.

Plaucia inclinó su cuerpo sobre Valentiniano que se había tendido en la manta, con el rostro hacia el cielo. Un pecho de Plaucia casi se escapaba de su atrevido escote. Valentiniano se fijó en el pecho y deseó con toda su alma devorarlo.

—Mírame a los ojos, Valentiniano…

—Lo estoy haciendo, ¿no lo ves…?

Plaucia sonrió ante su descaro y le contó la fábula.

—Un ratón mordió a un toro y este se abalanzó sobre el ratón para vengarse. El ratón lo esquivó y se refugió en el fondo de su ratonera. El toro corneó la pared hasta que, agotado, se desplomó y se echó a dormir ante la entrada de la ratonera. El ratón asomó la cabeza, salió, se deslizó sobre el toro, lo mordió otra vez y se volvió a meter en el

agujero rápidamente. El toro se levantó de un salto sin saber qué hacer. Con su vocecita el ratón le dijo: «Los grandes no siempre son los más poderosos. A veces se imponen los pequeños y los humildes…».

Valentiniano se incorporó disfrazando su absoluto aburrimiento, una tortura sin sentido a la que lo sometía aquella hermosura, con medio pecho fuera y narrándole una tontería sobre ratones y toros. Miró con absoluta sorpresa a la espalda de Plaucia y le dijo:

—¡Cuidado Plaucia, tienes detrás tuya un ratón!

Plaucia se asustó y se tiró en los brazos de Valentiniano. La estratagema funcionó. Porque, tras las risas, Plaucia la chica, que le aceptó el juego amoroso que tenía pendiente con el dacio,que le quitó la túnica y la contempló extasiado. Le hizo varias veces el amor, tantas como la chica le pedía sin satisfacerse. Ebria de la excitación, Plaucia, como el toro del cuento, se desplomó ante la polla de Valentiniano, que al verla vencida le dijo:

—Eres más hermosa y ardiente que tu madrina. Pero ella nunca claudica. Ya se cuál de ustedes es el ratón y cuál el toro.

Plaucia sonrió con esa satisfacción plena e infinita con las que las mujeres agradecen ser poseídas como si fuera la última vez. Pero, sobreponiéndose a semejante éxtasis, su rapidez mental fue capaz de regalarle una respuesta llena de equívoco:

—Y yo sé también quién en este bosque ha sido el lobo y el cordero…

Foro de Híspalis

Desconfía de las mujeres

Valentiniano se hizo paso hasta el foro asediado por hispalenses que lo querían tocar, palpar, acariciar incluso.

«Esto está lleno de maricones», decía para sí.

Lo acompañaba Scaeva Minor que, por el contrario, disfrutaba de pasear al lado de un héroe local, de un gladiador tan aclamado que le hacía poner en pie las historias que Asinus le había contado sobre su difunto padre, actualizadas por lo que vivía y veía en aquellos momentos.

—¿A mi padre lo trataban igual?

—Y más. Al fin y al cabo, tu padre nació aquí.

—Tocar a un gladiador victorioso es tan importante como tocar a una estatua de un dios. Te transmite su gracia, su don, su ser, su fortaleza. No debes poner la cara que pones cuando te tocan,

Valentiniano.

—Es la mejor que tengo, Scaeva Minor. Si pongo la cara que me nace de estos tocamientos, esta gentuza no pararía de correr hasta llegar a Corduba.

Scaeva Minor se reía con el extremado carácter de aquel valiente pero hosco bárbaro al que tenía por padre y hermano a la vez.

—Apresuremos el paso hasta el Foro —dijo Scaeva Minor.

—Sea.

Así lo hicieron, aunque sin mucho éxito, porque miraban hacia atrás y una muchedumbre los seguía, coreando el nombre de Valentiniano. Llegaron al foro y en uno de sus bancos de piedra, sentado pacientemente, los esperaba Africano.

—¿Les debes dinero a todos esos que te siguen? —dijo el lanista bromeando.

—Parece ser que les debo algo más. O que tengo algo que creen que les corresponde. Serían capaces de robar y asaltar a un aristócrata por beber mi sangre. Están convencidos de que puedo transmitirles mi suerte y mi fuerza.

—¿Sabes que las aristócratas mandan a sus esclavas a comprar en los anfiteatros la sangre de los gladiadores heridos o muertos?

—Lo sé. Los veo lamer con la lengua las sandalias de arcilla de una figura de Juno. Y son tan insolentes de llamarme bárbaro…

Valentiniano escupió en el suelo, y miró a Africano con ojos inquisidores.

—Tengo la respuesta que andas buscando, dacio.

—Te escucho.

—Efectivamente, todo respondió a un plan. El jefe de la clac del teatro se llevó a cuatro de sus aplaudidores profesionales para que, a una señal suya, empezaran a gritar tu nombre.

—¿Y quién crees que está detrás de ese plan? ¿Quién lo paga?

Africano miró hacia el suelo, y con su sandalia aplastó un grillo que se asomó a un lugar inadecuado. Valentiniano, ante el silencio, lo apremió:

—¿Lo sabes? Por todos los dioses, somos socios, ¿o no?

—Detrás de todo esto está también una socia de nuestra corporación. No creo que tenga que pronunciar su nombre.

—Gala.

Africano no movió ni un músculo de su rostro. Imperturbable, miraba a la estatua que, sobre pedestal de mármol tasio, la ambiciosa aristócrata le había levantado en el foro a Hadriano. Respondió sin comprometerse:

—No confíes en una mujer hasta que no esté muerta…

Valentiniano se llevó la mano a su rasurado mentón., y pensó:

—Conozco a mujeres en las que se puede confiar. Y están muy vivas…

Itálica, río

Comedias

Cneo y su madre, Iulia Salinator, se habían embarcado en una pequeña nave entoldada y bien cuidada por el barquero. Hacía una tarde espléndida, y el joven estaba preocupado por el estado anímico de su madre. Creyó oportuno convencerla de que abandonara su casa y que dejara de pensar en El Celta. En la gran desilusión que aquel impostor, como lo llamaba su hijo, le había ocasionado. Desde que Cneo le demostró cómo la droga del sueño mortal actuaba sobre un conejo, sus anclajes vitales parecían haberse desarmado para convertirla en un barco a la deriva, mecido por el antojo de las corrientes, sin que su voluntad pudiera gobernarla. El día en el que Valentiniano mató al toro en el anfiteatro de Itálica, Cneo tomó la decisión de que algo había que hacer con su madre. Aquel rostro desdibujado, sufriente, retrato vivo de una decepción insoportable que él mismo pudo ver en la presidencia del anfiteatro, no era su madre. No tenía nada que ver con Iulia Salinator, una mujer optimista, agradable, cariñosa y, también, demasiado ingenua como para que la vida no la atravesara, en alguna de sus vueltas más imprevisibles, con la daga de la traición y la mentira.

Iulia ordenó desmantelar y quemar todos los papeles y enseres que el Celta tenía en su habitación-laboratorio. Afortunadamente, lo impidió Cneo, que le habló claramente a su madre:

—Ahí hay cosas muy importantes para la salud de los hombres. Consérvalas. No cures el dolor de tu engaño quemando lo que puede ser la salud de otras personas.

—No quiero ver nada de ese ser despreciable en casa.

—Envíalas al templo de Isis. Allí sabrán administrar el conocimiento que obtuvo de las hierbas y los minerales el britano.

—Pudo matarte. Pudo enviarte al Hades. Lo odio como solo se odia lo que antes se quiso sin interés de ningún tipo. Lo quise casi como a un dios.

—Madre, él no me iba a matar nunca. Era un gran médico, y dominaba todas esas pócimas y hierbas con las que siempre nos supo curar. El Celta solo pretendía dar un golpe de efecto espectacular, para obtener la libertad y viajar y estudiar. Nunca corrí peligro.

—Pero no tenía ningún derecho a jugar con tu vida.

—Ninguno, madre. Ninguno. Por eso siempre me preguntaba si recordaba algo de mi sueño mortal: temía que yo lo descubriera, como finalmente hice.

Iulia Salinator derramó unas lágrimas, y Cneo abrazó a su madre. Con fuerza. Para que aquella fuerza estimulara su capacidad de reacción y despidiera de su alma tanto desvalimiento.

—He consultado al doctor, madre. Me preocupa tu estado de ánimo. Y me ha recomendado que debo llevarte al teatro. A ver comedias. La risa te hará olvidar pronto tu amargura. Y si yo te veo feliz, más feliz me harás a mí.

Iulia lo miró con dulzura y lo besó. Dejó escapar su primera sonrisa desde que llegó de Roma y se enteró por su hijo que El Celta era un ventajista. Aquella sonrisa fue como el primer paso que da una pierna mal herida pero que quiere volver a caminar como antes de su accidente. Cneo le apretó la mano y le ordenó al barquero que, suavemente, como la brisa que doraba aquella tarde en el río, los llevara hasta Itálica.

—¿Sabes lo que dijo Esopo cuando le preguntaron cómo les sobrevendría una gran perturbación a los hombres?

—Lamento decirte, madre, que ahora solo tengo cabeza para repasar las emociones tan fuertes que viví hace días en el anfiteatro.

—Yo te lo diré. Esopo contestó: «Si, resucitando los muertos, reclamaran lo que es suyo… Alguna vez he pensado que, tras tu resurrección, tú has reclamado lo que era tuyo, lo que fue siempre tu madre. Y eso, hijo, me llena de orgullo. Mucho más que el hecho de que hayas matado a un lobo…

Itálica

EL PASEO

Plaucia y Gala esperaban a que les prepararan los caballos. Iban a salir a dar el paseo convenido días antes por las cercanías de Itálica. La joven viuda gaditana cumplía así con su deseo de visitar a su madrina y felicitarla por el éxito obtenido con los juegos de la vendimia.

—Qué caballo más hermoso, madrina

—Me lo regaló Valentiniano, tras su éxito en el anfiteatro. Para agradecerme lo que hice por restablecer su fama.

—Te colma de valiosas atenciones.

—Yo no rehúyo tenerlas con él.

—Sigues siendo madre y maestra, madrina.

—Pero, como algunos troyanos, desconfío de los regalos de los griegos…

Plaucia rio la ocurrencia de su madrina, que estaba al tanto, porque así lo había querido la joven viuda, del encuentro que días atrás tuvo con Valentiniano en el bosque de Itálica. Nuevamente, aquella mocosa se plantaba delante de su cara con el engaño, la mentira, la sinuosidad y su insoportable capacidad para el cinismo. La última vez que la vio se despidió de ella llamándole, delicadamente, vieja, por mor de aquellos lunares que le estaban saliendo en la mano y, también, ya en el cuello. Era una serpiente venenosa. Quería aparentar ser la derrotada en la guerra del amor con Valentiniano cuando, en realidad acababa de revolcarse con él en el bosque como una cabra en celo. Conocer esos detalles incendiaba los celos de una mujer madura como Gala, convencida de que poco tenía que hacer ante la insultante juventud que derrochaba aquella maldita niña.

—¿Te doy a elegir caballo? —dijo Gala.

—Me quedo con el bayo.

—Siempre tan medida conmigo. Quédate con el númida. Quiero que seas tú quien lo monte y lo pruebe. Quizás algún día yo misma te lo regale si antes no te lo ha regalado ninguno de tus admiradores…

—Ya quisiera yo tener los que tú tienes. Pero, de todas formas, será un gran honor cabalgarlo, madrina.

—Pues montemos y salgamos.

La esclava roxolana les pidió a los encargados de los establos que repasaran las monturas y los correajes. Todo estaba en orden.

—¿Podemos salir ya? —preguntó Gala.

—Disfruten del día y de tan hermosos caballos, señoras.

Salieron al paso por la ciudad causando conmoción. Ambas repartían sonrisas ante los piropos y alabanzas que el pueblo les regalaba. Un esclavo africano a caballo las escoltaba y no permitía que la gente se les aproximara demasiado. Siguieron por la calzada que unía la ciudad con Mérida, cruzándose con pesados carretones repletos de uvas para ser pisadas en los lagares. Cada carretón dejaba en el aire un meloso olor a naturaleza y un desagradable enjambre de avispas, tan dependientes de su azúcar como el populacho del reparto de pan diario. Abandonaron la calzada para internarse en el bosque de pinos y encinas cercano.

—Tiene un trote magnífico, madrina.

—Es un regalo exclusivo, niña.

—Te da una seguridad enorme. Obedece a la mínima orden que le transmite la rienda.

—Esos caballos, Plaucia, están entrenados para exigentes

actuaciones en el circo. No son precisamente pencos.

—¿Me permites que galope un poco?

—Galopemos las dos. A ver qué tal se porta.

El bosque tenía un pequeño sendero que llevaba hasta un templete dedicado a Diana cazadora. Ambas mujeres les exigieron a sus caballos y en pocos segundos sus cascos hacían retumbar aquella frondosa selva que parecía encogerse ante la velocidad que desplegaban los animales. El sendero tenía una curva pronunciada que el caballo númida tomó sin apenas esfuerzo. Plaucia disfrutaba de aquella galopada sabiendo que su madrina, en el roce del clítoris con la silla, se excitaba hasta llegar al éxtasis. La miró y vío el placer en su rostro. Un placer que a Plaucia se le antojó más intenso que el sexual. Fue pensar eso y caer al suelo golpeándose el rostro con un árbol y dejando su pierna derecha en muy mala posición. La joven había perdido el conocimiento. Y también, quizás, la partida que jugaba contra su madrina…

Itálica

La esclava roxolana

Valentiniano y Cara Pescao se encontraron con Gala en el teatro. Iba acompañada de la esclava roxolana, que tenía la cara absolutamente destrozada, tumefacta por los golpes. Valentiniano la miró horrorizado y Cara Pescao no se atrevió a hacer comentario alguno, acaso porque le recordaba sus tiempos de cautividad y la severidad con la que los esclavos encargados de impartir los castigos se empleaban con él y sus compañeros. Se saludaron, y hablaron del desgraciado accidente de Plaucia, que se recuperaba lentamente de tan inesperada caída.

—¿Corre peligro su vida? —preguntó sobrecogido Cara Pescao.

—Es posible —dijo Gala sin remordimientos.

Valentiniano, tan imprudente siempre, le preguntó con ironía, mirando a la esclava roxolana:

—¿Iba la esclava montada con Plaucia, señora?

—¿Por qué lo dices?

—Por su rostro. Parece que la pisoteó el caballo númida.

—No gladiador, no. Lo de su cara es un simple recordatorio de que los trabajos hay que hacerlos bien. Y ella no hizo bien su trabajo.

—Llevas razón, Gala. No hay que ser suave con los esclavos. Solo una buena vara de olivo los hace trabajar bien —mintió Cara Pescao.

—Me complace que pensemos igual. Roma está perdiendo las buenas costumbres. Hadriano no ha hecho bien con este asunto, ha

firmado edictos protegiendo a los esclavos y dándoles libertad de actuación a los cristianos. Creo que algún día unos y otros acabarán con Roma.

La esclava roxolana no alzaba su mirada. Tenía los ojos pegados al suelo. Le resultaba infamante acompañar públicamente a su señora con la cara destrozada; si algo perseguía un esclavo o un liberto era no tener secuelas en su piel ni en su rostro de que la esclavitud se había cebado con ellos. Valentiniano dijo algo en su idioma a la esclava roxolana:

—Pronto dejarás de sufrir. Haz lo que te diga un enviado mío. Hazlo y tu dolor se convertirá en gozo. Mueve tu pie derecho si me has entendido.

La esclava movió su pie derecho y Cara Pescao, temeroso y confuso, se despidió de Gala. Valentiniano le besó la mano a la aristócrata. Pero Gala quería más:

—Ven mañana a casa y me explicas lo que le has dicho a esa perra roxolana. Si eres capaz de agradecerme lo que he hecho por ti...

—Iré. No lo dude, señora. Iré a verla y le agradeceré todo lo que ha hecho por mí…

Cara Pescao y Valentiniano se sentaron en sus asientos. El público les dedicaba todo tipo de admiraciones. El patrón celebraba aquellas manifestaciones de cariño como si fueran para él, pero en su alma escondía una preocupación que no le permitía respirar bien, que lo ahogaba como aquella ansiedad que lo atacó tras haber perdido a su caballito tingitano a manos de los piratas del Canal por defender las mercancías de su barco.

—Valentiniano, creo que no es mala idea que te alejaras de Híspalis, y te fueras a Alejandría para preparar lo necesario para nuestras empresas comerciales.

—Acabo de llegar de Alejandría, y con muy buenas noticias, como ya sabe toda tu corporación. No entiendo tus razones para mandarme nuevamente con Apolofanes.

Cara Pescao pensó la respuesta, y le dijo:

—Me asustan las tormentas. Tanto como los látigos.

—A mí en absoluto, patrón. Sinceramente, ¿trata de retirarme de la amistad de una de nuestras socias?

—Trato de que tú no nos retires con tus caprichos de los negocios que tenemos entre manos.

—Pues me quedaré todavía un tiempo por aquí. Hasta saber el desenlace del accidente de Plaucia.

—Pones en grave riesgo todos nuestros esfuerzos. Te pido que seas prudente. No es justo que pongas tus intereses por encima del de los

demás.

—Yo también me juego mis intereses en todo esto. Pero el dinero no es para mí el dios todopoderoso que significa para vosotros. Aunque no temas: te respeto lo suficiente como para seguir tu consejo.

Cara Pescao no respondió. Juntó sus manos para apoyar su barbilla y fijó su atención en el inicio de la obra de teatro. Una de Plauto, ni siquiera recordaba el nombre…

CAPÍTULO XIX

TAN VULNERABLES ANTE EL DESTINO

Itálica

EN EL MERCADO

Un hombre de Africano, de absoluta confianza, esperaba a la esclava roxolana en el mercado de Itálica. Tenía el mercado la agitación propia de estos lugares, donde los olores del mar y de la tierra fraguan en visiones espectaculares de productos tan variopintos que, por su plástica naturalidad, imitaban los artesanos de la pintura y el mosaico. Estaba bien surtido, y sus productos eran frescos y caros. Los higos eran dulces como la miel de romero o los dátiles africanos que se apiñaban sobre los puestos. Los pulpos y las langostas se guardaban en visitados contenedores de agua salada. Y los fruteros montaban verdaderas obras de arte para reclamar la atención del público con sus frutas y verduras colocadas en forma piramidal de intensos colores. Cuando el enviado vio a la esclava se presentó:

—Salve, soy amigo del gladiador que habla tu idioma y te hace mover tu pie derecho.

La roxolana se asustó. Miró para todos lados y dejó ver su rostro lleno de magulladuras.

—Quien te haya hecho eso en la cara hizo un trabajo a conciencia.

—Lo hizo.

—El gladiador me ha dado esto para que lo uses con mucho cuidado. Unas gotas de esta pócima debes de suministrarle en la comida a tu señora. En una semana o diez dias caerá enferma y tú no tendrás más nada que temer. Voy a seguir tocando estas verduras. Y te dejaré el frasco entre las lechugas. Recógelo de inmediato.

—Me da miedo hacerlo.

—¿Y no te da miedo soportar a una *domina* como la que tienes? Un día de estos acaba con tu vida.

La roxolana tomó el frasco entre sus manos, y lo guardó con la verdura.

—Recuerda: nadie debe saber nada de este encuentro. Que los dioses te protejan.

La esclava roxolana dejó caer conscientemente una de sus bolsas de

compra. Se agachó para recogerla e impidió que el amigo del gladiador la ayudara. Le dio las gracias y le confesó un secreto:

—Dile a quien me hace mover el pie derecho que intentaron matar a Plaucia en el caballo númida. Las correas iban flojas premeditadamente, por orden suya.

—¿Por qué te pegaron a ti?

—Porque ese trabajo solo tenía una conclusión: la muerte de Plaucia. El hecho de que sobreviviera fue tan frustrante para mi señora que pagó conmigo su ira.

El hombre de confianza de Africano, de regreso a Híspalis, recordó lo que una vez le contaron de un esclavo deforme y jorobado que se llamaba Clesipo. Lo vendieron junto con un bronce de Corintio, tan afamado y apreciado. Clesipo era cardador. Una mujer muy rica, Gegania, compró el candelabro por cincuenta mil sestercios y, de regalo, le dieron al esclavo contrahecho. Quedó tan contenta con sus compras que convocó una fiesta para celebrarlo. Para divertir a los invitados exhibió a Clesipo en un pedestal, completamente desnudo. A la *domina* le invadió una lujuria de yegua en celo y se lo llevó a la cama. Poco después lo incluyó como heredero en su testamento: lo había nombrado su concubino perfecto. Inmensamente rico a la muerte de su dueña, Clesipo adoraba aquel candelabro como a un dios protector… Es posible, pensaba el amigo de Africano, que la esclava roxolana acabara adorando a Valentiniano como eso, como a un dios protector que la salvó de una muerte segura a manos de una dueña terriblemente iracunda. Sin necesidad de ser concubina de nadie. Aunque con los esclavos nunca se estaba seguro del todo, porque la mayoría preferían antes un dueño suave que la libertad que tanto proclamaba y buscaba Valentiniano.

Iulia Traducta

Cartas bocarriba (1)

Plaucia estaba rodeada de médicos y familiares allegados. Su golpe en la cabeza había mejorado mucho y empezaba a no tener problemas para recordar, memorizar e identificar cosas, objetos y personas. Hablaba con fluidez y se sentía reconfortada de haber sido trasladada a Iulia Traducta, por expreso deseo de sus padres y frente a la opinión de los médicos. El aire del mar la llenaba de optimismo y la devolvía a la edad de la inocencia, cuando, años atrás, su destino aún no la había encontrado para exigirle jugar con ella y complicarle el camino de su vida, ese camino que la llevaba a un futuro prometedor pero repleto

de trampas y renuncias. En Iulia Traducta se esperaba la llegada de Gala, anunciada una semana atrás. Los médicos eran optimistas respecto a la evolución de Plaucia. No tanto con su pierna, tan maltrecha que proclamaba una cojera crónica. Plaucia descansaba en su alcoba, con las ventanas abiertas, soleada por una tibia mañana que no sabía si era otoño engañoso o primavera retrasada. Las tres palmeras que daban a su ventana se mecían como bailarinas con la música de un suave viento de levante mientras los gorriones, en un incansable parloteo, picaban los dátiles maduros de sus palmas. Plaucia estaba limpia y bien peinada. Leía. Y guiada tal vez por esa capacidad femenina de seguir peleando incluso tras un grave revés, la joven viuda se había hecho perfumar con bálsamo de Judea. Al cuello lucía el collar que alguna vez fue de Cleopatra. Algo que, sin dudas, irritaría íntimamente a su querida madrina. Ambos elementos eran mensajes evidentes para conmocionar la serenidad de Gala. El perfume era el aliento venenoso que le recordaría a la aristócrata que Valentiniano nunca fue de su exclusividad; el collar se convertía en la mejor prueba de que Plaucia había cumplido con su palabra, casándose con un viejo libro de historia para acercarse a la corte de Hadriano vía familiar, pero su madrina la había saboteado por unos celos enfermizos. Una esclava vio subir a una comitiva por el camino de las lomas que llegaban hasta la casa de Tito Plaucio y Octaviana, los honorables padres de Plaucia.

—Señora, creo que ya llegan.

—¿Todo está preparado?

—Desde hace dos días.

Anuncia su llegada cuando lleguen, mi esposo y yo la recibiremos y la conduciremos hasta la alcoba de Plaucia.

—Así se hará, señora.

Gala cumplimentó y fue cumplimentada por los padres de Plaucia, tan afables como siempre y ajenos a las discordias casi olímpicas de Gala y su hija.

—¿Está bien la niña? —preguntó, teatralmente afectada, Gala.

—Se recupera lentamente. Pero se recupera. Tenemos fe en Esculapio y en los doctores que la tratan —dijo Tito Plaucio.

—Me tranquiliza oír eso. Me tranquiliza mucho.

—La pierna tal vez le quede inservible para siempre… —se lamentó Octaviana.

—Por favor, no jueguen con mi angustia. Necesito verla ya —dijo con un tono tan rebuscado que ni la propia Gala creyó en su interpretación.

—Ven con nosotros, te llevaremos a su alcoba —le dijo

amablemente Octaviana.

Gala entró en la habitación camuflando su contento. Lo de la pierna era magnífico. Aquella joven y esbelta Venus se iba a quedar coja para toda la vida, y quizás eso fuera incluso mejor que la propia muerte. Inválida, sin la hermosura que desplegaba con sus andares, sus pretendientes huirían de su lado; el paso del tiempo convertiría en ácido su carácter y la bendición alegre y feliz que irradiaba pasaría a ser tan oscura y negra como la cueva de una leprosa.

—¡¡Plaucia, por todos los dioses, déjame que te abrace!!

—¡¡Madrina, te esperaba con impaciencia!! ¡¡No llegaba el día en que pudiera besarte!!

Ambas se abrazaron y besaron como si todo hubiera sido un accidente. Un fatal desenlace atribuible a un día en que la Fortuna le dio la espalda. Hicieron tan real el encuentro que ellas mismas llegaron a sospechar que se amaban y respetaban.

—Qué bonita estás, Plaucia. Pronto podrás desplazarte por ti misma y saldremos a pasear por la orilla del río.

—Así será, madrina, si los dioses quieren. La pierna no parece avanzar con la rapidez que los doctores pretenden.

—Ya verás como todo se arregla. Yo misma se lo pediré a Isis y le pondré un *ex voto* de oro de tu pierna en el templo de Itálica. La Gran Maga lo puede todo.

—¿Lo harás? —le preguntó con cinismo la chica.

—Lo haré. Como asegura Herodoto que hizo el poeta Arión dejando un delfín de bronce en el Ténaro de Corintio —respondió hipócritamente entusiasmada Gala.

—No conozco esa historia, madrina.

—Quizás hayas invertido más horas en el placer que en el estudio en los últimos tiempos. Pero te la cuento. Dicen que al poeta Arión, para robarle y asesinarlo, los marineros que lo transportaban lo obligaron a arrojarse al mar. Fue salvado por un delfín que, sobre su lomo, lo llevó hasta Corinto. Pero tu ex-voto no será de bronce: será de oro puro.

Los padres de Plaucia se miraron embargados por la emoción y dando gracias a los dioses de que su hija estuviera amadrinada por una aristócrata con tan buenos sentimientos. Plaucia contestó:

—Eres tan buena y tan amable, madrina. Qué *hubiera* sido de mí sin tus cuidados… Nunca sabré cómo devolverte tanto y tanto como me has hecho…

—Tus piernas serán las que nos conduzcan a Roma, las que pisen nuestro mejor futuro. Todo se arreglará. Ten paciencia y fe en los médicos.

Plaucia hizo una señal a sus padres para que la habitación fuera cortésmente desalojada.

—Será mejor que os dejemos a solas. Seguro que tendréis que hablar de muchas cosas —concluyó Tito Plaucio.

—De muchas, padre. Es verdad. Quedo agradecida por tu gesto —dijo Plaucia y todos salieron de aquella habitación que, pese a tan soleado y agradable día, barruntaba una gran tormenta.

Cartas bocarriba (y 2)

—Hueles muy bien, Plaucia.

—Me quedaré coja, pero no seré una inválida con postillas en la cabeza, la piel sucia y la boca sin dientes. También Claudio cojeaba y fue emperador. Nunca oleré mal, madrina. Y mi cuello, como ves, es el de una faraona.

—Pero ese olor me recuerda a alguien.

—A mí también. A alguien que juega con las dos.

—¿Más contigo que conmigo?

—Creo, madrina, que a partes iguales. Le encantaría vernos enfrentadas en ese anfiteatro donde le has devuelto la fama.

—¿Crees eso? ¿Crees que se divierte con nuestros celos?, —inquirió Gala con escepticismo.

—Con los tuyos, preferentemente. Yo no lo amo, como tú tampoco lo amas. Pero ha despertado en ti algo que te provoca adicción.

—Qué bien te enseñé, niña. Eres casi tan lista como yo. ¿Se puede saber qué ha despertado en mí que yo no lo sepa? ¿Cuál es esa adicción?

—El deseo femenino de gustar. De seducir. De no perder ningún encanto, pese a que las manchas de la edad aparezcan en tus brazos, dedos y hombros. Esa pelea por seguir siendo joven pese a tener edad para ser abuela, y de creerte que aún no ha nacido nadie capaz de discutirte ese reinado. Estoy convencida de que lo sabes.

Gala se asomó parsimoniosamente a la ventana, sin dar muestra alguna de que aquellas palabras la habían herido, para calmarse con la placentera infinitud de un mar sin estridencias, del que llegaba una salada claridad. Dándole la espalda, le preguntó:

—¿Y en ti qué ha despertado para que me hayas traicionado tantas veces con tus mentiras y falsas disculpas?

—El humano deseo de que la pupila venciera a su maestra. Tanto quise ser tú que no me bastaba con lo aprendido: tenía que derrotarte y demostrarte que en los juegos de amor también mandaba yo.

—Te advertí una vez que no te entrometieras en mis objetivos…

—Pero jamás pensé, madrina, que, como con Arusa, utilizarías unos métodos tan crueles para sacarme del juego.

—¿Crueles? ¿Acaso no es una brutal crueldad que te despidas de mí insinuándome que Cronos me ama, que tengo nuevos lunares en las manos, que tengo edad más para ser una abuela que una fogosa amante?

Gala se dio la vuelta, abandonó la ventana y miró a Plaucia en la cama.

—Me da cierta pena verte ahí postrada, malgastando la hermosura de tus años por culpa de una pierna sin solución médica.

—En cambio, a mí me produce mucha alegría saber que el destino puede cambiarlo todo en un momento.

—¿Quieres intimidarme?

—No me refería a ti. Me refiero a los médicos y a mi corajuda paciencia para devolverle a la pierna su fuerza y belleza de antes. Sé que algún día volveré a caminar. Pero tú nunca más volverá a ser la de hace veinte años.

Gala estalló. No pudo desviar aquel golpe desalmado donde más daño le hacía. Le levantó la mano para pegarle como si fuera la esclava roxolana. Pero se frenó. Y decidió inyectar todo su veneno en una respuesta infame:

—Valentiniano me ha confesado que eres aburrida y fría. Una Venus de mármol. Y ahora con una pierna inútil. Como esas esculturas de la diosa que profanan los bárbaros.

Plaucia no se inmutó ante la despreciable alusión de Gala. Dominó su furia y contestó con serenidad y convicción:

—Te repito que Valentiniano juega con las dos. Odia a Roma y disfruta con nuestras rencillas y peleas. Somos para él la imagen de esa Roma que acabó con los suyos. Cuídate de su odio y su deseo de venganza. Los ha convertido en una obsesión, tan peligrosa como la tuya con el paso del tiempo.

—Ningún bárbaro podrá jamás ir por delante de mis reflejos.

Plaucia se destapó, apartó la colcha que la tapaba de cintura hacia abajo y dejó al descubierto una pierna maltrecha. Gala, al verla, se llevó las manos a la boca y apartó su mirada. La joven viuda de Iulia Traducta le dijo:

—¿Eres incapaz de admirar la conclusión de tu trabajo? Mira. Recréate. Porque el tiempo que te consume no te dará más días para que pongas a prueba tus reflejos.

Gala se sintió mareada. Quizás impresionada por lo que había visto o tal vez, bajo los primeros efectos de la pócima que la esclava

roxolana le estaba proporcionando desde días atrás en las dosis convenidas.

—Voy a dejarte, Plaucia. No me siento bien. Hace un par de días que suelo marearme y siento como si me abandonaran las fuerzas. He trabajado mucho y creo que necesito un descanso. Volveré hasta Itálica en barco, el aire del mar me vendrá bien. Te haré llegar desde casa un bastón con empuñadura de marfil y ébano. No te servirá para andar, pero tendrás una cojera elegante…

Gala se dispuso a salir, pero se desmayó y cayó al suelo. Plaucia hizo sonar una campanilla para avisar a sus padres y a la servidumbre de la casa. La miró tendida sobre el piso y dudó. ¿Será capaz de interpretar una de sus magistrales escenas en mi propia casa? Pero recordó sus palabras, las que momentos antes le había dicho a su madrina:

—Solo el destino puede cambiarlo todo en un momento…

Itálica

Cinco días después

Las primeras lluvias otoñales habían descargado sobre los campos de Itálica el furor contenido por un verano ardiente y seco. El olor a tierra mojada, tan penetrante y significativo en determinado mes del año, anticipo sensual de un cambio de estación, le llegó a Gala, que descansaba en su cama. Estaba enferma, muy enferma, y los médicos no sabían cómo tratarla. Había llegado de Iulia Traducta con un cuadro febril alto, que habían sido incapaces de normalizar los especialistas. La enfermedad le fue comiendo peso a su cuerpo, las ojeras no sucumbían al maquillaje y el pelo se le estaba cayendo de forma alarmante hasta dejarle ver parte de su cráneo. Había envejecido años en tan solo unas semanas. La esclava roxolana la cuidaba y mimaba. Y Gala, dormida por las drogas que le suministraban los médicos, se entregaba a sueños tenebrosos, oscuros, donde veía pasar los lances más perversos de su vida, con rostros como el del Cuervo, Arusa y Plaucia convertidas en Gorgonas, mirándola y petrificándola. La acechaban demonios y fantasmas que la hacían musitar frases inconexas o altamente comprometidas:

—Hadriano mató a mi esposo.

—Plaucia debe morir.

—Valentiniano me lo debe todo.

—Padre, me sacaste pronto de casa para casarme con un viejo…

—Nunca pude tener una cuna que cuidar y una hija a la que

cantarle nanas…

—Sálvame, Scaeva, ven pronto por mí.

La esclava roxolana, tras consultar con los médicos, llevó hasta la casa a una bruja que medicaba hechizos contra las enfermedades terminales. Antes le había colocado a la enferma toda clase de pulseras, collares y anillos que deberían actuar como talismanes contra el mal de la aristócrata. Ninguno valió para nada. El recurso a la hechicera era el último, el que se tomaba a la desesperada en aquella casa ante una situación sin salida conocida. Destaparon a la enferma que abrió unos ojos, enrojecidos y hundidos, que no parecían ver ni reconocer a nadie. La hechicera puso tres de sus dedos, el pulgar, el medio y anular, en su pecho. Para dejar extendidos los otros dos y salmodió el siguiente hechizo:

—«Vete, no importa si has surgido hoy o antes: esta dolencia, esta enfermedad, este dolor, esta hinchazón, este enrojecimiento, este bocio, estas amígdalas, estos abscesos, este tumor, estas glándulas y pequeñas glándulas, os convoco, os expulso, os echo por medio de este hechizo de estos miembros y huesos».

Valentiniano entró en la habitación junto con Cara Pescao. Las noticias que les llegaban eran alarmantes: no le daban mucho tiempo de vida. Al verla consumida y ajada en su alcoba, Cara Pescao se sintió terriblemente mal y su estómago acusó el golpe. Pidió disculpas por abandonar la alcoba y una esclava lo acompañó al cuarto de baño. La esclava roxolana miró al gladiador y este le devolvió la mirada para contemplar cómo aquella sirvienta originaria de uno de los pueblos vecinos que, junto con los dacios, le plantaron cara a la Roma de Trajano, movía su pie derecho y le dedicaba una mirada de agradecimiento infinito. Valentiniano pidió a los presentes que lo dejaran a solas con la mujer que le había devuelto la fama y la gloria. Quería rezar ante ella y por ella. Solo se quedaría la esclava roxolana por si se la necesitaba. Los doctores abandonaron la alcoba, y también el resto de las esclavas cuidadoras. Valentiniano la besó en la frente y, a continuación, tomó una de las almohadas de la cama y la apretó con fuerza sobre su espectral rostro. Mientras Gala se despedía de este mundo casi sin pelear, el dacio le dijo:

—A ver cómo sales de este encuentro con el toro de tu muerte. Regresa al infierno, porque del infierno llegaste a este mundo. Sigo disfrutando matando romanas como tú y Plaucia. No sois mejores que las hienas.

Valentiniano le hizo una señal a la esclava roxolana. Esta se agachó y buscó bajo la cama de la aristócrata dos planchas de plomo atravesadas por un clavo donde se había dejado por escrito su nombre

y una invitación a la muerte para que viniera pronto a recogerla.

—Esa tabla de plomo arrójala hoy mismo al río. Hazla desaparecer para siempre. Ahora ponte a llorar, tírate de los pelos y haz como si los demonios se hubieran llevado a la mejor *domina* del mundo. Yo me quedaré hincado de rodillas acariciando su mano.

Gala murió con las primeras lluvias de un otoño primaveral que ya no volvería a disfrutar en ese mundo privilegiado, consumista, gastoso, elevado, instruido, culto, conspirador, bello y sumamente peligroso que disfrutaban el 0,001 por ciento de sesenta millones de romanos. Itálica la lloraría por lo que había sido. Solo la esclava roxolana y algunas otras afectadas por su carácter caprichoso, libertino y cruel reirían y celebrarían lo que se fue de sus vidas. Cuando la noticia llegó a Iulia Traducta, los padres de Plaucia lloraron tanta calamidad y tan continuada. Plaucia también dominaba la escena dramática. Y la lloró… de alegría camuflada por el dolor junto con sus padres.

—Solo el destino puede cambiarlo todo en un momento…

CAPÍTULO XX

El náufrago gaditano

¡Puerto de Híspalis

Proa a Alejandría

El puerto de Híspalis parecía invadido por las gaviotas y los mercantes. Se aprovechaban los días finales del verano y principios del otoño para cerrar viajes que no podrían volver a realizarse hasta la próxima primavera. Los graznidos de las gaviotas se confundían, a veces, con las voces urgentes que daban los marineros para acabar de cargar o descargar un barco. Niños mirando a las naves; adultos esperando, quizás, que la corriente de riquezas que arrastraba el Betis les diera un vuelco a sus vidas; soldados haciendo su ronda de vigilancia; putas a la caza de un satisfactorio acuerdo; tabernas repletas de ociosos hispalenses a la espera de ganarse unos sestercios si alguna nave demandaba mano de obra; cordajes, velas remendadas, troncos de madera apilados para secarlos, carpinteros reforzando timones, redes de pesca, herreros… Ese era el paisaje y el paisanaje de un río en el ciclo final de su temporada mercantil y marinera. El barco que llevaría a Valentiniano y a Scaeva Minor hasta Alejandría estaba listo. A su lado, un par de aburridos hispalenses, cañas en mano, intentaban pescar el barbo de cada día con el que comer magramente en casa. No había suerte; solo sacaban morralla que no servía ni para carnada. Valentiniano los miraba mientras, distraídamente, escuchaba a Cara Pescao y a Asinus, que fueron a despedirlos y desearles buena travesía.

—Recuerda, Valentiniano: el barco va cargado de nuestro mejor aceite y de un *garum* de excelente calidad cuyo precio se fijó con Apolofanes en Alejandría. Encárgate de las sedas. Y, si es posible, tráelas antes del cierre oficial del ciclo de navegación. ¿Me escuchas?

—Perfectamente, patrón.

—Te noto despistado.

Miraba a esos dos de ahí que están pescando mierda. En Híspalis solo hay mierda, estoy absolutamente convencido. Mierda y mucha calor.

—Sea, Valentiniano. Pero para salir de la mierda hay que prestar

atención a los negocios.
—No te preocupes, patrón. Estamos en buenas manos y en el camino correcto. ¿Tú no irás a Alejandría?
—Tengo cosas pendientes en Gades. Convence a Apolofanes y anímalo a que regrese contigo. Me gustaría empezar a trabajar en el viaje a la India. Dile que tenemos los socios suficientes para abordar ese objetivo.
—Así lo haré.
Valentiniano seguía mirando a los dos pescadores, que una y otra vez arrojaban las cañas sin convicción alguna. Asinus, cuando Cara Pescao terminó de darle razones al dacio, le imploró que cuidara del chico.
—Es su primer viaje, Valentiniano. Cuídamelo.
—Le enseñaré lo que es la vida, Asinus. Es la única forma que hay para que uno sepa cuidarse por sí mismo.
—No debe separarse mucho de ti.
—Será neceario que lo haga. Si quiere hacerse un hombre debe separarse de su madre y de su padre… Y hasta de su hermano mayor… —respondió el dacio guiñándole un ojo a Asinus.
—Confío en ti —le dijo Asinus.
—Yo también confio en mí. Y en tu hijo, que pronto sabrá cómo navegar, cómo pelear, cómo comerciar y cómo divertirse con las mujeres. Ya va siendo hora.
—¿No se te olvida algo, Valentiniano?
—Sí, llamar estúpidos a esos dos pescadores. No he visto gente más inútil en mi vida.
Cara Pescao miró tambien a los pescadores y sonrió con las ocurrencias de Valentiniano. Asinus insistió:
—Me refiero a Scaeva Minor.
—No. No he olvidado nada. Tengo que buscarle un buen gramático para que siga sus enseñanzas de letras y geografía. Lo haré.
Asinus sonrió y besó a Valentiniano para luego abrazar a Scaeva Minor.
—Tened buen viaje. Que Mercurio os guíe y Neptuno os de buena mar.
Cara Pescao le estrechó el antebrazo al dacio y besó en la frente a Scaeva Minor.
—Recordadlo siempre: actuemos a lo grande para que los tiempos que vienen nos nos hagan pequeños. Que los dioses os protejan.
El mercante comenzó a realizar maniobras de salida del puerto mientras los pescadores seguían sometidos a una suerte despreciable. Uno de ellos guardaba la mierdecilla que pescaba, el otro, muy ufano,

se burlaba de él. Hasta que el pescador conformista, poseído por esa sublime estupidez local que tanto mortificaba a Valentiniano, le dijo a su compañero:

—Amigo, escucha lo que te voy a decir por la voz de la experiencia. Un pescador que vivía de lo que pescaba con su caña atrapó a un pez de los que se fríen, pequeñito como los que yo estoy metiendo en mi canasta. El pececillo le suplicó que lo dejara vivir. Y le decía: «¿Qué beneficio sacarás de mí? ¿Por cuánto me vas a vender? Todavía puedo crecer mucho más. Hace unos días que mi madre me dio a luz entre las algas de esta rocosa orilla. Déjame ir. No me mates para nada». ¿Sabes lo que le dijo el pescador al pez que le imploraba por su vida?

—No, dime qué le dijo.

—Que es de necios dejar lo poco que tienes seguro en la esperanza de conseguir en el futuro algo que no lo es…

Cara Pescao y Asinus escucharon a los dos pescadores. Se miraron y rompieron a reír. Luego el patrón hizo un comentario rotundo, de los suyos:

—Esta ciudad no soportará los tiempos que vienen si se conforma con la morralla y no es capaz de echarse al mar a por atunes…

Gades

Oceanus Gaditanus (1)

Cara Pescao, cuando visitaba Gades, cosa que hacía al menos un par de veces al año, gustaba de pisar con sus pies la arena de la playa y dirigir sus ojos hacia el sur, hacia aquella costa africana que, en su parte occidental, había sido referencia frecuente para la marinería gadirita, que sostenía su famosa industria del *garum* sobre los bancos de pesca cercanos a las costas marroquíes y saharianas. En el fondo, Cara Pescao, pese a su positivo y eficaz pragmatismo, que el comercio había agrandado hasta hacerlo un rasgo principal de su personalidad, no dejaba de ser un romántico. Un romántico aventurero impulsado por un espíritu emprendedor que lo hacía soñar y hacer realidad lo soñado. El mar de aquel otoño suave y soleado brillaba como una turquesa y el rico liberto se dejó guiar por su imaginación, que lo llevó a navegar, siempre hacia el sur y en las marineras naves gaditanas de vela latina, más allá del cabo Sabium, posterior cabo Juby, sin temor al retroviaje, cuyos vientos no soplaban del sur hacia el norte. La vela latina no era un sueño del gran mercader, era una realidad que había permitido a los marineros del *Oceanus Gaditanus* frecuentar las costas africanas y las islas Canarias, Azores y Madeira. El *Oceanus Gaditanus*

tenía dueño y amo. desde antes de época púnica. Era el mar de Gades, el mar que enriqueció y le dio fama a la ciudad más antigua de Occidente, gracias a sus arriesgados marineros y a sus epopeyas náuticas, siempre ligadas al comercio.

Cara Pescao viajaba acompañado por Crátero, su lugarteniente más eficaz y fiable. Ambos se alojaron en una posada de buen tono en el centro de aquella Gades romana formada por tres islas, en este caso la de Aphrodisias, frente a la de Cotinussa, de la que estaba separada por un amplio canal que servía de magnífico puerto interior a las naves que le daban vida, aunque corría peligro cierto de cegarse por colmatación. La isla de Aphrodisias aún guardaba el eco de su pasado fundacional púnico y, junto con las otras dos, sumaba la siempre aquilatada posición en el antiguo negocio del estaño y en las actuales industrias de los astilleros y la pescadería. Los barcos gaditanos iban con casi idéntica frecuencia a las costas negras del África occidental, a la fachada atlántica hispana y a los mares del norte de Europa, más allá del Canal, con destino final en Britania, de amargo recuerdo para el corazón de Cara Pescao. Este y Crátero estaban sentados en un banco de piedra adosado a la pared de la posada, disfrutando de un clima tan apacible como estimulante. Al día siguiente tenían programado visitar el templo de Hércules en Sancti Petri, en el extremo sureste de la isla Cotinussa, para orar y ofrecerle presentes al otro gran dios de los mercaderes. Antes Cara Pescao había orado en el templo de Venus y visitado la gruta y el oráculo que la diosa del amor tenía en Aphrodisias. El patrón no olvidaba su gran apuesta alejandrina e índica, y quería tener a la mayor cantidad de dioses de su parte, bendiciendo su arriesgada apuesta. Una vez más, el destino se alió con los hombres que se arriesgan y emprenden aventuras que para otros suponen montañas insalvables, más por cobardía que por prudencia. Un gaditano que daba cuenta de un par de caballas ahumadas regadas con vino de Hasta Regia, la actual Jerez, hablaba de un naufragio producido en el mar gaditano, cerca de las islas Canarias. Al parecer, había un sobreviviente. Su información, al estar la ventana abierta, llegó claramente hasta Cara Pescao y Crátero, que se miraron asombrados y se levantaron como si tuvieran pimienta en el culo. Entraron en el comedor y Cara Pescao ordenó al posadero que les pusieran el mejor pescado y los mejores mariscos que dispusiera. Crátero le guiñó el ojo a su patrón y Cara Pescao, con una sonrisa socarrona, asintió con la cabeza, dándole permiso a su eficaz colaborador.

—Salve, amigo. Nos gustaría compartir nuestra comida con su interesante charla. ¿Tendría inconveniente?

—Ninguno. Siempre y cuando el rodaballo y los langostinos no los tenga yo que pagar.

Comenzaron a reír todos los presentes.

—Pagamos nosotros. Somos los forasteros y venimos a orar al templo de Hércules. Pero nos interesa saber qué naufragio es ese.

Intervino Cara Pescao.

—Es posible que en ese naufragio que usted relata fuera un gran amigo nuestro. ¿Tiene inconveniente en que lo invitemos a buen vino, buen pescado y buen marisco?

El marinero gaditano esbozó una sonrisa tan amplia como un amanecer y les dijo:

—Sean bienvenidos a Gades, la ciudad de la hospitalidad y la generosidad.

Oceanus Gaditanus (y 2)

—¿Se encuentra bien, marinero? —preguntó Crátero.

—Todo lo bien que se puede encontrar un náufrago que perdió la cuenta de sus días en el mar antes de ser rescatado por un barco gaditano.

—Se le ve fuerte, marinero —dijo Cara Pescao—. Pero yo creo que, si lo ayudamos, Hércules también nos ayudaría a encontrar a un amigo que naufragó hace meses por costas africanas.

—Y sería convenientemente recompensado para que recobrara prontamente la salud —puntualizó Crátero.

El náufrago luchaba por vivir en un jergón de paja en una casa de madera cerca de la playa. Sobre una pared tenía colgadas bocas de tiburón y máscaras de ídolos africanos, no muy habituales en el mundo mediterráneo. La estancia era pobrísima, y el suelo, de arena. Una lucerna con Isis embalsamada era la luz de la que disponía para discutirles a las noches algo de claridad. Una mesa construida con maderos de barcos que la marea depositó, alguna vez, en la playa le servía para comer o dormir alguna que otra borrachera. Si sobrevivir a un naufragio tan prolongado era difícil, hacerlo en aquella casa de madera, liviana como la piel de una babosa, entraba dentro de la más pura conjetura.

—El barco no naufragó en las costas africanas, amigos —dijo el marinero con dificultad.

—¿Dónde lo hizo? —preguntó cara Pescao.

—En las islas Can, las islas de los Perros, en las Canarias, hasta donde fuimos, tras pescar en las costas de Marruecos, para visitar las

factorías de púrpura que, en otros tiempos, lo fueron del rey de Mauritania.

—Creímos que nos podría ayudar con nuestro amigo, se lamentó ficticiamente Cara Pescao.

—De todas formas, lo vamos a ayudar con una generosa aportación para que mejore su salud y vuelva pronto a navegar.

—Gracias, amigos. Nunca los olvidaré. Quiero que sepan que en Gades me conocen por Polypus el Gaditano, el pulpo. Me sobran brazos para armar yo solo una nave.

—Salve, Polypus. ¿Te apetecería beber un buen vino?

—Siempre.

Cara Pescao miró a Crátero, que salió inmediatamente a buscar una jarra de buen vino. El patrón siguió buscando el camino que lo llevara allá donde los relatos fantásticos, las leyendas y las informaciones de náufragos sobrevivientes como Polypus situaban el oro africano.

—Polypus, usted debe conocer bien las costas africanas…

—Hasta más allá de cabo Juby. Y he regresado por el mismo camino empleando la vela latina.

—¿Las máscaras esas que tiene en la pared son de allí?

—Son de una tierra más abajo de ese cabo, donde abunda el oro.

Cara Pescao quiso disimular su impresión. Pero le entró hipo, un hipo inoportuno y detestable.

—Parece que le ha sentado mal la comida, señor.

—Es posible que me haya impresionado conocer a un náufrago tan experiementado como usted con unas aventuras tan realistas. Polypos, ¿usted sabe llegar hasta esas costas?

—Y regresar. Ya se lo he dicho.

—Es verdad. Ya me lo ha dicho, disculpe mi estupidez.

—No hay nada que disculpar, señor.

—Voy a hacerle una pregunta muy directa: ¿usted sabe dónde encontrar ese oro?

—Cerca de la isla de Cerne. Río Senegal arriba. Los nativos lo cambian por sal. Los mauris que comercian con ellos les dejan montones de sal a lo largo de la orilla del río y se retiran medio día de distancia; luego vuelven y junto a esos montones de sal los negros dejan montoncitos de oro. Si estás conforme con el trato, te lo llevas. De lo contario, esperas a que depositen más oro, o bien otra tribu complace tu intercambio y son ellos los que cierran el negocio.

—Sal por oro. Buen acuerdo —dijo Cara Pescao sonriendo maliciosamente.

—La sal en aquellas tierras ardientes vale más que el oro. Con sal se conserva la comida y el ganado, y sin comida nadie sobrevive. ¿Está

usted interesado en viajar hasta allí?

—Yo no. Pero mis barcos seguro que sí… si hay alguien como usted que los guíe.

—Si los dioses me dan vida, lo haría gustoso.

—Los dioses le darán vida, y yo le daré una posada con comida pagada y a un médico que lo cuide y lo restablezca en un par de semanas. Mañana voy a orar ante el templo de Hércules en la isla Cotinussa. Y usted, Polypus, estará entre mis más sinceras plegarias.

Crátero entró con una jarra de vino.

—¿Llego tarde?

—Como siempre, querido Crátero, no puedes ser más oportuno. Brindemos por el oro de los negros… que tanta falta nos hace a los blancos de Roma.

EPÍLOGO

HAGAMOS ALGO GRANDE, PORQUE VIENEN TIEMPOS PEQUEÑOS

Urium

HACIA EL SUR

Desde Nerón la moneda de plata lo fue menos por su añadido en cobre, el oro cada vez se adueñaba más del espacio monetario que la plata iba perdiendo, las instituciones sociales béneficas se multiplicaban, la pobreza era más evidente, las clases medias sufrían la voracidad fiscal del Estado, las fronteras estaban presionadas por bárbaros que querían vivir como los romanos, el gusto suntuario de las elites no dejaba de marcar tendencia gastando por encima de las posibilidades de Roma y, pese al esplendor irresistible del Imperio, los ojos menos dispuestos a la ceguera percibían el incipiente declinar de aquel mundo. Entre las muchas virtudes que perfilaban la personalidad de Cara Pescao estaba el olfato económico y social. Era innato en él, acaso producto de una inteligencia emocional cimentada sobre la agónica y urgente necesidad del esclavo por hacerse muy útil en sus habilidades para escapar del látigo y tocarse con el gorro frigio de los libertos. A Cara Pescao no se le escapaban estos indicadores económicos y sociales que anunciaban un colapso no muy lejano en el tiempo. Impulsado por esa fuerza innata del sobreviviente, se interesó por la mina de plata que Gala tenía, antes de su muerte, en explotación en Urium. Propuso viajar hasta allí para verla y, por todos los dioses, intentar que su corporación se hiciera con ella.

Cara Pescao y Crátero fueron hasta Urium para hablar con el *procurator metallorum* y ver las posibilidades de hacerse con su explotación. El delegado imperial hablaba y hablaba de la excelente productividad que estaba dando, de la paz que reinaba en el *saltus* donde se asentaba el poblado minero que la trabajaba, de la confianza que proyectaba el encargado de gobernarla y del beneficio que aquella mina podría darles a todos… y subrayó la palabra «todos». No era usual en Cara Pescao que, en este tipo de visitas, tan trascendentales para el futuro, se mostrara tan ajeno y despistado, como si tuviera su cabeza en otra parte. Realmente tenía la cabeza en otra parte. Porque

las palabras del *procurator metallorum* se perdían en su atención como voces en la profundidad del bosque para ser derrotadas por la fuerza de sus fantasías. Aquella mina estaba produciendo mucha plata. Era cierto. Pero tampoco era mentira lo que Cara Pescao le venía advirtiendo, con su sutil perspicacia, desde hacia tiempo, a Crátero:

—El denario cada vez tiene menos plata y el áureo sigue siendo puro...

El rico mercader dejó volar su fantasía de la mano de lo que Polypus el gaditano, el náufrago que conoció camino de su visita anual al templo de Hércules en Sancti Petri, le confesó sobre la ruta del oro africano. Y se vio armando un buen barco en Gades, con aquellos caballitos de ascendencia púnica que hicieron emblemáticas sus naves, aprovechando el descomunal conocimiento atlántico de arrojados marinos que navegaban desde Madeira hasta más allá del cabo Juby, dueños que fueron en su día de las rutas atlánticas del norte que facilitaban estaño, y de las del sur, que, según Polypus, amontonaban oro y proporcionaban pesquerías para el demandado *garum* gaditano. Y, mirando hacia el sur, se dijo: allá abajo, donde los hombres de Gades le han dado su nombre al océano, está lo que nos hará grandes cuando los tiempos se empeñen en hacernos pequeños. Allí está el oro de África. E iremos por él. Morirán hombres, padeceremos fatigas y hambre. Sufriremos engaños y emboscadas. Veremos nuevas estrellas sobre el cielo. Y pasaremos por tierras donde muy pocos romanos se han aventurado a entrar. Regresaremos la mitad de la mitad de los que salgan al principio. Enfermedades desconocidas infectarán nuestros cuerpos, pero nunca nuestros espíritus, y regresaremos. Regresaremos cargados de oro: de ese oro que Roma ansía cada vez con más adicción. Pero el mundo no está hecho para los pusilánimes. Mercurio siempre protege al osado y al listo. Invertiremos grandes cantidades de dinero y el mundo nos conocerá por los romanos que forjaron las Caravanas de Hadriano.

—Patrón, el *procurator metallorum* quiere saber si la mina nos interesa —me dijo Crátero, rompiendo la ensoñación de Cara Pescao.

—Ah, perdón, pensaba en eso. Y sí, nos interesa la mina. Pero no esta, querido Crátero. Nos interesan las minas de oro que están allá abajo, en Africa, donde pocos hombres han osado llegar. Esas son las minas que nos interesan para que el mundo que empieza a desaparecer no nos entierre entre sus recuerdos como su ajuar funerario. Regresemos a Híspalis. Ya es hora de que empecemos a trabajar en las Caravanas de Hadriano…

Gines,enero-junio 2017

Nota histórica

Esta novela es, fundamentalmente, un relato literario cimentado sobre documentación histórica contrastada y fiable. No obstante, el lector no debe entender que los hechos que se narran e hilvanan por medio de los personajes obedezcan a la realidad, pero sí que trata de atraparla y reflejarla en su forma más aproximada. Ninguno de los personajes que conforman la corporación mercantil de Cara Pescao, así como el propio liberto, existieron nunca; tampoco los oficiales militares y el médico griego que posibilitan el paseo narrativo por el muro de Hadriano en Britania, ni los piratas y jefes caledonios que forman parte de una de las subtramas de la novela, ni como tampoco el banquero Apolofanes de Alejandría. Pero esa ficción no significa que no existieran en la realidad perfiles y situaciones muy parecidos a los mismos, con sus mismas ambiciones, temores y desenlaces.

En cambio, sí son rigurosamente históricos los personajes de Hadriano, su esposa Vibia Sabina y la aristócrata Fabia Hadrianilla, posible familiar hispalense del emperador. La imposible relación matrimonial entre el príncipe y la emperatriz se basa en los escasos datos históricos que nos legó tan agotadora unión. Sobre ellos se ha construido, de forma libérrima, un diario de la emperatriz que trata de dibujar el rostro más abominable del emperador a través de los ojos de una mujer maltratada, olvidada y apartada de la gloria, y que odiaba con toda su alma, y seguro que con muchas razones objetivas, a un hombre que casi nunca lo fue en su alcoba, pero sí en la de sus esclavos más favoritos, menospreciando y manchando la imagen pública de Vibia.

La política hadrianea está lo suficientemente perfilada a lo largo de la novela por los actores que la protagonizan. Desde la reducción de fronteras que desbarataba la política expansionista de su padre adoptivo, Marco Ulpio Trajano, hasta la apuesta imperial por Oriente como futuro epicentro del poder. Los gastos en obras públicas, la corte itinerante, el empleo de la emperatriz como primera dama en sus periplos por las provincias, la devoción por la cultura griega y la opulencia de Villa Tívoli, son reflejos de una forma de gobernar que, pese a sus fastuosos despliegues, ya marca el declinar de un imperio que verá con Marco Aurelio la imposibilidad de volver a reencontrarse con sus mejores días y sus mejores hombres.

A lo largo del relato aparecerán escenarios diferentes donde los protagonistas ficticios de la novela desarrollarán sus peripecias vitales. Así, como si fuera un *tour* por las rutas imperiales del tiempo de Hadriano, viajaremos a la nueva capital de la Dacia romana, donde Valentiniano descubrirá que el mundo de sus sueños es solo un sueño; ante nuestros ojos veremos levantar en Britania el muro hadrianeo, donde el emperador levantó la separación entre la barbarie y la civilización y, acaso, también una forma de romanizar a las tribus más rebeldes del universo caledonio; nos asombraremos con la magia y esplendor de Alejandría, el puente comercial y cultural más transitado de la época, nexo de Oriente y Occidente, auténtica metrópolis de un sugestivo conglomerado étnico donde te hacías rico por la mañana pero podías perderlo todo en dos malas noches de mar. Pasearemos de la mano de un médico celta por la Roma eterna. Hasta llegar a la Bética, con la inevitable presencia de la Itálica natal del emperador, la Híspalis olvidada por el príncipe y la Gades de las tres islas y su prestigiosa tradición marítima que, desde tiempos anteriores a su pasado púnico, ya mantenía relaciones comerciales con el norte de África, las islas Canarias, las Azores y Madeira, y también con las naciones allende los mares del norte europeo.

En un mundo donde la plata de las minas occidentales del imperio escaseaba, las tensiones fronterizas aumentaban, la voracidad fiscal desnutría la capacidad de ahorro de las clases medias, la aristocracia vivía para el gasto superfluo y suntuoso gastando más de lo que Roma podía permitirse, Cara Pescao, desde la ficción literaria, intuye que el oro será el gran referente monetario de los duros tiempos que se avecinan. Y todo su afán novelesco será sumarse a las rutas comerciales índicas de Oriente y a dar con el oro de los negros de las remotas regiones africanas. Es, en realidad, la novela de un declinar anunciado pese a que aún Roma es la capital de un mundo globalizado que abarca desde Gades hasta las lejanas tierras de China, y desde Britania a las sedientas tierras de África. Pero algo está cambiando de forma casi imperceptible para que la cita de Ibn Jaldún y el soneto de Quevedo que abren esta novela, se vayan haciendo, poco a poco, realidad.

Bibliografía

Blanco Freijeiro, Antonio. Comp. (1990) *La Bética en el Imperio Romano, Andalucía y el Mediterráneo,* varios autores, Junta de Andalucía-Consejería de Cultura.

Chic García, Genaro; Caballos Rufino, Antonio; Domínguez Monedero, Adolfo J; Ferrera Albeida, Eduardo; De la Hoz Montoya, Joaquín; García Vargas, Enrique (2014) *Historia de Europa (s. x a.C.-v d.C.)* Sevilla: Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones.

Graves, Robert (1988) *Claudio el dios y su esposa Mesalina.* Barcelona: Orbis, S.A. Biblioteca de Novela Histórica.

Yourcenar, Marguerite (1982) *Las memorias de Adriano.* Traducción de Julio Cortázar. Barcelona: Edhasa.

Knapp, R. C. (2001) *Los olvidados de Roma. Prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente.* Barcelona: Ariel.

Torner, Jerry (2009) *Sesenta millones de romanos. La cultura del pueblo en la antigua Roma.* Barcelona: Crítica.

Caballos Antonio (2016) *Augustus Pater Hispalensium.* Texto de recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Rodríguez Hidalgo, José Manuel; Keay Simon J.; Jordan David; Creighton J. y la colaboración de Rodá Isabel (1999) *La Itálica de Adriano. Resultados de las prospecciones arqueológicas de 1991 y 1993.*

Friedlaender, L. (1982) *La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos.* México: Fondo de Cultura Económica.

McLaughlin, R. (2010) *Rome and the Distant East. Trade Routes to the ancient lands of Arabia, India and China*. Londres: Continuum.

(2015) *La última frontera del Imperio. El muro de Hadriano*. Reportaje e imágenes. National Geographic: Londres.

Markale, Jean (1989) *Druidas.* Madrid: Taurus.

Alberro, M. (2010) *El Pancéltico Lug y su presencia en España.* Revista *Polis.* Center for Celtic Studies. Universidad de Wisconsin-Milwaukee.

Blanco Freijeiro, Antonio (1980) *La Itálica de Trajano y Hadriano. Actas de las primeras jornadas sobre Excavaciones Arqueológicas en*

Itálica. Diputación Provincial de Sevilla.
Chic, Genaro (1994) *Roma y el mar: del Mediterráneo al Atlántico.* UIMP. Curso «Guerra, exploraciones y navegación: del mundo Antiguo a la Edad Moderna».
Millán León, J. (1998) *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad.* Écija: Gráficas Sol.
Villar, José Luis (2017) *Al-Andalus y las fuentes del oro.* Córdoba: Almuzara.
Corzo, Ramón (1980) «*Paleotopografía de la bahía gaditana*». Cádiz, *Revista Gades*.
Sáez Fernández, P. (1998) «*Sobre la fiesta de los toros en el mundo romano*». Sevilla: *Revista de Estudios Taurinos*.
Verdugo, Javier (2017) «*El interés por el pasado en la Antigüedad*». *Revista Onoba*.

Agradecimientos

Nuevamente debo agradecer al magisterio docente de un catedrático de Historia Antigua, jubilado laboralmente pero en plena actividad intelectual e investigadora, la impagable guía, orientación y conducción de este relato literario basado en rigurosos hechos históricos. Sin Genaro Chic y su siempre amable y generosa disposición es más que posible que esta novela fuera otra cosa, pero no una rigurosa novela histórica. A través de sus charlas, artículos, libros y puntos de vista se ha estado alimentando esta novela para alejarse de la fantasía imperfecta y acercarse a la recreación histórica probable. Si el lector encontrara algún imperdonable desliz histórico debe saber que no hay más responsabilidad que la mía.

No quiero olvidarme de consultas puntuales realizadas, sobre aspectos muy distintos, a arqueólogos como Enrique García Vargas, que me orientó sobre las fuentes a consultar para redactar el diario de Vibia Sabina, así como a Alejandro Jiménez, con el que pude hacerme una idea clara del funcionamiento de los anfiteatros en el mundo romano. A la generosidad del poeta y pulcro y certero traductor Antonio Rivero Taravillo debo el préstamo de un par de libros imprescindibles para el conocimiento del mundo druida y de los dioses celtas. Con el doctor en Historia y profesor universitario José Luis Villar estoy en deuda por haberme facilitado una visión abierta del mundo clásico y su relación con el continente africano, especialmente con la curva del Níger, lugar donde los actores de la trama de la novela, soñarán con su particular El Dorado en una Roma que ya incuba su gran colapso económico del siglo III d.C. A la filóloga y financiera Estrella Caballero tengo que agradecerle la traducción de los versos de la poetisa y aristócrata griega, Iulia Balbilla, grabados a los pies del coloso de Memnón y que me sirvieron para aproximarme a la figura borrosa de la esposa del emperador Hadriano. Igualmente, no quiero olvidarme de las mil y una discusiones sobre determinados enfoques narrativos mantenidas con Andrés Gil Pineda, abundante lector y quisquilloso y detallista geógrafo, que sin duda ayudaron a hacer mucho mejor la novela. Ahora viene lo más duro y no por ello

menos soñado: que el trabajo final les guste a los lectores, único tribunal que debe hacer buena la suma de tantos y tan espléndidos colaboradores con los que he contado. A todos ellos y a usted, querido lector, mi más absoluto agradecimiento.

*Tabla de medidas de la Antigua Roma

(siguiendo el orden en que aparecen en la novela)

Medida de superficie
YUGADA
iugerum, -i (pl. *iugera*) = 71 m × 35,5 m = ¼ ha
6 *iugera* = 1,5 hectáreas
24 *iugera* = 6 hectáreas
70 *iugera* = 17 hectáreas
Medidas de longitud
MILLA
mille passus, -us (pl. *millia*) = 1.500 m aprox.
2 *millia* = 3 km
PIE
pes, pedis (pl. *pedes*) = 0,3 m aprox.
121 *pedes* = 36 m
97 *pedes* = 30 m
Medida de capacidad
congius, -i = 3,2 litros aprox.
Medida de masa
LIBRA
libra, -ae = ¼ kg aprox.

Edición en formato digital: 2019

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-124-6

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es